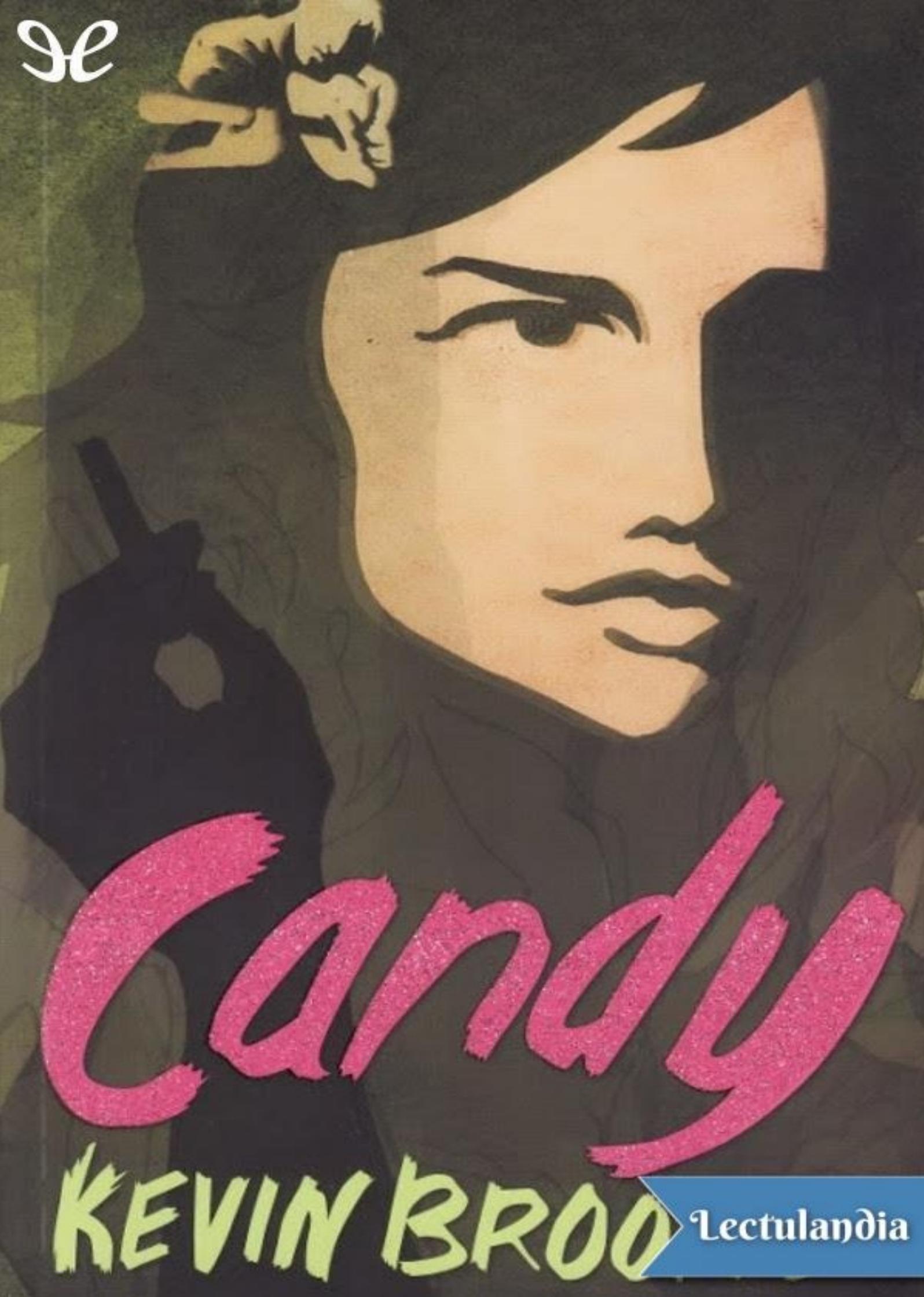




e



Candy

KEVIN BROO

Lectulandia

Bajó de nuevo la mirada. La vi jugar nerviosamente con su cigarrillo... y no supe qué hacer. Era muy extraño. Había pasado tanto tiempo pensando en ese momento, en todas las cosas que quería decir, pero ahora que estaba aquí... nada de eso parecía importar. Eran sólo palabras. Ruido. Nada. Deseé poder estar dentro de la cabeza de Candy: sólo estar ahí, sintiendo lo que ella sentía, sabiendo lo que pensaba... permanecer juntos sin palabras...

Joe ve por primera vez a Candy, apenas unos años mayor que él, y se enamora de inmediato. Sin embargo, Candy esconde un doloroso secreto: su vida se desenvuelve en el violento mundo de la prostitución y la adicción a la heroína. Para ayudarla Joe dejará a un lado su mundo, cómodo y tranquilo, y luchará hasta las últimas consecuencias, aun cuando para hacerlo arriesgue su propia vida.

«Una historia cuya agudeza contrasta con lo dulce de su título, sin respuestas fáciles y con algo oscuro al acecho...».

The Guardian

«... la historia más vívida, apasionante, mordaz e inquietante que jamás haya leído».

Sunday Times

Lectulandia

Kevin Brooks

Candy

ePub r1.0

Titivillus 14.06.2018

Título original: *Candy*
Kevin Brooks, 2005
Traducción: Ignacio Padilla

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

UNO

No es fácil imaginar la vida antes de Candy. A veces me siento aquí por horas, sumergido en el pasado, tratando de recordar cómo era esa vida, pero no consigo llegar muy lejos. En verdad no me veo sin ella. Lo más que alcanzo a recordar es la última media hora antes de conocernos, los últimos momentos de mi existencia pre-Candy, cuando yo era sólo un chico... sólo un chico en un tren, un chico con un bulto en la muñeca, un chico con un gorro negro estrellado.

Era inocente en aquel entonces.

Sólo un chico.

En un tren.

Con un bulto en la muñeca.

Y un gorro.

Ese mundo era todo lo que por entonces necesitaba conocer.

Fue el jueves seis de febrero, cerca de las cinco de la tarde. El tren a Londres iba casi vacío. Los trenes que pasaban en dirección opuesta iban atiborrados de gente sudorosa que venía del trabajo y se dirigía a casa después de una ardua jornada. Conmigo sólo viajaban dos obreros, un tipo ebrio y trajeado, y un grupo de chicas parranderas que iban temprano hacia su noche en la ciudad. De hecho, no vi a las chicas —venían sentadas en algún lugar detrás de mí—, pero podía escucharlas reír, charlar y chillarse unas a otras para que todos notáramos cuánto se divertían. Era difícil no oírlas, y menos aún cuando empezaron a cuchichearse a todo volumen...

—Lo hubieras visto, Jen: ASÍ...

—¡No!

—Casi me muero, amiga...

—¡Jeeeeeeeeee!

En cuanto las chicas subieron al tren —una parada después de la mía—, me sumí en mi asiento y giré la cabeza hacia la ventana. Estaba seguro de que no podían verme —se habían situado hasta el fondo del vagón y yo estaba en la mitad—, pero no quería arriesgarme. Ya saben cómo es eso: son seis contra uno y vienen todas arregladas, llamando la atención, y traen ya algunos tragos encima... y tú llevas un

gorro nueva con el que no te sientes muy cómodo, así que de entrada te sientes un poco cohibido... y sabes lo que sucederá si te ven: dirán algo o harán algo —por pura diversión—, y comenzarás a sentirte avergonzado, y eso las alentará a decir algo más, y entonces te sentirás más avergonzado...

Bueno, como sea, eso es lo que hice cuando las chicas subieron al tren. Me sumí en mi asiento y me puse fuera de su vista; apoyé la cabeza contra la ventana y miré el mundo desfilando ante mí.

Aún ahora lo miro.

No había mucho que ver en la luz grisácea: bloques de edificios a lo largo de las vías, condominios, empacadoras, parques, luces de ciudad parpadeando a lo lejos... Después de un rato me descubrí mirando fijamente al vacío y escuchando traquetear el vagón al ritmo de los durmientes: *duca-dah-dum, DAC-dah-dum, duca-dah-dum, DACA-dah-dum...* Componía canciones en mi mente.

En ese entonces siempre hacía eso: componía canciones, entonaba canciones en mi cabeza, soñaba la música...

Aquello me daba ánimos.

Aquello solía significar algo. Algún día, con suerte, volverá a significar algo.

Mientras el tren se aproximaba a la estación de Liverpool Street, yo seguía mirando fijamente por la ventana y escuchaba los sonidos del vagón. Por el altavoz alguien nos recordó que no dejáramos nuestras pertenencias en el tren. Las chicas se burlaron de aquel acento asiático. Los pasajeros se pusieron de pie, recogieron su equipaje, se prepararon para salir. Rodamos lenta y ruidosamente a través de un viejo túnel de ladrillo lleno de cables, alambres y desperdicios junto a las vías. Había pequeñas cuevas oscuras en la pared del túnel, diminutos arcos de sombra, como túneles dentro de otros túneles. En algunas de esas cuevas pude ver estatuillas: extrañas figuras desmoronadas, sepultadas entre los ladrillos, con los rostros ajados por el clima y rodeados de hierbas moráceas. Mientras me acompañaba el retumbar del tren, me pregunté ociosamente qué serían: ¿adornos antiguos?, ¿reliquias?, ¿deidades ferroviarias? Y qué estarían haciendo ahí. Digo, ¿por qué colocar estatuas en un túnel?

Aún pensaba en eso cuando el tren redujo su marcha hasta apenas arrastrarse, la oscuridad se disipó y rechinamos hasta detenernos bajo la estéril luz del andén de la estación.

Pshhh...

Dooooonk.

Aaaahhh.

Dejé bajar primero a los otros pasajeros. Mientras las chicas se empujaban y cacareaban en su camino a la puerta para después alejarse por el andén y el chillido de sus tacones altos retumbaba con su eco helado por toda la estación, les eché un

vistazo a través de la ventana. Me sorprendió ver cuán jóvenes eran. Por su forma de hablar había imaginado que tendrían cerca de veinte años, pero la mayoría tenían quince o dieciséis. Aquello me confundió por un instante. Tenían más o menos mi edad... pero de alguna forma no se sentían de mi edad. No estaba seguro de cómo o por qué. Yo no me sentía mayor que ellas, aunque tampoco más joven.

Sólo me sentía distinto.

Me pregunté por un momento a dónde se dirigían, qué harían y qué encontrarían al final de su noche: ¿amor?, ¿sexo?, ¿felicidad?, ¿olvido?, ¿una bofetada ebria?

Finalmente recogí mi bolsa, me ajusté el gorro y bajé del tren. La plataforma rebozaba de hordas de personas que volvían del trabajo, todas apuradas, corriendo y riñendo por un hueco en los trenes. Había miles, entraban a raudales de las calles y de la estación del metro en una interminable marea de trajes oscuros y portafolios y caras apresuradas, todo como en una suerte de migración enloquecida. El ruido era increíble: una cacofonía revolvente de pies que se arrastraban y voces que se hacinaban, anuncios por el altavoz, gritos propios de una estación de tren, máquinas silbantes, chirridos de ruedas, el sonido metálico del tablero electrónico, todo mezclado hasta formar un ruido vasto y ciego que se arremolinaba, zumbaba y se elevaba hacia el domo acristalado del techo, como si aquel fuera el graznido de un millón de aves.

Crucé la plataforma tan rápido como pude —esquivando de lado a lado, luchando contra la marea—, y me abrí paso hacia la estación del metro. Más lucha. Más rostros apresurados. Más cacofonía. Seguí mi camino —surqué los torniquetes en la entrada, seguí a lo largo del corredor, sobre el puente, escaleras abajo— y luego, en un *sprint* de último segundo y con un salto cardíaco, me convertí en una cara más dentro de un tren de la Circle Line perdiéndose en la oscuridad.

Me recargué en la puerta respirando con fuerza, me enjuagué de la cara el sudor helado y busqué con la vista el mapa del metro en la pared: Liverpool Street, Moorgate, Barbican, Farringdon, King's Cross.

Cuatro estaciones.

No faltaba mucho.

Al chico aquel no le faltaba mucho.

Siempre que voy a Londres me avergüenza tener que usar la guía de calles. Sé que es una tontería. Sé que no hay nada de qué avergonzarse. Es sólo un mapa, por Dios. Si no sabes hacia dónde te diriges, tomas un mapa, ¿no? ¿Qué tiene eso de malo? Es algo perfectamente sensato.

Lo sé.

Es sólo que... no sabría explicarlo. Supongo que se trata de ser *cool*. Londres es *cool*. Los londinenses son *cool*. No quieres que los que son *cool* piensen que tú eres un provinciano, ¿o sí?

Vamos...

Sí, lo sé: es patético; pero no es tan malo ser patético, ¿o sí? Quiero decir: hay

peores cosas en la vida que ser patético.

Como sea, por eso llevaba mi guía de calles envuelta en una bolsa de supermercado y oculta en mi bolsillo. Y por eso, cuando emergí de la estación del metro en King's Cross hacia la oscura noche citadina, no tenía idea de dónde me encontraba. Sabía dónde se suponía que tenía que estar, y sabía a dónde se suponía que debía ir, pero no había salido a la calle donde tenía previsto hacerlo y me había desorientado por completo. Me dirigía hacia Pentonville Road y sabía dónde estaba eso, porque lo había buscado antes en la guía de calles, pero me había ubicado en relación con Euston Road, la calle que queda frente a la estación, y yo no había salido por el frente sino por una salida lateral o algo por el estilo. Ahora todo lo que podía ver, no importa hacia dónde mirara, era un caos: autos, camiones, taxis, bicicletas a toda velocidad, luces parpadeantes, obras, grúas, construcciones, cruces peatonales, luces intermitentes, intersecciones, empleados, gente de calle, gente enloquecida, *hippies* de caras en blanco y cabello largo y sucio, y llagas en la piel...

Nada de eso estaba en mi guía de calles.

Aun así no quise sacar la guía de mi bolsillo. Había demasiada gente a mi alrededor y de entrada me sentía ya bastante ridículo, ahí parado como un tonto provinciano, pestañeando frente a las luces y el ruido. Me hubiera visto menos fuera de lugar si hubiera vestido un sucio chaleco viejo y un overol, o si trajera una hebra de paja entre los dientes... o si hubiera un cerdito blanco a mis pies... un cochinito blanco atado a una cuerda deshilvanada...

Mientras sacudía aquella imagen de mi cabeza, di un paso atrás y, para recuperarme, me recargué un minuto contra la pared. Me lomé mi tiempo mientras aspiraba el hedor a caucho de los autobuses, el asfixiante humo de los escapes... Miré alrededor repensando las cosas, mirando otro poco en torno mío... mirando, mirando, mirando... pensando, pensando, pensando... hasta que, finalmente, caí en la cuenta de lo que debía hacer. Era tan simple que me sentí un tonto por no haberlo pensado antes: para ubicarme, bastaba que me dirigiera al edificio principal de la estación — que era el que se alzaba amenazante a mis espaldas, imponente, bajo el cielo sombrío — y comenzara desde ahí.

De modo que eso hice.

Calle arriba, una vuelta a la esquina, y ahí estaba yo, sobre una amplia área pavimentada y salpicada de cabinas telefónicas y puestos de periódicos, justo afuera de la estación. Justo al lado de Euston Road.

Tan fácil como eso.

Ahora, todo lo que debía hacer era seguir Euston Road...

Pero... ¿en qué dirección?

¿Hacia acá?

¿O hacia allá?

¿Derecha o izquierda?

Cerré los ojos intentando recordar el mapa. Podía verlo, podía ver todas las calles,

pero el mapa estaba invertido en mi mente. La página estaba al revés. La estación se hallaba en el lado equivocado de la calle. «Está bien —me dije—, si la calle está de cabeza en el mapa, bastará ir hacia el lado opuesto. Si estás de este lado de la calle, que es el lado opuesto en el mapa, entonces, en lugar de ir hacia la derecha debes ir hacia la izquierda».

Avancé hacia la izquierda. Luego me detuve al recordar algo —el mapa *debía* estar de cabeza—. Cuando había estudiado el mapa antes de salir de casa, lo había volteado de cabeza. Así que la página ahora *estaba* del lado correcto. Mi mapa mental estaba bien desde el principio. No quería ir a la derecha, quería ir a la izquierda.

De modo que di media vuelta y choqué con una vieja loca que empujaba un carrito de supermercado repleto de harapos —«¡Yageddabaddagedaaahh!»— y me dirigí al punto de partida.

Pero no había dado más de media docena de pasos cuando me detuve de nuevo a reconsiderar mi mapa mental. ¿*Realmente* lo había volteado? ¿O no? ¿Estaba en lo correcto la primera vez?

Giré a medias, volví a pensarlo, giré de nuevo. Estaba a punto de echarme a andar por última vez cuando escuché una voz a mis espaldas.

—Ya decídete.

Era la voz de una chica —dulce y clara, como un brillante en una acequia. La voz no era particularmente fuerte, no gritaba ni vociferaba, pero de alguna forma su timbre logró abrirse paso entre el caos y clavarse en mi mente con la precisión de una navaja con punta de diamante. Di la vuelta absorbiendo una marejada de caras borrosas. Ahí estaba ella, detenida en el quicio de una farmacia, recargada en la pared, sonriéndome. Era una de esas sonrisas que te desgarran el corazón: labios, dientes, ojos chispeantes...

¡Dios! ¡Cómo sonreía!

No hice nada. No podía hacer nada. Apenas conseguí pararme ahí para contemplarla. Contemplarlo todo. Su cara, sus labios, sus mejillas, sus oscuros ojos almendrados. Su cuello, sus piernas, el contorno de su cuerpo. Su tez pálida. El brillo de su cabello castaño atado en una cola de caballo...

¡Dios! ¡Su piel!

Vestía una pequeña falda ceñida y una blusa corta y suelta que dejaba ver un destello de piel desnuda que me dejó petrificado. Luego estaban también el labial, el rímel, las pulseras en su muñeca, las cintas de piel en su antebrazo, la cruz de plata en su cuello, las botas de cuero negro...

Yo no sabía qué hacer.

¿Qué se suponía que debía hacer?

Intenté sonreír, pero tenía los labios secos, se me pegaban las comisuras de los labios. Seguramente parecía un enfermo mental. Me limpié la boca y la miré de nuevo intentando pensar en algo que decir, pero tenía la mente en blanco. Ella ladeó

la cabeza y me miró de soslayo, luego sonrió y volvió a mirarme.

—Lindo gorro —señaló.

Sin pensarlo, me llevé la mano a la cabeza y toqué mi gorro. Era nuevo —un gorro de lana negro con estrellas doradas en la orilla—. Realmente me gustaba. Lo que pasa con los gorros, sin embargo, es que a veces emiten señales equivocadas. La gente piensa que estás tratando de ser especial por usar un gorro, piensan que alardeas, que intentas ser lo que no eres. No sé... tal vez sólo soy yo, tal vez estoy paranoico o algo por el estilo. Quiero decir, entiendo que no importa —vamos, es sólo un gorro, caray—. Y además, ¿a quién le importa lo que piensa la gente?

A mí no, desde luego.

Como sea, no me llevé la mano a la cabeza porque pensara que la chica estaba siendo irónica ni nada por el estilo. Lo hice por costumbre. Sabía que no se estaba burlando. Era sólo un cumplido, nada más.

Le gustaba mi gorro.

Eso lo entendí enseguida.

Entonces, ¿qué respondí?

—Ah... sí.

Eso es lo que dije.

Ah... sí.

Devastador, ¿no creen?

Altamente impactante.

Súper *cool*.

Ahora la chica se disponía a partir. Había doblado en su mano una pequeña bolsa de plástico, se había acomodado el bolso, se había apartado de la pared y ahora se alejaba, así nada más. Se iba. Un contoneo de caderas, una pequeña sonrisa por encima del hombro... y luego giró la cabeza y se fundió de vuelta en el caos.

«No», pensé.

«Espera...».

«No...».

Pero era demasiado tarde.

Se había ido.

Mierda.

Estuve ahí parado durante un rato, mirando hacia donde se había ido la chica, repasando la escena en mi cabeza. «Sucedió —me dije—. No fue tu imaginación. De verdad sucedió. Ella estaba ahí... y ahora se ha ido. Estaba ahí...».

Y ahora se había ido.

De modo que olvídala.

No fue nada... ¿entendiste? Probablemente ni siquiera se dirigía a ti de todas formas. Probablemente hablaba con alguna amiga suya, con alguien detrás de ti... Sí, debió de ser eso.

No te sorprendas de que se haya ido.

Piénsalo.

Está hablando con alguien, ve a este chico con un ridículo gorro negro y una capucha triple X... Lo ve ahí parado, babeando por ella, con la boca abierta, la lengua de fuera, babeando como un subnormal...

¿Qué podía haber hecho ella?

¿Invitarlo a bailar?

Sacudí la cabeza y comencé a moverme, intentando olvidar el asunto, tratando de no pensar en *ella*, cómo estaba ahí parada, mirándome, cómo había ladeado la cabeza y sonreído, cómo su piel se arrugaba ligeramente a la altura del abdomen, como el ligero vaivén de las olas en la superficie de un mar pálido...

Por favor, Joe...

Ni se te ocurra pensarlo.

Ahora estaba atrapado en medio de una multitud de peatones, me arrastraba la corriente. En realidad no sabía hacía dónde me dirigía. Comencé a rodear para evitar la multitud, pero había demasiada gente desplazándose en la misma dirección, y alguien me maldijo por atravesarme. Luego, alguien más me empujó por la espalda, de modo que decidí que tal vez iban en la misma dirección que yo y quizá lo mejor sería entregarme a la corriente.

Atravesamos una calle con mucho tráfico, aguardamos en el camellón y luego seguimos hacia el otro extremo. A medida que la muchedumbre comenzaba a disolverse, todos desplazándose en distintas direcciones, me aparté, me puse detrás de un buzón y comencé nuevamente a mirar alrededor para entender a donde me había empujado la marea. Vi una intersección, otro camellón, otra intersección, un par de puestos de hamburguesas, un banco, una cafetería, una casa de cambio, toda clase de tendejones sucios... Y ahí, dispuesto ante mis ojos, estaba Pentonville Road. Justo lo que buscaba. Ahora me bastaría cruzar la intersección y seguir caminando durante otra media milla hasta llegar a mi destino. Diez minutos cuando mucho. Mi cita no era sino hasta las seis y media. Eran cuarto para las seis. Me quedaba algo de tiempo y no había comido desde la hora del almuerzo.

Había un McDonald's al otro lado de la calle.

Ahí podría comprar algo para comer, sentarme unos minutos...

Sentarme cerca de la ventana.

Contemplar la calle.

Contemplar la estación.

Sí, eso podría hacer... Digo, no es que fuera a buscar a nadie en particular, ¿o sí? No es que fuera a sentarme ahí retorciéndome las manos y lanzando miradas lascivas hacia la calle, como si fuera un niño con problemas hormonales...

No, sólo me sentaría ahí a comer una hamburguesa, mirando con descuido a través de la ventana, sólo para matar el tiempo...

Nada malo en ello.

El lugar estaba bastante lleno. La mayor parte de las mesas estaban ya ocupadas y había filas de clientes arrastrando los pies junto al mostrador: montones de chicos, parejas mayores, algunos muchachos negros encapuchados, con cadenas y cara de pocos amigos. Me formé al final de la fila y comencé a revisar los carteles con el menú. No sé ni por qué me tomaba la molestia. Nunca puedo entenderlos: Mac Trío Grande, Mac Trío Extra Grande, dos Algos por 99 centavos, Esto Mediano y lo Otro Mediano... era demasiado complicado para mí. De cualquier modo siempre pido lo mismo: un Mac Trío de hamburguesa de media libra con queso y café negro.

La fila avanzó.

La mujer frente a mí pensaba en cambiarse a la fila de la izquierda. Podía verla sopesar el asunto, intentando averiguar cuál fila se movía más aprisa. Titubeó, cambió de opinión, finalmente decidió lanzarse. Avancé mientras ella se apartaba, pero de pronto cambió de opinión y se metió de nuevo a la fuerza frente a mí. Retrocedí para darle algo de espacio y comencé a hurgar en mi bolsillo buscando dinero. Papá me había dado veinte libras esa mañana y aún me quedaba algo.

—Asegúrate de comer alguna cosa —me dijo—. Y toma un taxi de vuelta a la estación, si es que ya se ha hecho tarde.

Entonces me lanzó la mirada, esa mirada que dice: «No te voy a sermonear sobre la clase de comida que debes comer o en qué debes gastar el dinero, porque ya eres lo bastante mayor como para actuar de manera responsable... y me gustaría pensar que puedo confiar en ti... pero sólo ten cuidado, ¿está bien?».

Su cara cruzó mi mente por un momento —larga y gris y seria— y me pregunté, tal y como me lo había preguntado muchas veces, por qué siempre me parecía tan distante... tan desapegado, tan lejano. A veces se sentía como si no fuera mi padre en absoluto, sino sólo un hombre alto al que llamaban el doctor Beck y que vivía en mi casa y me decía lo que debía hacer.

Saqué de mi bolsillo un billete de cinco libras. Estaba doblado en un cuadro pequeño y apretado, y al sacarlo la orilla se atoró en el forro de mi bolsillo. Salió volando un puñado de monedas. Quise atraparlas con la otra mano, pero ya repiqueteaban en el piso —*tin tin tin*—, y rodaban como locas por todas partes. Por supuesto, enseguida todos voltearon: miraron el suelo, contemplaron las monedas, las vieron rodar. Dios, qué lejos rodaron. Algunas personas comenzaron a pisarlas o a agacharse para recogerlas, pero a la mayoría le dio igual. Después de una rápida ojeada para ver al chico torpe que había tirado su dinero, se limitaron a sacudir la cabeza y volvieron a lo suyo.

Yo aún podía sentir la cara enrojecida.

Sabía que lo que se esperaba era que yo hiciera algo, pero no quería hacer nada. No quería arrastrarme sobre pies y manos para recoger monedas de 10 centavos. No

quería que la gente me mirara. Pero si *no* comenzaba a recogerlas, si sólo me quedaba ahí parado y las dejaba en el piso, todos pensarían que era un niño malcriado, un niño rico con demasiado dinero a su disposición. Los imaginé pensando: «Míralo, quién se cree que es, ahí parado, tirando su dinero...».

No sabía qué hacer.

Deseo nunca haber entrado ahí.

Al final me decidí por la vía media. Recogería las monedas que estaban a mi alcance, luego echaría un rápido vistazo en torno mío, como si estuviera buscando el resto, después me encogería de hombros y caminaría desenfadadamente de vuelta a la fila. Tal vez intentaría sonreír un poco... ya sabes, una de esas sonrisas de autoconmiseración que dice: «Sí, qué idiota soy, ¿verdad?».

Comenzaba a ensayar la mirada cuando una joven se me acercó para entregarme una moneda de una libra.

—Gracias —le dije.

Sonrió y señaló al otro lado de la habitación:

—Hay otra por allá... Rodó bajo la mesa.

—Es verdad —le respondí mirando ansiosamente a los chicos negros que estaban sentados a la mesa: cabezas rapadas, ojos inyectados, gorras de calavera. Uno de ellos volteó y me lanzó una mirada que me heló la sangre—. Em... sí, gracias —le dije a la mujer—. Será mejor que la recoja después.

Ella se encogió de hombros y volvió a la fila. Miré al suelo. Podía sentir cómo me observaban los chicos negros y notaba cómo mi cara se ponía cada vez más caliente; el sudor escurría bajo mi gorro... Entonces alguien me tocó en el hombro y me dijo:

—¿Quieres que yo la recoja?

Al principio estaba demasiado agitado para reconocer la voz. Era sólo otra voz, la voz de otra buena samaritana que se entrometía para sólo empeorar las cosas. Suspiré para mis adentros y me di la vuelta, dispuesto a decir gracias, pero-no-gracias, pero al voltear y descubrir quién era, las palabras se me esfumaron de la cabeza.

Todo desapareció.

Era ella, por supuesto. La chica de la estación. La chica con la sonrisa y la piel y los ojos...

—No son tan malos como parecen —dijo ella.

Intenté preguntar *¿quiénes?*, pero mi boca se había entumecido. Lo único que conseguí fue hacer un mohín con la boca y lucir como un idiota.

La chica sonrió.

—Esos chicos de la mesa... No son tan terribles como parecen. No les importará que recuperes tu moneda.

—¡Oh! —dije.

Me miró.

Sentí que me hundía en sus ojos.

Su cabeza se sacudió con una pequeña risa, luego dio la vuelta y caminó hacia la

mesa donde estaban sentados los chicos de color. Alzaron la vista mientras ella se acercaba. La chica levantó la mano y dijo algo a uno de ellos. Él se encogió de hombros y enseñó las palmas, luego sonrió y replicó algo. Ella rio, le tocó el brazo, se inclinó y recogió la moneda de una libra que había caído bajo la mesa. Al agacharse, su falda se alzó y los chicos se inclinaron para ver mejor. Uno de ellos cerró los ojos y sacudió la cabeza como si no pudiera soportar aquella visión.

La chica se irguió, saludó con la cabeza a los chicos negros y luego se dio la vuelta y volvió hacia mí.

—Ten —me dijo pasándome la moneda.

—Gracias —le dije—. No tenías que...

—No hay problema.

—Yo estaba... estaba a punto de...

Tocó mi brazo y miró detrás de mí.

—Te toca.

—¿Qué?

Asintió en dirección al mostrador.

—Te toca. Te están esperando.

Miré alrededor. Estaba parado frente al mostrador. De alguna forma me las había arreglado para llegar hasta el frente de la fila. Un chico flacucho con un flequillo caído me miraba expectante detrás del mostrador.

—¿Qué se te ofrece? —me preguntó.

—Sí... perdón. Quiero, eh... Voy a pedir... ummm... —de nuevo miraba hacia el tablero del menú, sin reconocer nada, miraba sólo por mirar. No sabía hacia dónde más voltear y necesitaba tiempo para pensar y reunir el valor necesario para decir lo que quería decir. Debo haber estado ahí mil años, mirando el tablero del menú, viendo fijamente sin ver hacia aquella mancha indescifrable hecha de fotos y palabras, mientras mi corazón repicaba, como un reloj histérico, bombeando sangre y oxígeno a mis músculos, mis células, mis nervios... extremando mis sentidos. Era una sensación realmente extraña. Mi mente iba a toda velocidad, pero yo no podía pensar. Podía verlo todo, cada punto y cada movimiento, pero nada de ello tenía sentido. El silencio dentro de mí era ensordecedor.

Al fin, inspiré hondo, tragué fuerte, vacié mi mente y me dirigí a la chica.

—¿Quieres comer algo? —le dije.

Ella sonrió.

—Pensé que nunca lo dirías.

Hallamos una mesa cerca de la ventana, retiramos la basura y nos sentamos. Yo había comprado lo de siempre y la chica había elegido una dona de chocolate y una Coca extra grande con toneladas de hielo. La miré mientras colocaba la bebida sobre la mesa e inclinaba la boca hacia el popote.

—¿Estás segura de que eso es todo lo que quieres? —pregunté.

Ella asintió mientras sorbía fuerte del popote, bebiendo con la concentración de un niño. Yo desenvolví mi hamburguesa y comencé a comer. Ya no tenía mucha hambre, pero me daba gusto tener algo que hacer con las manos. Las manos nerviosas son difíciles de esconder cuando están ociosas. Mordí y tragué, me limpié de los labios algunos restos de pepinillo, miré mi reloj...

—¿Vas a encontrarte con alguien? —preguntó la chica.

—En realidad, no —le dije.

—¿Perdón?

Tosí porque me había atragantado con un trozo de lechuga al percatarme de lo estúpido de mi respuesta. *En realidad, no*, había dicho. *En realidad no...* ¿Cómo puedes *en realidad no* encontrarte con alguien?

Diablos...

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí... tengo un... *ajem, mh...* discúlpame. Tengo una cita con el médico.

—¿Tienes una qué?

—Me preguntaste si iba a encontrarme con alguien...

—¿Sí?

—Tengo una cita con el médico.

—¡Ah, ya entiendo! Pensé que querías decir que por eso estabas tosiendo.

—No, eso era sólo que... Era sólo tos.

—Ya —asintió sonriendo para sí—. Entonces, eso queda aclarado.

—Sí...

Volvió a su Coca por un momento. Yo recogí unas cuantas migajas de mi hamburguesa y me puse a jugar con la servilleta: la doblaba, la enrollaba y me limpiaba los dedos con ella mientras procuraba no perderme el sonido de los dulces sorbitos al otro lado de la mesa. Luego ambos alzamos la mirada y comenzamos a hablar al mismo tiempo.

—¿A dónde...?

—Normalmente, yo no...

—Lo siento —dije—. Después de ti.

Ella sonrió.

—Te iba a preguntar a dónde ibas. No sabía que hubiera doctores por aquí.

—Pentonville Road —respondí—. Es un consultorio privado...

Alzó las cejas como para decir: *Privado, ¿eh? Vaya, vaya, vaya*, pero no dijo nada, sólo asintió en silencio y mordió su dona.

—Mi papá es doctor —expliqué—. Conoce a otros doctores, ya sabes, amigos suyos...

—Ya veo —dijo ella a través de un bocado de su dona.

—A veces es muy útil...

—Debe serlo. ¿De qué estás enfermo?

Me arremangué y le enseñé el bulto en mi muñeca.

—Uhg —dijo ella—. ¿Qué es eso?

—Nada, en realidad... Es sólo un bulto. Se llama ganglio.

Ella rio escupiendo un poco de chocolate.

—¿Un gan —*qué*?

—Ganglio... es como un... como un músculo... —intentaba recordar lo que mi papá me había explicado acerca de aquel bulto; me lo había explicado con pequeños dibujos y todo, pero en realidad no le había puesto atención—. Tiene algo que ver con el fluido de tus músculos —le dije a la chica—. Como que se escurre y forma este bulto...

—¿Por qué?

—¿Por qué *qué*?

—¿Por qué se escurre?

—No lo sé.

Había terminado su dona y sacaba de su Coca pedazos de hielo. Después los echaba en su boca y los chupaba.

—¿No puede arreglarlo tu papá? —preguntó—. Dijiste que es doctor.

—No es esa clase de doctor.

—Entonces, ¿de qué clase es?

Me sonrojé, como sucede siempre que surge esa pregunta.

—Es un... uh... es un ginecólogo.

No rio ni hizo muecas ni hizo chistes. Sólo mordió su hielo y me miró.

—¿Un ginecólogo?

—Sí... Este otro doctor, el que voy a ver, es un especialista...

—¿Un especialista en bultos?

—Correcto —le dije sonriendo.

Su cara cambió cuando sonreí. No pensé que aquello fuera posible, pero era casi como si se le hubiera desprendido una capa de piel revelando otra cara, una cara aún más hermosa, escondida bajo una máscara.

—Es la primera vez que te veo sonreír —dijo ella mirándome a los ojos—. Deberías hacerlo más a menudo. Te ves realmente bien.

Mi cabeza se arrugó bajo el peso del cumplido y tuve que inclinarla para mirar la mesa. Mi piel estaba tan caliente que podía escucharla arder.

—Lo siento —me dijo en voz baja—. No era mi intención abochornarte. No te estoy ligando ni nada parecido. Sólo te decía, ya sabes... que tienes una linda sonrisa. Nada más. Es la verdad —hizo una pausa—. ¿Prefieres que te diga que eres feo?

Alcé la vista esbozando una sonrisa horrible.

—Eso está mejor —me dijo—. Por cierto, me llamo Candy.

—Joe —le dije—. Joe Beck.

Asintió.

—Gracias por la dona, Joe Bulto.

—De nada.

Nos miramos sonriendo como idiotas. Luego los nervios se apoderaron de mí otra vez y escondí la cabeza en el fondo de mi taza.

Candy rio.

—¿Qué? —pregunté.

—Tú.

—¿Qué?

—Nada...

Seguía riendo cuando metió la mano en su pequeño bolso negro y extrajo un paquete de cigarrillos. Sacó uno y lo prendió con un encendedor desechable.

Mi rostro debió reflejar sorpresa.

—Lo siento —dijo sacando el paquete—. ¿Querías uno?

—No... no, gracias. No fumo —miré ansiosamente el lugar—. ¿Estás segura de que está permitido fumar aquí dentro?

No dijo nada. Sólo se encogió de hombros y exhaló el humo mientras tiraba la ceniza en la envoltura de la dona. Miró a su alrededor, echó una mirada hacia los chicos de color, luego miró por la ventana, calle arriba y abajo, hacia la estación, luego dio otra fumada a su cigarrillo y volvió a mirarme. Sus ojos sonrieron mientras asentía hacia mi gorro.

—¿Usas eso todo el tiempo?

—No siempre...

—Es linda.

—Gracias.

—¿Por qué no te la quitas?

—¿Qué?

—Quítatela... Quiero ver si el resto de tu cabello está tan despeinado como los mechones que alcanzo a ver.

Por alguna razón comencé a sentirme incómodo de nuevo.

—Bueno —le dije—, sabes, tengo que irme pronto... ya voy tarde.

Sólo me miró.

Suspiré y me quité el gorro.

Sus ojos se abrieron a la vista de mi cabello.

—¡Guau! ¿Cómo le haces para *ponértelo* así? ¿Cómo te queda tan desarreglado?

—No es fácil... Toma años de esmerado trabajo.

Rio.

—No es broma —le dije—. El chiste del pelo desarreglado es hacer que se vea desarreglado sin que parezca que *debe* verse desarreglado.

—Haz hecho un muy buen trabajo.

—Muchas gracias.

—De nada.

Esta vez no desvié la mirada. Simplemente sonreí y aparté mi hamburguesa. Ya

estaba fría. Fría y olvidada. No me importaba. ¿Quién necesita una hamburguesa fría mientras habla con una chica linda? Me di cuenta de que estaba conversando con ella. No sólo estaba ahí sentado farfullando y mostrándome apenado; estaba de verdad conversando con ella. Y no sólo eso: incluso comenzaba a disfrutarlo. Aquello era verdaderamente asombroso, pues nunca me sentía a gusto cuando hablaba con chicas. Siempre me sentía nervioso y tembleque, poco seguro de mí mismo... especialmente si la chica en cuestión me gustaba. Y Candy me gustaba. Me gustaba mucho. Me gustaba cómo lucía: su cara, sus ojos, sus labios, sus piernas, su piel. Y me gustaba cómo olía: a jabón y a talco. Todo en ella me emocionaba. Me hacía sentir fresco. Me acaloraba. Me daba frío. Me hacía arder y me ponía el cuerpo al revés. Normalmente, eso me habría aturdido tanto que no habría sido capaz de sentir nada. Pero ahora podía sentirlo. ¡Vaya que podía sentirlo! Y se sentía bien, como una descarga de adrenalina pura...

Claro, eso no quiere decir que *no* me sintiera nervioso o tembleque o inseguro, porque lo estaba. A decir verdad, estaba asustado de muerte: asustado y receloso e incapaz de pensar en una sola buena razón por la cual esta chica increíble estuviera sentada allí, hablando conmigo. ¿Por qué no charlaba con nadie más? ¿Alguien mayor que yo o más inteligente que yo o más alto o más *cool*...?

¿Por qué elegirme a mí?

¿Qué tenía yo que ofrecerle?

Pero no desperdicié mucho tiempo pensando en ello.

Digo... ¿a quién le importa?

Ella estaba inclinada sobre la mesa, la barbilla descansando en su mano. Fumaba su cigarrillo y miraba perezosamente alrededor de la estancia. La punta de su cigarrillo estaba coronada con labial carmesí. Sus ojos brillaban oscuros, húmedos con sombra negra y rímel. Y aunque se veían increíblemente bien, había algo ligeramente perturbador en ellos. No pude comprenderlo al principio, pero después de un rato entendí de qué se trataba: eran sus pupilas. Eran realmente pequeñas, como diminutos agujeros negros, encogidos y vacíos. Como alfilerazos de oscuridad.

—¿Qué es eso que traes en las uñas? —preguntó de repente.

—¿Qué?

—Tus dedos...

Miré mis manos.

—¿Dónde?

—Ahí —dijo tocando los dedos de mi mano izquierda. Me puse rígido. Su tacto era electrizante, caliente y frío, distinto de todo lo que había sentido hasta entonces —. ¿Qué es? —preguntó mientras sostenía mis dedos.

—Nada...

—¿Duele?

—No.

—¿Qué es?

Miré de nuevo hacia abajo y de pronto me di cuenta de a qué se refería.

—¡Ah, eso! —dije—. Es sólo piel endurecida... callos... por tocar la guitarra.

—¿Tocas la guitarra?

Asentí.

Me miró.

—¿Eres bueno?

—No sé. Supongo que toco bien...

—¿Se te ponen así los dedos por tocar la guitarra?

—Sí, ya sabes. Por apretar las cuerdas...

—¿Qué clase de guitarra?

—Bajo, principalmente.

—¿De veras? ¿Estás en un grupo o algo así?

—Bueno —dije mientras comenzaba a sentirme de nuevo avergonzado—. Más o menos...

—¿Qué quieres decir con *más o menos*?

—Sí, tengo un grupo.

—¿Qué? ¿Un grupo de verdad? ¿Dan conciertos y esas cosas?

—Sí.

—¿En serio?

—Bueno, ya sabes. Son más bien eventos locales. Pubs y antros, eventos escolares...

No me gustaba hablar nunca sobre mi banda. Me hacía sentir pretencioso, algo así como: ¡Ah, claro! *Estoy en una banda, ya sabes...* Como si estar en una banda fuera una especie de logro increíblemente admirable. No me importaba *hacerlo* —me encantaba pertenecer a una banda—, es sólo que no me gustaba hablar del asunto. Me hacía sentir incómodo... y en ese momento yo estaba de por sí bastante incómodo. Candy aún sostenía las puntas de mis dedos, las rozaba delicadamente con las uñas, lo cual era agradable, pero aquello comenzaba a volverse un poco *demasiado* agradable...

—¿Algún disco? —preguntó.

—Aún no.

—¿Cómo se llaman?

Titubeé.

—Anda, dime... puede que haya oído hablar de ustedes.

—Lo dudo... Nos llamamos Los Katies.

—¿Katies? ¿Como el nombre de niña?

—Sí.

—¿Por qué?

Retiré con cuidado mi mano de la suya y limpié de mis labios una gota de sudor.

—Bueno, solíamos llamarnos Kate's Bored...

—¿Bored? ¿Como *aburrido*?

—Sí, un juego de palabras con las patinetas.

Parecía confundida.

—*Skateboard* —dije—. ¿*Skateboard: Kate's Bored?*

—Ah, ya. ¿Y qué tienen que ver las patinetas con todo eso?

—Pues que tocamos rolas medio en la onda de la patineta...

—¿Rolas rápidas y punketas?

—Sí, ese tipo de cosas —para entonces había recuperado ambas manos y me sentía un poco más relajado—. Buscábamos un nombre cuando empezamos —expliqué—, y alguien inventó lo de *Kate's Bored*. Ya sé que es bastante tonto, pero no se nos ocurrió nada mejor.

—Y entonces lo abreviaron a Los Katies...

—No exactamente. Más bien así comenzaron a llamarnos.

—¿Quiénes?

Me encogí de hombros:

—Los chicos que vienen a vernos.

—¿Tienes fans?

—No son fans exactamente... sólo una bola de amigos que nos siguen por ahí.

—Que bien. Debe de ser maravilloso.

—Sí, es bastante divertido. Bueno, no nos pagan mucho ni nada por el estilo... al menos no todavía. Pronto haremos una tocada...

En ese momento me interrumpí. Candy había dejado de escucharme. Se había enderezado y miraba algo con ojos de plato sobre mi hombro.

—¿Estás bien? —le pregunté—. ¿Qué pasa?

No pareció escucharme. Sus ojos estaban helados y su cara había palidecido.

—Mierda —dijo en voz baja.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—No voltees —susurró mientras encendía con prisa otro cigarrillo—. No digas nada. Sólo finge saber de qué estoy hablando, ¿de acuerdo?

—¿Qué? ¿Qué es lo que...?

—*Por favor* —murmuró mirando de nuevo sobre mi hombro. Ahora sonreía, pero no era la misma sonrisa a la que comenzaba a acostumbrarme. Era una sonrisa de miedo.

Le temblaban las manos.

Temblaban sus labios.

Entonces cayó una sombra sobre la mesa... y el aire se heló.

DOS

El tipo negro que se sentó entre nosotros tenía los ojos más vacíos que haya visto jamás: vacíos de emociones, vacíos de corazón, vacíos de todo excepto de sí mismos. Era un hombre alto, medía como dos metros, tenía una cabeza pesada, el pelo cortado a rape y una barba de pocos días que parecía quemada. Su rostro era una máscara mortuoria.

Ni siquiera me miró. Sólo se sentó y se quedó mirando fijamente a Candy. Sus ojos la atravesaron. Ella ya no estaba ahí. Era un fantasma. Ojos parpadeantes, labios que se movían nerviosos...

—Hey, Iggy —comenzó a decir.

—¿Qué haces? —le dijo él.

Su voz era negra y dura.

—Nada —sonrió—. Sólo estaba...

—No me digas que *nada*.

—No, bueno, no quería decir que...

—¿Quién es el chico?

Candy movió los ojos hacia mí, luego los volvió enseguida hacia Iggy. Parecía intimidada por él, casi embrujada. Su cara mostraba un conflicto entre el odio, el miedo y la adoración. Iggy sólo estaba ahí sentado, inamovible. Aún no hacía caso a mi presencia. Era como si yo no existiera. Yo no era nadie para él: un mueble o una mancha en la mesa. Lo cual me venía perfecto... durante uno o dos segundos. Ahora empezaba a aterrarme.

—¿Quién es el chico? —repitió.

—Yo... acabo de conocerlo —tartamudeó Candy—. En la estación...

—¿Negocios?

Ella titubeó por un momento, lamiéndose nerviosamente los labios, y dijo:

—Sí, claro. Por supuesto...

—¿Sí? —dijo Iggy, con los ojos blancos de tan brillantes—. Entonces, ¿qué hacen aquí?

—Ya nos íbamos —dijo Candy tratando de parecer casual.

—No me quieras ver la cara, niña.

—No... en serio, Iggy. Él sólo quería pedir algo de comer antes. Después de

eso...

—¿Ya ha pagado?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Lo de siempre.

—Muéstrame.

Candy apagó su cigarrillo y comenzó a hurgar en su bolso. Iggy seguía mirándola. Yo no sabía hacia dónde mirar. No sabía qué estaba pasando; sólo sabía que algo no andaba bien. Mi corazón latía con fuerza, mi boca estaba seca y sentía el estómago revuelto y amargo. Recorrí la estancia con ojos nerviosos. Todo parecía normal: gente comiendo, gente que hacía fila, a nadie le importaba nada. Afuera, las calles estaban un poco menos llenas, el cielo un poco más oscuro. La tarde casi llegaba a su fin. La multitud de la tarde había desaparecido; comenzaba la vida nocturna.

—Ahí está —dijo Candy mostrando a Iggy un fajo de billetes—. ¿Ves? Yo no te mentaría, Iggy, ya sabes que no lo haría...

Iggy no miró el dinero, ni siquiera parpadeó. Sólo continuó mirándola fijamente: callado y oscuro, aplastando a Candy bajo un silencio avasallador. Mientras ella estaba ahí sentada, marchitándose bajo el peso de aquellos ojos, un billete de 10 libras cayó de sus dedos revoloteando hasta la mesa. Ella no pareció notarlo.

—Levántalo —le dijo Iggy.

Ella lo levantó.

—Guárdalo —le dijo.

Ella dobló el dinero y lo guardó en su bolso. Luego volvió a mirar a Iggy. Él no se movió. Sólo espero a que ella bajara la vista. Luego asintió una vez, se chupó los dientes y giró lentamente hacia mí.

Sabía que iba a ocurrir. Lo veía venir. A pesar de la situación, llegué a pensar que estaba listo. Cuando sus ojos finalmente se posaron en los míos y me sentí inundar por un brote de miedo, supe que estaba equivocado. *Nunca* estaría listo para algo así. Esto —el vacío helado en los ojos de Iggy— era un mundo aparte, un mundo del que yo no sabía nada, un mundo de violencia, dolor y oscuridad. Me sentí tan pequeño, tan débil, tan estúpido.

—¿Qué quieres? —me preguntó Iggy.

Abrí la boca pero nada salió.

—Vamos, Iggy —suplicó Candy—. Es sólo...

—Cállate —le dijo él sin dejar de mirarme—. Te pregunté qué querías, chico.

—Nada —dije tragando fuerte, }.

—¿Nada? —dijo él—. ¿Pagaste buen dinero por nada?

—No... murmuré. No, quise decir que...

—¿Le pagaste a la niña?

«¿Que si pagué? ¿Por qué? No le he pagado por nada...». Sin embargo ella ya le había dicho que sí y podía sentir su mirada suplicándome que no dijera más.

De modo que dije:

—Bueno... sí... sí le pagué...

—No le pagaste por nada —dijo Iggy mirando a Candy como un carnicero miraría un montón de carne—. No harías *nada* con una pieza como ésta. A menos que no funciones bien. ¿Funcionas bien?

—Sí.

—¿Eres raro?

—No lo sé...

—¿No *lo sabes*?

Miré hacia la mesa.

—¡Oye! —dijo Iggy—. Mírame cuando te hable. ¡*Mírame!*

Alcé la vista. Ahora Iggy sonreía. Su boca era una cueva ennegrecida, bordeada por dientes coronados de oro.

—Mírala —me ordenó.

—¿Qué?

—¡Mira a la perra!

Miré a Candy. Carecía de vida, los ojos húmedos, contemplaba la mesa con pupilas vacías.

—¿Te gusta? —preguntó Iggy—. ¿La quieres?

No pude responder.

Iggy se rio de mí con un sonido frío y silbante.

—¿Cuánto? —dijo.

—Yo no...

—¿Cuánto le has dado?

Volví a mirar a Candy.

—No la mires a ella. Mírame a mí. Te he preguntado cuánto.

Sacudí la cabeza.

—Está bien —dijo—. ¿Le pagaste para hacer qué?

—Ella estaba...

—Te explicó de qué se trata, ¿verdad? ¿Sabes lo que vas a recibir?

—Yo sólo...

—¿Qué? ¿Tú *sólo qué*?

—Ya está bien —dijo Candy con suavidad—. Es suficiente.

Iggy enmudeció. Siguió mirándome fijamente por un momento, chupando su mejilla pensativo. Luego se sorbió con fuerza la nariz y se volvió hacia Candy.

—¿Tú qué? —dijo alzando una ceja.

Ahora ella apenas podía mirarlo: cabeza gacha, ojos escondidos, las manos jugueteando nerviosamente con un pequeño trozo de cartón en su regazo, enrollándolo en forma de tubo, desenrollándolo, torciéndolo, doblándolo...

—Lo siento —susurró—. Sólo estaba hablando con él. Eso es todo. Yo no... nosotros no... Es sólo un niño. No sabe nada.

Iggy guardó silencio.

Candy sonrió a través de sus lágrimas.

—No volverá a pasar...

—Ya lo creo —dijo Iggy con frialdad.

—No tienes que...

—¿Qué?

—Nada... lo siento. Por favor, no...

—¡Cállate! —se volvió hacia mí y ladeó la cabeza hacia la puerta—. ¡Fuera!

Me le quedé viendo como un tonto.

—¡Que te largues! ¡Ahora!

Miré a Candy, luego otra vez a Iggy.

—Mira —intenté explicar—, no fue su culpa...

Pero él ya no escuchaba.

Su cara se había endurecido. Comenzaba a levantarse. Yo ruaba demasiado impresionado para moverme. Lo único que pude hacer fue sentarme ahí y observar mientras él se ponía de pie, se erguía y...

¡Diablos! ¡Qué grande era! Era *enorme*. Grande, alto, pesado, ancho, fuerte, sólido como una roca... se elevaba sobre la mesa como un gigante de acero negro.

Mientras él pateaba su silla hacia atrás y comenzaba a moverse en mi dirección, Candy se inclinó hacia mí y me empujó a un lado.

—¡No! —gritó con desesperación dirigiéndose a Iggy—. No, está bien... Mira, ya se va. Se va ahora mismo. No tienes que hacerle nada, ¿ves? Ya se va.

Me miró de soslayo, suplicándome con los ojos que me marchara, pero pudo ahorrarse la molestia: para entonces yo ya había comenzado a levantarme. Candy se estiró hacia mi silla. Sentí su mano rozar mi cadera. Luego regresó velozmente a su sitio y volvió a mirar a Iggy. Seguía de pie detrás de mí. Lanzó hacia ella una mirada furibunda, apretando la mandíbula. Por un momento creí que iba a matarla. Podía verlo en sus ojos. La mataría y después me mataría a mí... De veras lo creí. Al final, después de lo que me pareció una eternidad, su cara comenzó a relajarse y lentamente se hundió de nuevo en su asiento.

—Tienes suerte —dijo en voz baja.

Me alejé de la mesa y recuperé el equilibrio sosteniéndome de una silla. Me temblaban las piernas y se me había cerrado la garganta. Podía sentir el silencio circundante: el silencio de la violencia succionando el aire de mis pulmones. Podía percibir a algunas personas que miraban, susurraban y cuchicheaban entre sí, pero no conseguía verlas. Lo único que podía distinguir era un angosto túnel negro, yo en un extremo y una máscara mortuoria en el otro, y un lívido fantasma blanco flotando en algún punto entre nosotros.

Aparté mis ojos de la máscara y miré hacia el fantasma, pero ella no me miró de vuelta. Sus ojos bajos decían «Vete, por favor... por Dios, sólo vete».

No tuve las agallas para decir que no, de modo que sólo di media vuelta y

comencé a alejarme.

—Oye —dijo Iggy.

No *quería* detenerme —quería seguir andando para nunca volver—, pero no pude evitarlo. Era esa clase de voz...

Me detuve.

Hice una pausa.

Luego di media vuelta.

Iggy se recargaba en el respaldo de la silla y me miraba con un frío incisivo en los ojos.

—¿Te gustaría una sonrisa? —dijo con suavidad.

No supe qué decir. Ni siquiera supe lo que él había querido decir. Lo miré con curiosidad mientras él sonreía y alzaba la mano. Luego hizo lentamente una señal, cruzándose el cuello con el dedo índice.

—Si te vuelvo a ver —dijo—, sonreirás hasta los huesos.

TRES

No recuerdo mucho de mi viaje de vuelta a casa. Recuerdo haber ido al médico y haber tomado el metro de regreso a la estación de Liverpool Street. Vagamente recuerdo también haber esperado en la sala de la estación, haber caminado luego en el andén y entrado en el tren. Después de eso mi mente está en Manco. No consigo recordar nada de aquel viaje. Lo único que recuerdo es que iba pensando: pensando en Candy, pensando en Iggy, pensando en mí... pensándome en un abismo. Candy... Iggy... Candy... yo... Candy... Iggy... Candy... yo... voces... caras... cuerpos... ojos... Candy... Iggy... Candy... yo...

Y sin que yo lo notase, el tren ya aminoraba la marcha y entraba en la estación de Heystone.

No bajaron muchos pasajeros de aquel tren. Un par de viajeros medio ebrios, un anciano barbón con una gorra de cazador, una mujer ejecutiva en zapatos taconeantes... Eso fue todo. No se quedaron mucho rato. Salieron al estacionamiento, subieron a sus autos y se fueron antes de que el tren hubiera dejado la platalorma. Yo esperé a que el tren se marchara, mirándolo traquetear fuera de la estación, alejarse vía arriba, desaparecer en la distante oscuridad... hasta que no hubo nada más que ver. Permanecí ahí parado durante un rato, mirando fijamente hacia la nada, escuchando cómo el reloj de la estación descartaba uno a uno sus segundos digitales: *clac... clac... clac...* Luego me volví y fui en busca de un taxi.

Afuera de la estación todo estaba en silencio: las calles, el estacionamiento, los campos circundantes. Nada se movía, nada hacía ruido. Ningún auto, ningún loco, ninguna luz parpadeante...

Ninguna chica.

Ninguna amenaza.

Ningún miedo.

Ningún caos.

Tampoco ningún taxi.

El sitio estaba vacío. Cerrado por la noche.

Realmente no importaba. Mi casa no está lejos de la estación: a lo largo de

Station Road, atravesando el puente, hacia abajo por Church Lane y hacia la avenida. Era una noche clara, fresca y ventosa, perfecta para caminar, de modo que me fui andando. Caminé despacio, respirando profundamente, tratando de poner mis pensamientos en orden.

A veces, cuando camino, el sonido de mis pisadas me ayuda a pensar. Es por el ritmo regular, supongo, el metronómico sonido de los pies sobre el concreto: *tap, tap... tap, tap... tap, tap... tap, tap... tap, tap...* que pulsa como el latido de un corazón, apaciguando el cuerpo y liberando la mente para pensar. No siempre funciona, pero esperaba que esa noche lo hiciera, pues mi mente y mi cuerpo seguían en *shock*: las serpientes atemorizantes seguían retorciéndose en mi estómago, me daban náusea; la quijada me dolía de tanto apretar los dientes; mi corazón se desgarraba; lo peor de todo era que una molesta vocecilla seguía lamentándose desde el fondo de mi mente, recordándome una y otra vez lo que *pudo* pasar, lo que *estuvo* cerca de pasar, lo que *casi* pasó. «Tuviste suerte, en realidad —seguía diciéndome—. Lo sabes, ¿no? Tuviste mucha suerte. Pudo haber sido mucho peor...».

Lo sabía.

Sabía muchas cosas.

Sabía que Candy era una prostituta y que Iggy la explotaba. Sabía que vendía su cuerpo, que pasaba el día entero haciendo cosas que yo apenas podía imaginar, que probablemente ni siquiera se llamaba Candy. Sabía que había estado engañándome, que había estado jugando alguna especie de juego, divirtiéndose a mi costa. Sí, sabía todo eso, pero no *quería* saberlo. Quería creer que Candy era sólo una chica... una chica a la que había conocido en la estación... una chica a la cual yo le gustaba...

Pero no era yo *tan* inocente.

No, no había forma de escapar de algo así: Candy era una prostituta e Iggy la explotaba. Y eso debía haber sido todo, en realidad. El final de una muy corta —y muy vergonzosa— historia de amor: chico conoce a chica, chica sonrío al chico, él le compra una dona, ella le hace cosquillas en los dedos, él se convierte en gelatina; luego el proxeneta conoce al chico y le pone un susto de muerte y el chico se va a casa sintiéndose un idiota.

Fin.

Así debía haber sido.

Y así había sido... hasta cierto punto.

Sí, estaba asustado de muerte.

Sí, me sentía idiota.

Sí, iba de vuelta a casa.

Pero había algo más... algo que no me dejaba ir... algo que había comenzado con el roce de sus dedos.

El roce seguía allí.

El roce de Candy. Aún podía sentirlo, impreso en la memoria de mi piel: caliente, eléctrico, eterno, el roce de otra persona. Era estimulante, cosquilleante,

intoxicante... Y mientras andaba por las calles no podía dejar de mirar mis dedos, contemplaba sus contornos y mis nudillos, buscaba el lugar exacto donde ella me había tocado. Quería seguir sintiendo mi piel, sentir el recuerdo desde fuera, pero temía que si tocaba mi piel de alguna manera se disiparía ese sentimiento...

Y eso era sólo el principio.

Muy en el fondo de mí mismo, enterrado bajo todo aquel caos, notaba un sentimiento que nunca antes había experimentado. No sabía qué era. No sabía si era un sentimiento malo o un sentimiento bueno o algo intermedio... Ni siquiera estaba seguro de que fuera un sentimiento. Era sólo algo: una sombra desconocida, una señal apenas perceptible, como una vela parpadeante en un monte lejano. Sabía que estaba ahí, pero la mayor parte del tiempo era demasiado débil para ser vista, e incluso cuando yo podía verla, no podía saber si la veía o la escuchaba o la olía o la sentía...

Eran demasiadas cosas a la vez: una luz en la oscuridad, un clamor, el aroma de piel recién lavada, un olvido maravilloso...

No tenía sentido.

Tampoco yo.

Ya estaba en el final de la avenida, pero no podía recordar cómo había llegado allí. Y no sabía por qué estaba parado al pie de la cochera, afuera de mi casa, contemplando la luna, pero eso hacía. Y debo haberlo hecho durante un buen rato, pues mis manos y mi cara estaban congeladas y mi cuello estaba tieso como un tablón.

Sólo Dios sabe qué buscaba allá arriba.

No había nada para mí allá arriba.

Abrí la reja y me eché a andar por el camino de grava.

La casa parecía en calma —silenciosa y quieta, las cortinas cerradas, luces tenues—, pero eso no era raro. Es una vieja casa parroquial, nuestra casa: un edificio de tres pisos de piedra gris apartado de la calle y ubicado en media hectárea de jardines, pinos y setos bien cuidados. *Siempre se ve en calma.*

A veces, demasiado tranquila.

No era tan malo cuando mamá aún vivía aquí y papá tenía su consultorio en un par de habitaciones de la planta baja. Pero mamá ya hace rato que se fue y el año pasado papá abrió un consultorio nuevo y muy elegante en Chelmsford, de modo que ahora la casa se siente vacía y lúgubre la mayor parte del tiempo.

No es que me incomode que se vea lúgubre y vacía. De hecho, eso me agrada bastante; en especial reboza comodidad, vaya que sí. Comodidad, seguridad, calor, tranquilidad...

Hogar, dulce hogar.

Papá había estacionado el auto al final del camino. Me había dicho que saldría en la noche y esperaba que ya se hubiera marchado, pero al parecer yo no andaba de

suerte.

Tampoco es que importara mucho.

Simplemente no tenía muchas ganas de verlo.

No tenía muchas ganas de nada.

Cuando abrí la puerta principal, papá estaba parado en el pasillo poniéndose el abrigo.

—¿Dónde demonios estabas? —me preguntó mirando su reloj—. Son casi las diez.

—Los trenes se retrasaron —respondí cerrando la puerta.

Sacudió la cabeza.

—Acabo de llamar... me dijeron que no había habido ningún retraso.

—Me refería a los trenes del metro —mentí—. El metro venía con retraso.

—¿De verdad?

—Sí. Hubo alguna especie de problema en King's Cross...

—Debiste haberme llamado.

—Sí, lo sé...

—He estado tratando de llamarte. No podía comunicarme a tu celular...

—Olvidé recargarlo, lo siento.

Me lanzó una de sus miradas serias —una especie de mirada de doctor con cara larga—, luego sacudió la cabeza, al parecer satisfecho, y comenzó a abotonarse el abrigo.

—¿Llegaste a tiempo con el doctor Hemmings?

—Llegué un poco tarde —le dije—. No le importó...

Papá asintió, acercándose.

—¿Cómo te fue? ¿Qué te dijo acerca del ganglio? ¿Te lo quitó?

Extendí el brazo y le enseñé a papá mi muñeca sin el bulto. Sin cicatriz, sin puntos, sólo una pequeña y rojiza marca de aguja.

Papá preguntó:

—¿La aspiró?

—Sí... sacó todo con una enorme aguja gorda.

Papá echó un vistazo a mi muñeca, sus manos grandes y delicadas la exploraron con cuidado.

—Hmmm... —dijo—. Se ve muy bien. ¿Te dolió?

—No. Me puso una inyección de cortisona.

—Bien —recorrió cuidadosamente mi muñeca con el dedo—. Limpia y bien hecha. Un buen trabajo —me miró mientras sostenía mi mano—. De verdad debiste llamarme, Joe. Comenzaba a preocuparme. Si vas a llegar tarde...

—Sí, perdón.

—Para eso es tu celular...

—Sí, ya sé, papá... Sólo que no me di cuenta de la hora que era —retiré la mano y comencé a quitarme la chamarra—. ¿Vas a salir ahora? —le pregunté por cambiar de tema.

—Sólo un rato —me dijo mirando su reloj.

—¿Vas de nuevo a ver a mamá?

Asintió jugueteando torpemente con su corbata.

Colgué mi chamarra en el perchero.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Está bien... —sonrió apenas y estiró la mano hacia la perilla de la puerta—. Mira, más vale que me vaya. Gina está arriba con Mike. Si quieres algo de comer, hay algo de pollo frío en el refrigerador... Y asegúrate de acompañarlo con un poco de ensalada —abrió la puerta y se subió el cuello del abrigo—. No te desveles mucho... Tienes escuela mañana.

—Está bien.

Asintió de nuevo, titubeó un momento. Luego salió y cerró la puerta.

Les diré lo que es raro. Cuando tus padres se divorcian y tu mamá se muda a otra casa, dejándote a ti y a tu hermana con tu papá, y tu mamá nunca viene a visitarte. Y luego, un año después, tu papá y tu mamá comienzan a verse de nuevo, vuelven a salir, se enamoran de nuevo, y ella *sigue* sin visitarte...

Eso sí que es raro.

Cuando papá se marchó subí a mi habitación y me acosté en el suelo. Me gusta acostarme en el suelo. Es un buen lugar para estar. Puedes cerrar los ojos y sentir cómo la casa ondea por tu espina dorsal. Puedes escuchar el sonido de tu corazón, el sonido de tu sangre, el sonido de la maquinaria bajo tu piel. Puedes abrir los ojos y mirar fijamente el techo imaginando que es tu cielo personal. O puedes sólo quedarte ahí, perfectamente quieto, sin hacer absolutamente nada.

Lo intenté toda la noche, pero nada de eso pareció ayudarme. El sonido de mi corazón me resultaba demasiado enervante, y los únicos movimientos que podía escuchar eran los de Gina y Mike en la habitación superior.

Gina es mi hermana y Mike es su novio.

Probablemente me escucharon entrar, de modo que de hecho no estaban *haciendo* nada, si saben a qué me refiero. Por lo que alcanzaba a escuchar, sólo estaban sentados, hablando en voz baja, moviéndose ocasionalmente por ahí, siguiendo con los pies el suave ritmo de su R&B.

Diablos, odio el R&B, ese espantoso lamento, esas patéticas voces lastimeras: realmente me pone de nervios. Cuando era más joven, Gina escuchaba R&B *todo* el tiempo, a todo volumen, día y noche. Solía volverme loco.

—¿Cómo puedes escuchar eso?

—Me gusta.

—Pero es tan deprimente...

Ya no me molesta tanto. Todavía no me gusta y aún me quejo de vez en cuando, pero ya me di por vencido tratando de cambiar lo que Gina piensa. Le gusta el R&B, la hace feliz, y eso es lo único que importa.

Como sea, me quedé ahí un rato, tratando de ignorar la música atenuada, intentando perderme en los patrones de mi cielo texturizado, pero no me sirvió de mucho. No pude relajarme.

Me levanté y encendí la televisión, subí el volumen lo bastante como para ahogar la música. Luego, tomé mi guitarra del rincón del cuarto y comencé a rasgar algunos acordes. Hasta donde podía percatarme, no estaba tocando nada en particular, sólo rasgaba las cuerdas... sólo para ver qué sucedía... distraídamente, repitiendo los mismos acordes mágicos: Sol a Do, Do a Sol, una y otra vez... despacio, profundo y pesado, abierto y crudo, dejando que las armonías se encontraran por sí solas.

Al cabo de un rato, comenzó a aparecer la esencia de una canción. Dulce y hechizante, una melodía impregnada de tristeza...

No era mi intención hacerla triste, pero así me sentía. Y de eso se trata la música: de sonar como te sientes.

Sé que suena un poco patético: estar ahí sentado compadeciéndome, tocando el *blues* del corazón roto como si acabara de perder el amor de mi vida cuando, de hecho, lo único que había perdido era mi dignidad, pero, como dije antes, ser patético no es lo peor del mundo, ¿o sí?

Una de las mejores cosas de la música es cómo mata el tiempo. Puedes estar sentado durante horas, componiendo canciones, tocando pequeñas tonadas, jugando con distintos acordes y distintas variaciones, y el tiempo parece evaporarse. A veces es realmente extraño. Puedes tomar tu guitarra a las diez de la mañana, comenzar a tocar... y cuando te das cuenta son las cuatro de la tarde. Y no te has movido. Y no has comido. No has ido al baño. Es casi como si te hubieras drogado, y cuando finalmente vuelves en ti, no puedes recordar qué has estado haciendo.

Pero se siente bien.

Eso sucedió aquella noche.

Perdido en el tiempo, perdido en la música, perdido en otro mundo, comencé gradualmente a percatarme de una voz. Era débil al principio, flotaba al filo de mi conciencia y yo no podía entender lo que decía. Conforme se fue acercando, sin

embargo, la voz se hizo más clara: «Joe —decía—. Hey... ¿Joe?». Pensé que sería mi imaginación, pero luego escuché de nuevo, más claramente esta vez, y lentamente me di cuenta de que seguía en mi habitación, todavía estaba sentado en mi cama, aún tocaba la guitarra. Era la voz de Gina.

—Joe —preguntó de nuevo—. ¿Estás bien?

Dejé de tocar y alcé la vista para ver a mi hermana parada en el quicio de la puerta con una mirada divertida en el rostro.

—¿Quién es Candy? —me dijo.

—¿Qué?

—Candy... cantabas algo sobre una tal Candy.

Por un breve instante no supe de qué hablaba. Luego mis dedos rozaron las cuerdas de la guitarra, arrancando la nota que aún pisaba, y la melodía volvió a mí. La melodía, la tonada, la letra que había estado cantando...

—¿Cuánto tiempo llevas escuchando? —le pregunté a Gina, un poco avergonzado.

—No mucho —sonrió—. Toqué a tu puerta, pero no respondiste. Sólo quería cerciorarme de que estabas bien, nada más —entró en la habitación y fue hacia la ventana—. Sonaba realmente bien —dijo—. La canción que tocabas... ¿La compusiste tú?

—Sólo jugueteaba —dije mientras acomodaba el plectro en las cuerdas y bajaba la guitarra—. ¿Qué hora es?

—Doce y media... o algo así —se apartó de la ventana y volvió hacia la puerta—. Iba a hacer un poco de té antes de que se vaya Mike. ¿Quieres una taza?

—¿Ya regresó papá?

Sacudió la cabeza.

—Cada vez llega más tarde. La otra noche llegó a casa casi a las tres.

—Sí, lo sé.

—Si sigue así, tendremos que castigarlo sin salir.

La miré, reconociendo la tristeza detrás de su sonrisa. En realidad, Gina no se llevaba muy bien con mamá, y aunque nunca había dicho nada al respecto, yo sabía que no le gustaba la idea de que mamá y papá volvieran. Para ser honesto, a mí tampoco me encantaba la idea, aunque no me molestaba tanto como a Gina.

—Entonces, ¿quieres un poco de té? —preguntó.

Asentí.

Gina sonrió de nuevo.

—Mike está en la cocina. ¿Por qué no bajas y nos cuentas todo sobre Candy?

—No hay nada que contar. Es sólo una canción...

—Ah, ¿sí?

Me sonrojé pensando en Candy: su presencia, su cuerpo, su cara, su voz, su *ser*...

—Vamos, Joe —dijo Gina—. Soy tu hermana y puedes contarme. Siempre nos contamos todo.

—No, no lo hacemos.

—Bueno, pues deberíamos —sonrió.

—Tú no me cuentas nada.

—Claro que sí.

—¿Como qué? ¿Cuándo fue la última vez que me contaste algo?

—Justo ahora.

—¿Cuándo?

—Te acabo de contar que iba a preparar té, ¿o no? ¿Qué más quieres?

Le lancé una mirada fulminante. Luego me levanté y fui hacia la ventana para cerrar las cortinas.

—Está bien —dijo—. Te contaré algo... Bajas y nos cuentas de Candy, y nosotros te contaremos algo sobre nosotros. Algo que nadie más sabe, ¿qué tal?

—No estoy seguro de *querer* saber nada sobre ustedes.

—Sí quieres.

—Probablemente sea bastante aburrido...

—¿Tú crees?

La miré. Tenía casi veintitrés años, pero aún no se veía mayor que yo. De hecho, a veces la gente pensaba que Gina era mi hermana menor. Tenía la frescura de una mirada franca, como de niña pequeña, toda ojos azules, cabello dorado y piel inmaculada. A veces daban ganas de vomitar. Pero esa noche, mientras estaba ahí parada sonriéndome, vestida con una sencilla camiseta blanca y jeans, no había confusión posible sobre lo que era: una hermosa joven que significaba todo para mí.

—Vamos, pues —le dije—. Prepara el té. Yo bajaré en un minuto.

Gina conoció a Mike hace un par de años, cuando ella visitaba el hospital local como parte de su curso de enfermería. Mike trabajaba entonces de portero, y creo que tropezaron en el pasillo o algo así. Un saludo rápido, una charla amistosa, y eso fue todo. Desde entonces han sido inseparables. Gina está loca por él. Ella piensa que Mike es lo mejor que le ha pasado, y es probable que tenga razón. Es amable, divertido, serio, inteligente: protector pero no posesivo, amistoso sin ser condescendiente, *cool* sin proponérselo. De hecho, ahora que lo pienso, es hasta demasiado bueno para ser cierto, pero es cierto, lo cual hace aún más desconcertante que no le caiga bien a papá.

—Es porque es negro —dijo Gina una vez—. A papá no le gusta que salga con un chico negro.

—Papá no es así —le dije—. Puede ser un poco anticuado, de ideas un tanto fijas, pero no es así.

—¿Que no?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué no quiere a Mike?

—No sé. Tal vez porque es portero en un hospital...

—¿Y qué hay de malo en eso? No hay nada de malo en ser portero, por Dios.

—Lo sé. No digo que haya algo de malo en eso, pero ya sabes cómo es papá...

—Sí, es un esnob. Piensa que sólo porque Mike tiene un empleo que no exige un título, no es lo bastante *respetable* para mí. ¡Dios! ¡Es tan cerrado! Digo, ¿viste su expresión el otro día cuando le dije que Mike era DJ? No se habría visto más asqueado si le hubiera dicho que mi novio era un asesino.

Mike solía pasar su tiempo libre haciendo de DJ en antros por todo Essex y Londres. Eso era igual a muchos desvelos en un montón de lugares extraños con mucha gente rara, pero en verdad le gustaba hacerlo. Por eso no le importaba ser portero. Ser portero era su empleo; pero ser un DJ era su *vocación*. Papá, por supuesto, no podía entenderlo. No podía entender cómo alguien podía tener sólo un empleo en lugar de una carrera, cómo alguien hacía algo sólo por gusto.

Estaba más allá de su comprensión.

Como sea, hace unos seis meses Mike renunció a su empleo como portero y abrió su propio negocio en Romford, vendiendo y rentando equipo para DJ: tornamesas, mezcladoras, sistemas de audio, esa clase de cosas. Al principio seguía haciendo de DJ, pero al cabo de un tiempo se dio cuenta de que le gustaba la parte del negocio casi tanto como ser DJ. Además, era menos cansado y más lucrativo. De modo que ahora está casi retirado de ser DJ, y le va bastante bien con su negocio. Se ha creado un nombre y ha hecho mucho dinero, pero eso le da igual a papá. Aún no lo tolera. Lo cual, por decir lo menos, entorpece un poco las cosas de vez en cuando.

De modo que no supe qué decir cuando bajé a la cocina esa noche y Gina me dijo que Mike le había pedido casarse con él. No supe qué decir. Claro que estaba contento por ellos y era muy lindo ver la emoción en sus caras, pero no pude dejar de pensar en lo que diría papá.

—¿Ya le dijiste? —le pregunté a Gina.

Sacudió la cabeza.

—Mike me lo acaba de pedir esta noche... Mira... —movió el dedo hacia mí para presumirme un pequeño anillo plateado.

—Muy bonito —dije mirando a Mike—. Supongo que te sobraron algunos regalos de la Navidad pasada.

—Permíteme informarte que es un anillo de platino de alta calidad —dijo Mike.

—¿Quién te dijo eso?

—El chico que los vendía en el *pub*. Alta calidad, dijo, platino de cuarenta y ocho kilates, de mucha clase.

—Bienes de clase alta para un chico de clase alta.

—Así es.

Dirigió una sonrisa a Gina desde el extremo de la mesa. La hizo sonreír como a una idiota. Yo me descubrí mirándolo, preguntándome por qué Mike no me asustaba de la misma forma en que Iggy lo hacía. Era una comparación incómoda y me hizo

sentir realmente estúpido, pues sabía que sólo hacía aquella comparación porque ambos eran grandes y negros, y eso no tenía ningún sentido. Yo no le tenía miedo a Iggy porque fuera grande y negro: le tenía miedo porque daba miedo. Porque era Iggy. El que fuera negro no tenía nada que ver con ello.

—¿Qué sucede? —me preguntó Mike.

—¿Qué?

—Me miras como si tuviera dos cabezas o algo así.

—Perdona —dije—. Estaba a kilómetros de aquí.

—¿Pensabas en Candy? —preguntó Gina.

—No...

—¿Quién es esa Candy? —preguntó Mike apoyando los brazos en la mesa y pareciendo interesado.

—Nadie —comencé a decir.

—Vamos, Joe —interrumpió Gina—. Hicimos un trato. Te conté nuestro secreto. Ahora es tu turno.

—Sí —coreó Mike—. Venga, Joe... échalo, suéltalo, sácalo...

—¿No te ibas ya a casa? —le dije.

—No hay prisa —sonrió.

No quería hablarles de Candy. Temía quedar como un tonto pero tampoco quería guardármelo. Quería sacarlo, airearlo un poco, ver cómo sonaba fuera de mi cabeza... al menos una parte de la historia.

Y después de todo, había hecho un trato con Gina.

De modo que bebí un poco de té, me recargué en la silla y les conté lo que había pasado. Claro que no les dije todo. No les conté del roce de las puntas de los dedos de Candy o el intoxicante aroma de su piel, y desde luego no les conté nada acerca de la luz en la oscuridad o de la voz que clamaba o de las cosas que podía sentir en el fondo de mí mismo... lo que sea que fuera.

Aunque hubiera querido, no habría podido contarles eso.

Pero les conté todo lo demás.

Cuando terminé, nadie dijo nada por un rato. Gina sólo se quedó ahí sentada, mirándome con una expresión un poco aturdida en la cara. Entre tanto, Mike mantenía la cabeza gacha y contemplaba pensativamente la mesa. Tiré de mi taza el té frío y eché un vistazo a la cocina. Paredes blancas, piso de piedra, ollas en la pared... todo cubierto por el silencio sin palabras de la madrugada.

—Vaya... —dijo Gina despejándose la garganta.

La miré. De repente me sentí ansioso, preguntándome lo que ella pensaría de mí. ¿Pensaría que era un tonto? ¿Un ingenuo? ¿Un idiota? ¿Se avergonzaba de mi estupidez? «Tal vez no debí haberle dicho nada después de todo —pensé—. Tal vez debí habérmelo guardado».

Gina se pasó los dedos por el cabello, miró a Mike de soslayo. Luego me miró de nuevo, sonriendo con torpeza.

—No sé qué decir —dijo ella—. Debes de haber estado...

—¿Qué? —dije nervioso—. ¿Debo de haber estado qué?

—No sé... asustado, confundido... quiero decir, de haber sido yo...

—No habrías sido tan tonta.

—No, no quise decir *eso*. Dios, Joe... No fue *tu* culpa. ¿Cómo ibas a saberlo?

Me encogí de hombros.

Gina se inclinó hacia mí.

—No te pidió nada, ¿o sí?

—¿A qué te refieres? ¿Pedirme qué?

—Dinero.

—No... sólo comenzó a hablarme.

—Bien, entonces...

—¿Qué?

—No podías saber lo que era, ¿no? No es que tuviera un tatuaje en la frente que dijera «soy una prostituta...».

Sonreí.

Gina sonrió de vuelta.

—No lo *tenía*, ¿o sí?

—No que yo recuerde.

Gina se relajó. Se estiró y apretó mi mano. Luego miró hacia el otro extremo de la mesa.

—¿Qué opinas, Mike?

Mike alzó la cabeza y me miró.

—¿Estás bien ahora? —me preguntó.

—Sí, creo que sí.

Asintió.

—¿Te enteraste de su nombre, el del tipo negro?

—Iggy. Ella lo llamaba Iggy.

—¿Jggy?

—Sí.

Mike sacudió la cabeza.

—Probablemente sea sólo un apodo callejero. Podría ser cualquiera. Hay tipos así por todos lados: proxenetas de poca monta y traficantes que explotan a un par de niñas desde un departamento en alguna parte... King's Cross solía estar lleno de ellos. Limpiaron toda el área hace un par de años, pero aún hay mucho movimiento por ahí —me miró—. ¿Qué edad tenía esa niña?

—No sé... diecisiete, quizá dieciocho. Por ahí. Era difícil saberlo, por como iba vestida y todo... Supongo que podría ser menor.

—¿Se metía algo?

—¿Qué quieres decir?

—Si se metía... si usaba drogas.

Lo pensé... imaginé su cara, su piel fresca y blanca, sus brazos, sus labios, sus ojos... sus ojos...

Como pequeños agujeros negros.

—No sé —dije, preguntándome si estaba mintiendo—. No lo creo... digo, *parecía* estar bien.

—¿Ninguna marca en los brazos?

—No.

—¿Y qué hay de Iggy?

—No me fijé tanto.

—Pero definitivamente tenía alguna especie de poder sobre ella ¿verdad?

—La tenía petrificada.

Gina dijo:

—Pero ¿ella se sentía bien contigo?

—Sí, estaba perfectamente hasta que él apareció. Ella sólo estaba... no sé —miré a Gina—. Era muy linda.

—¿Bonita?

—Sí.

—¿Qué clase de bonita?

—No sé... ¿Qué clase de bonitas hay?

—De toda clase —sonrió—. Bonita guapa, bonita sexy, bonita seductora, bonita golfa... ¿Era medio golfa?

—Un poco, supongo... pero no de mala manera.

—¿Medio golfa pero linda?

—Sí, tal vez.

Miré entonces hacia otra parte. De pronto me sentía cansado y un poco avergonzado de mí mismo. No me parecía correcto hablar de Candy como si sólo fuera algo que mirar: una pequeña burbuja brillante o una baratija o algo así. Lo que sea que fuera, lo que sea que hiciera, no lo merecía.

—Estoy cansado —dije estirando los brazos y bostezando—. Creo que me voy a la cama.

—Sí, bien —dijo Gina—. Has tenido un día largo.

—Sí.

—¿Seguro que estás bien ahora? ¿No te preocupa nada?

—¿Por qué habría de preocuparme?

—Nada, supongo —dijo Gina encogiéndose de hombros—. Digo, no la volverás a ver, ¿o sí?

—No, a menos que quiera que me corten el cuello.

—No te preocupes por eso —dijo Mike—. La mayoría de esos tipos son unos bocones. No quieren problemas.

—Yo no se los daré —le dije intentando sonar casual, tratando de ignorar la imagen que repentinamente me había venido a la cabeza: la imagen de una cueva oscura, con destellos de oro, la sonrisa de una máscara mortuoria...

Me puse de pie.

—Bien —dije—. Los dejo entonces.

Gina sofocó un bostezo.

—Buenas noches, Joe.

—Sí —dijo Mike—. Tómallo con calma.

Una vez arriba fui al baño, me lavé los dientes. Luego caminé con pasos cansados hacia mi recámara y me senté en la orilla de la cama. Eran las dos y media de la mañana. Mi cuerpo estaba exhausto y sentía la cabeza vacía, pero mi mente zumbaba aún con mil pensamientos: ¿qué dirá papá acerca de la boda de Gina y Mike? ¿Qué pasará cuando Gina se marche? ¿Qué pasa si mamá y papá se vuelven a casar y mamá se muda de vuelta?

Pensaba en todas estas cosas, aunque en realidad no *pensaba* en ellas: sólo estaban ahí, flotando como hojas muertas en la superficie de un estanque. Realmente no significaban nada para mí. Sin embargo, bajo la superficie, en las negras y heladas profundidades, alcanzaba a ver cosas que sí tenían significado. Cosas que me sacudían, cosas vivas, formas sin forma que nadaban velozmente y parpadeaban en la oscuridad, removiendo el limo, creando remolinos en la penumbra, formando un angosto túnel negro conmigo en un extremo y una máscara mortuoria en el otro y un pálido fantasma blanco flotando en alquilar parte entre nosotros...

«Mierda —me dije sacudiendo la cabeza—. Estoy demasiado cansado para esto».

Me levanté y comencé a desvestirme.

Fuera camisa...

«Seguramente no la recordarás mañana».

Fuera zapatos...

«Ella sólo será otro sueño perdido».

Fuera calcetines.

«Conocerás a una chica en la parada del autobús y olvidarás que Candy existió».

Fuera pantalones.

«¿Qué es esto?».

Revisaba mis bolsillos antes de quitarme los pantalones, sólo para deshacerme del cambio y todo eso, cuando mis dedos se aferraron a algo poco familiar. Ya sabes qué ocurre con las cosas que traes en los bolsillos, más o menos sabes lo que hay en ellos, y aunque *tú* no lo sepas, tus dedos sí —ésa es una moneda de una libra, ése es un boleto del tren, ése es un plectro y tienes esa extraña sensación de meterte la mano en el bolsillo y que tus dedos toquen algo fuera de lugar, algo que no debería estar ahí.

Bien, pues así es como me sentí en ese momento. Mis dedos se habían cerrado

sobre algo que no debía estar ahí. Parecía un pequeño pedazo de cartón enrollado en forma de tubo. Al principio pensé que era un boleto del tren, pero era demasiado pequeño para ser un boleto del tren; y en primer lugar, yo no enrollaría nunca un boleto del tren.

Lo saqué.

Era un cilindro de cartón: cartón blanco apretado en un pequeño cilindro como de cinco centímetros de largo, doblado por la mitad, manchado por la humedad de huellas dactilares.

El corazón me dio un vuelco.

Sabía qué era.

Podía verlo en las manos de Candy mientras ella luchaba por contener las lágrimas y se disculpaba con Iggy. Podía verla enrollarlo, desenrollarlo, doblarlo, torcerlo... Y entonces, justo un par de minutos después, la sentí meterlo en mi bolsillo, su mano rozando mi muslo mientras ella se inclinaba y alcanzaba mi silla al tiempo que Iggy se abalanzaba sobre mí.

Sabía lo que era.

Estaba en mis manos.

Una joya húmeda y mugrienta.

Me senté sobre la cama y lo desdoblé despacio, luego lo desenrollé con cuidado revelando los restos arrugados de una tarjeta de presentación blanca. CANDY, decía en claras letras negras. Ninguna otra palabra, ningún mensaje, ningún detalle. Sólo CANDY, con un número de celular impreso al pie.

CUATRO

Estuve a punto de llamarla enseguida. Aún puedo verme sentado ahí: dos treinta de la mañana, semidesnudo, sentado en la orilla de la cama, sosteniendo mi celular en la mano, el dedo puesto sobre los botones, con una voz interior diciéndome: «Anda, llámala, sólo presiona los botones, llámala ahora mismo...».

Entonces comencé a pensármelo: «¿Qué piensas decirle? ¿Qué tal si está dormida? ¿Y si contesta Iggy?». Y eso fue todo. El momento había pasado. Intenté recuperarlo, pero ese tipo de cosas hay que hacerlas sin titubear y sin pensarlo, pues en cuanto comienzas a pensarlo ya es demasiado tarde. No hay marcha atrás.

Me quedé ahí sentado un rato más, contemplando el teléfono en mi mano, pero sabía que había perdido mi oportunidad.

»Está bien —me dije—. Puedes llamarla mañana; para entonces te sentirás mejor acerca de todo. Ya habrás tenido tiempo de pensar. Y si no es mañana siempre quedará el día siguiente o el siguiente o el que sigue del siguiente...

»No hay prisa, ¿o sí?

»Tienes que ubicarte en el estado mental adecuado...».

Me tomó poco más de una semana descubrir que no *había* un estado mental adecuado, que hasta *buscar* un estado mental adecuado era una total pérdida de tiempo y que lo único que quedaba por hacer era lo que debí haber hecho antes: sólo marcar el maldito número.

Aquella semana transcurrió para mí en una extraña sensación de intemporalidad. Los días parecían eternos, con mañanas largas y dilatadas, con tardes interminables y noches sin final. Y al mismo tiempo, cuando comenzaba el nuevo día y miraba hacia el anterior, parecía haber pasado tan aprisa que hasta era difícil creer que ya había pasado. El mañana, por otra parte, estaba a siglos de distancia.

No lo entendía y no estoy seguro de haber querido hacerlo. Tenía ya suficiente en mi cabeza como para además preocuparme por comprender la relatividad del tiempo. En realidad, todo lo que deseaba era seguir con mi vida sin embrollarme demasiado

con Candy.

No es que hubiera mucho qué seguir.

La escuela...

Los Katies...

La escuela...

Papá.

No nos veíamos mucho. Él salía temprano al trabajo cada mañana y cuando yo regresaba de la escuela él ya estaba por lo regular en su estudio, redactando informes o respondiendo cartas, tecleando en su computadora, mirando a la pared con el ceño fruncido. A veces cenábamos juntos y a veces Gina estaba ahí, pero en muchas ocasiones papá salía por las noches y Gina trabajaba hasta muy tarde o estaba en alguna parte con Mike y yo tenía ensayos con Los Katies. De modo que, en resumidas cuentas, no teníamos mucha vida familiar.

Vi a Gina el domingo y sostuvimos una breve charla acerca de lo que pasaba. Me preguntó cómo estaba y le dije que muy bien.

—¿La escuela bien?

—Sí.

—¿Has conocido a más prostitutas últimamente?

—No.

—¿Cómo va el grupo?

—Bien. Tenemos una tocada en Londres dentro de un par de semanas.

—¿Sí?

—Abrimos a Bluntslide.

—¿Quiénes?

—Bluntslide. Son de Mánchester. Acaban de firmar un súper contrato con Polydor. Seguramente habrá todo tipo de gente ahí: reporteros, agentes, gente de las disqueras...

Gina asintió impresionada.

—Tal vez vaya.

—Sí, eso estaría bien. Puedes llevar a Mike.

—De acuerdo. Es un trato.

La miré.

—¿Ya le dijiste a papá?

—¿Acerca de mi boda con Mike?

—Sí.

—Se lo iba a decir hoy. Creí que se quedaría en casa.

—Se ha ido a Londres con mamá. Fueron a ver un espectáculo o algo así.

—Lo sé.

Ninguno de nosotros dijo nada durante un rato. No sabía si Gina quería hablar de ello y tampoco sabía si yo mismo quería hacerlo. Aquel era un tema difícil: incómodo, confuso, complicado.

Al final le pregunté:

—¿Crees que vayan en serio?

Gina no dijo nada. Sólo sacudió la cabeza.

La miré.

—Parece que papá se está divirtiendo...

—¿Sabes qué dijo ella un día? —dijo Gina súbitamente.

—¿Quién? ¿Mamá?

—Sí, cuando se estaban divorciando. Una noche los escuché hablar en el estudio de papá. Ella dijo: «No somos nosotros, Charles, nunca ha sido eso. Es sólo la cuestión del matrimonio. Vivir juntos, criar hijos, construir un hogar... no es para mí. Nunca lo fue. Soy demasiado egoísta para eso. Sólo te quiero a ti nada más. No quiero compartirte con nadie».

Miré fijamente a Gina, reconociendo la amargura en sus ojos...

—¿Ella dijo eso?

—Sí. Como si quisiera divorciarse de nosotros. No de papá: *de nosotros*.

No supe qué decir. Parecía algo extraño que mamá quisiera eso, especialmente después de todo este tiempo, pero de algún modo tenía sentido. Explicaría por qué nunca nos visitaba, por qué salía de nuevo con papá y sobre todo por qué se había ido...

Pero las explicaciones no cambian nada, ¿o sí? No te hacen sentir mejor. O te gusta algo o no te gusta, y si no te gusta, el saber por qué no hace diferencia alguna: de cualquier modo sucederá y de todas formas no te gustará. Así que, ¿qué caso tiene?

La noche del miércoles era la noche de Los Katies. Practicábamos cada semana en una vieja bodega llena de corrientes de aire, propiedad del club de arte local. Se usaba mayormente para ensayos de obras de teatro y exposiciones y cosas así, pero para que les salieran las cuentas la rentaban cuando no se usaba, y no se usaba mucho que digamos, especialmente en invierno. De manera que todos los miércoles por la noche —y ocasionalmente los fines de semana— la apartábamos por tres o cuatro horas. Montábamos ahí nuestro equipo y hacíamos mucho ruido.

Al menos así es como yo lo veía: un poco de diversión, un poco de escándalo y mucho ruido a alta velocidad.

Los demás eran un poco más serios. Habían estado juntos durante un buen rato antes de que yo me uniera al grupo y todos eran por lo menos un año mayores que yo, y mucho más ambiciosos. Antes de que yo me incorporara tocaban cosas realmente *heavy*, todo gótico, *dark* y truculento, pero entonces comenzaron a rondar por el parque de patinetas adonde yo solía ir con mis amigos, y comenzaron a escuchar las cosas que nosotros escuchábamos: que también eran bastante *heavy*, pero no tan *heavy*, y tampoco tan pretenciosas. Entonces... no puedo recordar exactamente lo que

sucedió. Creo que sólo me puse un día a hablar con uno de ellos. En realidad no los conocía, pero sabía por la escuela quiénes eran y sabía que tocaban en un grupo, de modo que cuando los oí entusiasmarse con el bajo de un álbum de New Found Glory que alguien estaba tocando, cuando les oí decir que ése era el sonido que buscaban, les comenté, como quien no quiere la cosa, que yo tenía un bajo y que quizá fuera capaz de tocar así... A partir de ahí, las cosas se fueron dando.

Practicamos mucho, escribimos algunas canciones pasables, comenzamos a dar algunas tocaditas, grabamos un par de demos, y ahora las cosas al fin comenzaban a moverse: mejores tocaditas, más dinero, algún interés de las disqueras aquí y allá. No estaba yo muy seguro de cómo me sentía con eso, pero los demás estaban encantados.

Esa noche, cuando me presenté al ensayo, todos comentaban acerca de la tocada que habíamos conseguido, la de Londres, de la que le había contado a Gina. Discutían sobre qué ponerse, qué tocar, qué hacer si ofrecían contratarnos. *Muy serios*. Escuché durante un rato sin involucrarme en realidad. Luego mi mente medio se apartó y comencé a jugar con la guitarra.

Tocar el bajo todo el tiempo puede llegar a ser aburrido, y es agradable colgarse la guitarra de vez en cuando, especialmente cuando la puedes tocar *realmente* alto: el crujido cuando la enchufas, el murmullo expectante del amplificador cuando subes al máximo el volumen, el increíble zumbido de la potencia cuando azotas las cuerdas...

—¡Hey! —gritó Jason, el vocalista—. ¡Hey! ¡HEY!

Dejé de tocar y lo miré.

—¿Qué?

—Aquí estamos tratando de *hablar*.

—Perdonen, le bajaré al volumen.

Chris, el dueño de la guitarra que yo estaba tocando, me lanzó una mirada de censura. Luego volvió hacia Jason y Ronny, el baterista, y volvieron a su ruidosa cháchara. Todo me pareció un tanto ridículo: decirme que bajara el volumen, como si fueran mis malditos padres o algo. Es decir, si todo lo que querían hacer era hablar, ¿para qué molestarse en rentar la bodega? ¿Por qué no mejor reservar una mesa en un restaurante tranquilo en cualquier parte?

Bajé el volumen, me acerqué, me senté frente al amplificador con las piernas cruzadas y seguí tocando. Había estado trabajando en casa la canción que había iniciado la noche que conocí a Candy. Comencé a tocarla. Sonaba mucho mejor en una guitarra eléctrica que en mi vieja acústica, y una vez que le puse un poco de reverberación y adornos, y después de agregarle un poco de *feedback*, sonaba *realmente* bien. Era un poco más lenta que las cosas que por lo general tocábamos, más lenta y más melódica, pero conservaba algunos giros ásperos. Mientras tocaba, podía escuchar la línea vocal en mi cabeza dándole otra dimensión a la tonada, y un sincopado de guitarra gimiendo al fondo, y un firme ritmo de tambores y bajo...

—¿Qué es eso? —preguntó alguien.

Dejé otra vez de tocar y alcé la mirada para encontrarme a Jason parado frente a

mí. Parecía un perfecto perdedor: jeans sueltos, chamarra suelta, cabello suelto, pero yo sabía bien que solamente la chamarra le había costado 300 libras. Así era la onda con nosotros: éramos la clase de *skaters* con suficiente dinero para verse *en verdad* como una mierda.

—¿Es tuya?

—¿Qué? ¿La canción?

—Sí, la *canción*. ¿Cómo se llama?

—No sé... No tiene nombre en realidad... *Candy*, supongo...

—Tócala otra vez —dijo asintiendo hacia la guitarra que sostenía en mis manos —. Súbele un poco. Sonaba bastante bien. Tal vez podamos hacer algo con ella.

Luego de eso, pasamos el resto de la tarde trabajando en mi canción. Era muy extraño ver cómo iba adquiriendo forma. Yo había escrito antes muchas canciones, pero Jason y Chris escribían todas las rolas de Los Katies, y siempre habían sido medio especiales a la hora de escuchar canciones de alguien más, de modo que yo tendía a guardarme las mías. De vez en cuando proponía ideas para canciones, y normalmente escribía mis líneas para el bajo, pero nunca antes había trabajado con el grupo en una canción compuesta por *mí*. De modo que aquella era una experiencia totalmente nueva para mí. Al principio fue muy gratificante: era *mi* canción, la había escrito yo, y ahora se estaba convirtiendo en algo *real*. Crecía, evolucionaba y, lo mejor de todo, comenzaba a sonar increíble; pero, a medida que trabajábamos en ella, conforme añadíamos trozos por aquí y cambiábamos trozos por allá, la satisfacción comenzó a disiparse y se apoderó de mí otro sentimiento.

No conseguí identificarlo al principio. Era una sensación como de vacío... El tipo de sensación que te da cuando has perdido algo o cuando te han robado algo... Una molesta sensación de pérdida.

Sí, eso era.

Me sentía como si hubiera perdido algo.

Había perdido mi canción.

Ya no era *mía*.

Los sentimientos que expresaba ya no eran míos.

De cualquier modo, seguía siendo una muy buena canción. Era esa clase de canción que se pega en tu mente durante días y días, con un estribillo que no puedes dejar de tararear, y supongo que aquello era una especie de compensación. Por otro lado, puesto que era una buena canción, y porque no podía dejar de tararearla todo el tiempo, y como no había sido lo bastante listo para cambiar el título —aún se llamaba *Candy*—; por todo eso, digo, los días siguientes me encontré caminando con un coro de Candys retumbando en mi cabeza.

Aquella no era la mejor manera de seguir con mi vida sin estar demasiado confundido sobre ella. No es que no hubiera pensado que fuera capaz de hacerlo, pero valía la pena intentarlo.

Finalmente, la llamé el viernes. Lo había estado pensando la semana entera: tratando de decidir cuándo hacerlo, dónde hacerlo, que decirle, cómo sonar. Pero mientras más lo pensaba, más intimidante se volvía todo. «¿Qué tal si decía alguna tontería? ¿Y si no me recuerda? ¿Y si no quiere hablar conmigo? ¿Y si... y si... y si...?». Al final entendí que si no lo hacía sin más, nunca lo haría.

De modo que eso hice. El viernes por la mañana me tendí una trampa para pescarme inadvertido. No era una gran trampa, y en verdad no creí que fuera a funcionar, pero no podría estar peor si no resultaba, así que, ¿qué podía perder?

El plan consistía en dejar mi celular en casa cuando fuera a la escuela por la mañana, dejarlo sólo ahí tirado en alguna parte de mi habitación y olvidarme de él por completo. Olvidarme de los teléfonos, olvidarme de Candy, olvidarme de llamarla. Olvidarlo todo. Más adelante, después de la escuela, en algún momento de la tarde, cuando no estuviera pensando en nada, cuando sólo estuviera rondando por ahí sin nada que hacer, hallaría de pronto el teléfono y marcaría el número antes de que mi cerebro tuviera oportunidad de detenerme.

Como dije, realmente no pensaba que aquello fuera a funcionar. Quiero decir, cuando estás tratando de *no* pensar en algo, fácilmente puede convertirse en la única cosa en la que *puedes* pensar. Y cuando intentas olvidar tu celular, puede convertirse en lo único que recuerdas. No puedes dejar de verlo en tu cabeza el día entero... ahí tirado, exactamente donde lo dejaste. Y *sabes* que más adelante, después de la escuela, en algún momento de la tarde, *no* estarás sólo rondando por ahí sin nada que hacer, sin pensar en nada, y *no* te encontrarás de pronto con el teléfono y marcarás el número antes de que tu cerebro tenga oportunidad de detenerte.

De modo que estás peor que antes.

De modo que *sí* tienes algo que perder.

A menos, claro, de que te traicionen por partida doble al brincar dentro de una cabina telefónica en el camino a casa y llames al número antes de darte cuenta siquiera de lo que estás haciendo.

El teléfono silbó por uno o dos segundos en el vacío y me pregunté si habría llamado al número equivocado, pero entonces la línea entró con un crujido eléctrico y comenzó a sonar. El tono familiar zumbó a través de mi cabeza: *dii —dii... dii —dii... dii —dii*. El tono de espera, de esperanza, de no saber —y sentía el corazón batir fuerte en mi pecho, sentía apretarse mi garganta, cosquillearme los dedos... entonces la línea hizo *clic*, dejó de timbrar y escuché la voz de Candy.

—¿Sí?

Sonaba brusca y apurada, dura y abrupta, arrastraba un poco la voz. No era exactamente lo que había esperado, pero al menos no era Iggy.

—¿Hola? —pregunté—. ¿Eres Candy?

—Sí... espera.

Tapó la bocina con la mano y en el fondo alcancé a oír voces que murmuraban. Voces femeninas... un grito... una risa... entonces se reabrió la línea y volví a escuchar a Candy.

—Sí... ¿hola?

—¿Candy? —dije—. Habla Joe...

—¿Quién?

—Joe Beck.

—¿Bet?

—No, Beck... B-E-C-K, Joe Beck. Nos conocimos la semana pasada... el jueves... te vi en la estación...

—¿Dónde?

—En King's Cross.

—¿Cuándo?

—El jueves —le dije con el corazón hundiéndoseme a toda prisa—. El jueves pasado... —miré hacia la pantalla del crédito en el teléfono, contemplando los números sin verlos, preguntándome si valía la pena echar más monedas. Era obvio que Candy no me recordaba. ¿Para qué molestarme en prolongar las cosas? ¿Por qué no sólo decir adiós y colgar?

Pero entonces su voz se iluminó:

—¡Joe! —de pronto sonaba fresca y emocionada—. ¿Joe de McDonald's?

—Sí...

—¡Dios! ¿Por qué no lo dijiste antes? Joe el Bulto, ¿verdad? ¿El chico que dejó caer todo su dinero?

—Sí...

—Joe la Gorra.

Reí.

—¡Dios mío! —dijo—. Te tomaste tu tiempo, ¿verdad? ¿Por qué no me habías llamado?

—Lo estoy haciendo ahora.

—Ya pasó más de una semana.

—Sí, lo sé... perdón... no sabía...

—Quería hablar contigo.

Sentí mi pecho inflarse con un brillo cálido. Candy quería hablar conmigo... ¡Quería hablar conmigo! El teléfono pitó y eché más monedas.

—¿Joe? —dijo Candy—. ¿Sigues ahí?

—Sí... sólo estaba...

—¿Estás bien?

—Sí... perfectamente.

—¿Cómo está el bulto?

—Ya se fue. El doctor lo succionó...

—¿Que hizo *qué*?

—Con una aguja... sacó todo el líquido con una aguja. Ya estoy bien.

—¿Ya no tienes la bola?

—No.

—Bueno, me alegra. ¿Cómo va el grupo? Los Katies. ¿Ya la hicieron en grande?

—No tanto.

Se sorbió la nariz y la escuché encender un cigarrillo.

—¿Cómo estás? —pregunté—. ¿Todo bien?

—Sí —dijo apresuradamente—, ya sabes... el mismo rollo de siempre. De todas formas, me alegra mucho hablar contigo, Joe. He estado esperando que llamas.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad —se aclaró la garganta—. Mira, acerca de lo que pasó con Iggy y todo eso...

Esperé a que prosiguiera.

—¿Joe?

—¿Sí?

—Perdón, pensé que te habías ido. Sólo quería decir que lo siento, ¿sabes? Acerca de Iggy... no quiso decir nada. Sólo se pone raro de pronto. Se deja llevar.

—Cierto —dije titubeante.

—Todo eso que dijo... sólo estaba bromeando.

—¿Bromeando?

—Tiene un extraño sentido del humor.

—¿Tú crees?

—Sé que es difícil de creer...

En eso Candy tenía mucha razón.

—Sólo quería disculparme —dijo ella—. Me siento muy mal por eso.

—Está bien —me descubrí diciendo—. No te preocupes por eso.

—¿Seguro?

—Sí... no hay problema. Mientras Iggy no me corte el cuello...

—Río, pero no era una risa muy tranquilizadora. Sonaba medio forzada.

—Como sea, ¿quién es él? —le dije.

—¿Quién? ¿Iggy?

—Sí.

—Es sólo... bueno, no es nadie en realidad —la oí aspirar el humo—. Es sólo el amigo de un amigo... ya sabes... sólo un conocido. De todos modos, escucha, realmente lamento que te haya hecho pasar un mal rato. Si hay algo que pueda hacer para compensarlo...

—¿Perdón?

Río de nuevo, pero esta vez con más naturalidad.

—No quiero decir eso... sólo quiero decir que si quieres que salgamos, ya sabes, ir por un trago o algo así.

—¡Ah, claro! Sí... sí, eso me gustaría.

—No *tienes* que...

—No, de veras me gustaría.

—Te podría comprar una dona.

—Sí...

—Genial... Ok, ¿adónde quieres ir?

—No sé... ¿por dónde vives?

—Cualquier lugar en Londres está bien para mí. ¿Te parece?

—Sí... ¿qué tal el zoológico?

—¿El zoológico?

Pude haberme pateado. Había dicho algo tan estúpido y no sabía por qué lo había dicho. Es decir: ¿el zoológico? «¿Qué te pasa? —me pregunté—. ¿Te invita a tomar algo... y le dices que quieres ir al zoológico?».

—¿El zoológico de Londres? —preguntó Candy.

—Sí, pero...

—Sería maravilloso. Me *encantaría* ir al zoológico. Hace años que no voy.

—¿En serio?

—Sí, el único problema es...

Aquí vamos, pensé.

—Estoy algo apretada de tiempo.

—Ah... bueno, eso no importa. No tenemos que quedarnos mucho tiempo...

—No, digo, en cuanto a fechas. Estoy algo ocupada estos días... El único día en que puedo escaparme es el martes.

—¿Este martes?

—Sí... ¿te queda bien?

—¿Quieres decir este martes que viene? ¿Después de este fin de semana? ¿En unos cuantos días?

—Sí, Joe... El martes después del lunes que viene después del domingo...

—Sí, está bien. Sólo confirmaba...

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Entonces?

—¿Qué?

Rio.

—Puedes ir el martes, ¿o no?

—Sí —dije sin siquiera pensarlo—. Sí, el martes está perfecto. ¿Dónde te veo?

—¿Frente a la entrada principal?

—Está bien. ¿A qué hora?

—No demasiado temprano...

—¿A las doce?

—Suena bien.

—A las doce en punto, martes por la mañana, afuera del zoológico de Londres.

—En la entrada principal.

—Sí... la entrada principal. ¿Quieres mi número de celular por si acaso?

—Espera.

Tapó de nuevo la bocina. Esta vez pude escuchar puertas que se azotaban al fondo, voces que se alzaban, fuertes pisadas...

—¿Candy? —le dije—. Candy...

—Joe —murmuró de prisa—. Me tengo que ir...

—¿Qué sucede?

—Nada. Luego te cuento. —Su voz ahora era apenas audible—. Nos vemos el martes... ¿está bien? Asegúrate de estar ahí.

—Sí, pero...

La línea había muerto.

Me quedé un rato en la cabina telefónica intentando desenmarañar mis pensamientos... repitiendo en mi mente la conversación, recordando una y otra vez lo que Candy había dicho, lo que había querido decir, lo que todo aquello significaba para mí y cómo me hacía sentir...

Eso era lo más difícil de entender.

¿Cómo me sentía?

Candy me había mentido... De eso estaba seguro. Me había mentido. Me escondía cosas. Y yo no tenía modo de saber quién era ella en realidad. ¿Era la Candy de voz brusca que había contestado el teléfono o la de la voz arrastrada? ¿O era aquella con la risa chispeante, la que me había llamado Joe la Gorra? «Podría ser ambas —pensé—. ¿Tendrá una doble personalidad? ¿Será tal vez una prostituta esquizofrénica con un serio problema de drogas y un monstruo psicópata que la explota?

»Sí —me dije—, quizá lo sea... Aun así sigue siendo increíblemente bonita, ¿no? Tiene la sonrisa más brillante y los ojos más oscuros y ese maravilloso aroma de piel recién lavada... y todo en ella pone tu cuerpo de revés... y el martes irá contigo al zoológico...».

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Un súbito golpeteo en la ventana de la cabina telefónica me mata del susto. Cuando terminé de saltar fuera de mi propia piel, me asomé y vi a través del vidrio a una encogida anciana apoyada en su bastón, escudriñándome.

—¿Estás bien, chiquillo? ¿Estás enfermo o algo?

Abrí la puerta.

—¿Perdón?

—Pensé que te estabas muriendo ahí dentro —dijo haciendo un ruido con los dientes—. ¿Terminaste? Yo también tengo que hacer algunas llamadas.

Salí y sostuve la puerta para que entrara la anciana.

Luego me fui a casa.

CINCO

A veces hay días perfectos: el clima, el mundo, como se sienten las cosas... tu cuerpo, tu ropa, tu estado de ánimo... A veces todo cuadra en la forma correcta, como debe ser.

El martes fue uno de esos días.

Amaneció escarchado y frío, con una bruma blanca en el aire, pero conforme se aclaraba la mañana y salía el sol, aquella bruma invernal se disipó y el cielo brilló con la promesa azul celeste de la primavera. Aún era demasiado temprano para que el aire fuera realmente cálido, pero el flujo de la luz fresca era suficiente para inundar de vida todas las cosas.

Los pájaros trinaban.

La gente sonreía.

El aire se sentía vibrante y fresco.

Era un día espléndido para ir al zoológico.

Tomé el tren de las diez treinta, que me llevó a Liverpool Street apenas pasadas las once. Luego tomé el metro hasta Camdem Town y desde ahí caminé el resto del trayecto. Había mucha gente en las calles, pero no demasiada, y mi corazón latía a toda velocidad, aunque no demasiado rápido. Lo bastante rápido como para dibujar una sonrisa en mi rostro y alegría en mi andar, pero no tan rápido como para sentirme mal. Así de rápido.

Rápido *bien*.

Emocionante.

Excitante.

Energizante.

Parte de aquella emoción venía, supongo, de saber que debía haber estado en la escuela. Era una emoción un tanto infantil, una excitación prohibida, y mientras caminaba por las calles deprimentes de Camden, luego calle arriba a través de Parkway y hacia el esplendor de Regent's Park, supe en el fondo de mi mente que probablemente pagaría por ello más tarde. No había tenido mucho tiempo para pensar bien las cosas, de modo que esa mañana me limité a esperar a que papá se marchara al trabajo y supliqué a Gina que me cubriera. No le dije la verdad, desde luego. Quiero decir, somos bastante cercanos y ella es bastante comprensiva, pero no estoy

seguro de que hubiera comprendido por qué iba al zoológico con Candy. De modo que inventé una historia acerca de algunos problemas con el equipo para la tocada del viernes en Londres.

—De verdad es muy importante —le dije—. Si no lo resolvemos hoy, se cancelará todo.

—No te puedo dar un aventón hasta Londres, si es eso lo que insinúas —me dijo ella—. Tengo que irme a trabajar en un minuto. Ya voy tarde.

—No, no es eso. Sólo necesito que llames por mí a la escuela y les digas que estoy enfermo.

Me miró.

—¿Quieres que *mienta* por ti?

—Sí... si no te importa.

Rio.

—¿Y qué sucederá cuando se entere papá?

—No lo hará...

—Sí, lo hará... siempre se entera. Es como Columbo.

—¿Qué quieres decir? ¿Bizco y pasado de moda?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Está bien —le dije—. Si se entera, sólo le diré que te mentí. Le diré que fingí estar enfermo y te engañé para que llamaras a la escuela...

Gina sacudió la cabeza.

—Se supone que soy enfermera, Joe. Se supone que debo *saber* si la gente está o no enferma. Y si lo *están*, se supone que debo cuidarlos...

—Sí me estarías cuidando.

—No, no lo estaría haciendo. Te digo que tengo que irme a trabajar. No me puedo quedar en casa todo el día a cuidarte...

—Sí, pero ése es el punto. No *tienes* que quedarte en casa a cuidarme.

—¿Por qué no?

—Porque *no* estoy enfermo, ¿o sí? Y no estaré aquí de todas formas... Estaré en Londres.

Gina me miró unos instantes intentando darle sentido a lo que yo acababa de decir y preguntándose si valía la pena discutir al respecto. Luego miró el reloj y dejó escapar un suspiro.

—Está bien —dijo alcanzando el teléfono—, pero me debes una enorme por esto, ¿de acuerdo? Y cuando papá se entere...

Cuando papá se entere...

Sí, tenía razón: *sí* se enteraría. Siempre lo hacía. Luego me metería en problemas y Gina tendría que mentir por mí de nuevo, y papá se pondría todo gruñón durante un par de semanas, sermoneándome todo el tiempo, echándome rollo sobre la carrera y la responsabilidad y la confianza y Dios-sabe-qué-más...

Pero eso sería otro día.

No sería hoy.

Ahora era sólo ahora: caminar por las calles bañadas de sol, mirando hacia las majestuosas casas blancas y la exuberante extensión de pasto del parque, y las tranquilizantes aguas del canal, y los pequeños puentes de madera, y las barracas, y los patos, y los distantes sonidos del zoológico flotando en el aire, los débiles chillidos de los pájaros, los monos, los leones marinos...

Sonidos animales.

La extraña forma en que se mezclaban con los sonidos de la ciudad me recordaba las muy olvidadas salidas familiares, cuando yo era sólo un niño y Gina solía tomar mi mano y llevarme por el parque señalando los animales y diciéndome lo que eran, mientras mamá y papá paseaban del brazo detrás de nosotros, perdidos en su pequeño mundo...

—¡Joe!

Alcé la mirada al escuchar la voz de Candy y me di cuenta de que me acercaba ya a la entrada principal del zoológico. Había bastante gente circulando por ahí —grupos de turistas, niños de escuela, gente que descendía de autobuses—, pero no alcanzaba a ver a Candy por ninguna parte. Miré alrededor, revisando el área de la entrada, alzando el cuello para escudriñar las multitudes, y luego escuché de nuevo su voz: «Aquí... estoy aquí...», y giré la cabeza hacia la izquierda, pero aún no podía verla. Apenas pude distinguir a una linda jovencita en jeans y un suéter turquesa, recargada contra la pared, saludando con la mano a alguien detrás de mí. Volteé para ver a quién saludaba, pensando que vería a su familia, a su mamá y a su papá, o quizá a una amiga de la escuela... Entonces, la voz de Candy volvió a atravesar el aire.

—Joe, ¿pero qué haces? Soy yo.

Cuando volví a mirar, la niña en el suéter turquesa caminaba hacia mí, dibujando aquella sonrisa, y no pude creer que la hubiera yo confundido con alguien más. Toda ella era Candy: la cara, la sonrisa, el andar, el cuerpo... las miradas persistentes de todos a su alrededor.

—¿Qué haces? —dijo acercándose a mí—. ¿Me evitas o algo así?

—Perdona —dije—. No te reconocí. Te ves diferente.

Se detuvo frente a mí, posando: el mentón salido, la cabeza echada hacia atrás, las manos en los bolsillos traseros.

—¿Te gusta?

Los jeans eran apretados, como el suéter: apretado y corto, atraía mi mirada hacia su torso, como la otra vez. Traía el cabello ajustado con pinzas y broches, y atado por detrás en una cola de caballo. Aunque aún llevaba maquillaje, no era tan obvio como antes. Su cara parecía más joven y más fresca, pero no menos deslumbrante.

—Muy linda —dije apartando la mirada.

—Gracias... Tú también te ves bastante bien.

No supe qué responder a eso. De modo que me quedé ahí parado, como un idiota. Candy me lanzó una sonrisa reluciente, luego sacó las manos de los bolsillos y se

acercó a mí. Y antes de que me diera cuenta me dio un beso en la mejilla.

Fue sólo un picorete... un besito amistoso...

El roce de sus labios...

Apenas un toque...

Y no es que nunca antes me hubieran besado. No era ningún Romeo, ni por asomo, pero había tenido mis momentos de inspiración. Había dado la vuelta a la manzana una o dos veces... Bueno, no *toda* la vuelta a la manzana, pero lo suficiente para saber qué es qué, si saben a lo que me refiero.

Pero esto...

Este simple beso.

Esto fue algo más.

Diablos... se sintió tan bien. Pensé que iba a *explotar*. Algo dentro de mí pareció elevarse hacia el cielo, hasta lo alto, alzándose más y más hasta que el aire se hizo tan liviano que apenas podía respirar, y por un momento pensé que me moría.

—¿Listo? —dijo Candy.

—¿Eh?

Rio y dio unas palmadas en mi brazo.

—Vamos. Si nos apresuramos podremos ver cómo los alimentan.

Al otro lado de los torniquetes y lejos de la entrada, el zoológico no parecía tan lleno como desde afuera. Aunque era un poco más pequeño de lo que recordaba, con menos espacios abiertos y muchos más edificios, seguía siendo un lugar bastante grande, y sus miles de senderos y túneles eran suficientes como para que los grupos que venían en autobuses, los turistas y los escolares se esparcieran dejándonos mucho espacio para vagar y tomarnos nuestro tiempo. No era que Candy estuviera vagando mucho. En cuanto pasamos las rejas, su cara se iluminó. Comenzó a corretear por ahí revoloteando de jaula en jaula, farfullando como un niño sobreexcitado...

—Hey, Joe, mira eso... Dios, mira el tamaño de ese león. Es enorme... ¿no tienen hipopótamos? ¿Qué es eso? Parece una especie de mono... ¿Dónde está el letrero donde dice qué es? Antes había letreros...

No imaginé que fuera a emocionarse tanto, así que al principio aquello fue una especie de sorpresa: de hecho, fue una *gran* sorpresa. Supongo que asumí que se mantendría ecuánime ante todo aquello: caminar por ahí, tan tranquila como si nada, charlando conmigo en voz baja, lanzando ocasionalmente alguna mirada curiosa a los animales...

No sé por qué pensé eso.

Fue una suposición bastante estúpida.

Aun así, era un poco extraño que no platicara conmigo. Cada vez que intentaba hablarle, me escuchaba durante un segundo y luego salía disparada en otra dirección para ver más animales, o comenzaba de nuevo a farfullar...

—Vine aquí una vez en una excursión escolar y tuvimos que llenar un montón de papeles con preguntas acerca de los animales, como dónde vivían y qué comían y todo eso, y todos copiaban los letreros que hay en las jaulas... ¿Dónde están los pingüinos? ¿Todavía tienen pingüinos? ¿Qué es eso que está por allá...?

Era enervante y un poco decepcionante. Yo no sólo quería que Candy estuviera conmigo: quería que *estuviera* conmigo. Quería que camináramos juntos, que habláramos juntos, estar juntos... Quería ser parte de su emoción, no sólo un espectador. No era que me molestara ser un espectador. Quiero decir, aunque me sentía un poco ajeno a su entusiasmo, aún había algo estimulante en él, algo que me daba un curioso empujón, como si yo fuera aquello que la entusiasmaba, aunque sabía que no era así.

Y eso estaba bien.

No era perfecto, pero podía vivir con ello.

De modo que al cabo de un rato eso es lo que hice: dejé de intentar una conversación y me limité a pasear detrás de ella, observando cada uno de sus movimientos. Al principio intenté ser discreto —disfranzaba mis miradas, hacía como que miraba hacia otro lado—; pero, hasta donde pude percatarme, ella no se daba cuenta de la atención que le ponía, de modo que al final dejé de ser sutil y la observaba abiertamente. Sabía en el fondo que no debía hacerlo y mi conciencia no dejaba de molestarme —«deberías avergonzarte de ti mismo por mirarla sin que se de cuenta, por comértela con los ojos como si fueras una especie de perverso»—, pero no podía evitarlo. Mis ojos tenían vida propia, iban de un lado a otro entre su cara, su cuerpo, sus piernas, sus senos... y mis pensamientos enloquecían: «¿De dónde viene?, ¿qué hace?, ¿realmente es una prostituta?, ¿qué significa eso?, ¿cuántos años tiene?, ¿dieciséis?, ¿diecisiete?, ¿quince?, ¿catorce?, ¿importa acaso...?».

¿Importaba?

No podía convencerme de que no.

Y sabía que debía hablar con ella. Sin importar cuánto deseara ignorar todas aquellas preguntas y sólo disfrutar la emoción de estar con ella, sabía que no bastaba. No podía pasar el día entero sólo babeando por ella, demonios. Candy era una persona, no una fotografía en una revista. Era real.

Ahora nos dirigíamos hacia el estanque de los pingüinos. Yo caminaba solo, combatiendo mis pensamientos culposos, cuando alcé la mirada y vi a Candy esperándome al final del sendero. Estaba recargada sobre un letrero, fumando un cigarrillo, estudiándome con detenimiento. Me dio la impresión de que sabía exactamente lo que yo estaba pensando.

—Oye —me dijo mientras me aproximaba—. Está bien, ¿verdad?

—¿Qué cosa?

—El zoológico.

—¡Ah! Sí...

Se frotó los brazos y se bajó las mangas.

Le dije:

—¿No tienes frío, así, sin abrigo?

—Nunca siento frío —me respondió—. Tengo sangre caliente.

A mí sí me pareció que tenía frío: pálida y blanca y con piel de gallina... pero no dije nada.

—¿Quieres ir por un café o algo? —preguntó—. Hay una pequeña cafetería por ahí.

—Está bien.

Dejó caer al suelo su cigarrillo y lo pisó. Luego entrelazó su brazo con el mío y comenzó a guiarme por el sendero.

—Te compraré la dona que te prometí —me dijo recargándose en mí—. Y luego puedes contarme todo sobre ti.

Ahora era yo quien tenía la piel de gallina.

La cafetería no era la gran cosa, sólo un salón mediano con más o menos una docena de mesas y un mostrador al frente. Pero estaba vacío y callado, y tenía una bonita vista, y en realidad me daba igual cómo era. No había donas, de modo que nos compramos dos cajitas Jungla y dos tazas de café, y Candy insistió en pagar.

—Yo invito —me dijo.

—Pero tú pagaste las entradas...

—No te preocupes por eso —dijo ella apartando mi dinero mientras sacaba del bolso un fajo de billetes—. ¿Ves? Estoy forrada.

Mientras llevábamos nuestras charolas hacia una mesa cerca de la ventana, mi mente vagó hacia aquel momento en McDonald's cuando ella le había mostrado a Iggy un fajo de billetes y le había dicho: «¿Ves? No te mentaría, Iggy, sabes que no lo haría...». Y él sólo se había quedado sentado mirándola —lanzándole *esa* mirada—, y ella se había encogido de vuelta en su asiento, en aterrado silencio...

La miré ahora mientras ponía su charola en la mesa y acomodaba los cubiertos con la cara brillante y sonrojada por el calor del café, y me pareció difícil imaginar que Iggy pudiera existir.

Pero yo sabía que existía y sabía que tenía que averiguar más sobre él. Y sabía también que debía tener cuidado. Si decía algo equivocado, si me volvía demasiado insistente... no sabía qué podría suceder.

—Entonces —dijo Candy metiendo el tenedor en sus papas fritas—, ¿por dónde quieres comenzar?

—¿Comenzar qué?

—Quiero saber todo de ti: dónde naciste, quién eres, qué te gusta hacer... ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Te parezco demasiado entrometida?

—No, no es eso...

—Está bien —dijo ella—. ¿Qué tal si te digo lo que *creo* que eres y tú me dices si voy bien o mal? ¿Así está mejor?

—No está mal...

—Bueno... Está bien... Vamos a ver. Tu padre es ginecólogo...

—Eso ya te lo dije.

—Ya sé... apenas estoy comenzando. No vale sólo adivinar, ¿ves? Tienes que comenzar por los hechos y elaborar a partir de ahí el perfil. Hecho número uno: tu padre es ginecólogo. ¿Correcto?

—Correcto.

Sopeó en el huevo su tenedor lleno de papas, luego hizo una pausa mirándose pensativa con el tenedor en el aire.

—Ése debe de ser un trabajo arduo —dijo.

—¿Qué?

—Ser ginecólogo... Quiero decir, te levantas por la mañana y lo primero que haces es hurgar en la vagina de alguien. No debe de ser fácil... especialmente si has bebido algunas copas la noche anterior.

Traté de mantener la compostura, como si no estuviera pasmado o avergonzado ni nada; que en realidad no lo estaba, pero de algún modo sentí que *debía* estarlo, y no pude evitar que mi rostro reflejara aquel sentimiento.

—¿Qué? —dijo ella—. Sólo comentaba...

—Lo sé... Está bien, no es nada.

Pensé por un instante que Candy diría algo más sobre papá, o sobre los ginecólogos en general, o sobre el hecho de que yo me apenase con aquel asunto, pero no lo hizo. Sólo sonrió por un segundo, luego metió en su boca las papas con huevo y comenzó a hablar de nuevo.

—Está bien —dijo—. Hechos número dos y número tres: vives en Heystone y estás en el décimo año en el Bachillerato Heystone.

Mi boca se abrió con asombro de tonto.

—¿Estoy en lo cierto? —sonrió.

—¿Cómo sabes eso? —le dije.

Rio moviendo los dedos hacia su cabeza.

—Soy psíquica... Puedo s-e-e-entir tus pensamientos... Sé todo aquello que hay que saber...

—¿Me seguiste?

Su rostro se congeló.

—Claro que no te seguí. ¿Qué crees que soy?

—Entonces, ¿cómo sabes dónde vivo?

—Porque... —dijo comenzando a comer de nuevo—, porque... solía verte en el parque de las patinetas.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace años, cuando recién abrió. Tú y tus amigos solían rondar por ahí después de la escuela, cayéndose todo el tiempo de sus patinetas.

—¿Y tú cómo sabes?

—Estaba ahí.

—¿Dónde?

—En el parque.

—No lo entiendo. ¿Qué hacías tú ahí?

—La mayor parte del tiempo me escondía y robaba cigarrillos —rio—. No es ningún misterio ni nada por el estilo... Solía vivir en Heystone, eso es todo. Fui a St. Mary's...

—¿La escuela de monjas?

—Sí. Pero no estuve ahí mucho tiempo...

La miré mientras trataba de imaginar cómo se vería en un uniforme de St. Mary's: el largo vestido azul, el estúpido sombrero, las calcetas blancas, pero no conseguí imaginarla.

—¿En qué parte de Heystone vivías?

—Otley —dijo.

Asentí. Otley está en la parte opulenta del pueblo —o la parte más opulenta, para ser exactos. Heystone no tiene zonas pobres, sólo hay distintos grados de ricos, y Otley es lo más rico que hay.

—¿Sorprendido? —dijo Candy.

—Sí, bueno. No sobre lo de Otley... sino de todo. Ya sabes, la coincidencia.

—¿Qué coincidencia?

—Nosotros... tú y yo... que los dos vengamos de Heystone...

—¿Eso te parece una coincidencia?

—Pues, sí...

Candy sacudió la cabeza.

—¿Por qué crees que te llamé en la estación?

—¿Por qué?

—Sí, ¿crees que acostumbro hablar con cualquiera en la calle?

—Pues no, supongo que no...

—Te reconocí. Te lo acabo de decir. Te recordé del parque —ladeó la cabeza y me miró—. No has cambiado mucho, ¿sabes? No es que haya sido hace *tanto*... sólo un par de años.

—¿Me reconociste?

—Sí.

No supe cómo sentirme acerca de eso. En cierta forma, era lindo. Era lindo ser reconocido. Lindo saber que ella me recordaba. Lindo saber que debía de tener algo digno de ser recordado, pero no estaba seguro de que toda aquella situación fuera linda. No estaba seguro de querer ser reconocido o recordado.

No estaba seguro de *qué* quería.

—¿Te vas a comer eso? —preguntó Candy señalando mi pan con la barbilla.

—Sírvete —le dije.

Mientras ella doblaba el pan y limpiaba el huevo de su plato, miré hacia afuera por la ventana de la cafetería. El patio estaba desierto. A través del zoológico podía distinguir senderos que serpenteaban hacia arriba y hacia abajo del paisaje de árboles, rocas e imaginarios mundos animales. Montañas artificiales brillaban erguidas en la oscuridad, tan pálidas y grises como hechas con papel maché pintado, y me pregunté si los animales sabían que las montañas no eran reales, y en caso de que lo supieran, si les importaba.

—¿Por qué tienes que pensarlo todo tanto? —dijo Candy a través de un bocado de pan remojado en huevo.

Sacudí la cabeza. No era mi intención parecer irritado, pero por la reacción de Candy pude ver que así había sido.

—Sólo preguntaba —dijo con un puchero—. Me da igual lo que hagas.

—Perdona —dije—. Sólo pensaba, eso es todo.

Encendió un cigarrillo y exhaló su irritación en una nube de humo.

—¿En qué pensabas?

—En ti.

Se me salió antes de saber lo que estaba diciendo y creo que la sorprendí un poco. Sé que yo mismo me sorprendí. Candy no dijo nada durante un rato. Sólo me miró, luego comenzó a recoger la mesa apilando los platos y cubiertos en la charola. Cuando terminó, se recargó en su asiento, se dio unas palmadas en la barriga y eructó alegremente, como un viejo después de una cena en el club. Luego dio otra larga chupada a su cigarrillo y me miró de nuevo.

—Tienes huevo en la boca —le dije.

—¿Dónde?

Señalé la comisura de mi boca.

Candy tocó el lado opuesto.

—¿Aquí?

—No... del otro lado.

—Enséñame —me dijo mientras chupaba la orilla de una servilleta de papel y me la pasaba. Titubeé un instante, luego me estiré hacia el otro lado de la mesa y toqué su boca con la servilleta. Sin querer, rocé su mejilla con los nudillos... Su piel era suave y delicada. Los huesos de su cara se sentían pequeños y enigmáticos.

—Gracias —me dijo relamiéndose.

Asentí en silencio al tiempo que ella arrugaba la servilleta y la colocaba con cuidado sobre la charola. Aquella bola de suave papel blanco permaneció ahí un momento, luego se desdobló despacio revelando un dibujo en manchas de amarillo y rosa labial. Miré fijamente la servilleta durante un instante buscando significados ocultos en aquella mancha, pero no había nada ahí: era sólo una mancha de labial y huevo.

—¿Joe? —dijo Candy.

Alcé la mirada. Estaba pálida y ojerosa. Sus ojos parecían más oscuros que de costumbre.

Dijo:

—No querrás saber nada de mí.

—¿Por qué lo dices?

—Sólo es mejor que no sepas.

—¿Mejor para quién?

—Para ti... para mí... no sé.

Parecía tensa, jugueteando con el encendedor, parpadeando, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Era como si estuviera ansiosa por ir a alguna parte, o por hacer algo, pero igualmente ansiosa por no querer hacerlo.

—Está bien —dije—. No me molesta...

—Lo siento —me interrumpió, poniéndose de pie—. Necesito ir al baño —cogió su bolso de la mesa y echó un vistazo por la cafetería buscando los baños.

—Están por allá —le dije señalando una puerta al otro lado de la cafetería.

—Gracias —dijo alejándose de prisa—. No tardo.

La miré partir, recordando la última vez que se había alejado de mí, el día que la vi por primera vez en la estación. En ese entonces se había alejado meciendo las caderas y con una rápida sonrisa sobre el hombro, como si supiera que la estaba observando y quisiera aprovecharlo al máximo. Ahora caminaba sin ninguna vanidad —sin mecer las caderas, sin pretensiones, sin frivolidad. Caminaba con un propósito, sin saber o sin importarle que yo la mirara.

Mientras Candy atravesaba la puerta me pregunté por un instante si huía de mí. La imaginé atravesando el pasillo, escurriéndose por la cocina, saliendo luego a hurtadillas por la puerta trasera y corriendo por el zoológico...

«Sí, claro —pensé en mi interior—. Eso hará, ¿no? Va a tomarse toda esa molestia sólo para escapar de ti».

Me quedé un rato ahí sentado, mirando por la ventana, pensando cosas, escuchando el vapor silbante de las teteras y el estrépito de platos y cubiertos. Luego me levanté y salí a esperar.

Empezaba a atardecer y descendía la temperatura. Sin embargo, el sol todavía brillaba, iluminando el cielo, y una fresca luz invernal bañaba los jardines del zoológico. El aire era claro como el cristal. Podía ver a kilómetros a la redonda. Podía ver aves de colores brillantes, cabras en los cerros, cebras y llamas, monos capuchinos jugando en las copas de los árboles.

Volví la vista hacia el interior de la cafetería.

Candy tardaba mucho.

Me pregunté qué estaría haciendo: ¿lavándose las manos, arreglando su maquillaje, llamando por teléfono? No tenía la menor idea. Lo que hacen las chicas en el baño es para mí un completo misterio. Gina a veces desaparece allí por horas.

Con frecuencia he estado tentado a preguntarle qué hace ahí dentro, pero es un tema espinoso. Siempre existe la posibilidad de tropezar con la clase de temas que no *deberían* avergonzarme, pero que me avergüenzan, y ése es el peor tipo de vergüenza que hay. Porque cuando te sientes avergonzado por algo de lo que sabes que no deberías sentirte avergonzado terminas en el círculo vicioso de sentirte avergonzado de tu vergüenza... Y eso es *realmente* vergonzoso.

Miré de nuevo hacia el café deseando que Candy reapareciera: «Anda... por favor... si tardas más tendré que hacer algo al respecto, tendré que pedir a alguien que vaya a revisar el baño de damas por mí... esa mujer tras el mostrador... la que lleva el delantal, con lentes grasicntos... Tendré que acercarme a ella y explicarle qué ha pasado...».

Una puerta se azotó dentro de la cafetería. Me incliné hacia un lado para ver mejor. Por un segundo o dos no pude ver nada... Entonces apareció Candy, una visión en turquesa pasando por debajo del dintel y ajustando su bolso sobre el hombro.

Dejé escapar un suspiro y esquivé su mirada haciendo lo posible por parecer casual. Manos en los bolsillos, mirando al rededor, sólo disfrutando el panorama, esperando alegremente... sin ningún apuro. Estaba tan *cool* y casual que, incluso cuando se abrió la puerta de la cafetería, esperé un momento antes de voltear.

—Perdona que tardara tanto —dijo Candy.

—No hay problema —le dije encogiéndome de hombros muy ligeramente, lo justo para darle a entender que apenas lo había notado.

Candy se detuvo frente a mí mirando al suelo y pude percibir algo distinto en ella. Es difícil describirlo, pero de alguna manera parecía más *suelta*. La manera como estaba parada, balanceando la cabeza... aquella extraña sonrisita en sus labios...

—Estaba... uh... —murmuró.

—¿Perdón?

Alzó la cabeza y me miró haciendo un esfuerzo por enfocar mi cara.

—Estoy bien —dijo—. Todo está bien... ¿Quieres...? —se limpió la boca con el dorso de la mano y sonrió—. Lo siento... —dijo—. Lo siento... no quise decir... ¿Quieres...? ¿Ya sabes...? —señaló el zoológico, luego me miró de vuelta cubriéndose la boca para sofocar un bostezo. Sus ojos estaban enormes, como estanques de obsidiana, pero sus pupilas se habían reducido a oscuros puntos negros, casi invisibles en la oscuridad—. Vamos —dijo tomándome del brazo—. Te quiero mostrar algo.

SEIS

Lo que sea que había tomado Candy, no pareció afectarla demasiado... al menos no externamente. Quiero decir, no tropezaba ni daba tumbos, no cantaba ni gritaba ni reía como una lunática... No *hacía* nada. Sólo caminaba con bastante normalidad conduciéndome a través del parque hacia el otro lado del zoológico, tan calmada, tan firme y tan *cool* como se puede. Además de sus ojos y de un ligero rubor en el rostro, era difícil notar en ella alguna diferencia. Su andar era tal vez un poco lento, pero al menos ya no corría por doquier como maniática. Si acaso, ahora parecía más normal que antes. Su hablar era un poco arrastrado, pero no mucho: sólo se oía como si estuviera medio dormida, y pronto, tras un arranque inicial de murmullos y risitas, se aplacó y volvió a ser ella misma.

Lo que sea que eso signifique.

Yo no tenía idea.

Mientras caminábamos por los pasillos del zoológico descubrí que yo no sabía nada: qué pensar, qué sentir, cómo reaccionar. Quiero decir, cuando estás con alguien que realmente te gusta y no tienes mucho tiempo de conocerlo, y ese alguien se esconde para tomar drogas... ¿qué demonios se supone que debes hacer? ¿Decir algo? ¿Escapar?

—¡Relájate! —dijo Candy.

—¿Qué?

Sacudí mi brazo.

—Aflójate. Estás tenso como una tabla.

Intenté relajar el brazo, pero ya no parecía pertenecerme. Como sea, no es que no supiera qué hacer con él. Caminar tomados del brazo era otra nueva experiencia para mí. No era *tan* desconcertante como el asunto de la droga, pero aún así me enfrentaba a muchas preguntas complejas: ¿qué debía yo hacer con mi brazo? ¿Debía sacar el codo? ¿Debía sostener el brazo de Candy? ¿Debía poner la mano en el bolsillo?

—¿Adónde me llevas? —le pregunté por decir cualquier cosa.

—Espera a ver. Es una sorpresa.

Caminamos en silencio. Candy parecía estar pasándola bien, sonreía tranquilamente a todo lo que nos rodeaba: los recintos por los que pasábamos, los animales, los letreros, la gente en los senderos... Pero había algo en ella, un extraño

sentido de desapego que me hizo preguntarme qué era lo que ella veía realmente. Era como si viviera en su propia burbuja, toda envuelta y tibia por dentro, y como si todo lo externo no fuera nada más que una curiosidad pasajera.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Hmm?

—¿Estás bien?

—Perfectamente —asintió.

—¿Quieres... hmm... quieres hablar acerca de alguna cosa?

—¿Cómo de qué?

—No sé... de lo que sea. ¿Dónde vives, qué haces...? Esa clase de cosas.

Ella sonrió.

—¿Esa clase de cosas?

—Sí.

Asintió de nuevo, y de nuevo. Luego parpadeó una o dos veces, me miró y dijo:

—Ok, sí... Puedo hacer esa clase de cosas. Vamos a ver... —miró hacia el frente, sumida en sus pensamientos. Luego comenzó a hablar—. A ver... ¿Dónde vivo? Ok... vivo como a diez minutos caminando de la estación de King's Cross, en un lindo apartamento en el tercer piso de una casa victoriana remodelada —su voz era plana e inexpresiva, como si estuviera leyendo un guión—. Mi compañera se llama Sophie. Es bailarina en un club nocturno en el West End, que es donde nos conocimos —dejó de hablar y me miró—. ¿Qué tal?

—¿Qué quieres decir?

—Nada... —sonrió—. Sólo me preguntaba qué pensabas.

Sacudí la cabeza.

Candy me apretó el brazo.

—Debes haberte preguntado por mí... de dónde saco el dinero. Lo que *hago*...

—Bueno, pues sí. Supongo.

—¿Y?

—No sé. Yo sólo... No sé...

No dijo nada por un buen rato, tampoco yo. Seguimos caminando. Ahora me sentía más cómodo con el asunto aquel de andar del brazo. Comenzaba a apreciar que ésa, de hecho, es una muy buena manera de caminar cuando sólo uno de los dos sabe hacia dónde va. No tienes que hacer preguntas o adivinar adónde vas. Sólo debes acostumbrarte a la otra persona, y después de un rato puedes sentir, por la simple sensación de su cuerpo, hacia dónde se dirige.

Ya estábamos cerca de la entrada principal. Nos acercábamos a un pequeño túnel que va a través del canal del zoológico. Mientras nos introducíamos en la sombra del túnel, Candy comenzó a hablar de nuevo, esta vez en un tono más natural.

—Es sólo que me resulta un poco difícil hablar de cuestiones personales —dijo—. Hay todo tipo de cosas familiares... ya sabes... cosas complicadas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí.

Sacudió la cabeza.

—Todo era mierda en mi casa... No pude soportarlo. Luego me echaron de la escuela y las cosas fueron de mal en peor —la sentí encoger los hombros—. De modo que simplemente me fui. Una mañana me levanté, llamé a una amiga, dejé una nota y vine para acá.

—¿A Londres?

—Sí... conocía a una amiga que tenía una casa en Bethnal Green. Me quedé ahí un tiempo. Luego me conseguí este trabajo bailando... Y eso es todo, en realidad.

—¿Bailando? —le dije.

—Sí... soy bailarina.

—¿De verdad?

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—Sólo bailo, Joe. Nada más. No me quito la ropa. Sólo soy bailarina. No hay tubos, no hay desnudos, sólo una blusita llamativa y una microfalda. No es nada: ves más piel desnuda en los programas para niños de los sábados por la mañana —volvió a encogerse de hombros—. Es sólo un empleo.

—¿Y qué hay de Iggy?

Su rostro se tensó por un instante, luego se relajó de nuevo.

—Ya te lo dije —respondió—. Es sólo el amigo de un amigo... ni siquiera eso, en realidad. Es sólo un tipo que anda por ahí —se tocó la sien—. Está un poco tocado... probablemente por demasiado *crack*. Vive en su propio mundillo. Un minuto cree que es un chulo, el siguiente es un policía encubierto. Lo mejor es sólo seguirle la corriente.

—¿Eso es lo que hacías en McDonald's? ¿Le seguías la corriente?

Asintió apartando la mirada.

—Se puede poner medio gracioso a veces... Es un hombre grande... ya lo has visto. No es que quiera asustar...

—No necesita querer.

Ella rio.

—No te haría daño.

—¿No?

—Bueno, no mucho...

Nos miramos entonces: una mirada larga, atenta. Candy sonreía, pero no pude descifrar qué clase de sonrisa era aquella. Parecía bastante real, una sonrisa apropiada para celebrar un chiste, pero los chistes —y las buenas mentiras— por lo general se basan en la verdad, y pude ver una especie de verdad en sus ojos. Aquella verdad la invadía, como una oscura enfermedad, una verdad demasiado dolorosa para hablar de ella. Y yo comenzaba a preguntarme si no estaría yo empeorando todo.

Candy aún me miraba.

Sonreí.

Suspiró.

Inhalé profundamente saboreando el aroma de su aliento, y hubo un momento entre nosotros —un acuerdo silencioso de hacer a un lado la verdad—. Luego ella tomó mi mano y me condujo hacia el Mundo Lunar.

—Es mi lugar favorito —dijo Candy en voz baja, guiándome por las escaleras apenas iluminadas—. Siempre está vacío y silencioso aquí abajo, y el aire se siente rico y fresco. Cuidado con los escalones.

Tropecé ligeramente en la oscuridad. Candy apretó más mi mano y me jaló hacia ella.

—Cierra los ojos —me dijo—, luego ábrelos de nuevo. Así... —se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos. Parecía un búho asustado.

Le sonreí.

—En serio —dijo ella—. Deja entrar más luz.

—¿No sería más fácil si tan sólo encendieran las luces?

—Se supone que debe estar oscuro. Estos son animales nocturnos. Si las luces estuvieran encendidas dormirían todo el tiempo.

Los escalones nos condujeron hacia un corredor a media luz y cuando comenzamos a caminar por él, mirando los recintos vidriados, pude sentir el silencio de la noche filtrarse en mi piel. El silencio, el vacío, la frescura del aire subterráneo. Había un olor terroso y fresco.

—¿No es agradable? —susurró Candy.

—Sí... está muy bien.

—Yo solía venir sola aquí de vez en cuando... me quedaba aquí abajo por años —su voz era apenas audible—. Es un buen lugar para la tristeza...

No estaba seguro de qué había querido decir. ¿Bueno para entristecerse? ¿O bueno para quitarse la tristeza?

—Mira —me dijo.

Nos habíamos detenido ante un simulacro de bosque tropical, un mundo de ramas musgosas, verdes hojas cerúleas y extraños helechos iluminados por la luz de la luna, todo ello nebuloso y oscuro y chorreando humedad. Me acerqué y me asomé a través del vidrio, pero no conseguí ver a ningún animal.

—Allá —dijo Candy señalando una esquina—. En aquella ramita que está al fondo, ¿ves?

Miré más de cerca. Un par de ojos enormes me miraban fijamente con curiosidad a través de la penumbra. Detrás de los ojos apenas pude distinguir a un pequeño animal peludo, no más grande que mi mano, sentado silenciosamente en la rama.

—¿Qué es? —pregunté.

—No sé... ven... te enseñaré a mi favorito.

Volvió a tomar mi mano y me condujo hasta el final del pasillo. Sus dedos se

sentían tan delicados sobre mi piel... tan ligeros y delgados presionándose fríamente contra la palma de mi mano... enviando su roce a todo mi ser...

Era más de lo que yo hubiera sentido jamás.

—Ya llegamos —dijo deteniéndose frente a un nuevo recinto—. Esto es lo que quería mostrarte.

Esta vez no tuve que buscar al animal. Lo vi enseguida. El interior de este recinto era mucho más yermo que el anterior, tan sólo un piso de arena, un fondo color de piedra y un solitario árbol de ramas desnudas. Colgado, vacilante en el árbol, había un animal rojizo con una cabeza de aspecto tonto y con una cola larga y frondosa. Era como del tamaño de un perro pequeño, o de un gato grande, pero no parecía ni perro ni gato: parecía un canguro pequeño. Pequeñas patas frontales, largas patas traseras, una cabeza triangular redondeada...

—Es un canguro de árbol —dijo Candy.

—¿Un canguro de árbol?

Candy asintió, los ojos enturbiados por la compasión.

—Nunca se mueve. Sólo se queda ahí sentado todo el tiempo, como si estuviera demasiado asustado para ir a alguna parte.

Candy tenía razón: el animal sí que parecía asustado, asustado y tembloroso, como si en cualquier momento fuera a caer de la rama. No me habría extrañado si se hubiera caído. Diablos, era un canguro. Los canguros no están diseñados para trepar árboles. Y éste parecía saberlo. Su cara desbordaba un asombro de ojos tristes, tenía una mirada lastimera que parecía decir: «Ya sé que soy un canguro de árbol, y sé que se supone que debo de trepar árboles, pero no lo hago bien, y la verdad es que no me gusta hacerlo».

—Pobre diablo —dijo Candy—. Atorado en un árbol todo el día...

El canguro parpadeó con tristeza.

Candy se sorbió la nariz.

—Vamos... Hay que dejarlo solo.

La seguí de vuelta por el corredor rumbo a la salida. Me sentía tranquilamente conmovido por lo que acababa de ver. La tristeza, el silencio, la oscuridad, la soledad... todo contenido en un momento pequeño y simple. Era sólo...

No sabía qué.

Sólo demasiado.

Si no hubiera sucedido nada más, si hubiéramos dejado el Mundo Lunar con tan sólo el recuerdo de ese pequeño momento triste, aún así lo habría recordado durante años.

Pero sí sucedió algo más.

Algo que eternizó aquel momento.

Sin siquiera decir palabra, Candy me condujo hacia el final del pasillo y hacia el interior de un pequeño descanso que estaba a un costado de la puerta de salida. Pensé que iba a mostrarme algo más, otro animal o algo así, pero en vez de eso me tomó de los hombros y me empujó contra la pared. Y antes de que me diera cuenta, nos comíamos a besos. Besos ardientes, besos húmedos, besos largos y profundos que duraban para siempre... labios y lenguas, manos y cuerpos, todo gruñendo fuera de control...

Dios...

Me quema sólo recordarlo.

El calor de su boca, de sus labios, la intensidad de su cuerpo tocando el mío, la emoción desnuda de su piel...

No sé cuanto tiempo estuvimos ahí, gimiendo y suspirando contra la pared, pero si no hubiera sido por una par de niños que dieron vuelta a la esquina y nos sorprendieron con un repentino escándalo de risas, estoy seguro de que ahí seguiríamos ahora, perdidos en el oscuro deseo, perdidos el uno en el otro...

El caso es que los niños nos trajeron de vuelta. Dejamos de besarnos y los miramos por un instante sin movernos. Luego sus padres dieron vuelta a la esquina y el hechizo de pronto se rompió. Los padres no supieron qué hacer. Al principio se mostraron cautelosos, un tanto desconfiados, preguntándose qué nos traíamos entre manos. Luego los niños comenzaron a decirles qué era lo que nos traíamos entre manos y los padres se avergonzaron, y eso nos hizo reír, lo cual ayudó a que las cosas se enfriaran un poco.

No mucho, debo decirles, pero lo suficiente como para abrir la puerta y salir a la tarde sin sentirnos *demasiado* conspicuos.

—Eso fue divertido —dijo Candy riendo aún.

Mi piel estaba encendida, cosquilleaba en el aire. Sentí como si no hubiera respirado en un mes. Intenté hablar pero lo único que surgió fue un suspiro gutural.

Candy me sonrió. Sus ojos oscuros brillaban.

—¿Estás bien?

—Uh huh...

Sonrió de nuevo alcanzando su bolso para sacar un cigarrillo. Me ofreció la cajetilla.

—¿Seguro que no quieres uno?

—Nuh uh... —respondí.

Se detuvo a encender el cigarrillo. Hizo un cuenco con las manos para defenderse de la brisa, chasqueó el encendedor. Echo luego la cabeza hacia atrás y el humo hacia afuera con una irresistible mirada de deleite en el rostro.

—Está bien —dijo—. ¿Ahora qué sigue?

«¿Qué sigue? —pensé—. ¿Ahora qué sigue?».

Yo estaba ya listo para recostarme y morir.

—Vamos, Joe —dijo tomando mi mano—. Aún es temprano. Todavía queda mucho qué ver —me sonrió—. *Vamos...* Te compraré una Coca... para que suba tus niveles de energía.

Aún me temblaban las piernas mientras ella me arrastraba lejos de ahí. El suelo era una superficie extraña dieciséis kilómetros por debajo de mis pies.

Salvo por un pequeño hipo, el resto del día fue un agradable paseo cuesta abajo. Candy me compró una Coca —y para ella, una botella de agua—, y luego sólo paseamos por ahí bajo la luz, que languidecía, deambulando despacio por los senderos, tomados del brazo, sin importarnos hacia dónde íbamos... sólo caminando. El zoológico se vaciaba poco a poco. Los escolares y los turistas se dirigían de vuelta a casa. Y mientras el cielo comenzaba a oscurecerse para que la tarde diera paso a la noche, la atmósfera adquirió ese ánimo tranquilo que deja el final del día: animales dormidos, tiendas que se alistan para cerrar, cuidadores con carretillas preparándose para la noche.

Era agradable ser parte de todo aquello.

Cansados y felices, vagando tranquilamente bajo una brisa fresca, mientras los pájaros cantaban y los animales refunfuñaban, gruñían, se acomodaban, bostezaban...

Estábamos ahora en el extremo más alejado del zoológico, en la zona tranquila. Todos los zoológicos tienen sus zonas distantes: los lugares más alejados de los restaurantes y de las tiendas de recuerdos, allí donde se hospedan los animales menos populares, los que apenas se dejan ver o que no hacen gran cosa: lobos, venados, pequeñas criaturas marrón que viven en madrigueras, aves que no llegan a ser avestruces. Son lugares solitarios, lugares callados. Son la clase de lugares donde se pueden compartir secretos. Secretos o verdades.

O nada.

Con nosotros, fue nada.

Le conté a Candy sobre mis padres; ella me escuchó. Le conté sobre Gina y Mike; me dijo que le gustaría conocerlos. Le conté sobre la escuela y sobre los exámenes; ella se desconectó, extrañamente triste, o quizá sólo aburrida pero volvió a emocionarse cuando le conté acerca de componer canciones y tocar música y estar en el escenario con Los Katies.

—Debe ser increíble —dijo—. Hacer algo que en verdad te gusta.

—Sí —le dije—, es agradable.

—¿Y qué tal cuando estás en escena, ya sabes, con tanta gente mirándote? ¿No te da miedo?

—En realidad, no. Quiero decir, no es que haya tanta gente mirándonos. De hecho, cuando apagan la luz es muy difícil ver a la mayoría. Además, por lo general estoy demasiado ocupado intentando recordar las canciones como para pensar en

nada más —la miré—. ¿Y tú? ¿A ti te da miedo?

—¿Cuándo?

—Cuando *tú* estás en el escenario..., cuando bailas.

—Ah, cierto —dijo atropelladamente, bajando la mirada—. Sí... no sé... Supongo que en realidad no lo pienso, yo sólo... —alzó la cabeza y clavó la mirada vacía en la distancia, su cara otra vez extrañamente triste; cuando habló, su voz se había enfriado—. Sólo hago de cuenta que no estoy ahí. Es la única manera... —se hundió con un suspiro en el silencio, pero sólo por un momento; sacudió la cabeza en señal de autoconmiseración, volvió a mí con la sonrisa recobrada y me dijo—: ¿Crees que podría ir a verte tocar algún día?

—Claro.

Sonrió.

—Podría pararme al frente y gritar tu nombre y arrojarte mis calzones. ¿Qué opinas? ¿Te gustaría eso?

—Siempre y cuando los hayas lavado antes.

Rio.

—De hecho —dije metiendo la mano en el bolsillo—, creo que traigo aquí un volante... —desdoblé el volante de nuestra tocada en Londres y se lo mostré—. Es este viernes —le dije mientras ella lo tomaba y lo revisaba—. Quiero decir, no sé si puedes ir...

—El Black Room —dijo ella al leerlo.

—Es un club en Hammersmith.

—Sí, lo conozco —me miró—. ¿Tocarás ahí?

—A las nueve —le dije—. Este viernes.

Asintió sonriendo.

—Estoy muy impresionada.

—Puedo ponerte en la lista de invitados, si quieres.

—¿Con acceso a todas las áreas?

—¿Por qué no? ¿Irás?

Se mordió el labio pensándolo mucho.

—Creo que sí... tengo que ver. Es sólo un poco...

—¿Qué?

—Nada... está bien. Es sólo que resulta un poco complicado, nada más. Puede que tenga que organizar algunas cosas... —sus ojos se volvieron hacia el volante y pude ver que sopesaba las cosas: imaginando esto, imaginando lo otro, evaluando las consecuencias.

—No quiero meterte en problemas ni nada —le dije—. Si no puedes ir...

Me calló con un beso repentino, casi doloroso de tan apasionado. Pensé por un momento que me desplomaría, pero ella entonces se apartó y logré recuperar el equilibrio. Me miró a los ojos y dijo:

—Ahí estaré... ¿De acuerdo?

—De acuerdo...

Se acercó más, juntando su cara a la mía hasta que pude sentir su aliento susurrar en mis labios:

—Ahí estaré.

Entonces sonó su teléfono.

—¡Mierda! —dijo enojada metiendo la mano en su bolso y sacando su celular. Revisó el identificador de llamadas, maldijo de nuevo y se apartó.

—Perdona —me dijo—. No tardo ni un minuto.

Se llevó el teléfono al oído y siguió apartándose. La escuché decir: «No... Te dije... —y luego—: Ya lo sé, pero tú dijiste...». Y luego ya estaba demasiado lejos como para que yo pudiera oír algo. Sin embargo, aún podía verla, y aunque me daba la espalda, me daba cuenta de que no estaba contenta. Todo su cuerpo se había tensado y tenía una extraña apariencia retraída. La forma como se movía —asentía con la cabeza y cerraba los puños— me recordaba los gestos encorvados y marchitos de una vieja enojada.

No era una visión agradable.

Miré hacia otra parte.

Escondí la cabeza en la arena.

Cuando ella volvió no me dijo nada sobre la llamada, y yo no pregunté. Sólo dijo:

—Lo siento, Joe. Me tengo que ir.

Sólo asentí.

Sonrió y me dijo.

—La próxima vez...

Nos besamos de nuevo y ella me susurró cosas que me hicieron sonreír. Luego caminamos por la tarde hacia el final de nuestra jornada.

Eso fue todo: un día en el zoológico. Uno de los mejores —y más extraños— días de mi vida. Aún lo vivo ahora, cada día, reviviéndolo en mi mente... siguiendo las altas y las bajas, recorriendo los senderos, reviviendo los momentos de nuestro Mundo Lunar.

Es un día que nunca muere.

SIETE

—Desperdicias tu vida, Joe —dijo papá con severidad—. Lo sabes, ¿verdad? Estás desperdiciando tu vida. Si sigues así...

—¿Si sigo cómo?

—Ya sabes lo que quiero decir... Toda esta música pop y todo... Tú y tus Skaties...

—Katies.

—¿Qué?

—Es *Katies*... no Skaties.

—No me importa lo que sea. Tienes exámenes este año. Tendrías que estar estudiando...

—*Estoy* estudiando...

—¿A qué hora?

—Todo el tiempo.

—No estabas estudiando hoy, ¿o sí? Ni siquiera estabas en la escuela.

—Sí, pero...

—Mentiste a las maestras, abusaste de mi confianza...

Eran las ocho treinta de la noche. Llevaba media hora en el estudio de papá. No había sido mi intención volver tan tarde del zoológico, pero había perdido la noción del tiempo... Y luego los trenes se habían demorado y no pude llamar a papá para avisarle porque se suponía que no estaba en un tren. De modo que cuando volví y me llamó a su estudio inmediatamente adiviné que Gina le había contado la verdad —o lo que ella pensaba que era la verdad—, y supe que iba a asistir a una charla solemne. Y cuando papá se pone serio, se pone *realmente* serio.

—Ya sé que ha sido duro en estos últimos años —me decía—, pero eso no es excusa para desperdiciar tu tiempo en cosas sin importancia...

—No lo estoy haciendo —le dije.

—¿Ah, no? Pensé que sí. ¿Cómo vas a obtener las calificaciones que necesitas si te la pasas todo el tiempo jugando a ser una estrella pop?

—No estoy jugando a nada. Sólo lo disfruto... Es una diversión sana. Y aún así, sólo es una tarde por semana...

—Y los fines de semana.

—No todos los fines de semana.

—Y días fuera, en Londres, cuando deberías estar en la escuela.

—Ya te expliqué eso —suspiré—. Fue sólo una vez. No volverá a pasar...

—No, no volverá a pasar —me dijo fríamente.

—No tienes que...

—¿Qué?

—Nada.

Bajé avergonzado la cabeza y miré al piso con remordimiento. No esperaba que papá se lo tragara, pero al menos me permitía un respiro del furioso resplandor de su mirada.

—¿Por qué tienes que hacerlo? —me dijo.

—¿Qué?

—¿Por qué siempre tienes que hacer las cosas tan difíciles?

Alcé la cabeza y lo miré.

—¿Difíciles?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Mira —le dije—. Lo siento... ¿Está bien? Ya sé que fue una tontería, y ya sé que no debí hacerlo... pero eso no significa nada, papá... de verdad. No significa que esté desperdiciando mi vida...

—Significa que estás castigado, loe.

—No puedes...

—Puedo, y lo haré.

—No, pero escucha...

—No, *tú* escucha —se inclinó sobre su escritorio y me dirigió esa mirada—. Saldré el fin de semana próximo. Me iré durante seis o siete días. Hasta que regrese, estás castigado, ¿entendiste? Desde hoy no puedes salir el fin de semana, o después de las seis de la tarde, sin mi permiso expreso.

—Pero papá...

Alzó la mano.

—No he terminado... ¿Me estás escuchando?

—Sólo quería...

—¿Me estás *escuchando*?

—Sí —suspiré.

—Bien... Cuando esté fuera serán vacaciones de mitad de semestre, pero aplican las mismas reglas, y espero que las sigas sin la ayuda de Gina. Ella ya tiene suficiente como para tener que cuidarte todo el tiempo. Necesito saber que puedo confiar en ti, Joe. Te estoy dando la responsabilidad de disciplinarte solo, y si no te lo tomas en serio a la única persona que decepcionarás es a ti mismo.

Lo miré con deseos de odiarlo, pero sabiendo que no podía hacerlo. Era mi papá. Sintiera lo que sintiera por él, no podía odiarlo. Sin embargo, podía odiar su estúpido razonamiento o que me tratara como un niño mientras esperaba que me comportara

como un adulto. «¿Por qué no te decides, papá? —quería decirle—. O me tratas como a un niño o me tratas como a un adulto, pero no puedes seguir tratándome como algo intermedio».

—¿Escuchaste lo que dije? —me preguntó.

—Sí, lo escuché.

—¿Hay algún problema?

Titubeé por un momento pensando en el concierto del viernes. Me debatía entre callármelo —pensando en arreglármelas cuando llegara el momento— y ser honesto. Era tentador quedarme callado al respecto, pero sería difícil llegar a Londres el viernes por la noche sin que papá se enterara. Si era honesto, sin embargo, si le explicaba lo importante que era el concierto y le suplicaba que me dejara ir, y él decía que no, entonces estaría avisado, estaría en guardia, y me sería casi imposible escapar sin que se enterara.

Lo miré intentando decidir cómo jugármela. Ahora se veía más tranquilo. Aún seguía serio a morir, pero la furia se había desvanecido y creí detectar en su rostro una pizca de compasión.

O eso esperaba.

—¿Y qué hay del viernes? —pregunté en voz baja.

—¿Viernes?

—Ya sabes... la tocada... con el grupo. Los Katies. Tocamos en Londres... Te conté, ¿recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo?

—Si al menos me dejaras ir a eso...

—No lo creo.

—Es sólo una noche...

Se encogió de hombros.

—Pero es realmente importante, papá —dije—. Si no voy yo, no podrán tocar. Los decepcionaré a todos. Ya contratamos todo el equipo y todo lo demás, y mucha gente vendrá a vernos. Ya vendimos entradas...

—Debiste haber pensado en eso antes, ¿no crees?

—Vamos, papá... No estás siendo justo.

—Bien, ahora ya sabes cómo se siente.

—Pero siempre me hablas de asumir las responsabilidades. ¿Y qué hay de mi responsabilidad con los demás? El resto del grupo, los promotores, las personas que han pagado...

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

—Porque no son familia. Son sólo...

—¿Qué? ¿Son sólo qué?

Sacudió la cabeza.

—No empieces a torcer mis palabras, Joe. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí... —dije asintiendo como si supiera lo que quería decir, aunque en realidad no estaba convencido. De hecho, *no* sabía lo que papá quería decir, pero podía ver que algo lo estaba poniendo nervioso, y eso era todo lo que yo necesitaba saber.

Seguía asintiendo, aparentando algún reproche —lo cual no era fácil—, pero extrañamente pareció funcionar. El rostro de papá comenzaba a verse nervioso y su boca perdió algo de confianza.

Seguí mirándolo fijamente.

Después de uno o dos segundos, se aclaró la garganta y me dijo:

—La gente es diferente, es todo lo que quiero decir.

No respondí.

—No quiero decir diferente *así* —dijo tratando de salir del apuro—. Sólo quiero decir que algunas personas importan más que otras... —suspiró al darse cuenta de que sólo estaba empeorando las cosas. De pronto comprendí lo que yo estaba haciendo. Él tenía razón: ahora *sí* estaba torciendo sus palabras. Le estaba haciendo creer que su punto de vista me ofendía. Lo estaba forzando a defenderse cuando no tenía nada qué defender. Básicamente, lo estaba manipulando. Manipulaba sus miedos y sus prejuicios. Yo sabía que estaba mal y podía sentir la culpa agitarse en mi interior...

Sin embargo, hice mi mejor esfuerzo por ignorar aquel sentimiento.

Sentado en silencio...

Padeciendo mi falsa indignación...

—Está bien —dijo al fin papá—. Como sea, ¿dónde es ese concierto?

«¡Sí!», pense.

—Hammersmith —dije en voz baja.

—¿A qué hora termina?

—No muy tarde... Probablemente esté de vuelta a las once.

Asintió despacio.

—Está bien... lo pensaré.

—Gracias, papá.

—Aún no he dicho que puedas *ir*... Sólo dije que lo pensaré. De modo que no vayas a pensar que me has ganado una, porque no lo has hecho. ¿Entendiste?

—Claro.

—Y cualquiera que sea mi decisión —continuó—, será definitiva. Será mi respuesta final. No quiero más discusiones, ¿está bien?

—Sí.

—Es en serio, Joe. Quiero tu palabra de que aceptarás mi decisión. De lo contrario ni siquiera lo consideraré.

—Está bien —dije—. Lo prometo.

Me lanzó una mirada suspicaz.

—Palabra de *scout* —le dije intentando hallar algo de sinceridad—. Lo juro.

—No es broma.

—Lo sé, papá. Es en serio. Lo digo de verdad. Lo prometo...

Otra mirada, esta vez un poco más cálida. Luego inhaló profundamente, estiró la espalda y dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—Está bien —dijo—. Vete, entonces. Come algo, y creo que luego debes irte temprano a la cama.

—Está bien —le dije levantándome, aliviado de que todo por fin hubiera terminado.

—Y, Joe... —añadió papá.

Lo miré. De pronto parecía muy viejo. Cansado y gris, su larga cara ceniza y arrugada, su cuerpo enmarcado en la oscura formalidad de un traje antiguo...

Parecía que nunca hubiera sido joven. Que nunca hubiera sido nada más que viejo.

—¿Sí, papá? —dije.

Por un momento sus ojos se posaron con tristeza en los míos y pensé que iba a decir algo, algo que probablemente nos avergonzaría a ambos... Pero después de uno o dos segundos parpadeó, se sacudió la tristeza y dijo:

—Nada... no es nada. Vamos, fuera. Te veré más tarde.

—Sí... de acuerdo. Siento mucho todo esto.

Asintió en silencio mirando la mesa fijamente.

Me quedé parado un momento sin saber bien qué hacer. Parte de mí quería decir algo más, dejar a papá entrar en mi mente, mostrarle la verdad de mis sentimientos. Pero otra parte de mí —la parte cobarde— sólo quería escapar de ahí. Y esa fue mi parte más fuerte.

Así que, con la cabeza llena de emociones encontradas, di las buenas noches, me volví y me escabullí fuera.

Es curioso lo fácil que es llegar a creerte tus propias mentiras. Durante todo el tiempo que estuve en el estudio de papá, durante el tiempo en que me sermoneó acerca de la responsabilidad y la disciplina y sobre cómo desperdiciaba mi vida, todo ese tiempo yo me estaba disculpando por haberme ido de pinta y haber pasado el día en Londres... todo el tiempo. Y nunca se me ocurrió siquiera pensar que estaba mintiendo descaradamente. Por lo que a mí tocaba, *sí* había ido a Londres a solucionar un problema con la tocada, aquello *no* significaba nada. *Sí* estaba arrepentido. *No* volvería a suceder.

De veras lo creí.

Era la única manera de vivir la mentira.

Pero una vez que salí del estudio de papá, la verdad de pronto me dio de lleno en la cara. La verdad real: Candy, el zoológico, el Mundo Lunar... y caí en la cuenta de que me acababan de sermonear y castigar por algo que de hecho no había sucedido. Había que admitir que había hecho algo peor y me había salido con la mía, pero aún

así...

«¿Aún así qué? —dijo la voz dentro de mi cabeza—. En verdad tuviste mucha suerte. Lo sabes, ¿verdad? Tuviste suerte. Pudo haber sido mucho peor...».

Cuando subí, encontré a Gina esperándome en mi habitación.

—¿Cómo te fue? —me preguntó ansiosamente.

Estaba sentada en el piso, hojeando las páginas de una revista de música, y parecía que llevaba ahí un buen rato. Un desordenado círculo de libros y CD y tazas vacías de café se había formado en el suelo a su alrededor.

—Espero que recojas todo eso —le dije señalando con la cabeza el desorden del piso.

Me dirigió una mueca amistosa, luego volvió al tema.

—Vamos... ¿qué te dijo papá?

—Bastante.

Sacudió la cabeza.

—Lo siento, Joe... Tuve que decirle. Estaba realmente preocupado por ti. Si no le hubiera dicho, habría llamado a la policía...

—Está bien —le dije sentándome sobre la cama—. No es tu culpa.

—Se habría enterado de cualquier forma...

—Sí, lo sé... No te preocupes por eso. No debí haberte involucrado —la miré—. ¿Qué dijo cuando le contaste que habías llamado a la escuela por mí? ¿Se enojó contigo?

—No mucho. Creo que estaba demasiado enojado contigo como para molestarse conmigo —alzó la vista—. ¿Estás castigado?

—Sip.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que regrese de adonde sea que vaya a ir la próxima semana. Por cierto, ¿adónde va? ¿A la cabaña?

—No, es algo de trabajo, en Edimburgo: la convención anual de la asociación —sonrió—. Ginecólogos por todas partes... —la sonrisa se desvaneció—. Va con mamá, se van toda la semana.

Asentí distraídamente pensando en la cabaña... Woodland Cottage. Hacía tiempo que no pensaba en ella. Es un pequeño lugar para vacacionar que papá compró hace años, un rústico bungalow de madera escondido en un pequeño pueblo en la costa de Suffolk. Cuando mamá todavía andaba por aquí solíamos ir con bastante frecuencia. Es de verdad un lindo lugar: justo en medio de la nada, callado y tranquilo, rodeado de bosques y campos, cerca de un apacible y pequeño estuario...

—¿Joe? —dijo Gina.

—Perdona, ¿qué?

—¿Lo arreglaste?

—Si arreglé qué cosa.

—A lo que fuiste a Londres... eso que era tan importante para el concierto. ¿Recuerdas?

—¡Ah, claro!... Sí, sin problema. Ya esta todo... hmm...

—¿Solucionado?

—Sí —sonreí—. Todo está listo.

—¿Aún vas a ir?

—Sí, ¿por qué no?

—Creí que habías dicho que estabas castigado.

—Estoy en libertad bajo palabra por ese día.

—Genial. Realmente estoy ansiosa por ir.

La miré sin habla por un momento. Había olvidado que Gina iría.

—¿Qué? —dijo frunciendo el ceño ante mi mirada confundida, para luego darse cuenta de lo que significaba—. ¡Oh, vamos Joe!... tú me invitaste. «Trae a Mike», dijiste...

—Sí, sí, ya sé...

—¿No quieres que vayamos?

—Claro que sí... sólo que lo olvidé por un momento, nada más —me incliné hacia delante y le alboroté el cabello—. Lo siento.

—Sí, ya veo.

—No te enfurruñes.

—No me enfurruño.

Le sonreí.

Me devolvió la sonrisa.

Y estábamos bien de nuevo. Seguimos hablando por un rato, realmente sin decir nada, sólo por pasar el tiempo. Al final Gina se levantó, me dio un beso de buenas noches y me dejó solo con mis pensamientos.

Y eso era mucha compañía: papá, mentiras, Candy, mentiras, Gina, mentiras... tantas mentiras que era difícil seguirle el paso a la verdad.

Comencé a recoger el tiradero que Gina había dejado en el piso.

«Una cosa a la vez —me repetía—. Toma una cosa a la vez. No tiene caso preocuparse por el viernes hasta que no estés seguro de que papá te dejará ir. Si no te deja ir, entonces no importa lo que pase cuando Candy aparezca y Gina y Mike estén ahí... No importará cómo intentes explicar las cosas, porque no estarás ahí y tampoco estarán Gina y Mike, de modo que no habrá nada que explicar».

¿Cierto?

El problema, sin embargo, era que, en el fondo de mi corazón, yo sabía que sí estaría ahí. No era sólo un deseo: era un hecho, tan inevitable como que la noche sigue al día. Sin importar lo que papá dijera, sin importar lo que decidiera, sin

importar las promesas que hubiera hecho: yo estaría ahí.

Sin importar nada.

Estaría ahí, Candy estaría ahí, Gina y Mike estarían ahí...

Sucedería.

De modo que sí *podía* preocuparme por ello.

Y lo hice.

Entonces, después de un rato, dejé de preocuparme, y en lugar de ello comencé a pensar. Pensé en Candy y en Gina y en Mike y en la tocada y en mí...

Finalmente, cuando entré en la cama, el pensamiento se convirtió en algo más. Estaba solo en la oscuridad con Candy.

OCHO

El Black Room. Viernes por la noche. Eran apenas pasadas las ocho y las cosas iban de mal en peor. Las pruebas de sonido habían sido un desastre, el camerino era una letrina y Jason estaba fuera de control. Había tomado algo de *speed* para calmar los nervios —una estupidez monumental— y ahora corría por todas partes, todo acelerado y frito hasta los ojos, sorbiéndose la nariz y retorciéndose como un lunático.

—¿Dónde están mis cigarrillos? ¿Quién los tiene? ¿Quién tiene mis malditos cigarrillos? ¿Qué es esto? ¡Dios! ¿Quién puso eso ahí? ¿Qué hora es? ¿Dónde está la lista de canciones? ¡Demonios! ¡Esto es ridículo!...

Habíamos llegado tarde, lo cual no era el mejor de los comienzos. Hubo una confusión con la camioneta que rentamos, así que no partimos de Heystone hasta casi las seis, y entonces Jason dio una vuelta equivocada en el camino a Londres y por horas dimos vueltas en torno a quién-sabe-dónde-diablos intentando llegar a Hammersmith. Cuando finalmente llegamos hubo toda clase de problemas con el equipo. Lo peor fue que Bluntslide se rehusó a prestarnos su amplificador. Según nosotros, habíamos acordado de antemano que, siempre y cuando su ingeniero de sonido condujera el espectáculo, podríamos usar su sistema de amplificadores. Eso nos venía bien, pues en cualquier caso nosotros no contábamos con un ingeniero de sonido, pero cuando comenzamos a montar nuestro equipo para la prueba, acomodar los micrófonos y arreglar los niveles de sonido y demás, el tipo que manejaba a Bluntslide se puso muy pesado.

—Es un equipo nuevo que vale cinco mil de los grandes. No dejaré que un grupo de mocosos juegue con él.

Era realmente desagradable: un tipejo molesto con zapatos afilados como navajas y una cara que combinaba perfectamente con ellos. Me parece que creyó que era parte de su trabajo discutir sobre cualquier cosa, fuera o no necesario. Era eso, o simplemente que disfrutaba ser un engorro. Como sea, luego de mucha discusión —y de muchos gritos enardecidos por parte de Jason— cambió de opinión y aceptó a regañadientes dejarnos usar supreciado equipo de amplificación. Pero para entonces eran casi las ocho, de modo que no tuvimos mucho tiempo para probar el sonido, y el ingeniero de Bluntslide no parecía muy dispuesto a ayudarnos. Jason no dejaba de

maldecir...

De modo que, básicamente, terminamos con un sonido bastante malo, lo cual ayudaba a Bluntslide —los hacía oírse mejor—, pero era pésimo para nosotros.

—Ni siquiera funcionan bien los malditos monitores —se quejó Chris en el camerino trasero—. Apenas puedo escuchar lo que estoy tocando.

—Yo puedo oír lo que yo estoy tocando —dijo Ronny—, pero no puedo escuchar a nadie más.

—¡Demonios! —escupió Jason aventando una lata de cerveza contra la pared—. ¡Esto es una mierda!

Yo sólo me quedé ahí sentado, sorbiendo de una lata de cerveza, observando el camerino. De veras *era* una letrina. Los lavabos y los cubículos y los orinales habían sido extraídos y reemplazados por un par de bancas y una mesa, pero aún así parecía y olía a baño. Los muros estaban cubiertos por grafitis, del techo colgaban tuberías expuestas y sólo había una minúscula ventana al fondo: un pequeño cuadrado con cristal traslúcido en un marco enmohecido.

Mientras Jason y los otros seguían bebiendo y fumando y quejándose, me recargué en la pared y dejé que mi mente flotara hasta el día anterior, cuando papá me llamó a su estudio para transmitirme su decisión.

—Luego de evaluar cuidadosamente las circunstancias —me había dicho con voz solemne—, he decidido dejarte ir a tu concierto.

«Gracias, papá —pensé ahora, mirando de nuevo la habitación—. Muchas gracias». Y comencé a reír.

Jason dejó de despotricar y se me quedó mirando.

—¿Qué pasa contigo?

—Nada —dije riendo todavía.

—Vamos... ¿Qué es tan gracioso?

—Esto... nosotros... todo... —y agité la mano para señalar el camerino—. El Gran Día... finalmente la hicimos...

Ronny comenzó a reír conmigo, pero Jason y Chris no entendieron o no quisieron entenderlo. Sólo se quedaron ahí, mirándome fijamente. Jason siguió relamiéndose, movía la lengua velozmente hacia adentro y hacia fuera, como si fuera un lagarto. Sus ojos se proyectaban tanto que pensé que estallarían. Se veía ridículo. No pude parar de reír. Después de un rato, Jason se dio por vencido conmigo y volvió su atención sobre Ronny, quien siguió riendo hasta que no pudo seguir bajo la mirada furiosa de Jason, y al poco rato había bajado la mirada y su risa se había reducido a un avergonzado murmullo.

—Idiota —murmuró Jason dándole la espalda—. Dios, este lugar es un agujero de mierda. ¿Qué hora es?

—Ocho y media —dijo Chris.

—Falta media hora —dijo Jason sacudiendo la cabeza—. Necesito un trago de verdad.

—El bar está abierto —sugirió Chris.

Jason se limpió la nariz.

—No... vámonos. Hay un *pub* al otro lado de la calle. Sería mejor emborracharnos... de todas formas la tocada va a ser una mierda. Vamos...

Tomó su chamarra y se alejó. Chris lo siguió dejándonos a mí y a Ronny en el camerino. En realidad yo no conocía tan bien a Ronny. Siempre estaba callado, metido en sus rollos, y parecía bastante a gusto con mantenerse en la sombra. Me caía bien por eso, aunque nunca habíamos conversado gran cosa.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí...

—No dejes que Jason te afecte —le dije.

Ronny se encogió de hombros.

—La verdad es que Jase está bien. No quiso decir nada. Sólo se pone un poco tenso con estas cosas.

—Necesita dejar el *speed* —dije—. No le cae bien.

—Casi nada le cae bien.

Reí.

—Si sigue metiendo y sacando la lengua, alguien le va a disparar y usará su piel para hacerse un par de zapatos.

Ronny sonrió en silencio.

Seguimos un rato ahí sentados, sin hablar, sólo mirando las paredes sucias, el techo manchado, las latas vacías de cerveza desperdigadas por el piso... y pensé: «Si éste es el camerino, no quiero imaginar cómo estarán los baños».

Y de nuevo comencé a reír.

Ronny me miró.

Sacudí la cabeza.

—¿Quieres ir al pub? —dijo.

—¿Qué nos queda?

Y nos fuimos.

Era sólo una breve caminata al otro lado de la calle, pero el súbito golpe del aire helado fue suficiente para que mi cabeza diese un vuelco. El golpe del oxígeno, el efecto de la cerveza, los nervios, la adrenalina, la perspectiva de volver a ver a Candy... todo se agolpó de pronto y llenó mi cabeza con un crudo y embriagante mareo que me drenó la sangre de las piernas.

Dentro del *pub* la atmósfera era cálida y sudorosa y ahogada en humo de cigarrillo. Mientras seguía a Ronny por el bar, buscando a Jason y a Chris, pensé que iba a vomitar.

Ronny miró por encima del hombro y me gritó algo.

—¿Qué? —grité de vuelta.

Señaló la rocola con la barbilla.

—Nine Inch Nails.

—¿Qué? —grité.

—Nada.

—¡NOTE ESCUCHO!

—¡OLVÍDALO!

Encontramos a Jason y a Chris en una mesa de la esquina. Chris sólo bebía una Coca, pero Jason bebía lo que parecía ser un vodka triple. Y a juzgar por su mirada, no era el primero. Ni el segundo.

Ronny se inclinó sobre mi oído y dijo:

—Sólo nos quedan como quince minutos. ¿Quieres que te traiga dos o tres?

—¿Dos o tres qué?

—Lo que sea... —me palmeó la espalda—. No te preocupes... te traeré algo.

Y se dirigió al bar.

Me senté y miré alrededor buscando a Gina y a Mike. Gina dijo que podrían ir primero a alguna parte por un trago, y aquel era el *pub* más cercano, pero no los vi por ninguna parte. Tampoco había señal alguna de Candy. No es que esperara verla. Pensándolo bien, en realidad no sabía qué esperar.

—¿Estás en buena forma? —me preguntó Jason.

Lo miré. Su cara estaba pálida de muerte y cubierta con manchas rosa pálido. Sus ojos vagaban por todas partes.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí... estoy bien —dijo arrastrando las palabras—. Y tú, ¿qué tal? ¿Estás listo... Joe?

—Supongo.

—¿Supones?

—Sí.

Rio y dio un largo sorbo a su bebida mientras me miraba como un salvaje. Tomando en cuenta su estado, no podía darle importancia. Dirigí la mirada hacia otra parte y vi a un grupo de chicos negros que estaban parados junto a Ronny en el bar. Eran como seis, todos malencarados y malhumorados, y lanzaban a Ronny miradas muy serias. Él no parecía notarlo. O era muy bueno para disimular. Mientras yo observaba, uno de ellos volteó y me miró. Le sostuve un momento la mirada, luego miré rápidamente al suelo. Puede que haya yo estado un poco perdido, pero estaba lo bastante sobrio como para reconocer aquellos ojos. Eran los mismos que había visto esa vez en McDonald's, cuando tiré al suelo todo mi dinero: los ojos helados que me habían hecho sudar. Estaba seguro. Y estaba también bastante seguro de que ahora reconocía a algunos más. Los ojos ebrios, las cabezas rapadas, las capuchas... Eran los mismos tipos a los que Candy había hablado cuando recuperó la moneda de una libra que había caído debajo de su mesa.

¿Qué podía significar eso?

Seguía pensando en ello cuando Ronny volvió y se sentó a mi lado.

—Ahí tienes —me dijo, poniendo un trago sobre la mesa; miró a Jason—. Lo siento, Jase, querías...

—Más vale que nos vayamos —dijo Jason, apurando su bebida—. Vamos, empínensela.

Miré el vaso frente a mí: un vaso alto con media pinta de un líquido claro. Lo alcé y lo olisqueé.

—¿Qué es? —le pregunté a Ronny.

—Sólo *bébelo* —replicó Jason levantándose tambaleante—. Vamos, regresemos y acabemos con esto.

Chris y Ronny se levantaron. Los tres se quedaron ahí parados, mirándome, esperando a que apurara mi trago.

—¿Vienes o qué? —me preguntó Jason.

Me llevé el vaso a los labios y lo apuré de golpe, casi ahogándome por la quemazón asfixiante del alcohol. Lo que haya sido, había mucho, y pude sentir su narcótico calor extenderse por mis venas.

—¡Diablos! —murmuró Jason apuñalando su reloj con la mirada—. Anda... *vamos*.

—Vayan ustedes —dije a punto de ahogarme—. Sólo voy al baño... los alcanzó en un minuto.

La verdad es que no necesitaba ir al baño. Sólo necesitaba un poco de tiempo para estar solo. Habíamos estado corriendo, bebiendo y discutiendo desde que salimos de Heystone, y aquello me estaba sobrepasando. La verdad, no estaba muy acostumbrado a eso. Al menos, no todo al mismo tiempo. Ya antes había bebido una que otra copa, y no era que la adrenalina o la tensión fueran para mí algo nuevo. Pero la combinación constante de las tres, y el frío y el calor, y el ruido y los nervios, y la impresión de haber reconocido a aquellos tipos en el bar y la tenaza en la que Candy tenía mi corazón...

Era demasiado.

Me tambaleé hasta los baños y vomité en el lavabo. Tosiendo, arqueándome, salpicando... Mi estómago volteado de revés.

—¡Por amor de Dios! —murmuró un hombre frente al secador de manos.

—Lo siento —dije con la cabeza aún hundida en el lavabo.

Sacudió la cabeza disgustado, chasqueó ruidosamente la lengua y salió.

Entré en un cubículo y eché el cerrojo.

«Inhala —me dije—. Siéntate. Respira profundamente. Relájate».

Contemplé el retrete. Las paredes estaban tapizadas de grafitis, dibujitos obscenos, estúpidas palabras obscenas, teléfonos, mensajes obscenos, amenazas, insultos, sombrías mirillas rellenas con pedazos de papel de baño...

Afuera, la puerta se abrió de golpe y dejó entrar el sordo escándalo de la rocola. Escuché el sonido de pasos arrastrarse por el piso. La puerta se cerró de golpe, las pisadas se detuvieron y escuché voces: negras y rudas.

—... no lo dijo. Sólo que viniéramos aquí y esperáramos. Dijo... que lo llamemos si la vemos...

—¿Por qué?

—No sé... está jugueteando, acaramelándose...

Pies que se arrastran, cierres abajo, meadas ruidosas y suspiros extravagantes.

Uno de ellos se tiró un pedo.

El otro dijo:

—Si me preguntas, ella está haciendo negocios por su cuenta.

—¿Ah sí?

—Con los chicos de por acá, ¿sabes? Los del Westway.

—Si él se entera, ya no la van a querer. Si se entera, ella no valdrá *nada*.

En ese momento se abrió la puerta y entró más gente: voces masculinas hablando en voz alta, riendo y maldiciendo, aullando y gritando... y ya no pude escuchar lo que decían los tipos negros. Seguí escuchando, por si acaso, pero todo lo que podía oír era el eco de una confusión de voces, gritos, tuberías silbantes y el constante rugido de la secadora de manos. Hasta donde sabía, los tipos negros ya ni siquiera estaban ahí. «Y de cualquier forma —me dije—, de lo que sea que estuvieran hablando, no es probable que tuviera que ver contigo, ¿o sí? Sólo porque los has visto antes, y porque buscan a una muchacha... Quiero decir, por favor... Candy no es la única chica en el mundo, ¿o sí? ¿Qué te pasa?».

Me quedé ahí sentado durante un rato, pensando las cosas, tratando de ser razonable, lógico, sobrio... y al final decidí que estaba en lo cierto: sólo estaba siendo paranoico.

Candy *no* era la única chica en el mundo...

Y yo no era el único chico.

Sólo parecía que sí.

De vuelta en el camerino, sólo quedó tiempo para colgarme el bajo y afinar apresuradamente con Jason y Chris. Y nos lanzamos. No había telón ni nada, ninguna entrada espectacular: sólo caminamos sobre el escenario y comenzamos a conectar nuestras guitarras. Las luces todavía estaban encendidas, el DJ seguía poniendo discos, y la pista de baile estaba vacía. Había algunos rostros aburridos en las mesas, hablando y bebiendo, y reconocí al fondo a un par de chicos que habían hecho la travesía desde Heystone para vernos. Eso era prácticamente todo. Yo esperaba que aún hubiera mucha gente en el bar y que en cuanto comenzáramos a tocar todos entraran corriendo.

Pero aquello no se veía nada esperanzador.

Aun así, seguía bastante emocionado. Conectando, pulsando la cuerda Mi, aumentando un par de rayas el volumen, mirando al resto del grupo. Ronny redoblaba en el tambor, ajustaba su asiento, azotaba el bombo —*domp, domp, domp*—. Chris revisaba sus pedales, presionando todas las teclas —*chunk, sss, urr, danggg*—, luego bajaba la cabeza y manoteaba algunos acordes descuidados. Y Jason... Jason se veía asombrosamente bien. Rendido y extraño y un poco intimidante, pero se veía bien. Se había quitado la camisa y había usado gel para echarse el pelo hacia atrás. Tenía la guitarra echada a la espalda y sus ojos miraban fijamente el piso. Rondaba el escenario y musitaba para sí como una especie de demente.

Miré a Chris y a Ronny, y supe que ellos se sentían igual que yo: algo estaba a punto de suceder. No creo que ninguno de nosotros supiera qué, pero sabíamos que ahí estaba. Lo podíamos sentir en la atmósfera: la carga eléctrica en el aire, el poder, la chispa... la emoción de una bomba de tiempo haciendo *tic-tac*.

Y ahora estaba a punto de estallar.

El DJ desvanecía la última canción, las luces del local comenzaron a atenuarse y el escenario a oscurecerse. Por sólo un momento, el local quedó en silencio y en penumbras.

Luego el DJ dijo:

—Damas y caballeros... Los Katies.

De pronto, el escenario entero hizo erupción en una llamarada de luz, la batería arrancó con un ritmo fustigante, y luego todos nos sumamos con un ensordecedor estallido de guitarras.

Dios. Fue increíble.

Era *increíble*.

No sé por qué, ni cómo, pero todo se conjugó: el sonido, la energía, la música, las luces... todo se fusionó en una angustiada perfección. Nunca habíamos tocado tan bien. Estuvimos estupendos. Estuvimos tan bien, que casi me hubiera gustado estar en la pista de baile. La multitud se estaba volviendo loca. Quiero decir, los estábamos matando, los dejábamos fríos. No se saciaban de nosotros. Era increíble. El sonido fue perfecto —crudo y fuerte y claro— y las canciones nunca habían sonado mejor: apretadas y rápidas, llenas de poder, frescas, eléctricas, excitantes. *Ardíamos* y lo sabíamos: Ronny y yo ejecutando el ritmo de fondo, sólido como una roca; Chris rasgando endemoniadamente su guitarra; Jason cantando y bailando y gritando como un dios...

Durante las tres primeras canciones sólo mantuve la cabeza gacha y toqué. Hacía mucho calor bajo los reflectores, y pronto estuve bañado en sudor. Se me escurría, salía de mi piel a borbotones, y conforme manaba pude sentir que toda la porquería y la enfermedad que había sentido antes salía con él, hasta que sólo quedó la emoción primitiva de la música bombeando en mi interior. Y eso no exigía ningún sentimiento

o pensamiento. Podía sentir a la multitud sin mirarla. Podía sentirlos moverse al ritmo de la música, emocionarse con ella, introducirse en ella. Podía escuchar el aplauso y los vítores, Estaba vagamente consciente de que la multitud crecía cada vez más, pero cuando finalmente alcé la vista me quedé en shock al ver que el club estaba casi lleno. La pista de baile estaba atiborrada. Todas las mesas estaban llenas. La gente entraba del bar intentando encontrar un sitio donde pararse. Hasta los tipos de Bluntslide habían salido para vernos.

Era increíble.

Mientras Jason presentaba la siguiente canción, protegí mis ojos de los reflectores y revisé los rostros en la multitud. Era difícil ver detalles en la oscuridad, pero estaba casi seguro de que Candy no estaba ahí. Sin embargo, seguí buscando, y cuando escuché a alguien decir mi nombre pensé por un momento que la había encontrado. En una mesa de la esquina, al fondo, saludando con la mano... luego me percaté de que era Gina. Estaba arreglada para la noche, y supongo que la familiaridad de su cara me confundió por un instante... ¿O era acaso que intentaba yo con demasiada vehemencia encontrar a Candy? No lo sé. De todas formas, cuando me di cuenta de que no era Candy, mi corazón se hundió por un instante, pero luego Gina sonrió y gritó de alegría, y Mike —que estaba sentado detrás de ella—, sonrió y alzó el puño, de modo que desapareció la sensación de zozobra.

Era bueno verlos ahí.

No tan bueno como hubiera sido ver a Candy...

Pero vaya, no se puede tener todo, ¿o sí?

—¿Estás listo, Joe? —dijo Jason.

Asentí limpiando el sudor de mis cuerdas.

Jason encendió un cigarrillo y se volvió a la multitud.

—Bien —dijo al micrófono—. Ésta se llama *Girl on Fire*.

Abrí rasgando la melodía al estilo rockabilly. La hice sonar fuerte y rápida. Luego arremetieron la batería y la guitarra y arrancamos de nuevo, hasta destrozar el lugar.

Media hora después, cuando llegamos al cierre, la atmósfera del club era casi demasiado buena para ser cierta. El local estaba a reventar, era un hervidero de ruido y sudor y cuerpos que bailaban, y nadie quería que terminara el espectáculo, nosotros menos que nadie, pero no teníamos alternativa. Era el concierto de Bluntslide, no el nuestro, y habíamos acordado con ellos una serie de cuarenta y cinco minutos. Si nos pasábamos de eso, estarían seriamente encabronados. Claro que de todas formas no importaba: sólo teníamos canciones suficientes para cuarenta y cinco minutos.

Hasta entonces, para cerrar siempre habíamos tocado una canción de Lou Reed... una canción llamada *Sweet Jane*. Es un poco anticuada, pero tiene un requinto realmente lindo y la tocamos mucho más rápida que la original y le damos durísimo al final... de modo que resulta una muy buena canción para cerrar.

Esa noche, sin embargo, justo cuando nos preparábamos para comenzar *Sweet Jane*, Jason nos convocó junto a la batería y sugirió que hiciéramos algo diferente.

—¿Cómo qué? —preguntó Chris—. No tenemos nada más.

—Claro que sí —dijo Jason—. La canción de Joe... esa en la que hemos estado trabajando... *Candy*.

Chris sacudió la cabeza.

—No, no está lista todavía... Sólo la hemos tocado un par de veces...

—Es *perfecta* —dijo Jason—. Los matará... y es nuestra. —Se volvió a mirarme—. ¿Qué opinas?

—No sé. Supongo...

Miró a Ronny.

—¿Tú estás de acuerdo?

Ronny asintió.

Chris dijo:

—No estoy seguro, Jase. Quedémonos en lo que conocemos...

Pero Jason ya había tomado la decisión. Me dijo:

—Dale el bajo a Chris y tú te encargas de la guitarra, ¿está bien?

—Sí, claro. ¿Y la letra? ¿La recuerdas?

Me sonrió.

—No tengo que hacerlo. Es tu canción... Cántala tú.

Y con eso se volvió hacia el micrófono, pidió disculpas por el retraso y comenzó a presentar la canción.

Chris, entretanto, me lanzaba una mirada furibunda. En realidad no podía culparlo. Era la última canción de una serie maravillosa, y él quería terminar haciendo lo que mejor hacía: tocar la guitarra. Y ahora yo le robaba cámara. De haber sido él, sé que no me hubiera gustado. Pero Jason tenía razón: *Candy* era la canción perfecta para terminar. Y sí era una de las nuestras. Y yo podía tocar la parte de la guitarra mejor que Chris. No porque fuera mejor que él, porque no lo era. Chris era un genio. Podía tocar lo que fuera, pero *Candy* era una canción realmente sencilla y requería un sonido realmente sencillo. Chris era demasiado bueno para ser sencillo. *Candy* era un *blues*: estaba hecha de silencios. Y, a diferencia de mí, Chris era demasiado bueno como para dejar los silencios en paz.

—Lo siento —comencé a decirle.

—Está bien —dijo descolgando su guitarra y pasándomela. Aún no parecía demasiado contento con la idea, pero tampoco se veía demasiado compungido. Creo que sabía que era lo correcto—. Hagámoslo bien —dijo con un ligero asentimiento de cabeza.

Asentí de vuelta, le di mi bajo y ambos volvimos al frente del escenario.

Jason me presentó, luego me cedió el micrófono.

Mientras ajustaba el micro y rasgaba algunos acordes en la guitarra, comencé a sentirme de verdad extraño. Nunca antes había cantado en el escenario. Nunca había

sido lanzado al frente. Nunca había tenido a tanta gente mirándome. Y no sabía lo que estaba sintiendo. Era como una mezcla de miedo con una especie de asombroso descubrimiento. Una sensación de «Ésta es la buena, Joe, éstos son tu momento y tu lugar, justo aquí, justo ahora».

Sin embargo, sabía que no podía pensarlo. Si lo pensaba, me congelaría en el acto. De modo que sólo empecé a tocar. Bajo primero, tan sólo acariciando las cuerdas, encontrando la sensación y el ritmo... luego comencé a subir el tono gradualmente, tocando con más confianza los acordes... y la armonía retumbó por la habitación, lenta y filosa y tensa, y luego entró el bajo, aumentando el sonido, y la batería, y la guitarra de Jason comenzó a lamentarse al fondo. Podía escuchar en mi cabeza la melodía que pedía ser cantada, y alcé la cabeza hacia el micrófono...

Entonces vi a Candy.

Estaba parada justo al frente, exactamente como había dicho que haría. A unos pocos metros de mí, mirando hacia arriba, los ojos fijos en los míos, su cara reflejando puro placer. Venía vestida para matar, con unos jeans apretados y una playera negra corta, los brazos ceñidos con cintas negras, su cabello peinado en picos, los ojos pintados de negro. Se veía fantástica.

El aliento se me atoró por instantes en la garganta. Luego brotó de mí una ola de energía. Abrí la boca y comencé a cantar:

*La chica de la estación,
la chica de la sonrisa,
la tentación de un instante
que durará un buen rato...*

Palabras sencillas para una canción sencilla. Y, por alguna razón, no me avergonzó cantarlas. Supongo que debía haberlo hecho al ver que la chica en cuestión estaba frente a mí, pero por alguna extraña razón, no lo hice. Tal vez fue porque no la miré mientras cantaba. De hecho, no miraba nada. Mis ojos estaban cerrados para la canción. La música, las palabras, el ritmo como en un trance elevándose en la oscuridad sobre el dulce torbellino del eco del coro:

*Candy, tus ojos
me llevan lejos,
me llevan lejos,
me llevan lejos.*

No sé que quieran decir esas palabras, si es que quieren decir algo. Sólo me llegaron la noche en que la conocí, cuando me encontraba sentado en casa rasgando la guitarra. Eran las palabras del momento. De eso trataba la canción en realidad: de un momento.

Conforme el coro llegaba a su fin retrocedí del micrófono para concentrarme en la

parte de la guitarra que nos traía de vuelta al verso. Era uno de mis fragmentos favoritos, un agradable solo de guitarra. Muy fácil de tocar, pero sonaba increíble.

Miré a Candy de soslayo. Ahora estaba bailando. Completamente sola, los ojos cerrados, bailando por puro placer, moviéndose como en un sueño. Se veía tan viva, como una niña perdida en el tiempo...

Pude haber tocado esa canción por siempre.

Sin embargo, debía terminar, y cuando finalmente acabó con un atronador rugido de tambores y guitarras, el silencio agudo y súbito dejó a todos suspensos. Por espacio de un instante nadie se movió, nadie emitió un sonido... y entonces, todo al mismo tiempo, el lugar explotó con todos vitoreando y aplaudiendo y pidiendo más, y la vibración de sus pisadas retumbando contra el piso...

Quitaba el aliento.

Una sensación indescriptible.

Mientras Jason daba las buenas noches a la multitud, y mientras apagábamos nuestros equipos y salíamos en fila del escenario, teníamos todos la misma mirada de confusión en el rostro: una mezcla de intoxicación y fatiga pura. Yo estaba exhausto, física y mentalmente agotado. Los oídos me silbaban, mis dedos sangraban, mi ropa estaba empapada en sudor. No me había sentido mejor en toda mi vida.

Me sentí tan bien que casi me olvido de Candy.

Me detuve, di la vuelta y volví al escenario. Las luces se habían encendido de nuevo y, cuando me vieron, algunos en la multitud que seguía vitoreando creyeron que haríamos un *encore*. Los vítores aumentaron —«más, más, más»—, y entonces comencé a sentirme un poco estúpido. No sé por qué, pero de pronto sentía que ya no pertenecía a aquel lugar. Era realmente extraño. Me había sentido perfectamente en casa escasos minutos atrás: parado bajo los reflectores, cantando y tocando con todo el corazón, pero ahora el escenario se sentía tan ajeno que me asustaba aventurarme demasiado lejos de la orilla.

Así me sentía hasta que vi lo que estaba sucediendo.

Al principio pensé que era sólo una pelea más, y no me preocupé demasiado por ello. Se dan todo el tiempo en lugares como el Black Room: reyertas de borrachos, unos cuantos puñetazos... disputas que se salen de control. Por lo general no llegan a mucho. Esta no parecía peor que las demás: voces alzadas, algunos empujones y sacudidas... En realidad no podía ver mucho, pues todo sucedía al fondo del club, cerca de las puertas, detrás de un grupo de mirones. De todos modos no me interesaba. Sólo quería encontrar a Candy... pedirle que fuéramos a tomar un trago o algo... tal vez presentarla con Gina y Mike. O quizá no. No lo sabía. Yo sólo quería hallarla. Eso era todo.

Candy ya no estaba frente al escenario, de modo que yo revisaba la multitud, el lugar, buscaba su cara... pero sin suerte.

Escuché a Jason llamarme desde el corredor.

—¡Joe! ¿Dónde estás? ¡Vamos! Hay aquí unos tipos de una compañía disquera. Quieren hablar con nosotros. ¡Joe!

—Sí —le grité de vuelta—. No tardo ni un minuto.

Seguí buscando entre la multitud de rostros.

«Vamos, Candy..., ¿dónde estás?».

Justo entonces, la riña al fondo del club se intensificó, y mis ojos fueron atraídos por el escándalo. Se había abierto un espacio entre la multitud y pude ver a algunos de los involucrados. Al primero que reconocí fue a uno de los tipos negros que había visto antes en el *pub*. Entonces —con inquietud creciente—, noté a otro y a otro... y a otro. Estaban *todos* ahí. Media docena de ellos, parados en semicírculo, de espaldas a la puerta, enfrentando a otro tipo negro. Éste tenía la espalda vuelta hacia mí, de modo que no podía ver su cara...

Pero sabía quién era.

Era Mike.

Comencé a moverme hacia el frente del escenario.

—¡Joe! —me gritó Jason—. Vamos, hombre... ¿Qué haces?

Lo ignoré moviéndome con mayor velocidad.

Ahora podía ver a Gina. Estaba parada a un lado, gritándole a alguien detrás de los seis hombres negros. Yo no podía ver quién era. Uno de los negros hizo un movimiento en dirección a ella y Mike se adelantó y lo golpeó en la cabeza. Mientras caía, dos de los otros comenzaron a patear a Mike, y yo salté del escenario y comencé a abrirme paso a empujones entre la multitud.

El asunto se ponía feo. Todos seguían acelerados por el concierto, y la gente tiraba de mí, diciéndome cuánto les había gustado, preguntándome dónde sería la siguiente tocada...

—Lo siento —decía yo—. Con permiso, lo siento, lo siento...

Para entonces, el ruido en las puertas había cesado, y no me gustó el sonido que llegó en su lugar. Era *demasiado* silencioso. Me escurrí en un espacio entre la multitud y brinqué sobre una silla para ver qué sucedía...

Me temblaron las piernas.

Sucedía Iggy.

Retrocedía hacia la puerta, arrastrando a Candy consigo, sus ojos fríos cubriendo el local como dos pistolas cargadas... parecía, al mismo tiempo, nada y todo. Nada: nada de vida, nada de sentimientos, nada de miedo. Y todo: fuerza, tamaño, el poder de la violencia. Lo tenía todo. El resto de su pandilla le cuidaba la espalda mientras iba de camino a la salida, pero él no los necesitaba. No necesitaba nada.

Por el rabillo del ojo pude ver a Mike tendido boca abajo en el suelo y a Gina inclinada sobre él con lágrimas en los ojos. Aquella visión pudo haber sido suficiente para arrancar mi mente de todo lo demás, pero cuando Iggy hizo una pausa, en mitad del camino hacia la puerta, y me clavó su mirada asesina, el resto del mundo

desapareció para mí.

Estaba solo en la oscuridad, parado en una silla, y todo lo que podía ver era la estéril luz de los ojos de Iggy abrasando los míos.

Paralizándome.

Drenándome.

Encogiéndome hasta la impotencia.

Iggy aún tenía a Candy cogida del brazo. Ella no se resistía en absoluto. Sólo estaba ahí parada, colgada de su mano como un trofeo sin vida, esperando ser llevada. Los labios de Iggy se movieron: una silenciosa palabra en su oído y ella, lánguidamente, giró la cabeza hacia mí. Pesqué un veloz destello en sus ojos apagados, una vidriosa señal de reconocimiento. Entonces partió, arrastrada como un fantasma hacia la noche.

NUEVE

Cuando al fin bajé de la silla y me abrí paso hasta la puerta, ya no quedaba mucho por ver. Candy e Iggy se habían marchado hacía rato, la pandilla de Iggy había desaparecido y, ahora que la riña había terminado, la mayoría de los mirones habían perdido interés y comenzaban a desperdigarse. Las cosas parecían extrañamente normales. Aparte del penoso estado de la cara de Mike y de la obvia consternación de Gina, era difícil creer que ahí había ocurrido alguna clase de disturbio.

Mike no estaba herido de gravedad. Le habían tocado algunas fuertes patadas en la cabeza y en las costillas, y su cara y su nariz sangraban un poco, pero al menos estaba nuevamente en pie. De hecho, estaba más que en pie: parecía un endemoniado. Erguido en toda su altura, impregnando el club con las fumarolas que echaba por los ojos, intentando comprender qué había sucedido.

—¿Adónde fueron? —escupió—. ¿Dónde está el tipo alto? ¿Dónde está la chica...?

Gina procuraba calmarlo —lo sostenía, lo abrazaba preocupada por las heridas en su cabeza—, pero ella misma se veía aún bastante consternada. Las manos le temblaban, sus labios palpitaban y su cara, blanca por el susto, estaba bañada en lágrimas.

Yo no sabía qué hacer.

No sabía qué *quería* hacer.

Quería correr a la calle y comenzar a buscar a Candy, pero eso significaba dejar a Gina... y yo no quería hacer eso. Era mi hermana. Estaba dolida y alterada. Quería estar con ella... adonde pertenecía. Además, sabía en mi corazón que buscar a Candy era una pérdida del tiempo. Incluso si llegaba a encontrarla la hallaría con Iggy y sus secuaces, ¿y qué oportunidad tenía yo contra *ellos*?

De modo que me quedé donde estaba, con el corazón a todo vapor, observando a Gina que abrazaba fuertemente a Mike.

Después de un rato, Mike me vio sobre el hombro de Gina.

—Eíey, Joe —sonrió—. Gran plan... gracias por invitarnos.

Se limpió un poco de sangre de la boca.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió.

—Sobreviviré.

Gina lo soltó y se volvió a mirarme. Aún lloraba. Me acerqué y la abracé.

—¿Estás bien? —le dije.

—Sí —dijo bajando la voz—. ¡Por Dios, Joe! ¡Pensé que iban a matarlo!

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Cómo empezó todo?

Se sorbió la nariz y se la limpió.

—No sé... estaba esta chica...

—Diablos, ¿qué haces? —interrumpió una voz. Me volví para ver a Jason caminando apresuradamente hacia nosotros. Su rostro estaba todo nervioso y tenso, y sus ojos brillaban con una curiosa mezcla de enojo y emoción. Se acercó y me cogió del brazo—. Vamos —me dijo jalándome hacia el camerino—. Quieren verte.

—¿Quiénes? —pregunté sacudiéndome su mano de encima.

—Los tipos de la disquera... —su rostro se iluminó—. Están muy interesados, Joe. Quieren hablar con nosotros... con todos nosotros. Vamos...

—No puedo...

—¿Qué quieres decir con *no puedo*? Esto va en serio...

—Tengo que hablar con mi hermana...

—¿Tu hermana? —su cara se torció de disgusto—. Al carajo con tu hermana. Esto es importante.

—Esto también.

Me lanzó una mirada furibunda, los ojos llenos de una incredulidad rabiosa y, por un momento, pensé que me golpearía. Sé que yo tenía ganas de golpearlo, y si Gina no se hubiera adelantado y me hubiera puesto una mano sobre el brazo, seguramente lo habría hecho.

—Está bien, Joe —dijo ella con calma—. De todas formas creo que es mejor que yo lleve a Mike a casa. Podemos hablar más tarde de lo que sucedió... tú ve y habla con la gente de la disquera.

La vi pálida y tranquila.

Miré a Jason, que se esforzaba por sonreír, que intentaba controlar su furia, su desprecio, su impaciencia.

No fue una decisión difícil.

—Tendrán que arreglárselas sin mí —le dije a Jason.

Su sonrisa tembló.

—No, no entiendes, te quieren ver a *ti*...

—Diles que surgió algo...

—Por un demonio, Beck —silbó—. ¿Qué te pasa? No puedes sólo largarte cuando te dé la gana...

—Mira —le dije—. En verdad lo siento mucho... ¿de acuerdo? Pero necesito irme a casa con mi hermana...

—¿Por qué?

—Sólo es necesario, es todo —me volví hacia Gina—. Anda, vámonos.

—¿Estás seguro? —dijo ligeramente sorprendida—. Quiero decir, no es para tanto...

—Sí, lo es —le aseguré.

Me miró con los ojos llenos de preguntas.

—¿Se trata de...?

—Ahora no —le dije.

Me lanzó otra mirada inquisitiva, luego asintió lentamente, cogió el brazo de Mike y se dirigió hacia la puerta.

Me volví hacia Jason.

—Lo siento —le dije—. Lo explicaré en otra ocasión.

—¿Sí? —me dijo enfurruñado—. ¿Y quién dice que habrá otra ocasión?

Lo miré por un momento, comencé a decir algo. Luego decidí que era mejor no hacerlo. Ni siquiera me tomaría la molestia.

Le di la espalda y salí.

Llovió en el camino a casa, una fina lluvia negra que empañaba el ambiente y deslumbraba la noche con luces como de caleidoscopio. Mientras Mike conducía despacio el auto a través de las calles resbaladizas y hacia la autopista M25, yo miraba fijamente por la ventana hacia las luces que centelleaban en la oscuridad: los faros de los autos, los semáforos, las sombrías luces de neón... todo turbio y vacío bajo la lluvia.

Turbio y vacío.

Frío como el cristal.

No podía pensar.

Intenté llamar a Candy con mi celular desde el instante en que entré en el auto, pero el número estaba muerto. Sin tono, sin buzón de voz, nada. No sabía qué significaba eso. No sabía qué significaba nada. Estaba demasiado destrozado en muchos sentidos. Demasiadas altas, demasiadas bajas, demasiados sentimientos, todo al mismo tiempo... Y no podía darle voz a una sola de esas cosas. No sabía por dónde comenzar.

Pero Gina sí.

—Es hora de hablar —me dijo girando en el asiento del copiloto para verme de frente—. ¿Hay algo que debemos saber acerca de lo que sucedió esta noche?

—No estoy seguro... —dije.

—Vamos, Joe... todo ese rollo con como-se-llame el vocalista, ¿qué fue todo eso? ¿Por qué tienes tanta necesidad de hablar conmigo? ¿Tiene que ver con la pelea?

—Creo que sí...

—¿Crees que sí?

—Es difícil de explicar... mira, no es que esté tratando de esconder nada. Es sólo que... bueno, es que no sé qué es lo que pasó contigo y con Mike... y con la chica —

miré a Gina fijamente a los ojos—. Necesito saber qué ocurrió.

Me devolvió la mirada, pensando intensamente. Luego echó un vistazo en dirección a Mike. Sin voltear la cabeza, él ordenó:

—Díselo.

Y me lo dijo.

—Fue durante la última canción —dijo Gina—, la que estabas cantando. Yo te estaba mirando, escuchándote... no podía creer lo bueno que eres, Joe. Fue fantástico. Tú estuviste fantástico. No podía quitarte los ojos de encima.

—Sí —coincidió Mike—. Fue realmente bueno.

—Gracias —dije.

Gina asintió.

—Como sea, yo te observaba y al mismo tiempo observaba a la multitud. Realmente se estaban metiendo en la canción. Especialmente la chica del frente... la que no dejabas de mirar —hizo una pausa esperando que yo dijera algo. Como no lo hice, prosiguió—. Al principio pensé que era sólo una chica más... ¿sabes? Sólo una chica bonita que habías descubierto en la multitud... pero luego me di cuenta de que la había visto antes...

—¿Dónde? —le pregunté.

—En los baños, como cinco minutos antes de la última canción —Gina me miró con atención, los ojos vacilantes, como si no estuviera segura de lo que iba a decir—. Ella es... quiero decir, ¿la conoces?

—¿Qué hacía?

Gina guardó silencio por un momento.

Bajó la mirada y la alzó después mientras Mike le lanzaba una mirada fugaz. Me dijo:

—Entré en un retrete... creí que estaba vacío, pero no lo estaba. El cerrojo estaba roto. Ella estaba ahí... esa chica... inclinada sobre el asiento, fumando heroína.

—¿Heroína?

Gina asintió.

—¿Estás segura? —dije.

—Totalmente. Tenía una tira de papel aluminio y...

—¿La estaba *fumando*?

—Con un popote de plástico.

—Pensé que la heroína se inyectaba.

—Puedes hacer lo que quieras con ella —dijo Mike—. Fumarla, metértela por la nariz, tragártela.

La verdad es que no sé por qué me sentí sorprendido. Sabía que Candy consumía drogas y medio adivinaba que se trataba de heroína, pero supongo que había elegido ignorarlo, como si en realidad no importara, o como si en realidad no existiera...

Pero ahora sí existía.

En toda su cruda realidad.

Y me estaba pegando duro.

—¿Joe? —dijo Gina—. ¿Estás bien?

Alcé la vista, invadido todavía por la imagen de Candy inclinada en un cubículo del baño, fumando heroína a través de un popote de plástico...

—¿Quién es? —preguntó Gina con delicadeza—. ¿Es ella?

—¿Y qué pasó entonces? —la interrumpí—. ¿Qué paso después de que la viste?

Gina titubeó de nuevo. Luego dijo:

—Nada... sólo me disculpé y la dejé en su rollo. No pareció importarle. Sólo se quedó ahí sentada, sonriendo. Yo hallé otro cubículo, y volví después con Mike... Cinco minutos después volví a verla, bailando frente a ti.

Recordé cómo se veía Candy, bailando sola, los ojos cerrados, moviéndose como en un sueño, como una niña perdida en el tiempo...

Miré por la ventana del auto. Nos dirigíamos a las afueras de Londres, apresurándonos a través de la oscuridad iluminada de naranja, camino de Essex. La lluvia había cesado y la noche era negra y sin estrellas.

—¿Y la pelea? —le pregunté a Gina—. ¿Cómo empezó todo eso?

Inhaló profundamente, imaginando la escena:

—Fue casi al final de tu canción. Una pandilla de negros había estado rondando la puerta por un rato. Parecía que esperaban a alguien. Mike los había notado desde antes y dijo que tenían cara de buscar problemas. Luego entró aquel tipo realmente grande... grande y rudo, con ojos perversos, amenazantes. Uno de los tipos de la entrada se le acercó y señaló a la chica que estaba frente al escenario. El tipo grande miró y asintió. Entonces, dos de los tipos de la puerta se abrieron paso a empujones hasta el escenario, cogieron a la chica y comenzaron a arrastrarla hacia el tipo grande —Gina se interrumpió y me miró—. ¿No viste nada de eso?

Sacudí la cabeza.

—Bien —continuó—. Entonces sucedió. Vi que arrastraban a la chica hacia el tipo grande y era evidente que ella no quería ir. De verdad se resistía... y nadie parecía hacer nada al respecto... de modo que se lo dije a Mike —Gina suspiró—. ¡Dios, ojalá no lo hubiera hecho! Ojalá hubiera fingido demencia como todos los demás.

—No —dijo Mike—. Hiciste lo correcto.

Lo miró.

—¿Qué? ¿Lograr que te golpearan? —se volvió hacia mí—. Mike intentó detenerlos. Se acercó y preguntó qué hacían y lo siguiente que vi fue que estaba rodeado por el resto de la pandilla y lo estaban moliendo golpes y que el tipo grande se había llevado a la chica —volvió a mirar a Mike mientras estiraba el brazo y le acariciaba el cabello—. Lo siento, Mike... te involucré en balde.

Él le sonrió.

—Ya te lo dije: hiciste lo correcto.

Gina le sonrió de vuelta. Luego volvió su atención hacia mí. No dijo nada, sólo

me miró esperando una explicación.

Otra vez pensé en mentir, en inventar algo... pero era todo demasiado complicado y estaba demasiado cansado para pensar. Y Gina y Mike no merecían más mentiras.

De modo que les conté todo sobre Candy.

Les conté todo: desde que hallé su teléfono, la llamé e hice una cita con ella, la visita al zoológico, la invitación al concierto...

—¿Fuiste al *zoológico*? —preguntó Gina, escéptica.

—Sí...

Se me quedó mirando fijamente, con los ojos muy abiertos, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Déjame ver si lo entendí bien: cuando la llamaste, *sabías* que era prostituta, ¿no es así?

—Pues sí, supongo...

—Y este tipo que estaba antes con ella, el que te amenazó con cortarte el cuello, ¿sabías que era el que la explota?

—Ella dijo que era sólo un conocido suyo...

—¿Qué? ¿Y *le creiste*?

—En realidad, no.

—¿Pero de todas formas fuiste y la invitaste a salir?

—Sí...

—¿Y la llevaste al zoológico?

—Sí...

—¡Dios, Joe!... No lo creo. ¿Por qué? ¿Por qué harías eso?

—Porque... no lo sé... porque me gusta, supongo. Es muy linda.

—¿Linda?

—Sí.

—¡Es una *prostituta*, por amor de Dios! ¡Una heroinómana! —un súbito destello de enojo le cruzó la cara—. ¡Dios! *Tú* no has tomado nada, ¿verdad? Si ella ha tratado de envolverte...

—No —le dije sacudiendo la cabeza—. No he tomado nada ni ella me ha ofrecido nada.

—¿En serio?

—Ni siquiera estaba seguro de lo que ella se metía hasta que me lo dijiste.

—¿Pero sabías que se metía algo?

—Sí —admití mirando a Gina a los ojos—, pero eso no la convierte en un monstruo ni nada, ¿o sí? Quiero decir, es solo una niña, igual que yo. ¿Tú crees que le gusta lo que hace?

—No lo sé —dijo Gina encogiéndose de hombros—. ¿Ya le preguntaste?

—Más o menos...

—¿Y?

—Mintió... me dijo que era bailarina.

—¿*Bailarina*? ¡Ah, claro! Y este tipo, Iggy, es su coreógrafo supongo.

—Sí, de acuerdo... pero es normal que mienta, ¿no? No iría la por ahí diciéndole a todo el mundo que es una prostituta...

—Probablemente no tenga que hacerlo...

—¿Y *eso* qué se supone que quiere decir? —pregunté enojado.

—Nada... Perdona, no debí haber dicho eso.

—No puede ser —suspiré—. Pensé que *tú* lo entenderías.

Gina estiró el brazo hacia atrás, entre los asientos, y puso su mano en mi rodilla.

—Lo siento, Joe... es sólo que... Vaya, es duro. Quiero decir que es difícil. Soy tu hermana...

—Ya...

—Es sólo que estoy un poco desconcertada.

—Yo también.

Sonrió con dulzura y apretó mi rodilla. Nos miramos durante un rato, renovando nuestra cercanía, y mi enojo momentáneo comenzó a desvanecerse. No pierdo los estribos con frecuencia y no estoy seguro de por qué los perdí en ese momento. Supongo que sólo estaba decepcionado de Gina, por la manera en que menospreciaba a Candy, haciendo comentarios sarcásticos, llegando a conclusiones estúpidas...

No lo sé.

Tal vez era demasiado pedir, pero sólo quería que alguien entendiera cómo me sentía.

—¿Estás bien? —me preguntó Gina en voz baja.

Asentí.

Avanzamos en silencio por un rato, perdidos los tres en nuestros pensamientos, sólo divagando al ritmo del motor y del hipnótico avanzar del camino. Mientras miraba a través de la ventana serpenteada por la lluvia, me descubrí preguntándome por la cadena de acontecimientos que nos había reunido a todos: yo, Gina, Candy, Mike, Iggy. ¿Cómo había ocurrido todo? ¿Era el destino? ¿Karma? ¿Quería decir algo? ¿O sólo había sucedido como sucede todo lo demás?

«¿Qué más da? —pensé—. Como quiera que haya sido, aún así sucedió, ¿no es así?».

Alcé la vista y noté que Mike me observaba por el espejo retrovisor. Asentí en su dirección.

Mike asintió en señal de respuesta, luego se aclaró la garganta y dijo:

—El tipo grande en el club... supongo que ése era Iggy.

—Sí.

—¿Y qué hay de los otros?

—No lo sé... los vi antes, en el *pub*, al otro lado de la calle. Creo que estaban en el McDonald's cuando conocí a Candy.

Asintió.

—Los escuché hablar en el *pub*... —dije—. Buscaban a alguien.

—¿A Candy?

—No oí nombres, pero supongo que sí.

Mike asintió de nuevo.

—La encontraron, llamaron a Iggy y él vino a buscarla. ¿Cómo supieron ellos dónde estaría?

—No lo sé... Le di un volante... tal vez lo dejó por ahí tirado e Iggy lo encontró —miré a Mike a los ojos por el espejo—. ¿Qué crees que hará con ella?

—No sé. Probablemente no mucho. Ella trabaja para él. No hará nada que le impida seguir ganando dinero...

Me miró de nuevo y yo asentí dándole a entender que sabía a qué se refería. En realidad no lo sabía, pero asumí que Iggy no la lastimaría demasiado... al menos no en donde se pudiera notar.

—¿Podemos hacer algo para ayudarla? —pregunté.

—¿Como qué?

—No sé... ¿Qué tal llamar a la policía?

—No tiene caso —dijo Mike sacudiendo la cabeza—. No sabemos dónde vive ni sabemos dónde vive Iggy. Y aunque lo supiéramos, no hay mucho que la policía pueda hacer, a menos que ella hiciera una denuncia en su contra, cosa que no hará porque necesita de él. Es adicta y él le abastece las drogas. Además, no es que él la vaya a encerrar ni nada por el estilo. Ella probablemente tenga su propio departamento... Y de todas formas no habrá nada que la relacione con Iggy: él se habrá ocupado de eso. Sabe lo que sucedería si la policía la pesca: la encerrarían por un día o dos, luego la dejarían marchar y ella volvería directamente a él.

Yo no quería creerle, pero sabía que estaba en lo cierto.

—¿Y sus padres? —me preguntó Gina—. Quiero decir, ¿sabes de dónde viene o algo así?

—De Heystone, aunque no lo creas —le dije—. Al menos eso es lo que me dijo. Dijo que había tenido algunos problemas con sus papás y que se había ido de casa para vivir en Londres. Creo que tiene un departamento en alguna parte cerca de King's Cross.

—¿No sabes dónde?

—No.

—¿Número de teléfono?

—Nada... está muerto. Desconectado o algo así.

Gina ahora parecía preocupada, pero yo no habría podido decir si estaba preocupada por mí o por Candy. Esperaba que fuera un poco de ambas cosas.

Se dirigió a Mike:

—¿Estás seguro de que no podemos hacer nada?

—Supongo que podría preguntar por ahí —dijo Mike—. A ver si alguien sabe algo, pero no estoy seguro de que eso haga alguna diferencia. Si es adicta... —se encogió de hombros—. Ella no lo abandonará... *no puede*. Así funciona esto.

El resto del trayecto transcurrió en silencio. Ahora Gina hablaba de repente con Mike en voz baja, y ocasionalmente volteaba a verme y me preguntaba si estaba bien. Pero, fuera de eso, fue un tiempo de silencio. La lluvia había comenzado de nuevo, golpeteando débilmente sobre el techo del auto. Parecía que el sonido hacía aflorar mi cansancio. Yo no quería estar cansado, quería pensar, pero sentía los párpados tan pesados... mi mente tan apagada... mi cuerpo tan cansado...

No podía pensar.

No podía imaginar...

Tal vez era lo mejor.

Porque Candy estaba en alguna parte... haciendo algo. Y sin importar cuánto intentara pensar... sin importar cuánto imaginara...

No había nada que yo pudiera hacer para ayudarla.

Llegamos a casa alrededor de medianoche. Papá estaba fuera, la casa en silencio. Y aún llovía. Gina llevó a Mike a la cocina y comenzó a atender su cara golpeada: limpió la sangre, desinfectó las heridas, revisó su cabeza para ver si tenía algún daño no visible. Los observé durante un rato, pero luego comencé a sentirme como un intruso.

Les dije:

—Creo que me voy a la cama.

—¿No quieres un té o algo más? —preguntó Gina.

—No... estoy de veras cansado —miré a Mike—. Estoy realmente apenado por todo...

—No fue tu culpa —dijo amigablemente—. Estas cosas pasan.

—Sí, supongo.

—Hey, trata de no preocuparte demasiado... ¿de acuerdo? Ahora mismo no puedes hacer nada... y ella probablemente esté bien de cualquier forma.

—¿Tú crees?

—Claro.

Asentí. No le creí, aunque apreciaba su esfuerzo.

—Mira —dijo—, haré lo que pueda, ¿está bien? Preguntaré por ahí y veré qué puedo averiguar. Te lo diré, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias.

Asintió.

Di las buenas noches y subí. En mi habitación intenté marcar de nuevo el número de Candy, pero aún no había tono: sólo un vacío que me saturaba el oído. Me desvestí, apagué la luz y me tiré sobre la cama mirando fijamente la oscuridad, tratando de dormir. El cuerpo me dolía de cansancio. Mis extremidades se habían entumecido. Mis ojos ciegos habían enloquecido con las luces del camino.

Moría por olvidar.
Pero no podía.
Creí que nunca más volvería a dormir.

DIEZ

Una de las peores cosas de sentirse impotente es la constante intromisión de la duda. Incluso cuando sabes que no puedes hacer nada acerca de algo, incluso cuando estás totalmente seguro, incluso cuando has considerado toda posibilidad, una y otra vez, a sabiendas de que estás perdiendo el tiempo... incluso entonces, no puedes evitar pensar que tal vez estás en un error.

Que debe de haber algo que puedas hacer.

Seguramente...

Debe de haber algo...

Al menos eso es lo que me sucedía. Quería hacer algo con respecto a Candy. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? ¿Qué podía hacer?

»Era lo único que me preguntaba...

»¿Qué puedo hacer?

»No sé dónde se encuentra...

»¿Cómo puedo hacer cualquier cosa si no sé ni dónde está?

»¿Cómo puedo hallarla?

»¿Qué puedo hacer?

»Debe haber algo...».

Pero no había. Por más que lo intentaba, no se me ocurría *nada*. Eso no evitaba pusiera a pensar. Aun cuando hubiera querido, no habría podido dejar de pensar. Pensar, pensar; pensar, pensar... pensar en Candy... Todo el sábado, todo el domingo sentado en mi habitación, mirando fijamente por la ventana, pensando, pensando, pensando... haciéndome las mismas preguntas trilladas... sin obtener respuesta... preguntándome en balde qué podría haber sucedido...

Si al menos le hubiera dado mi número de teléfono.

Si al menos le hubiera preguntado dónde vivía.

Si al menos ella no hubiera venido al concierto.

Si al menos pudiéramos recomenzarlo todo.

Si al menos...

Sabía que desperdiciaba mi tiempo deseando que las cosas fueran de otro modo, pero tiempo era lo único que tenía. Seguía castigado y papá no me quitaba el ojo de encima. De modo que estuve atrapado en casa todo el fin de semana. Luego, de

vuelta a clases, y más tarde de vuelta a casa en cuanto terminaba la escuela, de vuelta a mi habitación, de vuelta a la ventana, de vuelta a los ojos fijos, de vuelta a mis pensamientos...

Por supuesto, seguía llamándola. Dos o tres veces al día marcaba su número y rezaba porque sonara. No sabía a quién —o a qué— le rezaba, y en realidad no me importaba: habría adorado al diablo si hubiera respondido a mis plegarias. Pero no lo hizo.

Nadie lo hizo.

No había nadie ahí.

Pasaron los días, como suelen pasar, y la vida siguió adelante.

Martes: me topé con Jason, Chris y Ronny. Estudiaban en el grado superior al mío, de modo que no nos veíamos con frecuencia en la escuela, pero ese martes, a la hora del almuerzo tenía yo una reunión con el consejero vocacional y su oficina estaba en el edificio donde Jason y los demás pasaban la mayor parte del tiempo. Al salir, mientras pasaba frente a un salón de clases vacío, escuché la voz de Chris llamarme.

—¡Joe! ¡Hey, Joe!

Me detuve y miré a través de la puerta. Los tres estaban sentados frente a una mesa al otro lado del salón, comiendo sándwiches y leyendo revistas. No había hablado con ellos desde el concierto del viernes, de modo que no sabía qué pensaban sobre mi súbita e inexplicable partida del club. Sabía que Jason aún estaría encabronado conmigo, y pude constatar por su mirada que lo estaba; pero, a primera vista, los demás parecían estar bien conmigo. No parecían encantados de verme ni nada por el estilo, pero al menos reconocían mi existencia.

Chris me hizo una seña para que me acercara, de modo que entré y me reuní con ellos en la mesa.

—¿Todo bien? —sonrió Ronny.

—Sí...

—¿Qué haces? —preguntó Chris.

—No mucho —miré a Jason, quien simulaba leer su revista. Me volví hacia los otros—. Siento mucho lo del viernes —les dije—. Surgió un asunto familiar... de verdad tenía que irme...

—No te preocupes por eso —dijo Chris—. Habría estado mejor que estuvieras, pero al final no importó tanto. Aún nos quieren.

—¿Quién?

—Dead House... la disquera. Son parte de EMI.

—¿Qué? ¿Nos ofrecieron un contrato?

—Pues... no exactamente... —lanzó una mirada a Jason buscando apoyo.

Jason simuló no darse cuenta. Por un instante siguió leyendo su revista, luego alzó la vista despreocupadamente, como si no hubiera estado escuchando, y alzó las cejas hacia Chris.

—¿Qué? —dijo.

—Le contaba a Joe acerca de Dead House... —le respondió Chris.

—¿Y?

Chris parpadeó.

Jason lo miró, luego se volvió hacia mí intentando parecer aburrido:

—Sí —dijo—, quieren que les hagamos un demo bien hecho. Nos van a alquilar un estudio y traerán a uno de sus productores para trabajar con nosotros. Quieren tres canciones: *Girl on Fire*, *Candy* y alguna más.

—Eso es genial —le dije.

—Sí —replicó, encogiéndose de hombros.

—¿Ellos pagarán el estudio?

—Pagarán todo: el estudio, el traslado, viáticos... incluso podrían comprarnos equipo nuevo.

—¡Fantástico! —dije—. ¿Cuándo lo haremos?

Volvió a encogerse de hombros.

—En un par de semanas, supongo... ellos nos avisarán.

—¡Qué bien! ¿No? —dijo Ronny.

—Sí... —miré a Jason. Seguía tratando de parecer indiferente a todo aquel rollo, pero se notaba que estaba realmente emocionado. También se notaba que aún estaba molesto conmigo.

Lo que yo no sabía era que la cosa estaba a punto de ponerse mucho peor.

Jason me dijo:

—Así que, ¿puedes mañana?

—¿Qué hay mañana?

—Es miércoles —dijo con sarcasmo—. El día que ensayamos, ¿lo recuerdas?

—Ah, sí... es verdad... bueno, la cosa es que...

—¿Qué?

—Estoy castigado.

—¿Estás qué?

—No me dejan salir.

Los ojos de Jason se llenaron de desprecio.

—¿No te dejan salir?

—Sólo por una semana.

—Necesitamos practicar. Debemos prepararnos para el demo...

—Sí, lo sé... lo siento, pero...

—¡Diablos! —escupió—. ¡No lo puedo creer! Estamos tratando de conseguir un contrato. Estamos así de lograrlo. Necesitamos practicar... ¿y a ti no te dejan salir? ¿Qué crees que es esto? ¿Un juego? ¿Crees que estamos jugando?

Estuve a punto de decir que *sí* sólo por molestar, sólo por ver qué haría Jason; pero me dio pereza. Para ser honesto, me daba igual. Sí, era vergonzoso estar castigado y ser tratado como un niño. Sí, me hacía sentir pequeño y patético. Y sí, Jason probablemente tenía razón para estar enojado.

Pero ¿y qué?

¿Qué me importaba?

Al diablo con él.

Me levanté y me fui.

Miércoles: tendría que haberme emocionado el interés de la disquera, quería estar emocionado por ello, pero no sentía nada. Aun cuando no me hubieran castigado e incluso si Jason no hubiera arruinado el momento al humillarme y reñirme, no sé si habría sentido algo.

Sólo podía sentir a Candy.

Su ausencia, su misterio, sus ojos, su sonrisa... ¡Dios! ¡La extrañaba tanto! Candy llenaba mis días de dolor, y no estaba muy seguro de cuánto más podría soportarlo.

Intenté hablar de eso con Gina. En verdad lo intenté. Pero es difícil explicar tus sentimientos, especialmente cuando no tienen ningún sentido. Y ése era el problema: no tenían ningún sentido.

Lo sabía yo, y lo sabía Gina.

—Sé cómo te sientes, Joe —me dijo—. Sé lo que se siente extrañar a alguien... Pero ¿no crees que estás llevando las cosas demasiado lejos?

—¿Qué quieres decir?

—Pues, ya sabes...

—¿Qué?

Habló con dulzura:

—Sólo la has visto dos veces.

—Dos y media veces —aclaré.

—Está bien: dos y *media* veces. De cualquier forma no es mucho, ¿o sí?

—Es suficiente.

—Vamos, Joe... apenas la conoces.

—Sé cómo me hace sentir... ¿Qué más necesito saber?

Gina me miró por largo rato. No estaba seguro de si trataba de hallar una respuesta o si sabía la respuesta y trataba de decidir entre decírmela o no. Más bien esperaba que no hubiera ninguna respuesta.

Quizá Gina leyó mi mente, porque después de un rato sólo me sonrió y me abrazó.

—No lo sé, Joe —me dijo—. No sé qué decir. Esta clase de cosas... simplemente pasan. No hay mucho que puedas hacer al respecto. Sólo puedes dejar que sucedan. Puede que no siempre obtengas lo que quieres, pero a veces así es la vida.

Jueves: Jason me llamó por la tarde. La conversación duró unos treinta segundos.

—¿Joe?

—¿Sí?

—Es Jason. Me llamaron de Dead House. Nos han apartado un estudio en Londres el 8 y 9 de marzo. Es la semana después de la que viene, sábado y domingo.

—Correcto...

—Alquilamos el salón para ensayar este sábado y estamos intentando obtenerlo un par de noches más para la próxima semana. ¿Estás dentro o no?

—¿Perdón?

—Necesito saber si estarás ahí, porque de lo contrario tendremos que encontrar a alguien más.

—Sí —le dije—. Ahí estaré.

—¿Estás seguro? No quiero más juegos...

—Ahí estaré.

—Más te vale... es tu última oportunidad.

Y eso fue todo.

Fin de la conversación.

Más tarde estaba solo, sentado en mi habitación, rasgando la guitarra, esperando perderme por una hora, más o menos, cuando entró Mike. No lo había visto desde el viernes por la noche. Su cara seguía un poco magullada y amoratada, pero fuera de eso, se veía perfectamente bien. Se acercó a la cama y se sentó a mi lado.

—¿Todo bien? —dijo—. ¿Cómo vas?

—Bien, ya sabes —me encogí de hombros.

—Gina dijo que harán un disco o algo así, ¿es cierto?

—Sólo un demo.

—Eso está muy bien.

—Sí.

Se rascó la cabeza y echó un vistazo a la habitación. Me sentía un poco extraño por estar sentado tan cerca de él. Extraño... pero bien. Mike era un hombre grande, y podía sentir su peso, su fuerza, su poder. Se sentía bien. Como seguro. Su aliento y su piel me recordaban cuando era niño, cuando papá solía sentarse conmigo por las noches en mi habitación, antes de irme a dormir...

—He estado preguntando —dijo Mike en voz baja—, acerca de este tipo Iggy.

—Bien —dije intentando mantener la calma.

—Encontré a algunas personas que lo conocen.

—¿Qué personas?

Sacudió la cabeza.

—No quieres saber... sólo personas. La clase de personas que saben cosas.

—¿Cómo los encontraste?

Me miró por un momento y dijo:

—Sabes que yo solía trabajar para clubes por todo Londres. Mezclar, fiestas, esa clase de cosas —asentí; Mike se encogió de hombros—. Bueno, pues es un negocio algo turbio... conoces a mucha gente turbia. Unos más turbios que otros. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, supongo que sí.

—Música, clubes, drogas, pandillas... —se rascó la cabeza—. Suceden cosas muy malas allá afuera. Todo tiene que ver con dinero. Cosas malas, gente mala...

—¿Y qué hay de Iggy?

Mike me miró.

—Se llama Ignatius: Ignatius Ithacaia. Nadie parece saber mucho acerca de él. Eso o están demasiado asustados como para hablar. Es un tipo malo. Muy malo. También muy ambicioso. Por lo que pude entender, comenzó como vendedor de poca monta, luego ascendió a traficante, y ahora está involucrado en casi todo. Chicas, armas, extorsión... —hizo una pausa limpiando su boca con el dorso de la mano—. Es un mal tipo, Joe... y empeora cada minuto. Va en rápido ascenso.

—¿Y qué hay de Candy? —pregunté—. ¿Descubriste algo sobre ella?

Mike sacudió la cabeza.

—Iggy tiene muchas direcciones: cuartos, departamentos, casas. Explota a muchas chicas. Nadie sabe dónde vive. Se mueve mucho. Candy podría estar en cualquier parte.

Miré al piso, desanimado. Candy podía estar en cualquier lugar. Estaba en alguna parte... haciendo algo...

—No lo entiendo... —musité.

Mike me tocó el brazo:

—Esas cosas suceden.

—Eso mismo me dijo Gina, pero no puedo entenderlo. ¿Cómo terminó Candy con Iggy? ¿Cómo pudo involucrarse con alguien así?

—Los tipos como Iggy... son inteligentes. Saben cómo obtener lo que desean. Usan sus habilidades, te dan lo que crees que necesitas. Te bajan el cielo y luego, antes de que te des cuenta, estás encadenado a ellos. No puedes escapar —me miró—. No sé cómo haya atrapado a Candy, pero estoy bastante seguro de que ella no supo lo que estaba ocurriendo hasta que fue demasiado tarde.

—¿Es demasiado tarde?

—No lo sé... no creo que podamos hacer nada.

—Debe haber *algo*...

—Es un mundo de mierda, Joe —volvió a tocar mi brazo—. A veces es mejor dejarlo ir.

Lo miré.

—¿Tú lo dejarías ir si se tratara de Gina?

Aquello lo tomó por sorpresa. Me miró de vuelta por un instante, los ojos llenos de confusión. Luego bajó la cabeza y se quedó ahí sentado, mirando el piso con expresión vacía. Adiviné que estaría imaginando cómo se sentiría si Gina estuviera perdida ante un hombre como Iggy.

—Lo siento —le dije—. No debí haber dicho eso.

—No —dijo en voz baja—. Tienes razón. No lo veía de esa manera... —alzó la vista y me miró—. Lo siento, no sé qué decirte.

—¿Qué harías en mi lugar?

Sus ojos reflejaban impotencia.

—No lo sé, Joe. De verdad que no lo sé.

Viernes por la mañana, ocho en punto: estaba sentado a la mesa de la cocina cuando entró papá con un maletín pequeño y un par de maletas. Los puso junto a la puerta, se sentó ante el desayunador y se sirvió un poco de café. Miré las maletas, luego a él. Se había vestido para viajar: traje, abrigo, loción de afeitar, corbata, rostro pensativo y ojos preocupados.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—¿Mhhh?

—¿Adónde vas?

Alzó la vista.

—Ya sabes adónde voy, Joe. Te lo dije, a Edimburgo —frunció el ceño—. La convención, ¿recuerdas?

—Pensé que partías mañana.

—*Comienza* mañana. Por eso me marché hoy —suspiró—. Ya le dije todo eso. Te lo dije como tres veces. *Sabía* que no me estabas escuchando... has estado actuando extraño toda la semana. ¿Qué pasa?

—Nada... *sí* te estaba escuchando, sólo que confundí las fechas, eso es todo —miré el reloj—. ¿Te irás en auto? —le pregunté.

Asintió.

—¿Con mamá?

—Nos reuniremos allá.

—¿A qué hora?

—Esta tarde...

—O sea, ¿a qué hora te tienes que ir?

Frunció el ceño de nuevo.

—¿Por qué el súbito interés?

—Por nada... sólo preguntaba.

Entrecerró los ojos.

—Mira, te has portado realmente bien esta semana. No has pedido permiso para salir y, hasta donde tengo entendido, no has tratado de escapar, pero sigues castigado,

no se te olvide, y aún te falta la mitad, de modo que no eches todo a perder aprovechándote de mi ausencia. Sólo te estarías decepcionando a ti mismo si lo haces. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —repliqué.

—Puedes mentirme a mí, pero no puedes mentirle a tu conciencia.

«¿Quieres apostar?», pensé.

—Está bien, papá. Puedes confiar en mí.

Siguió mirándome un rato, luego miró su reloj, apuró su café y se levantó de la mesa.

—Bien, pues —dijo tomando sus maletas—. Es mejor que me vaya. Dile a Gina que la llamaré a media semana, y no se te olvide sacar la basura el miércoles. Hay suficiente comida en el refrigerador. Dejé algo de dinero en el cajón. Si me necesitas para lo que sea, tienes mi número celular. Y dejé el número del hotel en la libreta de la mesa del vestíbulo —comenzó a palparse los bolsillos buscando las llaves de su auto; las recogí de la mesa y se las pasé—. Bien —dijo—. Creo que estaré de vuelta el próximo sábado.

—Que te diviertas —le dije.

Hizo una breve pausa, me lanzó otra larga mirada. Luego sacudió sus llaves y se fue.

Media hora después me encontraba parado en el andén de la estación de Heystone, esperando el tren a Londres.

ONCE

No sabía lo que hacía. No había planeado ir a Londres a buscar a Candy. No había esperado la semana entera a que papá se marchara. No había estado pensando en ello: elucubrando, planeando, esperando el momento oportuno. No había planeado nada. Al menos no en forma consciente. Supongo que la idea debe de haber estado ahí todo el tiempo, tan sólo vagando en el interior de mi mente, esperando ser aceptada por mí... O tal vez sí sabía que estaba ahí, pero temía reconocerla porque era todo lo que tenía y algo podía salir mal y la perdería...

No lo sé.

De verdad no lo sabía. Mis acciones parecían distantes y desconectadas, como si mi cuerpo tuviera una mente propia. Las contradicciones tenían sentido: el mundo era borroso, yo estaba enfocado; yo era veloz y el mundo era lento...

Era muy extraño.

Pero sumamente normal, también.

En cuanto papá se marchó, alcé el teléfono y llamé a la escuela. Mi voz permaneció en calma mientras explicaba que no asistiría porque no me sentía bien, que no era nada serio, y que no, lo siento, mi padre no puede venir al teléfono, está en un viaje de negocios, adiós.

Tomé mi abrigo.

Dejé la casa.

Subí a un tren.

Llegué a Londres.

Bajé del tren.

Subí al metro.

Llegué a King's Cross.

Bajé del metro.

Me dirigí hacia donde había comenzado todo.

Como he dicho, no sabía lo que hacía... pero sabía que lo estaba haciendo.

Afuera de la estación, las banquetas estaban llenas de gente y las calles tan llenas como siempre. El caos rugía alrededor mío: autos, camiones, taxis, bicicletas a toda

velocidad, luces parpadeantes, obras, grúas, construcciones, cruces peatonales, luces intermitentes, entronques, empleados, gente de calle, gente enloquecida, *hippies* con caras en blanco y cabello largo y sucio y llagas en la piel... Y yo sólo estaba ahí parado, inmerso en el rugido, dejando que me empapara todo.

Estaba parado afuera de la farmacia, tan cerca como podía recordar del lugar donde vi a Candy por primera vez. Sabía que aquello era irracional. Candy no estaría ahí... no esta vez. No importaba cuánto tiempo estuviera ahí parado, esperando escuchar el sonido de su voz, dulce y claro, atravesando el caos como un cuchillo con punta de diamante... no importaba cuántas veces mirara hacia la entrada esperando verla ahí parada, recargada en la pared, sonriéndome... esperando ver esos labios, esos dientes, esos oscuros ojos almendrados...

No estaría ahí.

Lo sabía.

Sin embargo, debía comenzar por alguna parte, ¿no? Y qué mejor lugar para comenzar que el principio.

De modo que esperé.

Y esperé.

Y esperé...

Y después de más o menos una hora comencé a ver cosas que no había notado antes. Cosas ocultas, cosas dentro del caos... cosas que toma tiempo ver. El tipo de la sucia chamarra verde por ejemplo, que entraba en la estación, salía, miraba alrededor, entraba de nuevo... o el pordiosero con la cobija gris y enlodada: frío y somnoliento, pero sin cerrar jamás los ojos, vigilando siempre las calles, cuidándose de los problemas... y las mujeres bien vestidas esperando a los amigos, pero nunca por mucho tiempo y nunca alegrándose demasiado de verlos...

Era un mundo dentro de otro mundo. Un bajo mundo. Otro mundo. Y con sólo estar ahí yo estaba pasando a formar parte de él.

A las once y media, un chico flaco en un saco negro manchado se me acercó. Era difícil decir qué edad tenía, pero no pudo haber tenido más de quince. Su cara era delgada y sus ojos estaban hundidos y empañados.

—¿Dónde está la movida, John? —dijo mirando sobre su hombro. Era blanco, pero hablaba como negro.

—¿Qué? —dije.

Su cabeza crujió al voltear. El chico se inclinó sobre mí, bajando la cabeza y mirándome fijamente.

—¿Qué hay? ¿Buscas acción?

—No...

—¿Qué haciendo?

—Nada... espero a alguien.

Se relamió y sonrió.

—Ve a esperar en alguna otra parte, ¿de acuerdo? —volvió a mirar sobre el

hombro, luego se volvió hacia mí, los ojos fríos de repente—. ¿Sigues aquí?

No me moví. Le dije:

—¿Conoces a una chica llamada Candy? —no respondió; sólo siguió mirándome—. ¿Y qué hay de Iggy? —le dije—. ¿Conoces a alguien llamado Iggy? Es un tipo negro...

—¿Qué te pasa? —dijo el chico, mostrándose de pronto agitado—. Esto no es para ti. Mírate. Todo limpio y bonito... mierda. ¿Quieres un poco de esto? —aventó su cara sobre la mía, dejándome ver de cerca sus dientes podridos, su piel llagada y sus ojos color amarillo tierra. Casi me dieron arcadas por el asqueroso olor dulzón de su aliento.

—Lindo, ¿eh? —dijo con frialdad, alejándose.

Lo miré tratando de disimular mi desagrado, pero probablemente no lo conseguí. No era que importara. Adiviné que el chico trataba de advertirme y que se suponía que debía sentir desagrado, de modo que en realidad no me importó sentirlo. Como sea, a él le daba lo mismo. Ahora su rostro se había endurecido y carecía de expresión. No transmitía nada, sólo me miraba fijamente esperando que me marchara.

Supongo que pude haberlo intentado de nuevo —hacerle algunas preguntas más —; pero estaba bastante seguro de que el chico no me diría nada. De modo que me di la vuelta con un gesto de despedida y me alejé andando.

Al otro lado de una calle con mucho tráfico, sobre el camellón... mirando alrededor, orientándome... reconociendo el cruce, el camellón, McDonald's... recordando la última vez que estuve aquí... recordando a Candy... su cara, sus ojos, sus labios, sus piernas, su piel... que se arrugaba ligeramente en medio del abdomen, como un ligero chapoteo en la superficie de un mar pálido.

»Por amor de Dios, Joe...

»Ni si quiera lo pienses».

Ahora estaba de frente a Pentonville Road. Sabía dónde me encontraba, pero no sabía adónde ir. Las calles se ramificaban en todas direcciones: calles grandes, calles pequeñas, calles tranquilas, calles ruidosas que me ofrecían todas las opciones que pudiera desear —norte, sur, este, oeste...—, pero no hacían ninguna diferencia. Seguía sin saber qué camino tomar. Sólo sabía que Candy vivía como a diez minutos a pie desde la estación de King's Cross en un lindo apartamento dentro de una casa victoriana remodelada. No era mucho de dónde aferrarse. A quien desconociera la dirección precisa, diez minutos a pie podían llevarlo a cualquier parte. Eso, si en efecto eran diez minutos. Podrían ser cinco, o quince... o Candy podía haberlo inventado todo. Quiero decir, podía ser que ni siquiera viviera cerca de King's Cross sino a kilómetros de distancia, y lo único que yo hacía era vagar sin rumbo por calles irrelevantes, perdiendo el tiempo...

«Sí —me dije—. Pero no estás vagando sin rumbo, ¿o sí? No estás vagando en

absoluto. Sólo estás parado sin propósito en el mismo lugar, lo cual es una completa pérdida de tiempo. Y además, ¿qué otra cosa piensas hacer? ¿Darte por vencido? ¿Irte a casa? ¿Olvidarla? No, ésta es tu mejor opción. Es tu única oportunidad. Así que sácale el mayor provecho posible. Deja de pensar y comienza a caminar».

Pasé el resto de la tarde caminando en círculos cada vez más amplios en torno a King's Cross. No era muy divertido y no es lo más fácil que haya hecho, pero no se me ocurría una mejor manera de hacerlo. Había olvidado traer conmigo la guía de calles, pero aun cuando la hubiera traído habría sido muy difícil trazar círculos perfectos por las calles. Constantemente me descubrí perdido o caminando por la misma calle más de una vez o tomando la dirección equivocada para terminar donde había comenzado...

Pero en realidad no importaba. Mientras siguiera andando, cubriendo la mayor cantidad de terreno posible, buscando tan a fondo como pudiera...

Eso era lo importante.

Sin embargo, era bastante deprimente.

El clima era sombrío. Cielos plomizos, grises y bajos, una pesada mezcla de vacíos. No hacía calor, no hacía viento, no había calma, no había humedad ni sequedad... no había nada. Sólo un clima sombrío. Y las calles mismas estaban también extrañamente apagadas. No sé qué era lo que esperaba, quizá una orgía de *sex-shops* y burdeles y bares de mala muerte; pero la mayoría de las calles no estaban mal. Había algunas *sex-shops* —edificios bajos con ventanas tapiadas—, y bastante bares de mala muerte, algunos baños poco fiables, y uno que otro antro de aspecto extraño... pero no había cientos de ellos, ni nada por el estilo. No había hordas de mujeres vestidas con poca ropa paradas en las esquinas ni proxenetas con ropas brillantes circulando en cadillacs... Había sólo muchas calles sombrías y mucha gente sombría... y sólo algún destello ocasional del bajo mundo.

Un tipo drogado con cabeza mal rapada que me miraba.

Un par de chicas muy jóvenes sentadas en un auto en compañía de un árabe de mediana edad.

Jeringas en la alcantarilla.

Matones con caras pétreas en portales sucios, revisándome al pasar.

No me sentía exactamente amenazado... pero tampoco me sentía muy a gusto. Me sentía pequeño y estúpido y fuera de lugar. Sabía que no pertenecía ahí, y sabía que los demás lo sabían. Me hicieron sentir que no debía dejar de caminar, que algo malo sucedería si dejaba de hacerlo.

Así que seguí andando.

Era tentador mantener la cabeza gacha, los ojos muy fijos en el suelo, pero sabía que, a pesar de todo, tenía que seguir buscando. Debía seguir buscando a Candy... o a Iggy... o un lindo apartamento en el tercer piso de una casa victoriana remodelada.

Claro que reconocería a Candy o a Iggy si los viera. El problema era cómo reconocer una casa victoriana remodelada.

¿Qué aspecto tendría una casa así?

No tenía idea.

De modo que sólo seguí caminando, seguí buscando, seguí mi camino con la esperanza de que algo sucediera. De lo contrario... ¿qué? ¿Volvería a empezar? ¿Caminaría en círculos para siempre? ¿Me detendría para preguntarle a alguien?

»Sí, claro... detenerme y preguntar. “Disculpe, busco a una prostituta y a su proxeneta... Ella es joven y bonita y heroinómana, y él es grande y negro y muy temible, y creo que viven en una casa victoriana remodelada...”.

»Excelente idea, Joe.

»Bien pensado.

»¿Por qué no le preguntas a esos policías...?

»¿Policías?».

Había dos, un poco más adelante, en una patrulla estacionada a un lado de la calle. No parecía que estuvieran haciendo nada: sólo estaban sentados en el auto, con gestos aburridos y malvados, pero me impactó verlos. ¿Qué tal si me detenían y comenzaban a hacerme preguntas? «¿Qué haces por aquí? ¿Adónde vas? ¿Por qué no estás en la escuela?». No podía decirles la verdad, ¿o sí? Y en ese momento preciso no podía pensar ninguna mentira creíble...

De modo que di media vuelta tan casualmente como pude y comencé a caminar por donde había llegado.

No sé qué habría pasado si no hubiera visto la patrulla. Quizá todo habría salido bien. Tal vez habría caminado un par de horas alrededor de King's Cross sin encontrar nada, y tal vez entonces me habría vuelto a casa, y entonces tal vez...

No lo sé.

Tal vez habría sucedido algo más.

Pero no fue así... Porque no caminé un par de horas alrededor de King's Cross sin encontrar nada. En cambio, en mi impaciencia por alejarme de la patrulla, me descubrí apretando el paso por callejuelas, sin pensar mucho por dónde iba, y no fue sino hasta que estuve en mitad de una calle con mucho tráfico, esperando el cambio de luz, que volví en mí y me di cuenta dónde estaba: me encontraba en un camellón en mitad de Euston Road, frente a la entrada principal de la estación. Estaba justo donde había comenzado. Fue entonces cuando vi a Iggy.

Salía de la estación. Caminaba erguido. Vestía un abrigo de piel largo y negro. Llevaba la cabeza alta y colgaba los brazos confiadamente. Los ojos saturados de vacío. Pude ver cómo la gente evitaba su mirada, se quitaba de su camino, instintivamente atemorizados por su tamaño y por su fuerza y por su total carencia de sentimientos. Y, aunque su rostro estaba en blanco, era evidente que aquello le

encantaba.

Retrocedí sin pensarlo algunos pasos y me coloqué detrás de otros transeúntes. Desde allí podía aún ver a Iggy, pero, con suerte, él a mí no. Con el corazón desbocado lo observé —caminaba a zancadas de un lado a otro frente a la estación, pasando los quioscos de periódicos y la farmacia, moviéndose con la calma sin esfuerzo de un hombre que sabe exactamente adónde va. Y vaya si *lo* sabía: giró a la izquierda con dirección a la parte trasera de la estación... fuera de mi vista.

Me abrí paso hacia el frente del camellón, empujando cuerpos y rezando para que cambiara la luz del semáforo. Era la hora pico, había demasiado tránsito... y yo no conseguía cruzar la calle. Asustado, alcé la vista. Iggy desaparecía al girar la esquina... lo estaba perdiendo.

Entonces sonaron las bocinas, cambió la luz del semáforo y el tránsito se detuvo. Corrí diagonalmente al otro lado de la calle, derrapándome y sin detenerme para tomar aliento... luego, vagamente consciente de lo estúpido que debía verme, asomé la cabeza por la esquina y escudriñé la calle. No estaba demasiado llena —el tráfico era pesado pero las banquetas no estaban demasiado abarrotadas de gente—, y detecté a Iggy casi de inmediato. Con ese tamaño y esa altura, y con su largo abrigo negro, no era difícil hacerlo. Estaba a unos cincuenta metros, caminaba por la acera balanceando el brazo, gesticulando con la mano como si hablara solo.

Mi mente se aceleró.

No estaba pensando.

Iba en automático: «Síguelo, no dejes que te vea, síguelo, no dejes que te vea, síguelo...».

Lo seguí.

No sabría decir cómo lo hice. Nunca había seguido a nadie. No sabía nada acerca de seguir a alguien... ¿Qué tan cerca debes estar? ¿Qué sucede si voltean sobre el hombro? ¿Qué haces cuando dan vuelta a la esquina? Sin embargo, de alguna manera logré seguirle la pista sin que me viera. Probablemente ayudó que él no sabía que lo seguían. Quiero decir, no tuve que hacer nada furtivo. No tuve que cubrir mi cara con un periódico o simular que me ataba las cintas de los zapatos ni nada por el estilo. Sólo tenía que seguirlo: por la parte trasera de la estación, a lo largo de unos cuantos centenares de metros, luego a la derecha hacia una calle angosta llena de bodegas y bloques de oficinas, luego a la izquierda, luego de nuevo a la derecha, por encima de un canal hacia un laberinto de oscuras callejuelas...

Fue entonces cuando las cosas se complicaron. Debía mantenerme lo bastante cerca para evitar perderlo de vista, pero no podía acercarme demasiado, porque las calles allí estaban algo vacías. Si Iggy llegaba a detenerse y volteaba, de seguro me vería. Que me reconociera o no era otra historia. Probablemente no, pensé. Pero con un hombre como Iggy, aquel «probablemente no» era poco consuelo. De modo que

me mantuve un poco más atrás, observando al abrigo de los árboles de la calle, entre autos estacionados, buzones, lo que hallara.

La mayoría de las casas por ahí tenían tres o cuatro pisos con balcones y grandes ventanas encortinadas, la pintura descascarada e hileras de placas con nombres escritos a mano junto a un timbre común sobre el muro del portal. Apartamentos y pisos con servicios compartidos, supuse.

¿Casas victorianas?

Tal vez...

Se veían vagamente familiares, y me pregunté si no habría pasado antes por ahí cuando daba vueltas horas atrás. Posiblemente... probablemente... era difícil decirlo. Ya se habían encendido las luces de la calle. La oscuridad llegaba aprisa. Las cosas se veían distintas en la oscuridad: más planas, más frías, más siniestras.

Iggy se había detenido.

En mitad de una apretujada terracita, ensombrecido bajo el brillo de una lámpara callejera, su largo abrigo negro reflejaba la hostil luz anaranjada. No hacía nada. Sólo estaba ahí parado, afuera de una casa blanca y alta, alzando la vista hacia las ventanas débilmente iluminadas.

Yo me hallaba a unos treinta metros de distancia, en una calle de árboles alineados que hacía un ángulo recto con la terraza. A mi izquierda había un pequeño tramo de parque, el cual me ofrecía una perfecta vista de Iggy y de la alta casa blanca. Estudié la casa. Era igual a todas las demás casas de esa calle: de tres pisos, fachada plana, con escalones de piedra que conducían hasta un porche sin luz. En ese momento, Iggy subía los escalones... sacaba una llave... abría la puerta... miraba sobre el hombro...

Entró en la casa.

«¿Ahora qué? —me pregunté—. ¿Qué harás ahora? ¿Te quedarás ahí? ¿Te moverás? ¿Te acercará?»... ¿Cómo iba yo a saber? Nunca antes había hecho algo así. Estaba oscuro. Hacía frío... temblaba... sudaba... tenía hambre... me sentía vacío...

No podía pensar.

Justo entonces, un auto pasó calle abajo. Sus luces barrieron los álamos, iluminando sus troncos empalidecidos, las rejas del parque, a mí. Me congelé. Miré mi sombra acechante al otro lado de la banqueta: una negra figura inclinada con una cabeza larga que se proyectaba sigilosamente desde atrás de los árboles...

«Esto no es bueno», pensé.

El auto disminuyó la marcha por un momento... el motor al ralentí... Luego se alejó de nuevo, llevándose mi sombra consigo. «No te puedes quedar aquí —me dije, exhalando un suspiro de alivio—. No puedes seguir acechando entre los árboles... te arrestarán». Esperé hasta que el auto dio la vuelta en la esquina al final de la calle, luego salí de atrás del árbol y me eché a andar calle abajo, a la izquierda de la terraza,

a lo largo de la calle, por el borde del parque, siempre cerca de la reja. La casa se encontraba en el lado contrario de la calle. Mientras me acercaba a ella mantuve los ojos en el piso, sin atreverme a mirar. Quería mirar... Vaya si quería mirar. Pero si Iggy llegaba a salir en ese momento...

Me esforcé para no imaginarlo.

A los pocos segundos llegué hasta el enrejado de hierro. El cancel abierto me condujo hasta el pequeño parque. Antes de saber lo que hacía, me había introducido por la verja y seguía un pequeño sendero hacia la derecha. Hice una pausa frente a una banca de madera y eché un vistazo alrededor. Luego me alejé del sendero y me acerqué poco a poco hasta un seto de matas y arbustos que me llegaban a la altura del hombro y bordeaban el parque.

Pude oler la tierra: húmeda y oscura.

Basura.

Hojas.

Savia.

Espinas.

De pronto me encontré otra vez frente a la reja. Miraba a través de las barras de hierro hacia la terraza, la casa blanca... las ventanas, los escalones, la puerta principal. No había señal de movimiento. Retrocedí hacia las sombras y me situé detrás de un arbusto. Me dispuse a esperar.

Durante un rato no sucedió gran cosa. La calle se movía tranquilamente, sacudida por los sonidos de la tarde que provenían de los carros y la gente que pasaba, pero nadie se detuvo. Todos se dirigían a alguna otra parte. A casa, probablemente... o a divertirse por la noche... sólo paseaban... buscaban diversión. Nadie entró en la casa blanca, nadie salió de ella. Las cortinas seguían cerradas.

Noté que las ventanas tenían al frente barrotes de metal. Aquello me molestó durante un rato: ¿Por qué necesita una casa barrotes en las ventanas? Pero después me percaté de que todas las casas tenían ventanas con barrotes, de modo que supuse que aquello no significaba nada. Las casas por esa zona tenían barrotes en las ventanas, eso era todo. No quería decir nada, pero mientras estaba ahí agachado, oculto entre los arbustos, observando la casa, me sentí extrañamente atraído por esas ventanas de barrotes negros. No podía dejar de mirarlos. Los estudiaba, me concentraba en la regularidad de los barrotes, en las líneas negras, en el ancho de los espacios, en la blancura de las cortinas... Y después de un rato las líneas comenzaron a formar una reja perfectamente clara, negro sobre blanco, negro sobre blanco, negro sobre blanco... y empecé a tener pensamientos en verdad extraños. Imaginé el caos de los últimos días destilándose en elementos claramente definidos, cada uno inserto en su propio rectángulo perfectamente delimitado. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis... seis rectángulos perfectos. Y dentro de ellos, había símbolos... elementos... figuras

sin nombre de cosas que no comprendía: sombras, tonos, abstracciones, formas... colores parpadeantes sobre un fondo perfectamente blanco.

Nada de eso tenía significado para mí.

Sólo estaba ahí.

Entonces se abrió la puerta principal y salió Iggy. De pronto las barras volvieron a ser sólo barras. Las cortinas volvieron a ser cortinas mientras Iggy salía de la casa y caminaba calle arriba.

Le di unos cinco minutos antes de hacer cualquier movimiento. Quería asegurarme de que Iggy no volvería. También necesitaba tiempo para aclarar toda la porquería de mi cabeza. Aquellas extrañas visiones: los barrotos, los símbolos, los elementos... lo que sea que fuera. Estaba de más. Y, a decir verdad, me asustaba un poco. De modo que me quedé donde estaba, respirando el aire helado de la noche, absorbiendo el aroma a madera de los arbustos, vaciando mi mente... hasta que estuve seguro de hallarme de vuelta en el planeta Tierra.

Me levanté.

Me acuclillé de nuevo.

¿Cómo entraría en la casa?

No podía sólo tocar el timbre, ¿o sí? No sabía quién estaba ahí dentro. Esperaba que fuera Candy, pero no podía estar seguro. Ahí dentro podían estar algunos de los miembros de la pandilla de Iggy. Aquella podía ser su casa. O podía estar vacía...

Dios mío.

Deseaba saber qué estaba haciendo.

Pero no lo sabía.

¿Y qué es lo mejor que puedes hacer cuando no sabes qué hacer? Nada. Sólo esperar. Darle tiempo al tiempo. Ver qué sucede.

De modo que eso hice.

Esperé.

Le di tiempo al tiempo.

Al cabo de un rato, sucedió algo.

Una mujer negra se aproximó a la casa. Era grande y pesada, vestida con un abrigo *beige* lleno de bolas, y en cada mano cargaba una bolsa del supermercado llena. Se detuvo un momento afuera de la casa y descansó las bolsas en el pavimento. Luego las recogió y comenzó a batallar para subir los escalones, subiéndolos uno a la vez.

Abandoné los arbustos, corrí. Aminoré la marcha cuando pasé por la verja y atravesé la calle. La mujer ya había llegado a los escalones superiores. Había dejado la bolsa y tocaba el timbre y se inclinaba hacia el intercomunicador. Mi corazón latía a toda velocidad mientras me aproximaba a la casa, pero forcé una sonrisa... brinqué escalones arriba al tiempo que la puerta principal se abría y la mujer se inclinaba para

recoger las bolsas...

Subí, aún sonriendo, y le dije:

—Señora, déjeme ayudarla con eso —antes de que ella pudiera decir nada, ya había yo recogido las bolsas y le sostenía la puerta abierta—. Después de usted —le dije, todo vivaracho y despreocupado. Me miró de manera extraña, luego se encogió de hombros y entró. Entré detrás de ella, mirando a mi alrededor, fijándome en todo: el tenebroso corredor, la mesa del pasillo tapizada de correo basura, el piso de linóleo manchado, las empinadas escaleras a mi derecha, el olor a aire estancado...

—¿Dónde las pongo? —pregunté a la mujer indicando las bolsas.

—Justo ahí —dijo ella.

Puse las bolsas en el piso. La mujer me miró de nuevo, recogió las bolsas y se alejó por el corredor dejándome parado al pie de la escalera, mirando hacia lo desconocido mientras mis entrañas retumbaban como mil tambores.

DOCE

Sentí vacía la casa a medida que subía las escaleras. Sabía que *no* lo estaba: oía abajo a la mujer que me había dejado entrar aventando cajones en alguna parte, y en algún punto del piso superior podía escuchar el débil sonido de una radio resonar tras una puerta cerrada. Aún así, la casa *se sentía* vacía. Las escaleras oscuras, las paredes descoloridas, la alfombra raída bajo mis pies... No había nada ahí. No había vida, no había un alma. Ninguna comodidad. Aquello no era un hogar: era sólo un lugar.

Me moví con cautela haciendo una pausa después de cada paso, manteniéndome quieto, alzando la vista, escuchando con atención... luego otro paso... otra pausa... otro paso... otra pausa. Era un avance lento, pero no quería correr ningún riesgo. Una luz débil brillaba desde el segundo o el tercer piso, y aún se escuchaba el sonido de la radio...

Había gente ahí, en alguna parte.

Seguí hasta el primer piso e hice una pausa en el descanso. A mi derecha se extendía un largo corredor. Era semejante al pasillo del piso inferior, sólo que éste tenía puertas: seis puertas, tres de cada lado. Todas estaban cerradas. En el silencio sin aire podía escuchar los autos pasar por la calle. Las luces barrieron una ventana encortinada al final del pasillo e iluminaron por instantes las viejas paredes descascaradas. Pasaron las luces y el pasillo se hundió de nuevo en la semioscuridad. Inhalé tratando de calmarme. El aire allá arriba olía diferente del aire de abajo. Olía casi limpio, pero no del todo: una especie de limpieza de aromatizante en aerosol. La clase de olor que se supone que debe quitar los malos olores, pero que sólo los esconde.

De abajo venía un ruido de ollas: la mujer negra...

Seguí adelante.

Escaleras arriba hasta el segundo piso... ¿o era el primero? No estaba seguro. ¿La planta baja cuenta como primer piso? ¿Las casas *tienen* planta baja?

¿Acaso importa?

No, no importaba. Era sólo algo en qué pensar mientras subía las escaleras, algo para mantener mi mente alejada de la mugre y del vacío y del hedor sobrecogedor del miedo que prevalecía en la casa y todo lo que en ella había, yo incluido...

Allí dentro ocurrían cosas malas.

Cosas malas, gente mala...

Llegué al descanso del segundo piso: otro largo corredor, otra ventana encortinada, otras seis puertas. Lo mismo que antes. Nada sucedía. Ninguna vida, ninguna alegría. Aparté la mirada y justo cuando estaba por moverme de nuevo, escuché el sonido de una puerta que se abría. Me volví. A mitad del pasillo, una chica en bata blanca salía de una habitación. Tez color olivo, descalza, cabello oscuro, bonita. Se detuvo al verme. Le sonreí.

No sonrió de vuelta. No hizo nada. Sus ojos estaban vacío. Su boca estaba cerrada, sin expresión, como si se hubiera cerrado para siempre.

—Disculpa —le dije.

Sólo me miró.

Me aclaré la garganta.

—Busco a alguien...

La chica parpadeó una vez, sacudió la cabeza. Luego cerró la puerta y se alejó por el pasillo. La observé mientras abría otra puerta y entraba en lo que supuse era el baño. La puerta se cerró. El agua comenzó a correr.

Me quedé ahí parado un momento, sintiéndome extrañamente impasible. Seguí escaleras arriba.

El tercer piso era tan sombrío como los demás: corredor sombrío, puertas sombrías, paredes sombrías, ventana sombría... pero no estaba tan muerto, tenía luz, una pálida luz blanca en una pantalla de papel llena de telarañas que colgaba del techo. También la música sonaba más alto. Música de radio... parecía venir del primer cuarto a la derecha.

Música, luces... no era mucho, pero al menos daba *cierta* impresión de vida.

Ya no quedaban más escaleras. Ninguna parte adonde ir. Éste era el tercer piso... aquellos eran edificios de tres pisos. No sabía si la casa era victoriana. Ciertamente no estaba remodelada, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Ahora estaba ahí...

Estaba ahí.

Mejor seguir adelante.

Caminé pasillo abajo y me detuve fuera de la habitación de la que provenía la música. El sonido aún era apagado, pero sonaba bastante bien: alguna especie de *hip-hop* asiático... guitarras gangosas, redobles excéntricos, lindas voces. La escuché por un rato, luego respiré hondo, solté el aire lentamente y toqué a la puerta.

La chica que abrió no se veía nada bien. Tenía un rostro delgado y anguloso, piel pálida e hinchada, y ojos amarillentos. Su cabello carecía de forma —corto, negro, áspero—, vestía ropa corriente.

No dijo nada, sólo me miró a través de una abertura de cinco centímetros en la puerta.

—Busco a Candy —le dije.

No respondió. Se limitó a mirar por encima de mi hombro. Me giré para ver qué

miraba, pero no había nada. Me volví hacia ella.

—Candy —repetí—. ¿Vive aquí?

—¿Quién eres? —preguntó. Hablaba con voz baja, entrecortaba, con acento extranjero. No pude distinguir qué era... ruso, tal vez... de Europa del Este...

—Me llamo Joe —le dije—. Soy amigo de Candy... nos hemos visto un par de veces. ¿Está aquí?

La chica abrió la puerta un poco más.

—¿Amigo?

Asentí.

—¿Novio?

—Bueno... —dije—. No lo sé... en realidad no. Yo sólo...

—¿Canguro?

—¿Qué?

—¿Zoológico?

—Ah, sí... el zoológico... sí, es verdad... fuimos al zoológico. Candy me mostró el canguro. ¿Te contó...?

—Allá —dijo la chica señalando por el pasillo la última puerta a la derecha—. Le duele.

—¿Duele?

La chica se encogió de hombros.

—No debes venir aquí.

—¿Por qué?

Volvió a encogerse de hombros. Luego dio un paso hacia atrás y me dio con la puerta en la cara. Pensé tocar de nuevo o incluso llamarla, pero eso no parecía tener mucho sentido. Me había dicho todo lo que necesitaba saber.

Y más.

Imagínate: has pasado el día entero andando por todo Londres, perdido en un caótico laberinto, intentando encontrar una ilusión escondida; has estado viviendo de esperanzas, ignorando la realidad, impulsado sólo por sentimientos que no comprendes. Has estado buscando un sueño sin creer que en verdad lo alcanzarás. Pero ahora —increíblemente— lo has hecho: está justo frente a ti... justo detrás de esa puerta color hueso. Está ahí...

Ella está ahí.

Detrás de esa puerta.

Imagina eso.

Candy está ahí *dentro*...

Todo lo que tienes que hacer es alzar la mano y tocar...

Eso es todo.

Sólo alzar la mano.

No pude hacerlo. Mi brazo no se movía. Estaba muerto, sin sensibilidad... sin reacción. Le pertenecía a alguien más. Durante un minuto o dos, lo único que pude hacer fue quedarme ahí parado ante la puerta, mirando fijamente la pintura descascarada, los paneles sucios, el cerrojo que no cuadraba bien... Las manos me colgaban a los costados... mi cabeza retumbaba... mi cuerpo quemaba... caliente... frío... de adentro hacia afuera... enfermo de demasiadas cosas. Emoción. Miedo. Ansiedad. Dolor. Pasión. Esperanza.

Todo.

Nada.

—¿Candy? —murmuré.

Demasiado bajo.

Lo intenté de nuevo:

—¿Candy?

Todavía demasiado bajo. Pero de alguna manera el sonido de mi voz devolvió la vida a mi brazo. Así que lo alcé y toqué a la puerta.

—¿Candy? —llamé—. ¿Estás ahí? Soy Joe...

No hubo respuesta. Pegué el oído a la puerta y escuché. Al principio, nada... luego, algo... un débil crujido... un chirrido... una sola pisada. Luego silencio otra vez. Volví a tocar.

—Candy... por favor. Abre la puerta.

Esta vez definitivamente la escuché. Pasos ligeros moviéndose despacio hacia mí, hacia la puerta. Di un paso atrás... no sé por qué... parecía lo más natural. Di un paso atrás y puse las manos en los bolsillos. De nuevo, no sé *por qué* metí las manos en los bolsillos. Sólo lo hice.

Se abrió la puerta.

Y ahí estaba... la cara que había imaginado, en toda su realidad: pálida, lastimada, amoratada, golpeada. Tenía un ojo morado y la muñeca izquierda hinchada y vendada.

—Candy —respiré—. ¿Qué pasó?

—No puedo hablar contigo —me dijo débilmente—. Tienes que irte...

—No me iré. Mírate... tu cara...

—No es nada —me dijo, rozando la horrible hinchazón alrededor del ojo—. Estoy bien. Por favor, Joe... sólo vete... déjame en paz. Sólo empeorarás las cosas.

—No lo haré.

—Lo harás... créeme.

Sacudí la cabeza.

—No iré a ninguna parte hasta que hayas hablado conmigo.

—No *puedo*...

No respondí. Sólo me quedé ahí parado, mirando fijamente sus ojos, dejando que viera mi determinación. No me iría. Ella podía cerrar la puerta si quería. Podía cerrarla con llave, atornillarla, clavarla... podía hacer lo que quisiera. Aún así, yo no

iría a ninguna parte.

Me devolvió la mirada mordiéndose nerviosamente el labio.

Le dije:

—Entre más pronto me dejes entrar, más pronto me iré.

Cerró los ojos un instante, luego, sin mirarme, retrocedió y abrió la puerta.

No era un apartamento: era sólo un cuarto. Y ni siquiera como cuarto era gran cosa. Había una cama doble, un armario, un tocador con espejo, algunos libreros, uno o dos libros... un reproductor barato de CD en el piso... ropa y toallas apiladas por todas partes. En la pared más alejada del cuarto, una cortina de cuentas ocultaba un pequeño baño. Por ninguna parte pude ver una cocina o algún utensilio de cocina: nada de comida, ningún refrigerador, ninguna estufa.

Ninguna televisión. Ni adornos, ni fotografías...

Nada para vivir.

Era sólo un lugar para estar.

Parpadeé y me froté los ojos, entrecerrándolos hacia la luz. Las cortinas estaban echadas y la habitación iluminada con el destello mortecino y rojizo de una pesada lámpara cilíndrica en el piso.

—No digas nada —dijo Candy sentándose con cuidado sobre la cama—. Por favor... sólo no digas nada.

La cama estaba hecha un lío: sábanas enredadas, almohadas retorcidas, una mesita de noche cubierta por toda clase de desperdicios. Fui hacia el tocador y me senté en una silla con respaldo duro. La superficie del tocador estaba cubierta de botellas, envases, frascos y tubos... pedacitos de aluminio... papel transparente... cerillos... encendedores... cajas de analgésicos...

—No podía decirte —dijo Candy.

Volteé y la miré. Estaba sentada con las piernas cruzadas, inclinada ligeramente hacia un lado, apoyando la mano en la cadera... como si tratara de aliviar algún dolor. Usaba un largo camisón blanco y traía el pelo suelto. El camisón se veía viejo: era blanco marfil, delgado y con encajes, lo bastante delgado como para mostrar que no llevaba puesto nada más. El contorno de su cuerpo susurraba bajo la tela.

Bajé los ojos.

—Quería decirte... de verdad... —dijo.

—¿Decirme qué? —pregunté.

—Vamos, Joe, ¿qué crees? Todo esto... —señaló con la mano la habitación—. Lo que soy, lo que hago...

Alcé la vista y la miré.

—¿Por qué te pegó? ¿Fue por mi culpa?

Se encogió de hombros.

—Tú... yo... en realidad, no importa. Conozco las reglas... sólo puedo culparme a mí misma —se estiró hacia la mesa de noche y buscó entré el tiradero mientras gemía débilmente. Encontró un cigarrillo y lo encendió—. Por lo general no llega tan

lejos —dijo sonriendo a través del humo—. Creo que se dejó llevar.

—¿Se dejó llevar? —dije incrédulo—. Mira lo que te ha *hecho*... ¿Cómo puedes dejar que te *haga* algo así?

—¿Dejarlo? —dijo sacudiendo la cabeza—. ¡Dios! En verdad no lo entiendes, ¿verdad? En realidad no sabes cómo es esto.

—Dímelo tú.

—¿Por qué? ¿Qué diferencia hace? —tiró la ceniza en una lata vacía de Coca-Cola. Luego alzó la vista y me miró a los ojos—. Soy una puta, Joe. Me acuesto con hombres por dinero. Le doy el dinero a Iggy. Él me da drogas. Eso es todo.

—Y eso es lo que *quieres*, ¿no es así?

—Así es como es. Lo que yo *quiera* no tiene nada que ver.

—¿Qué es lo que *quieres*?

Me miró, los ojos inundados de lágrimas.

—Quiero que te marches. Vete de aquí. Vuelve a casa. No te involucres, Joe... por favor... sólo vete. No hay nada que puedas hacer...

Ahora lloraba.

Me acerqué y me senté en la cama junto a ella. Ella se sorbió la nariz y se la limpió. Le quité el cigarrillo de la mano, lo deje caer en la lata de Coca. Luego pasé el brazo sobre sus hombros.

—Por favor —resopló—. No vale la pena.

—Sí lo vale —dije acercándola a mí.

Descansó su cabeza en mi hombro. Pude sentir la humedad de sus lágrimas en mi cuello.

—Te matará —dijo en voz baja.

La miré a los ojos y sonreí.

—Primero tendrá que atraparme.

Candy no sonrió de vuelta. Sólo se me quedó mirando por un momento, llorando aún. Luego exhaló con suavidad y me besó.

El roce de su cuerpo.

El calor de su aliento.

Su consuelo.

Mi asombro.

El mundo entero en nuestros ojos.

Era más que suficiente para ambos.

Entonces hablamos... acostados ambos de espaldas, en la cama, mirando el techo... sólo hablando. Se sentía a gusto. Era sencillo. Como dos niños pequeños, echados en el pasto, mirando hacia el cielo siempre azul... nada de qué preocuparse... nada qué

temer...

—¿Adónde fue Iggy? —le pregunté.

—Salió.

—¿Volverá?

—No estarías aquí si así fuera. Además, ¿cómo me encontraste?

—Qué linda, gracias.

—No quise decir eso.

—Ya lo sé.

Le conté cómo había caminado alrededor de King's Cross, esperando encontrarla, cómo finalmente había visto a Iggy y lo había seguido, cómo esperé luego en el parque y logré entrar ayudando a la señora negra con sus bolsas.

—Es Bamma —dijo Candy.

—¿Qué?

—Bamma... la mujer de las bolsas. Se llama Bamma. Hace las compras y la limpieza y esas cosas. Con ella no hay problema. No dirá nada.

Las sombras se dispersaron en el cielo encima de mí —las sombras de las luces de la calle, las sombras de la ventana, las líneas ensombrecidas de los barrotes de metal—, y recordé todas las cosas extrañas que había pensado antes, mientras miraba los barrotes desde fuera: el caos, los colores, las formas sin nombre...

No quería pensar en ello...

—¿Cómo está tu muñeca? —pregunté a Candy—. ¿Está rota?

—No, sólo es un esguince, creo —flexionó los dedos con cuidado—. Está bien...

—¿Y el resto?

—¿El resto de qué?

Me senté y moví la mano hacia su cintura, donde —a través de la transparencia de su camisón— podía notar su piel amoratada y maltratada. Los moretones parecían nubes de tormenta: negroazulados, morados, amarillo mostaza.

Se apartó de mi mano con un estremecimiento.

—Perdón —le dije.

—Está bien... yo sólo... no es nada. Se ve mucho peor de lo que es.

Me quedé sentado en silencio durante un rato, mirando a Candy sin empacho: su cabello flotando en la almohada, los aretes en las orejas, brillando en la tenue luz rojiza... su collar, su cuello, sus delgados dedos cogiendo un pliegue de la sábana...

—No tienes que hacer esto, ¿sabes? —le dije.

—¿Qué?

—Hacer de cuenta que estás bien, que todo está perfecto. No tienes que esconderme cosas.

—No lo hago —dijo en voz baja—. Las escondo de mí misma. Es la única manera...

—No, no lo es.

Suspiró.

—No sabes cómo es esto, Joe. No entiendes.

—Entendería si me explicarás.

Se giró sobre un costado y me miró. Pude sentir la intensidad de sus ojos mientras miraba hasta el fondo de mi alma en busca de respuestas. ¿Podía confiar en mí? ¿Quería hacerlo? ¿Valía la pena?

—Prométeme algo —me dijo.

—¿Qué?

—No te involucres. Te diré tanto como pueda, pero sólo si me prometes que te mantendrás fuera de esto. No quiero que intentes *hacer* nada por mí, ¿está bien?

Asentí.

Me lanzó una mirada escéptica.

—Es *en serio*, Joe. No puedes involucrarte.

—No lo haré.

—¿Lo prometes?

—Sí...

—Dilo.

—Está bien... Lo *prometo*. ¿Está bien así?

Otra mirada, esta vez tocada por un dejo de tristeza. Luego respiró hondo, se echó sobre la espalda y comenzó a hablar.

Esto es lo que me contó:

Todo comenzó cuatro años atrás. Candy siempre fue una niña guapa, la clase de niña de la que se enorgullecen las madres y que los padres sienten la necesidad de proteger. Pero de pronto, cuando tenía doce o trece años, se convirtió en la clase de niña a la que los hombres no pueden resistirse, y ahí es donde empezaron los problemas.

—No estoy *presumiendo* de cómo me veo —me dijo—. Sólo estoy siendo honesta. Sé cómo me veo. Soy *bonita*. Lo sé ahora y lo sabía entonces.

Al principio, aquello no le causó problemas. ¿Por qué habría de hacerlo? A todo el mundo le gusta una niña bonita. Y también era lista. Inteligente, popular, buena para los deportes. Tenía una casa más que cómoda, nunca le faltaba nada y, por lo general, se llevaba razonablemente bien con sus padres. Su papá era el director general de una empresa multinacional de informática, de modo que no estaba en casa tanto como debía haber estado, y su madre tenía algunos problemas emocionales... pero, en general, las cosas no iban tan mal.

Pero entonces aparecieron los celos.

—Ni siquiera lo noté al principio —explicó Candy—. Solía llevarme bien con las demás niñas de la escuela... no tenía amigas muy cercanas, pero había una buena pandilla con la que solía andar, y eso estaba bien la mayor parte del tiempo. No

hacíamos gran cosa... ya sabes, hablábamos de chicos, de quién nos gustaba, de qué haríamos y qué no haríamos... esa clase de cosas. Estaba bien. Ningún problema. Como sea, la mayor parte era sólo hablar. A veces íbamos juntas a un club local y ocasionalmente alguna de nosotras se iba con alguien una hora o algo así, pero eso nunca cambió nada entre nosotras. No afectaba cómo nos tratábamos. ¿Me entiendes?

Asentí.

Ella continuó.

—Pero las cosas nunca se quedan así, ¿cierto? Siempre se tiene que poner *seria* la cosa. Los chicos comienzan a llamarte, te invitan a salir. Los hombres comienzan a verte con otros ojos. Comienzas a hacer cosas, vas a lugares bonitos... y te parece maravilloso. Es maravilloso. Es emocionante. Te encanta. Y como te encanta, quieres contarle todo a tus amigas. Pero cuando lo haces, en lugar de emocionarse *contigo*, te lo avientan a la cara. No les gusta que hagas cosas que ellas no están haciendo. Les hace sentir mal. De modo que te llaman mentirosa... se ríen de ti. Te rechazan. Y todo eso es tan *repentino*. Un minuto les caes bien... y el siguiente te odian. Ya no estás *con* ellas. Eres diferente. Tratas de ser mejor que ellas. O peor. Enseñas las tetas, meneas el trasero, lo pides a gritos... eres una golfa, una loca, una puta...

Hizo una pausa y encendió un cigarrillo chupando el humo hasta el fondo de los pulmones, manteniéndolo ahí, exhalándolo luego con furia.

—Fue horrible, Joe... lo que dijeron... las otras niñas. La forma como me trataron... Realmente me *dolía*. Casi todas las noches lloraba hasta quedarme dormida. Es estúpido, lo sé... No debí permitir que me incomodara, pero lo hizo. Todavía lo hace.

Guardó silencio por un rato, mirando el vacío, retorciendo entre las manos un pañuelo anudado. Luego, con un gracioso y pequeño *gulp*, comenzó a llorar de nuevo. Puse la mano sobre su hombro y la dejé llorar. No sé si fui de mucha ayuda, pero después de unos minutos se limpió la nariz, se secó las lágrimas, encendió otro cigarrillo y prosiguió.

—No sé cómo sucedió —dijo—, pero todo cambió de pronto. Ya a nadie le caía bien. Todos comenzaron a molestarme: las chicas en la escuela, las maestras, incluso mis padres... me regañaban todo el tiempo, por todo lo que hacía... no podía hacer *nada* bien. Si salía con chicos, era una golfa. Si no lo hacía, era frígida. Si trabajaba duro, era una matada. Si no lo hacía, era tonta. Si me arreglaba, era fácil. Si no, era una vaga. Y sólo fue de mal en peor. Se puso tan mal que ya no sabía ni quién era. No sabía lo que hacía. Al final sólo me di por vencida. Supongo que pensé que, si todos me odiaban, lo mejor sería también odiarme a mí misma. De modo que comencé a hacer cosas que *me hicieran* odiarme: salir con la clase equivocada de personas, emborracharme hasta la inconsciencia, quedarme fuera toda la noche, acostarme con todo el mundo... —dio una larga chupada a su cigarrillo, lo apagó en el cenicero—. Como sea, fue por ese entonces cuando conocí a Iggy. Yo había ido a un club en Londres con algunas personas a las que apenas conocía y traía un *pasón* de miedo con

alguna cosa. Se largaron y me dejaron ahí... un vejete asqueroso me estaba molestando, trataba de llevarme con él a alguna parte. De pronto aparece Iggy... sólo avanza, *cool* como el que más y susurra algo al oído del tipo asqueroso y lo siguiente que veo es que el tipo se ha marchado e Iggy está sentado junto a mí, preguntándome si estoy bien. Vaya si era *encantador*. Buena ropa, buenas maneras... limpio y amable y atento —se talló la frente—. El caso es que *era* agradable. Encantador, educado, gracioso... y ni siquiera intentó nada. Mantuvo las manos quietas, nunca me tocó... ni siquiera intentó ligarme. Sólo habló conmigo. Me preguntó todo sobre mí. Me *escuchaba*... fue eso. Yo no podía creerlo. Nadie me había escuchado en meses. Después de charlar por horas, me dio un aventón a mi casa: me llevó hasta Heystone en su BMW negro brillante, me dejó al final de la calle y me dio las buenas noches.

Candy entonces hizo una pausa, hundida en sus pensamientos, vagando de vuelta en sus recuerdos... Yo sólo me quedé ahí, mirándola, estudiando el paisaje de su cara: la carnosidad de sus labios, su nariz, sus párpados, la linda ondulación de sus orejas...

—Perdona —me dijo, levantándose de la cama—. No me tardo nada. Sólo voy al baño.

Rodeó la cama, levantó algo del tocador. Luego atravesó la cortina de cuentas que conducía al baño. Miré las cuentas meciéndose detrás de ella, moviéndose con la forma de su cuerpo al pasar, y recordé cómo se había alejado de mí en la cafetería del zoológico: sin vanidad, sin pretensión, sin frivolidad... caminando con un propósito... sin saber o sin importarle que yo la mirara.

Justo como ahora.

Para obtener lo que necesitaba.

Supuse que le daba igual. Simplemente iba por lo que necesitaba, eso era todo. No importaba que yo no lo entendiera. No importaba que no me *gustara*. Así eran las cosas. Lo que me gustara o lo que quisiera no venía al caso. De modo que sólo me quedé ahí mirando la habitación, pensando las cosas, escuchando los sonidos secretos que salían del baño: el chirriar de llaves, el traqueteo de tuberías, el crujir del plástico y el aluminio, el clic de un encendedor...

Me levanté de la cama, me acerqué a la ventana y abrí las cortinas. Estaban tiasas y eran frías al tacto. La ventana estaba cerrada. Con cerrojo. Con barrotes en el exterior. Un patrón de marcas desdibujadas en el vidrio grasiento mostraba dónde se había asomado Candy a la ventana, descansando la nariz contra el vidrio.

Me pregunté qué miraría.

Afuera la oscuridad era total.

Abajo las luces de los faroles glaseaban la superficie de la calle y, en la distancia, las luces de la ciudad parpadeaban por millares: luces naranjas que fluían grácilmente con la curva de los caminos; heladas luces verdes de semáforos; el brillo blanco circular de las glorietas... líneas en movimiento, la caída del cielo, luces de luces...

Alcanzaba a ver a kilómetros.

No alcanzaba a ver nada.

Miré hacia el baño, deseando que Candy reapareciera: «Vamos... por favor... si tardas más tendré que hacer algo. Tendré que llamarte... y tú probablemente no responderás... entonces tendré que ir a buscarte... para cerciorarme que estás bien... y te hallaré sentada en el excusado fumando heroína, toda encorvada y fea, con un popote de plástico saliendo de tu boca...».

Candy tiró de la cadena. Crucé la habitación y me senté sobre la cama. Las llaves gorjearon, rugieron las cañerías. Candy volvió a tirar de la cadena... Entonces las cuentas de la cortina repicaron y se mecieron... y ahí estaba ella, una visión en blanco que rodeaba la cama y se detenía a mi lado. Una vez más tenía ese aspecto: la manera en que se había sentado, suelta y sin preocupaciones, la cabeza floja... la extraña sonrisa en sus labios...

—Lo siento... —dijo—. Tenía que... ya sabes...

—Está bien.

—Yo... uh... —murmuró—. ¿En qué me quedé?

—¿Perdón?

Alzó la cabeza y me miró, los ojos drogados vagando por mi rostro.

—La historia... —dijo—. Estaba contando la historia... —hizo un movimiento de cabeza y se pasó los dedos por el pelo—. ¡Dios! ¡Están *patético!*

—¿De qué hablas?

—Esto... yo... lo que sucedió... El *porqué* sucedió. Es tan tonto. No fue *nada*. Quiero decir... yo solía estar bien... estaba bien. No tuvo que ocurrir nada *malo* para que empezara rodo. No fui golpeada ni violada ni abusaron de mí ni nada... *Nada* pasó —sacudió la cabeza—. Lo único que hubo fue un poco de celos, un poco de rechazo, mucho de autoconmiseración. No es una buena razón para acabar así, ¿no crees?

—Una razón es una razón —dije.

—Bueno, sí...

Volvió a cerrar los ojos y hundió la cabeza en el pecho. Por un momento pensé que se había quedado dormida, pero luego inspiró profundo y se irguió. Abrió los ojos y me miró.

—¿Qué decía? —preguntó.

—Hablabas de las razones...

—No, antes de eso. Antes de ir al baño.

—Me contabas sobre Iggy —le recordé—. De cuando te llevó a casa.

—Cierto... me llevó a casa. Es cierto. Fue *taaaan* lindo... ¿Cuándo fue eso? —sacudió la cabeza—. Hace mucho tiempo... hace años. En ese entonces Iggy era bueno... le di mi número... gran error... —suspiró, bostezó y se tendió en la cama, descansando la nuca en mi regazo. A pesar de que el frío iba en aumento, su piel estaba perlada de sudor—. Sí —dijo—. El bueno de Iggy. No me llamó en una semana... me dejó esperando... —su cabeza rodó hacia atrás y alzó la mirada hacia

mí—. Igual que tú —dijo.

Asentí.

—Después me llamó... —dijo—. Me invitó a salir... y eso fue todo. Antros, cumplidos, dinero, ropa... me daba todo lo que necesitaba. Todo. Me dijo todo lo que quería escuchar: yo era maravillosa... mis padres eran una mierda... no me comprendían... yo era una *mujer*... era *especial*... —sacudió con pesar la cabeza—. No me cansaba de eso. Estaba enganchada. Él tenía todo: dinero, drogas, respeto... Era tan *cool*, ¿sabes? —su voz ahora era amarga y dura—. Meterse coca todo el tiempo... sentirse bien... un poco de heroína de vez en cuando para bajarle un poco... y un poco más... y luego un poco más... —me miró de nuevo—. ¿La has probado?

—No —le dije.

—No lo hagas. Es una mierda. Es como lo mejor del mundo... se lo lleva todo, toda la porquería... Todo. Nada importa ya: frío o caliente, grande o pequeño, bueno o malo... te da igual. Todo te importa un carajo. Es como si estuvieras envuelta en la cobija más cálida que puedas imaginar, durmiendo como un ángel... todo envuelto en tu maravilloso y pequeño mundo propio... luego, un día despiertas y ha desaparecido la cobija, y te sientes tan frío y tan vacío... te sientes tan mal... te sientes tan terriblemente mal que harías *lo que fuera* por recuperar aquella sensación. Y quiero decir *lo que sea*... lo que sea... Porque no te importa, no *quieres* que te importe. Todo lo que quieres es esa maravillosa, *maravillosa* sensación. De modo que cuando Iggy dice que se ha terminado la heroína, que está quebrado al grado de que no puede conseguir más... pero dice que conoce a este tipo, este *amigo* suyo al que le gusto... y que todo lo que tengo que hacer es pasar un par de horas con este tipo y tendremos el dinero suficiente para conseguir lo que necesitamos... lo que *yo* necesito... —Candy ahora hablaba en un susurro entrecortado—. Quiero decir, no era mucho pedir, ¿verdad? Sólo tenía que *dormir* con el tipo. A Iggy no le importaba... él haría lo mismo por mí. ¿Por qué debía importarme a mí? Si yo lo amaba... y lo amaba, ¿verdad? Y era buen dinero... dinero fácil... y probablemente podía encontrar algo para distraerme durante un rato.

Lloraba otra vez, pero sin lágrimas.

Le estreché la mano.

—Después de eso no queda nada —dijo en voz baja—. El dinero sigue acabándose, tú sigues haciendo favores para sus *amigos*... necesitando más drogas... necesitando más dinero... haciendo más favores... y después de un rato ya no sabes qué pasa. Ya no sabes qué estás haciendo. Sólo lo haces, haces lo que haga falta... estás viviendo en un cuartito jodido y trabajando en las calles todo el día y en los saunas la noche entera sólo para evitar volverte loca...

Masculló algunas palabras más. Luego le temblaron los labios, cerró los ojos y se quedó en silencio. La miré intentando asimilar todo: las palabras, las imágenes, la vida... Intenté imaginar cómo debía ser aquello... pero no pude. No pude siquiera

aproximarme. Era más fuerte que yo. Un mundo diferente. Un mundo del que no sabía nada. Un mundo de violencia y dolor y oscuridad. Me sentí tan pequeño, tan débil, tan torpe...

¿Qué es lo que quieres?

Abrí la boca, pero no salió nada.

La habitación sólo podía estar en silencio.

Y yo sabía lo que eso significaba: el silencio. Lo sabía sin saberlo. Era un silencio que estaba ahí para ser roto. Podía sentirlo en el aire, en la boca de mi estómago, en la médula de los huesos...

Volvía el otro mundo.

—Candy —murmuré—. Creo que es mejor...

—Shhh... —dijo rodándose y poniendo el dedo en mis labios. La miré con silenciosa curiosidad mientras ella se deslizaba fuera de la cama y se paraba frente a mí. Por un instante pensé que iría de nuevo al baño, pero entonces, con sus somnolientos ojos fijos en los míos, se arrodilló en la cama y sostuvo mis manos.

—No —comencé a decir—, no creo que...

¡SLAM!

Los ojos de Candy despertaron de pronto.

—Mierda —siseó—. Esa fue la puerta principal —su cara estaba blanca de miedo—. Escucha... —por la escalera subían undosamente fuertes pisadas—. Dios, Joe —respiró Candy—. Es Iggy. Ha vuelto... viene hacia acá.

TRECE

—Rápido —exclamó Candy saltando fuera de la cama—. Entra en el baño.

—¿Y si no es Iggy? —dijo—. Quizá sea...

—Es Iggy. Sé cómo suena.

—Pero creí que habías dicho que...

—Sólo *muévete* —dijo Candy con apremio—. Estará aquí en cualquier momento —me tomó del brazo, me arrancó de la cama y comenzó a guiarme hacia el baño—. Quédate ahí y quédate quieto —susurró—. Y pase lo que pase, no salgas. Por mi bien. *Pase lo que pase...* ¿De acuerdo? Ahora vete —me dio otro empujón hacia el baño.

Sentí las piernas adormecidas, como si mis piernas fueran trozos de madera con zapatos, mientras cruzaba la habitación. No estaba seguro de lo que hacía. Mi cabeza estaba vacía: demasiado aturdido como para sentir nada. Ningún miedo, aún no. Sólo un mortal entumecimiento.

Hice una pausa frente a la cortina de cuentas, escuchando el sonido de los pasos que se aproximaban... *bum, bum, bum...* al final de la escalera... *bum, bum, bum*, por el pasillo.

—¡Joe! —siseó Candy.

La miré: los ojos muy abiertos, la cara rígida. Pelaba los dientes, sacudía las manos, me imploraba que me fuera... ¿Qué más podía yo hacer? Me di la vuelta y atravesé la cortina de cuentas hacia el baño.

Era un baño pequeño: color hueso, húmedo, oscuro. Un débil brillo de la luz callejera manchaba el vidrio de una ventana sin cortinas en lo alto de la pared, disminuyendo la oscuridad apenas lo bastante como para mostrarme el entorno. No había mucho que ver: azulejos rotos en la pared, un lavabo manchado, un excusado, una tina, un calentador de agua con la orilla oxidada.

Me moví hacia un lado y me quedé parado con la espalda contra la pared... aún entumecido... pero empezando a sentirlo ahora. El miedo. El corazón a todo galope, la garganta cerrada, la respiración acelerada... fuera de control... demasiado rápida... demasiado estrangulada, demasiado fuerte. Podía oír a Candy afuera, hurgando por ahí, maldiciendo por lo bajo. Yo no sabía qué hacía, pero adiviné que revisaba la habitación para asegurarse de que no hubiera dejado ninguna señal que me delatara.

La oí hacer una pausa, luego la oí saltar por la habitación y brincar sobre la cama... Y medio segundo después oí el sonido de la puerta que se abría y la voz de Iggy tronar a través de la habitación.

—¿Qué haces?

—Nada —dijo Candy con voz sorprendentemente tranquila—. Pensé que habías ido a casa de Karl.

Un silencio breve... el sonido sin sonido de los ojos de Iggy barriendo la habitación... luego se cerró la puerta y oí sus pasos cruzar el piso.

—Sí... —dijo—. ¿Tienes el teléfono?

—¿Cuál teléfono?

—El del tipo... ¿Qué te pasa? ¿Qué miras?

—Nada.

—¿Estás mal?

—Sólo un poco... me dolía...

—No la uses toda... Necesitarás más después. Y no te daré más... Te lo dije.

—Lo sé.

—Sí, bien...

Lo oí desplazarse otra vez por la habitación... luego ruidos de que hurgaba, aventaba cosas al suelo. Adiviné que estaba ante el tocador de Candy.

—Mierda —dijo—. Mira este tiradero... Tienes que arreglar esto, niña. Vives como un cerdo enfermo. ¿Dónde diablos está?

—¿Qué? —le preguntó Candy—. ¿Qué buscas?

—Ya te dije. El número del celular del tipo... del tipo con la mercancía...

—¿Qué mercancía?

Iggy no respondió. Sólo siguió buscando entre las cosas sobre el tocador. Imaginé sus enormes manos empujando botellas y frascos al suelo, sus vacíos ojos buscando... Vacíos de sentimiento, vacíos de corazón, vacíos de todo menos de sí mismo. Podía verlo. Mientras miraba fijamente la pared del baño, incapaz de respirar, podía verlo. Su pesada cabeza, su pelo cortado a rape, su cara como una máscara mortuoria...

—¿Estás muerta, niña? —le dijo a Candy.

—¿Qué...? Yo no...

—¿Piensas quedarte ahí todo el día?

—Sólo estaba...

—Muévete... *Vamos...* Limpia esta mierda. ¡Dios! —un puñetazo chocó contra la mesa—. ¿Me escuchas?

Oí a Candy levantarse de la cama. Luego silencio. Luego la voz de Iggy otra vez, fuerte y baja:

—Ven aquí.

Unos pies descalzos titubearon a través del piso.

Silencio.

Iggy olisqueó, luego habló de nuevo: su voz como un gruñido ensayado.

—¿Qué esperas?

—¿Qué quieres que haga?

—Ya te lo dije... limpia esta mierda.

—¿Qué? ¿Ahora mismo?

—¡Sólo hazlo!

Escuché el sonido de cosas que se movían: botellas, frascos, pedazos de papel...

—No tengo todo el día —dijo Iggy.

—Me duele la muñeca...

—¿La qué?

—Nada...

—¿Tienes algún problema?

—No, yo sólo...

—A ver, dame la *mano*. Déjame ver.

—No, está bien...

—¡Dame la *mano*!

Un silencio amedrentado.

Luego:

—¿Dónde te duele? ¿Aquí?

Candy aulló.

Iggy rio.

—Por favor... no lo hagas —suplicó Candy—. No quise decir nada...

Mientras ella gritaba de nuevo, clavé las uñas en mi palma intentando alejar de mi mente su dolor. No funcionó. Su dolor estaba en todas partes. Podía sentirlo a mi alrededor: en el aire frío del baño, en la revoltura de mi estómago, en el dolor de mis huesos... Y lo peor era que no podía hacer nada al respecto. No podía hacer *nada*... por el bien de Candy. Me había dicho que me quedara donde estaba... *pasara lo que pasara*. Por su bien. Pero yo no podía hacer eso, ¿o sí? ¿Cómo podía yo hacer eso? ¿Cómo podía quedarme quieto escuchando ese horror a sangre fría en la otra habitación... el sonido de su sufrimiento, sus quejidos sofocados, la risa burlona de Iggy...?

¿Cómo podía yo escuchar eso?

No podía.

Pero tampoco podía moverme. Mi espalda seguía pegada a la pared, mis pies clavados en el suelo. Estaba demasiado asustado para moverme. Sentía náusea... yo mismo me daba náusea. Tan asustado, tan pequeño, tan inútil...

Entonces sonó mi celular.

Mientras el agudo sonido retumbaba por todo el baño, amplificado por el vacío de los azulejos, me arranqué el teléfono del bolsillo e, increíblemente, revisé el identificador de llamadas. Incluso mientras revisaba la pantalla —GINA— mi mente ya gritaba: «¿Qué haces? ¡Apágalo, apágalo, APÁGALO!». Apreté el botón y el

sonido se detuvo, pero era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Iggy venía en camino. Podía escuchar su voz:

—¿Qué es eso? —y el sonido de sus pasos aproximarse al baño, *bum, bum, bum*, y los inútiles esfuerzos de Candy por detenerlo:

—No, Iggy... ¡Iggy! No es nada...

Hubo un breve silencio, luego un ¡SLAP!, y Candy enmudeció.

Y los pasos recomenzaron.

Seguía sin moverme. Mi cuerpo estaba congelado, mi sangre se había convertido en hielo. Aunque hubiera *podido* moverme, no tenía adónde ir. Nada qué hacer. La ventana estaba cerrada con llave y tenía barrotes en el exterior. No había nada que pudiera usar como un arma. Sólo había una salida... a través de la cortina de cuentas... e Iggy ya casi estaba ahí.

Dejé de respirar.

Iggy aminoró la marcha.

Mis ojos estaban fijos en la entrada.

Apareció una mano pesada separando las cuentas...

Luego una cabeza...

Un cráneo de piel negra.

Ojos de nada, volviéndose hacia mí.

Sonrió con su blanca dentadura.

—Qué bien... mira esto.

Meforcé a mirarlo a los ojos mientras él se limpiaba la boca con el dorso de la mano y daba un paso entre las cuentas para pararse frente a mí: sólido como una roca, musculoso y cubierto de cicatrices, un enorme y negro yunque humano. Mis ojos se movieron a toda velocidad hacia la navaja de barbero que balanceaba con descuido en la palma de su mano. La empuñadura era de hueso, tan blanca como sus ojos. Estaba manchada de sangre seca. Intenté tragar, pero tenía la boca demasiado seca.

—Vaya cosa —dijo—. *Vaya cosa.*

Las palabras iban dirigidas a mí, eran arrojadas en mi cara, pero yo tenía la sensación de que en realidad no me hablaba a *mí*... le hablaba a algo más. Algo que quería, algo que necesitaba, algo que solía arrebatarse a otras personas... algo extraño.

Y yo no quería saber qué era.

Me moví lentamente hacia un lado... me detuve al sentir la hoja de la navaja en mi mejilla.

—¿Adónde vas? —dijo Iggy—. Aquí está bien... justo aquí. ¿Quieres un baño? ¿Darte un duchazo? ¿Ponerte guapo antes de que comencemos? ¿Eh? ¿Me estás escuchando, niño?

No respondí.

Iggy movió la cara hasta quedar a menos de una pulgada de mí. Luego, despacio, deslizó la punta de la navaja sobre mi mejilla, sobre mi barbilla y hasta mi cuello,

descansando la hoja justo debajo de mi manzana de Adán. No sentí ningún dolor, sólo un frío temblor metálico. Así que supuse que aún no me cortaba. Pero no me quedaba ninguna duda de que ésa era su intención. Podía sentir cómo daba vuelta la navaja en su mano, picando mi piel ligeramente. Podía sentir sus ojos introducirse en los míos, buscando el miedo y el dolor.

—Quiero ver tu sonrisa —susurró—. Déjame verla...

Aumentó la presión de la hoja hasta rasgar mi piel. Y supe que era demasiado tarde para hacer algo. Un mínimo movimiento de mi parte, y la navaja me abriría el cuello.

Cerré los ojos, esperando la calma de la que había oído hablar: la calma que se siente antes de morir. Se supone que te anestesia, que hace que tu muerte sea una experiencia sin dolor. Pero no pude encontrarla. Todo lo que pude encontrar en mi interior fue la chillona voz del terror: «No quiero que me lastimes. No quiero morir. Haré lo que sea por permanecer con vida... Lo que sea... Lo que sea. Sólo no me mates... por favor. Por amor de Dios, no me mates...».

—¿Estás listo? —dijo Iggy tensando el brazo—. ¿Listo para sonreír?

Abrí los ojos deseando no morir en la oscuridad, y sólo por un momento vi la luz de mi muerte en los ojos de Iggy, la negra luz por la que él vivía. Luego su cabeza explotó en una furia roja de estrellas y todas las luces se apagaron.

CATORCE

No estoy seguro de lo que pensé en ese momento: tal vez nada, tal vez todo. «¿Estoy muerto? ¿Así es como sucede? ¿Así termina todo? ¿Con un estrépito, un latido del corazón, una explosión danzarina de chispas rojas y negras...?».

¿Eso es todo?

No lo era, por supuesto.

Sabía que no era el final. No podía ser. El final es no saber. El final no tiene sentido. Y esto no carecía de sentido; esto era sólo otro mundo. Podía ver cosas, escucharlas, sentir las. Era sensible. Bajo la luz tenue de la ventana podía ver el cuerpo de Iggy tirado en el piso del baño. Podía ver a Candy parada encima de él, tensa y sin aliento, sosteniendo aún en la mano la base de la lámpara cilíndrica. Podía ver las astillas rotas de cristal rojo, los restos de la explosión esparcidos por todo el baño: en el piso, en la bañera, en el lavabo... en la sangre que se coagulaba en la nuca de Iggy.

Podía escuchar mi corazón.

Y la respiración superficial de Candy.

Podía sentir el miedo a la muerte.

Candy me miró.

—¿Estás bien? Estás sangrando.

Me llevé la mano al cuello y toqué un pequeño y doloroso rasguño. Se sentía agudo y húmedo. Cuando miré mis dedos, la delgada mancha de sangre parecía increíblemente brillante. Como sangre de utilería. Demasiado rosada para ser verdadera.

Miré a Iggy. No se movía.

Miré a Candy. Pálida y agitada.

—Aún respira —dijo.

Su voz sonaba extrañamente remota.

—¿Estás segura? —le pregunté.

Asintió.

—Más vale que hagamos algo... antes de que vuelva en sí.

—¿Que hagamos algo?

Me miró.

—Los dos estamos muertos si no lo hacemos.

La miré de vuelta preguntándome a qué clase de *algo* se refería. ¿Atarlo? ¿Correr? ¿O pensaba en *algo* más permanente? Era una posibilidad: podía verlo dentro de ella. Su manera de mirarlo. El odio largamente reprimido en sus ojos. Su forma de pararse, empuñando fuertemente la base de la lámpara.

«Ella podría matarlo», pensé.

Si quisiera.

Ella podría terminar con todo ahora mismo.

¿Cómo me hacía sentir eso?

No lo sé. No sabía cómo saberlo. La verdad es que, en ese momento, lo que sintiera no significaba nada. Era irrelevante. Esto no tenía nada que ver conmigo. Yo era sólo un observador externo. Un espectador. Alguien que pasaba casualmente por ahí. Esto tenía todo que ver con Candy: su vida, su muerte, su decisión.

«Tú decides —pensé mirándola a los ojos—. Yo no puedo ayudarte a decidir. Todo lo que puedo decir es: lo que sea que hagas, estará bien por mí».

No sabría decir ahora qué pretendía con aquello de enviar mensajes silenciosos asumiendo que ella podía leer mi mente, pero parecía lo correcto en aquellas circunstancias. Si funcionó o no, aún no lo sé. Pero mientras nos mirábamos respirando en silencio noté que algo se desvanecía de los ojos de Candy, y sentí como si se hubiera escapado de un lugar donde en verdad no quería estar. El odio y la tensión cedieron gradualmente en su cuerpo, sus ojos volvieron despacio a la vida y finalmente parpadeó, relajó los hombros y dejó caer al suelo la base de la lámpara.

—Más vale que nos vayamos —dijo con voz cansada, mirando a Iggy yacer en el piso.

—Está bien.

—Encuentra algo con qué atarlo mientras me visto, ¿de acuerdo?

—Sí.

Se volvió para salir del baño, luego hizo una pausa y me miró:

—Lo siento —dijo—. No debí...

—Me salvaste la vida —le dije—. No tienes que disculparte por nada. Fue mi idea...

—Te habría matado.

Justo en ese momento Iggy gruñó: una expiración apagada, un gruñido. Ambos lo miramos. Seguía inconsciente, pero su respiración se intensificaba. Candy y yo nos miramos un momento. Luego comenzamos a movernos.

Mientras Candy se vestía apresuradamente y comenzaba a arrojar algunas cosas dentro de su mochila, encontré un rollo de cinta adhesiva y comencé a atar a Iggy. Aunque seguía inconsciente, mis manos temblaban de miedo al hincarme a su lado. De cerca, su cuerpo era gigantesco. Su piel estaba dura como una roca. Cicatrizada,

dibujada, tatuada. Sus músculos eran más grandes que mis brazos. Conforme desenrollaba la cinta adhesiva y acomodaba con cuidado sus brazos detrás de la espalda, me sentí como un veterinario en un safari, ocupándome de una bestia anestesiada: listo para brincar y correr a la menor señal de actividad. Tan rápido como pude enrollé la mitad de la cinta en torno a sus muñecas, luego bajé y enrollé la otra mitad alrededor de sus tobillos. Era mucha cinta y la enrollé tan apretada como pude, pero no creía que fuera a detenerlo por mucho tiempo cuando al final despertara. Pero era mejor que nada.

Miré alrededor, encontré la navaja de barbero, la recogí y la cerré y la puse en mi bolsillo. Apenas me levantaba cuando Candy apareció en la entrada. Se veía fantástica: el cabello atado bajo un pequeño sombrero negro, jeans, playera y un abrigo viejo y desaliñado.

—¿Todo bien? —dijo mirando a Iggy.

—Sí, vámonos.

—Sólo un minuto.

Se acercó, se arrodilló junto a Iggy y comenzó a hurgar en los bolsillos de su pantalón: primero en los bolsillos traseros, luego lo volteó para alcanzar los frontales. Mientras ella empujaba y tiraba de sus piernas, él comenzó a gruñir de nuevo. También su cabeza comenzó a moverse.

—Rápido —la apuré—. Está volviendo en sí...

—Sólo un minuto...

Hundía con desesperación sus manos en los bolsillos de Iggy, el rostro arrugado por la concentración. El cuerpo de Iggy comenzó a moverse, rodando de un lado al otro. Su cabeza dio la vuelta. Los ojos parpadearon. La boca gimió...

—Gnuhhh... uh... uh...

—Candy —siseé—. Déjalo... *vamos*. ¿Qué *haces*?

Ella vaciaba los bolsillos de Iggy y lo metía todo en sus jeans. Efectivo, llaves, tarjetas de crédito, y también otras cosas. Pequeños paquetes, bolsas de plástico, frascos con píldoras...

Estiré el brazo para aferrar el suyo.

—Es suficiente —le dije—. Tenemos que irnos... ahora mismo.

—Está bien —dijo empujando algo más en su bolsillo—. Ya voy.

Cuando comenzó a erguirse, Iggy de pronto flexionó los brazos y rodó hacia un lado la cabeza. Sus ojos aún estaban vidriosos, pero la mirada que lanzó a Candy bastó para detenerla. Candy se congeló, mirándolo de vuelta.

—Túh... —musitó Iggy con los ojos parpadearo débilmente hacia mí.

Sin querer, di un paso atrás. Sus brazos se tensaron de nuevo, fortalecidos, y sus ojos volvieron a posarse en Candy.

—Túh... perraimbécil —murmuró con una sonrisa adolorida cruzándole la cara—. Túh... túhdebiste matarme...

La cara de Candy se había vuelto fantasmal. El sentimiento de intimidación había

regresado. El odio, el miedo... incluso la adoración. Todo seguía ahí. Iggy lo sabía. Candy lo sabía. Y también yo lo sabía. Aún había una parte de ella que no podía resistirse a él. Yo no podía comprenderlo y no quería creerlo, pero ahí estaba, en su rostro...

Y me preguntaba si Iggy estaba en lo cierto.

Ella *debió* haberlo matado.

—Quizá lo haga —dijo ella, su voz apenas audible.

Iggy rio, tosió, se tragó el aliento.

—Demasiado tarde... —resopló—. Tuviste tu oportunidad.

De pronto abrió la boca y se lanzó hacia Candy como si quisiera morderla. Ella retrocedió, medio se puso en pie. Luego perdió el equilibrio y tropezó contra la pared del baño.

Iggy rio de nuevo y comenzó a arrastrarse hacia ella, los brazos y las piernas retorciéndose fuertemente contra la cinta adhesiva, su cuerpo ondulando de lado a lado. Cristo, era *espeluznante*. Como algo salido de una horrible pesadilla. Candy estaba paralizada... No podía moverse... No podía quitarle los ojos de encima.

Iggy comenzó a arquear la espalda, tambaleándose sobre el piso, gruñendo por lo bajo...

—Ven con papi... ven con papi...

No pude soportarlo más. Me acerqué y lancé el pie contra su cabeza. Un dolor punzante cruzó mi pierna y por un momento pensé que por error había pateado la pared. Pero luego bajé la mirada y vi que Iggy había cesado de moverse y tenía una débil marca roja en la mejilla, de modo que supuse que había dado en el blanco. No es que hiciera mucha diferencia.

Iggy volvía a moverse. Se esforzaba con brazos, hombros, cuello... Estiraba la cinta en sus muñecas.

Cogí el brazo de Candy y la levanté. Se sentía como un títere en mis manos: suelta, floja, sin vida.

—Vamos —le dije jalándola hacia la puerta—. *Vámonos*.

Comenzó a moverse, pero sus ojos seguían fijos en Iggy. Caminaba en un trance. Rodeé su cintura con el brazo y la arrastré por la puerta de entrada.

—¿Dónde está tu bolsa? —le dije.

—¿Eh?

—Candy —le dije con firmeza—. Mírame.

Su rostro giró flojamente hacia mí.

Estiré el brazo y orienté su barbilla con mi mano.

—Mírame... Candy. Vamos, reacciona... ¡Candy! —sus ojos parpadearon por la violencia de mi voz—. ¿Dónde está tu bolsa? —volví a preguntarle.

—¿En dónde? —dijo ella.

—Tu *bolsa*... la mochila... ¿Dónde está?

Miró hacia la cama.

Tomé su mano, caminé hacia la cama y alcé la mochila. Candy ya comenzaba a moverse un poco menos tiesa. Sin soltar su mano, la llevé hasta la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó frunciendo el ceño.

—Te lo digo después. ¿Necesitas algo más?

—¿Qué?

—Necesitas...

Se escuchó un estrépito en el baño.

—Olvídalo —le dije—. Vámonos.

Abrí la puerta y la conduje hacia el pasillo. El escándalo en el baño se intensificaba por segundos. Iggy se estrellaba, golpeaba... luego gritaba con violencia.

—¡Túh, perra! ¡Cabrón! ¿Estás corriendo? ¿Me oyes? ¿ME OYES? Más te vale que corras... ahora sí estás muerto... Estás *bien* muerto...

Cerré la puerta.

La voz siguió gritando.

Di la vuelta.

Candy sostenía una llave en la mano.

—Ciérrala —dijo—. Cierra la puerta con llave.

—¿Ya estás bien? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Enciérralo.

Tomé la llave y cerré la puerta. Luego tomé la mano de Candy, la conduje rápidamente por el pasillo. Ella comenzaba a verse bien de nuevo. No maravillosamente bien, pero tampoco tan mal. Sus ojos estaban fijos en el suelo. Su respiración era un poco irregular. Pero parecía caminar bastante erguida. Dirigiéndome hacia las escaleras, aceleré el paso. Candy reaccionó.

—¿Estás bien? —le dije.

Asintió.

Al final del pasillo, un grupo de niñas se habían reunido en el descanso y nos miraban con curiosidad. Reconocí a la chica en bata, y a la que me había dicho dónde estaba Candy. Adiviné que todo el ruido las había puesto en alerta. Conforme nos acercábamos, se hicieron a un lado para dejarnos alcanzar las escaleras.

—¿Candy? —dijo una de las chicas.

Candy la miró.

—¿Qué hay, Janine?

—¿Estás de acuerdo con esto? —le preguntó Janine, mirándome de soslayo.

—Sí —sonrió Candy—. Es un buen chico.

Pasamos a las chicas y comenzamos a bajar las escaleras.

—Buena suerte —gritó alguien.

—La va a necesitar —dijo alguien más.

Durante todo el trayecto escaleras abajo yo seguía esperando escuchar el ruido de

pisadas furiosas hacer escándalo a nuestras espaldas o el ruido de la puerta principal al abrirse y de la pandilla de Iggy amontonándose al subir las escaleras para encontrarnos... Y yo no podía dejar de pensar: «¿En verdad está pasando esto? ¿De verdad éste soy yo? ¿En verdad estoy haciendo esto?».

«¿Haciendo qué? —preguntó una voz en mi cabeza—. Ni siquiera sabes qué estás haciendo. No sabes ni adónde vas. No sabes por qué estás corriendo escaleras abajo en una sucia casa vieja, con una chica traumatizada a tu lado y un negro y replante monstruo-con-navaja atormentando tu mente... No sabes nada, ¿cierto?».

—No —dije en voz alta—. No tengo idea.

—¿Qué? —dijo Candy.

—Nada —respondí—. ¿Hay alguna salida trasera?

—Sí, pero está cerrada con llave. Iggy esconde la llave.

Ya estábamos en el pasillo de abajo. Las luces estaban prendidas. Podía ver a la mujer llamada Bamma parada en una entrada al final del corredor, su impenetrable figura bloqueando el fondo de una tenebrosa cocina blanca. No hacía nada, sólo nos miraba.

—¿Y ella? —le pregunté a Candy—. ¿Ella no puede sacarnos por detrás?

—No lo sé... —miró a Bamma—. Tal vez... pero si Iggy se entera de que ella nos ayudó... —sacudí la cabeza—. ¿Por qué no podemos salir por el frente?

—Porque ahí es por dónde entra la gente. No quiero encontrarme con nadie más.

—Nadie más viene por aquí.

—¿Estás segura?

Asintió.

—Está bien —le dije moviéndome hacia la puerta principal—. Salgamos de aquí.

QUINCE

No había nadie fuera de la casa. Hice una pausa en los escalones y miré calle arriba y calle abajo, sólo para cerciorarme, pero todo estaba en silencio. Sólo autos estacionados, farolas, calles vacías. El frío aire nocturno estaba repleto de los olores de la ciudad: humo de escapes, concreto, polvo. Pero se sentía bien estar otra vez afuera.

Fuera de aquella casa.

Fuera de esa habitación.

Cerré la puerta principal. Nos apresuramos a bajar las escaleras.

El pequeño parque al otro lado de la calle se veía ahora mucho más oscuro —la tiniebla se desplazaba con un crujir de sombras—, y tuve que entrecerrar los ojos para ver el lugar entre los arbustos donde me había escondido... el matorral que me llegaba a la altura de los hombros... el olor de la tierra... húmedo y oscuro... basura... savia... espinas...

Parecía que aquello había ocurrido hacía mucho tiempo.

Por un momento pensé que podía reconocermé ahí: agachado, mirando a través de los barrotes, observando la casa... las ventanas, los escalones, la puerta principal. *Estos* escalones. *Esta* puerta principal.

Observándome a mí mismo.

Entre las sombras.

—¿Qué haces? —preguntó Candy.

—Nada —le dije.

Dejamos atrás la casa y nos apresuramos a perdernos en la noche.

Algo había entre nosotros en ese momento, algo que no había existido antes y que no volvería a estar ahí. No estoy seguro de qué se trataba, pero creo que tenía algo que ver con el equilibrio de las cosas. Ambos estábamos cambiando, cada uno de nosotros de forma distinta, y ninguno de los dos podía saber qué significaban esos cambios, ni lo que significaría para nosotros en el futuro. Supongo que aún estábamos tratando de descubrir cómo nos hacía sentir aquello: respecto a nosotros, respecto al otro, respecto a todo.

No lo sé...

Es algo difícil de entender.

Tampoco era simplemente que estuviéramos cambiando. Era también que esos mismos cambios seguían cambiando. Era como estar en un subibaja: un minuto yo era esto y Candy era lo otro; el minuto siguiente *ella* era esto y *yo* era lo otro.

Arriba, abajo.

Abajo, arriba.

Asustados, tranquilos.

Tranquilos, asustados.

En control, fuera de control...

Era bastante extraño.

Pero extrañamente emocionante, también... como si estuviéramos comenzando todo de nuevo.

Cuando, al final de la calle, Candy llamó a un taxi, yo fui de arriba a abajo en un instante. Ahí estaba yo, Joe el Héroe, Joe el Salvador, Joe el *Hombre*, y ni siquiera había *pensado* en tomar un taxi. Sólo había pensado... Bueno, de hecho no había pensado nada. Teníamos que apresurarnos, es lo único que sabía, y, para mí, apresurarse significaba o bien caminar deprisa o correr, La idea de tomar un taxi ni siquiera se me ocurrió. Quiero decir, ¿dónde estaba el sitio de taxis? ¿Dónde estaban las filas de Mondeos con el letrero de Taxis de Heystone en el costado?

Sip, aquello me hizo sentir *sumamente* refinado.

Entonces, para empeorar las cosas, cuando el taxi se acercó a la banqueta no supe cómo abrir la puerta. Sólo estaba ahí parado, tratando torpemente de girar la manija, tirando inútilmente de la portezuela... De pronto fui de nuevo un pequeño niño perdido, aturdido y confundido, parpadeando ante las grandes luces de la ciudad...

Era patético, lo sé. No debía importarme nada más que alejarnos de Iggy lo más rápido posible. Era patético siquiera *considerar* sentirme patético. Era como peinarse justo antes del fin del mundo: por completo inútil. Pero a veces no lo puedes evitar, ¿o sí? No puedes evitar sentir lo que sientes.

—¿Vas a entrar o qué? —preguntó el taxista.

Volví a tirar de la portezuela, sin éxito. Luego Candy se inclinó y empujó con el pulgar el pasador en la manija. La puerta se abrió, nos subimos y nos sentamos el uno junto al otro.

—¿Adónde? —preguntó el taxista.

—¿Qué? —le dije.

—¿Adónde?

Miré a Candy. Ella me miró. Entonces sucedió algo gracioso. Mientras nos mirábamos preguntándonos en silencio hacia dónde dirigirnos, sentí el subibaja moverse de nuevo. Candy comenzó a bajar, llevándose con ella al niño, y conforme ellos bajaban, el equilibrio cambió, y resurgió Joe el Hombre.

—Estación de Liverpool Street —le dije al taxista, y casi añadí—: ¡Y rápido!

El taxista se adentró en el flujo del tránsito y nos llevó a través del caótico bullicio de la noche.

Conforme nos alejábamos de la casa, nos sentíamos mejor, y al cabo de un rato comenzamos a relajarnos un poco. Creo que sabíamos que aún había mucho por venir, pero por el momento era suficiente sentarnos en silencio y observar las calles al pasar, sólo respirando y descansando y absorbiendo algo de aquella realidad. Los dos habíamos estado por un tiempo en otro lugar, en un lugar en el cual las cosas ordinarias no existían, y ahora era momento de comenzar a traerlas a casa. Las cosas ordinarias, otras personas, el tiempo, la distancia, la razón, el hambre, la sed, las ganas de orinar...

Crucé las piernas.

Pensé las cosas.

Miré mi reloj.

Candy se volvió hacia mí y susurró:

—¿Qué hora es?

—Seis y media.

Asintió. Luego susurró:

—¿Adónde vamos?

—Liverpool Street —le susurré de vuelta.

—¿Por qué?

—¿Qué?

—¿Por qué vamos a Liverpool Street?

—¿Por qué susurras?

Sonrió y susurró:

—No lo sé —luego, en tono normal, dijo—: ¿Adónde iremos después de que lleguemos a Liverpool Street?

—¿Importa?

—Claro que *importa*...

—No, a *ti*. Quiero decir, ¿te importa a ti? ¿Hay algún lugar en especial a donde quieras ir?

—¿Cómo adónde?

—No lo sé... con amigos o algo así... a casa de tus padres...

—No iré a casa —replicó de mal talante—. Yo no... no *puedo*...

—Está bien... ¿Qué tal con amigas? Alguien con quien te puedas quedar por un rato...

—Acabas de conocer a mis amigas... allá en la casa.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. ¿Qué esperabas? ¿Crees que voy a cenas todas las noches? ¿Cenas, bares de vinos, funciones de caridad...?

—Sí, está bien. Lo siento. Sólo preguntaba...

Volteó y miró por la ventana. La miré... con su pequeño sombrero negro y su abrigo desaliñado: se veía como si debiera verse mayor, o menor, pero no: sólo se veía distinta. ¿Lo bastante distinta como para decirle lo que quería decir? No podía saberlo. No lo sabía... Yo mismo no sabía si quería decirlo o no.

—Escucha —le dije—, hay un lugar...

Me miró.

—¿Qué?

—Es sólo una idea... —me temblaba la voz; me aclaré la garganta y comencé de nuevo—. Tenemos un lugar en Suffolk... mi familia, quiero decir. Bueno, en realidad es de mi papá... ya sabes...

—No, en realidad no sé.

—Es un bungalow... una cabaña de verano... en la costa de Suffolk. Por el momento está vacía. No hay nadie ahí. Está justo en mitad de la nada...

—Bien, pues pensé que podría ser un buen lugar para ir. Por un lado, es seguro. Iggy nunca nos encontraría ahí. Y es muy tranquilo, muy apacible... —la miré para ver si sabía lo que quería decir.

—¿Una cabaña? —dijo.

—Sí...

—¿Sólo tú y yo?

—Sí, quiero decir, hay mucho espacio. Tres habitaciones. No tendríamos que...

—¿No se supone que debes estar en la escuela?

—Son las vacaciones de mitad de semestre.

—¿Y tu papá? ¿Qué le dirás?

—Se fue por una semana. No es necesario que se entere.

Candy no respondió nada por un rato. Podía ver que lo estaba pensando, imaginando las cosas, midiendo las consecuencias de dejarlo todo atrás: su vida, su gente, sus drogas. Para ella era una batalla, podía notarlo. Yo no tenía modo de saber *cuánto* luchaba, pero si su mirada era una pista, la contienda era mayor de lo que yo podía siquiera imaginar. Era como si en su cabeza hubiera dos personas separadas luchando entre sí para obtener lo que querían...

Luchando a muerte.

—¿Aquí está bien? —dijo el taxista sobre el hombro.

Miré afuera. Nos habíamos detenido en la esquina de una callecita con mucho tránsito en un tumultuoso laberinto de edificios de oficinas. Hacia donde mirara, todo lo que podía ver eran muros que se elevaban... mármol y ladrillo... superficies refulgentes de ventanas con vidrios polarizados. Por un momento me perdí, pero

luego comencé a reconocer los ángulos de una escultura metálica oxidada, y de pronto todo tomó su lugar.

«Broadgate —pensé—. Ésta es la entrada Broadgate a la estación de Liverpool Street».

—¿Está bien? —preguntó de nuevo el taxista.

—Sí —le dije mirando a Candy—. Aquí está perfecto, gracias.

—Son once cincuenta —dijo el chofer.

Me palpé los bolsillos buscando algo de dinero, pero me di cuenta de que no llevaba nada conmigo. Miré a Candy. Estiró la pierna, metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Apartó un par de a diez y se los pasó al chofer.

—Quédese con el cambio —dijo.

Sin mirarme, Candy recogió su bolsa, abrió la puerta y salió. El subibaja se movía de nuevo. Subía... bajaba. La seguí fuera, casi tropezando con la banqueta, y cerré la puerta. El taxi se alejó dejándonos —juntos en nuestro estúpido subibaja— en una marea de peatones.

—¿Estás bien? —le pregunté a Candy.

Asintió sin mirarme.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —le dije.

Me miró.

—Nos hallará, ¿sabes? Adonde quiera que vayamos, nos encontrará.

—¿Cómo?

—No lo sé... simplemente lo hará. Siempre lo hace.

—No esta vez.

—¿Quieres apostar?

—Cincuenta centavos a que te equivocas.

Sonrió.

—¿Cincuenta centavos?

—Está bien —dije—. Que sea una libra.

—Quedamos.

Me tendió la mano. La miré un momento, experimentando una maravillosa sensación por todo el cuerpo, como si flotara. Luego estiré el brazo y nos dimos un apretón de manos.

Mis dedos cosquillearon.

Seguía ahí: el roce de las yemas de sus dedos. Seguía ahí: caliente, frío, eléctrico, eterno, intoxicante...

Aún carecía de sentido.

Pero empezaba a notar que no tenía que tener sentido alguno. Como Gina había dicho, esa clase de cosas... simplemente suceden. No hay mucho que puedas hacer al respecto, de modo que, ¿para qué preocuparse? Sólo deja que suceda. Puede ser que no siempre obtengas lo que quieres, pero a veces así es la cosa.

—¿Sabes que no te pagaré si pierdo? —dijo Candy—. Nunca lo hago.

—Yo tampoco. ¿Compramos algo de comer?

Sonrió.

—Pensé que nunca lo preguntarías.

Comimos en McDonald's. Usamos los baños de la estación y luego apenas nos quedó tiempo para alcanzar el tren de las siete y media. No iba muy lleno: era demasiado tarde para quienes van del trabajo a casa, demasiado temprano para quienes van a casa después de una noche en la ciudad. De modo que encontramos una mesa vacía en el vagón de fumadores. Oía asqueroso, pero Candy dijo que iba a fumar donde quiera que nos sentáramos, de modo que pensé que lo mejor sería aguantar el olor en vez de arriesgarnos a llamar la atención. El ojo morado de Candy ya era bastante conspicuo y, tomando en cuenta que había salido de los baños con los ojos bailando de aquí para allá y que traía los bolsillos atiborrados con lo que le había quitado a Iggy, lo último que necesitábamos era que un revoltoso inspector nos arrojara del tren y llamara a la policía sólo por culpa de un cigarrillo.

Así que fuimos al vagón de fumadores.

Yo quería hablar, pero no sabía por dónde comenzar. Había tanto de qué hablar... Y tanto que ignoraba: sobre la heroína, la adicción, la abstinencia... Ni siquiera sabía si Candy *quería* dejar la heroína. A mí me parecía una decisión bastante simple: si dejaba la heroína, no necesitaría a Iggy, y si no necesitaba a Iggy no tendría que vivir la vida que llevaba. ¿Qué podía ser más simple? Pero al fin y al cabo, ¿qué sabía yo? Nunca había sido adicto a nada. No tenía ni idea de lo que se sentía. Claro, sabía lo que se sentía *querer* algo. Pero ¿querer algo tanto como para dejar todo lo demás con tal de conseguirlo...?

Eso no lo comprendía.

Sabía, sin embargo, que tenía que intentar comprenderlo... Por eso quería hablarlo. Pero, como dije, no sabía por dónde comenzar. Además, Candy empezaba a quedarse dormida: sus párpados pesados se iban cerrando, sus hombros se hundían, su cabeza descansaba ya en la ventana...

Esperé hasta que se durmió. Luego saqué mi celular, lo encendí de nuevo y llamé a Gina.

—¿Que estás haciendo *qué*? —me preguntó.

—No grites...

—No estoy gritando...

—Me pareció que sí.

—Sí, bueno... ¿Qué esperabas? He estado preocupada a muerte por ti. No sé dónde estás, no contestas el teléfono, y cuando *finalmente* me llamas me dices que vienes a casa con esta chica y luego la llevas a Suffolk. Creo que eso amerita algunos

gritos, ¿no?

—Suenas exactamente como papá.

—Dios mío, Joe... —suspiró—. ¿Qué bicho te picó? No puedes simplemente...

—¿Simplemente qué?

—No puedes hacerlo. No puedes ir a la cabaña...

—¿Por qué?

—Porque es absurdo.

—¿Por qué?

—Bueno, pues para empezar, apenas conoces a esta chica...

—Candy.

—¿Qué?

—Te la pasas llamándola *esta chica*. Se llama Candy.

—Está bien... Candy. Pero...

—Y además, *sí* la conozco —dije bajando la voz y mirando de soslayo la cabeza dormida de Candy—. La conozco mejor de lo que piensas.

—¿Qué quiere decir eso?

—No es una extraña, Gina. No es alguien a quien sólo encontré en la calle...

—Sí es.

—Está bien... pero ya sabes lo que quiero decir. Hemos pasado muchísimas cosas juntos. Y como sea, no podía dejarla donde estaba, ¿o sí? Necesita dónde quedarse.

—¿Y qué hay del tipo con quien estaba? Ese Iggy. Supongo que está feliz de que ustedes dos se hayan ido juntos, ¿no?

—Bueno, yo no diría que está *feliz* con la idea...

—¿No? ¿Y qué dirías entonces? ¿Un poquitín *molesto*? ¿Ligeramente incómodo?

—Posiblemente...

—Dios mío, Joe. ¿Qué has *hecho*?

—No sé. Yo sólo estaba... no lo sé. Es complicado... te lo cuento más tarde. Ahora mismo, lo único que quiero es llegar a casa —volví a mirar a Candy; aun dormida, su cara reflejaba preocupación—. Sé que todo suena estúpido —le dije a Gina en voz baja—, y supongo que probablemente lo es... pero Candy es un absoluto desastre. Sólo pensé que si la llevo a la cabaña por un tiempo, ella tendría una oportunidad de limpiarse de las drogas y volver a la normalidad.

Gina exhaló pesadamente.

—¿Tienes la menor idea de lo que implica eso?

—No... pero vale la pena intentarlo, ¿cierto?

Suspiró de nuevo.

—¿Has hablado de eso con Candy?

—Claro que sí.

—¿Y qué opina? ¿Le parece una buena idea? ¿En serio quiere dejar la heroína?

—Sí...

—¿Estás seguro?

—Sí —mentí—. Definitivamente. Ha querido hacerlo por años, pero no ha tenido la oportunidad... No con Iggy y todo eso. Sólo necesita algo de tiempo...

No me gustaba mentirle a Gina y, en realidad, no sabía por qué lo hacía. No era mi *intención*: sólo salió así. Lo extraño fue que, mientras hablábamos y yo seguía mintiendo, Gina comenzó a calmarse. Aún pensaba que toda la idea era ridícula, pero presentí que ella se iba dando cuenta de que —por más que intentara disuadirme— yo iría con Candy a la cabaña, de modo que era mejor aceptarlo. De hecho, nunca lo *dijo* así, pero no era necesario: yo sabía que eso era lo que estaba pensando.

—Mira —dijo después de un rato—. Sólo ven a casa y hablaremos más de ello, ¿de acuerdo?

—Eso hago.

—Sí... lo sé...

Entonces cambió de tema. Me dijo que Jason había llamado esa tarde preguntando dónde estaba, lo cual me desconcertó por un segundo. No es que no supiera de qué estaba hablando Gina: no me había olvidado de Los Katies, el ensayo de esa noche, las sesiones de grabación planeadas... Era sólo que todo aquel rollo ya no parecía tener nada que ver conmigo. Perteneecía a una vida distinta. A una época distinta. A un yo distinto.

—¿Qué le dijiste? —pregunté a Gina.

—Nada —dijo—. ¿Qué podía decirle? Quería tu número celular... dijo que lo había perdido.

—¿Se lo diste?

—No... lo habría hecho si me lo hubiera pedido educadamente. Pero, por la forma en que me habló, me daban ganas de decirle que se fuera al demonio. No es la persona más agradable del mundo, ¿verdad?

—No —admití.

—¿Querías que le diera tu número?

—No, está bien... lo llamaré más tarde. ¿Ha llamado papá?

—No...

Seguimos hablando por un rato. Luego Gina me dijo que tenía que irse, nos dijimos adiós y colgamos.

Miré a Candy dormir en el asiento de junto y, mientras el tren se sacudía, cruzando la penumbra a toda velocidad, me pregunté qué creía que estaba haciendo: la llevaba a la cabaña, invadía su vida, daba cosas por sentado... No podía culpar a Gina por pensar que era absurdo. *Era* absurdo. Todo el asunto estaba plagado de problemas, grandes problemas, pequeños problemas, problemas incómodos... problemas que me mataban de miedo. No sabía si podría manejarlo y no estaba seguro de querer intentarlo.

Pero lo que yo quisiera no tenía nada que ver.

Nada tenía que ver.

Sólo estaba *ahí*.

Iba a suceder, sin que nada más importara. Justo igual que antes, cuando sabía en mi corazón que estaría en el Black Room sin que importar nada...

Estaba *ahí*.

Tan inevitable como que la noche sigue al día.

Nunca podría ser de otra forma.

Candy aún dormía cuando el tren comenzó a bajar la velocidad para entrar en la estación de Heystone. Le di un ligero empujón.

—¿Quuéh...? —dijo frotándose los ojos y mirando alrededor con cara de sueño—. ¿Qué es esto...? ¿Dónde estamos?

—Heystone —le dije, poniéndome de pie para recoger su bolsa de la repisa del equipaje.

Se limpió la boca y parpadeó. Se veía adolorida y confundida.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es...?

—Vamos —le dije, ofreciéndole una mano—. Nos bajamos aquí...

Mientras el tren vibraba hasta detenerse —chirriaban las ruedas, silbaba el aire, se abrían las puertas—, ayudé a Candy a levantarse de su asiento. Luego la apresuré por el corredor, a través de la puerta y sobre la plataforma.

Aún se veía aturdida cuando las puertas se cerraron de golpe y el tren crujió y gruñó para comenzar a alejarse. Conduje a Candy lejos del borde de la plataforma y la llevé hasta una banca.

—Siéntate un minuto —le dije.

Se sentó, mirando la estación con curiosidad, como un niño cansado y desconcertado.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí... eso creo —aún miraba la estación—. Dios... esto me trae algunos recuerdos. No he estado aquí en años... no ha cambiado mucho, ¿no es así?

—No...

Buscó torpemente un cigarrillo en sus bolsillos. Sus manos temblaban mientras lo encendía, pero sus ojos comenzaban a aclararse.

—¿Y qué hacemos aquí? —dijo—. Pensé que íbamos a la cabaña aquella —sus ojos de pronto se entrecerraron—. Hey, si estás pensando en llevarme de vuelta con mis padres...

—No.

—Más te vale que no.

—No lo estoy haciendo.

—Porque pierdes tu tiempo si lo estás...

—Que *no*. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? *No* te estoy llevando de vuelta

con tus padres. Ni siquiera sé dónde viven, ¿cierto?

—Sí, bueno... —dijo chupando malhumorada su cigarrillo—. Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Sólo vamos de vuelta a mi casa para recoger algunas cosas. Luego volveremos aquí para tomar el tren a Lowesoft, ¿de acuerdo?

—¿Lowesoft?

—Es la estación más cercana a la cabaña.

—¿Por qué no podemos ir directamente allá?

—Necesito recoger la llave. Y quiero ver a mi hermana.

—¿Tu hermana?

—Gina.

—¿Está en tu casa?

—Sí...

Candy me miró.

—No tengo que ir contigo, ¿verdad?

—No tardaremos.

—Tal vez mejor me quede aquí...

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada... es sólo que me siento un poco extraña acerca de... ya sabes... acerca de conocer a otras personas.

—No pasa nada... Es sólo Gina. Te caerá bien.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinte.

—¿Estará sola?

—Bueno, su novio podría estar ahí... Mike. Pero está bien. Ya les he contado sobre ti. Ambos saben de qué se trata.

—¿Qué quieres decir?

—Saben de ti y de Iggy y de todo. Ambos te vieron en el Black Room. Mike es el chico que trató de evitar que te llevaran por la fuerza.

—¿El tipo negro alto?

—Sí.

—Lo molieron a golpes...

—Lo sé.

—¿Está bien?

—Sí, está perfectamente. No te preocupes por eso. Todo estará bien.

Sonrió dudosa.

—¿Tú crees?

—Sí... no hay problema. Todo está *cool*.

Su sonrisa se iluminó.

—¿*Cool*?

—Sí —sonreí—. *Cool* con *K* de *punk*. Igual que yo.

- Más bien con *T* de *tonto*.
—¿Tú crees?
—Sí... pero eres muy lindo por eso. Así que te perdono.
—Muchas gracias.
—De nada.

Habría sido lindo caminar de vuelta a casa, pero el último tren a Lowesoft salía a las diez y media y ya casi eran las ocho treinta, de modo que no teníamos mucho tiempo. Por suerte, había un taxi esperado en el sitio. Y esta vez no tuve ningún problema para abrir la portezuela.

El taxi nos dejó al final de la avenida. Volvió a pagar Candy. Salimos.

—¿Ésta es tu casa? —me dijo mirando calle arriba.

—Sí...

—Muy bonita.

Abrí la reja y comenzamos a andar.

—¿Cómo es la tuya? —le pregunté.

—¿Mi qué?

—Tu casa.

—La viste esta tarde...

—No, quiero decir en la que vivías antes. La casa de tus padres.

—Ah, sí —dijo encogiéndose de hombros—. Parecida a ésta, supongo. No tan vieja... Tal vez un poco más grande...

Su voz se desvaneció y supuse que no quería hablar más del asunto, de modo que proseguimos en silencio. Se sentía realmente extraño estar de vuelta en casa: de vuelta entre los jardines y los pinos y los setos bien cuidados... Todo rodeado de comodidad. Se sentía seguro. «Es seguro —pensé para mis adentros—. Es apacible, es tranquilo, es el hogar. Es adonde perteneces. Es donde deberías...».

—No puedo quedarme aquí —dijo Candy.

—¿Qué?

—No puedo quedarme aquí.

—Ya lo sé —le dije—. No nos quedaremos aquí.

Nos acercábamos a la entrada principal. Saqué la llave del bolsillo y guie a Candy hacia el porche. Ella se veía realmente ansiosa, casi tímida, como una niña retraída que estuviera a punto de conocer a los papás de su novio por primera vez.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Asintió.

—No te preocupes —le dije—. Sólo estaremos aquí una media hora, ¿de acuerdo?

Asintió de nuevo.

La miré un momento, brevemente sorprendido de que esta hermosa chica de hecho estuviera *aquí... conmigo... en mi casa*. Abrí la puerta y entramos.

DIECISÉIS

A decir verdad, Candy no era la única que se sentía un poco inquieta. Mientras la conducía por el pasillo hacia la cocina, siguiendo el sonido de las voces de Gina y Mike, yo mismo me sentía bastante nervioso. En realidad no sabía qué esperar. Sabía que Gina y Mike serían amables con ella. No era eso lo que me preocupaba. Ambos eran del tipo de personas que serían amables con casi cualquiera a quien yo trajera a casa. No, no era eso lo que me preocupaba... La verdad es que no me *preocupaba* nada. Sólo quería que Candy genuinamente les cayera bien. Especialmente a Gina. En verdad deseaba que Candy le agradara. Era una expectativa algo egoísta, supongo, tal vez un poco inmadura...

Pero ¿y qué demonios?

Si no puedes ser egoísta e inmaduro con tu hermana mayor, ¿para qué la tienes?

Como sea, cuando llegamos a la puerta de la cocina hice una breve pausa y en voz baja le pregunté a Candy si estaba bien.

Asintió.

Le dije:

—¿Estás lista?

Asintió de nuevo.

Abrí la puerta y ambos entramos en la cocina. Gina y Mike estaban sentados a la mesa, muy metidos en su conversación. Cuando entramos dejaron de hablar y nos miraron.

—Hola —dije con un movimiento de cabeza—. Ella es Candy.

Gina le sonrió:

—Hola, Candy. Yo soy Gina y éste es Mike.

—Hola —respondió Candy en voz baja, saludando con la cabeza.

Mike devolvió el saludo.

Gina se levantó y se acercó a nosotros. Me dio un rápido abrazo y luego le dio la mano a Candy.

—Encantada de conocerte —dijo.

—Gracias —dijo Candy con torpeza.

Gina retrocedió un paso y nos lanzó una mirada larga y dura.

—Dios mío —dijo—. Ambos se ven como si hubieran estado en una guerra —se

acercó y tocó la herida en mi cuello—. ¿Qué es esto, Joe?

—Nada...

—No *parece* nada —se volvió hacia Candy. Pensé que le preguntaría por mi cuello, pero en cambio alzó la mano hacia la cara de Candy y con delicadeza acunó su barbilla. Candy se puso ligeramente tensa—. Está bien —dijo Gina con suavidad, inclinando su cabeza para examinar los moretones alrededor del ojo de Candy—. ¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace un par de días —titubeó Candy.

—¿Hiciste que te lo revisaran?

Candy me miró con ansiedad.

—Está bien —le aseguré—. Gina es enfermera. No puede evitar hacer preguntas personales.

—Cállate, Joe —dijo Gina volviendo su atención a la muñeca vendada de Candy—. ¿Y que hay con esto? —tomó la muñeca de Candy en su mano, sosteniéndola con cuidado, cautelosamente flexionando la coyuntura—. ¿Duele?

—Sólo un poco...

—¿Quién te puso esta venda?

—Yo lo hice.

—Un trabajo bastante bueno, pero necesita cambiarse. Supongo que no has ido a hacerte radiografías.

—No...

Gina asintió. Luego dio un paso atrás mirando a Candy a los ojos.

—¿Estás bien? Quiero decir, ¿necesitas algo? ¿Comida?... ¿algo de beber?

—No... estoy bien, gracias.

—¿Cuándo fue la última vez que consumiste?

Candy titubeó de nuevo, mirándome.

Miré a Gina.

—Está bien —le dijo a Candy—. Está bien, no importa. Sólo quería saber si estabas bien. Nada más.

—Sí... —dijo Candy con desconfianza—. Estoy bien... Yo... hum... usé un poco antes de subirnos al tren.

—¿Cuánto te queda?

—Suficiente para esta noche.

—¿Y luego qué?

—No sé...

Se miraron durante un rato y yo me pregunté si Gina estaba presionando demasiado, confrontando la verdad un poco demasiado rápido. Pero luego pensé: «Tal vez sea lo mejor... sacarlo a la luz, enfrentarlo, aceptarlo. Tal vez es lo que yo debí haber hecho».

—Ok —dijo Gina sonriéndole a Candy—. ¿Quieres refrescarte o algo? ¿Usar el baño?

Candy asintió.

—No estaría mal.

—Joe te mostrará dónde es. Si necesitas cualquier cosa, mi habitación está en el piso de arriba. Segunda puerta a la derecha. Toma lo que necesites. Yo subiré en un rato y te volveré a poner la venda en la muñeca, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias —sonrió Candy.

—¿Joe? —dijo Gina.

—¿Qué?

—El baño...

—Ah, sí... cierto —miré a Candy; estudiaba a Gina con cierta expresión que no podía identificar del todo: una mezcla de confusión, alivio, suspicacia y gratitud—. ¿Bien? —le pregunté.

Parpadeó y me miró.

—Ajá.

—Bien, es por aquí.

Mientras la conducía hacia el baño en el piso superior, sentí que la balanza se había movido de nuevo. Ahora había tres personas en el subibaja: Candy, Gina y yo. Se sentía bien, de alguna forma —de una forma reconfortante, como si ya no estuviéramos solos, de modo que la situación ya no resultaba tan atemorizante—. Pero también había algo más... algo que me incomodaba de esta nueva presencia. Ya sé que suena infantil, pero se sentía como si alguien más se entrometiera en nuestro juego. En *nuestro* subibaja, mío y de Candy, y yo no *quería* compartirlo con nadie más.

¿Suena infantil?

Era infantil.

Aun entonces lo sabía. «¿Qué te pasa? —me pregunté—. Hace diez minutos estabas desesperado porque Candy le cayera bien a Gina... Y ahora... ahora que sabes que sí le cae bien... ¿qué haces? Te empiezas a preocupar por eso...».

—Es linda, ¿verdad?

—¿Qué?

—Tu hermana... es muy linda.

—Sí... —dije sintiéndome avergonzado—. Sí, lo es.

—Es una lástima, en serio...

—¿Qué cosa?

—Quiero decir, es una lástima que nos tengamos que ir. Me habría gustado llegar a conocerla un poco mejor.

—Bueno, pues tal vez puedas. No *tenemos* que...

—No, te lo dije. No puedo quedarme aquí.

—Sí, lo sé, pero...

—No *puedo*, ¿de acuerdo? No sería justo.

—¿Por qué no?

—Porque... pues porque no —apartó la vista, ansiosa por cambiar de tema—. ¿Éste es el baño?

—Sí —le dije abriendo la puerta—. Debe de haber algunas toallas limpias en el armario...

—Gracias —dijo rápidamente, y entró—. Te veo en un minuto.

Cerró la puerta.

Me quedé ahí un momento, preguntándome por qué todo tenía que ser tan *complicado*. Luego regresé a la cocina.

Gina estaba sentada frente a la mesa, empacando en una mochila latas de comida y trapos y cosas así. Y Mike estaba sentado, observándola, sorbiendo café negro de un tazón blanco.

—No sé por qué hago esto —dijo Gina sacudiendo la cabeza—. Esa niña necesita ayuda profesional. Necesita rehabilitarse, terapias, ayuda médica seria... Y yo, ¿qué hago? La envió a la selva con el tonto de mi hermanito, por amor de Dios. Debo estar loca.

—No puede pagarse la rehabilitación —le dije sentándome a la mesa.

Gina me miró.

—Ya lo sé.

—No quiere volver con sus padres, no tiene amigos, no quiere quedarse aquí porque no quiere causar ningún problema. ¿Adónde más *puede* ir?

—No lo sé —dijo Gina—. Es sólo que no me gusta, eso es todo. Quiero decir, ¿y si pasa algo? ¿Y si papá se entera? ¿Y si...?

—No pasará nada —le dije—. Y papá no tiene por qué enterarse.

—¿No? ¿Y si llama? ¿Y si quiere hablar contigo?

—No sé... dile que estoy dormido o algo.

—¿Y si llama a las seis de la tarde? Si le digo que estás dormido a las seis de la tarde, comenzará a hacer preguntas...

—Dile que salí.

—Se supone que estás castigado... ¿Recuerdas?

—Entonces dile que estoy bañándome. Dile lo que sea... no importa. De todas formas probablemente ni llame. Casi nunca lo hace —inhalé profundamente y despacio dejé salir el aire—. Escucha —le dije—, de verdad aprecio lo que haces, y siento mucho todo este embrollo. No era mi intención que las cosas terminaran así... Nada de esto era mi intención...

Gina suspiró.

—¿Cómo demonios la encontraste?

—Yo sólo... no lo sé. Es una larga historia —miré el reloj, eran casi las diez—. Tendremos que irnos pronto. Debemos alcanzar el último tren...

—No tienen que irse esta noche —dijo Gina—. ¿Por qué no se quedan los dos

aquí? Descansen un poco. Podemos hablar por la mañana...

—No, creo que es mejor que nos vayamos.

—¿Por qué?

La miré sin saber qué decir. No *sabía* por qué. Tenía sentido quedarse ahí... Era seguro y cálido y cómodo, y Gina y Mike estarían cerca, de modo que yo no tendría que lidiar solo con todo, y probablemente a Candy le ayudaría a tener alguien más con quién hablar...

Pero ella no deseaba eso, ¿verdad? Ella no quería quedarse ahí. Y yo no podía forzarla, ¿o sí?

—Mira —dijo Gina—. Si *realmente* tienen que irse esta noche... aunque aún no veo por qué sea necesario... pero si tienen que irse, al menos déjanos llevarte en auto hasta la cabaña.

—Gracias, pero no tienen que hacer eso. El tren nos queda muy bien.

—No es problema. No nos importa llevarlos...

—Ya sé que no les importa, sólo creo que es mejor que no lo hagan.

—Pero ¿por qué no? Es tarde, hace frío, la cabaña está al menos a unos veinte kilómetros de la estación. A esta hora de la noche no habrá ningún autobús...

—Tomaremos un taxi.

—No seas *tonto*, Joe. ¿Qué te sucede? No vamos a...

—Déjalos tomar el tren —interrumpió Mike—. Estarán bien.

Un destello de enfado cruzó la cara de Gina y por un momento pensé que comenzaría a gritarle a Mike. Pero entonces intercambiaron una mirada, un intercambio íntimo de confianza, y después de un rato Gina, reticente, asintió en señal de consentimiento.

Mike me dijo:

—Los llevaré a la estación. ¿A qué hora sale el tren?

—Diez y media.

Mike miró el reloj. Luego se volvió hacia Gina.

—Más vale que subas a ver a Candy. Tendremos que partir en unos diez minutos.

—¿Y qué hay de Joe? —dijo Gina—. Necesita saber...

—Yo hablaré con él.

Gina asintió. Me miró, comenzó a decir algo. Luego cambió de parecer y salió en silencio. La vi partir, me volví hacia Mike. Sus ojos estaban fijos en los míos, calmados, fríos y firmes.

—Gracias —le dije.

—Sólo te estoy dando un aventón.

—No lo digo por eso...

—Lo sé —dijo sorbiendo su café. Se tomó su tiempo, saboreándolo. Luego puso la taza sobre la mesa y me miró de nuevo—. Entonces —dijo—, ¿tuviste un buen día?

—No estuvo mal —sonreí—. Un poco cansado...

Asintió lentamente mirando la herida en mi cuello.

—Parece que estuviste cerca.

—Sí, algo así.

—¿Quieres hablar de ello?

—No mucho... quizá en otra ocasión.

—De acuerdo —dijo—. Como quieras —dio otro sorbo a su café—. Dos cosas, sin embargo... dos preguntas sencillas.

—No creo...

—Escucha, Joe —dijo—. Lo que hagas con tu vida es tu problema, y para mí está perfecto así. Pero si has hecho algo que pueda afectarnos a Gina o a mí, entonces sí es mi problema, ¿de acuerdo?

Asentí.

—Bien —dijo—. Primera pregunta: ¿Iggy está vivo?

—Sí.

—Segunda pregunta: ¿Sabe quién eres?

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabe tu *nombre*?

—No lo sé, no creo...

—Bueno, pues piénsalo. Es importante. Si sabe tu nombre, puede averiguar dónde vives. Lo pensé, intentando recordar si alguna vez me había llamado por mi nombre. Pero me costaba trabajo pensar... era difícil ver a través de los nubarrones del miedo.

—Estoy casi seguro de que *no* lo sabe —le dije a Mike—. Sólo nos hemos topado con él dos veces, de modo que no sé cómo podría saberlo... a menos que Candy se lo haya dicho. Sin embargo, estoy seguro de que ella no lo habría hecho.

—Necesitas averiguarlo antes de que se vayan.

—Le preguntaré.

—Bien —dijo mirando su reloj—. Sólo hay algo más antes de que te marches. Gina cree que debes saber qué esperar si Candy va en serio acerca de dejar la heroína. Personalmente, no creo que saber qué esperar haga ninguna diferencia, pero supongo que no te hará ningún daño. ¿Crees que vaya *en serio*?

—No estoy seguro.

—¿Ha intentado dejarlo antes?

—No lo sé.

—Está bien. Básicamente, y para lo que sirva, si de verdad intenta dejarlo, se va a sentir terriblemente mal. Quiero decir, *de verdad* terriblemente mal. Va a pensar que se muere. Pensará que se está volviendo loca. Estará irritable y deprimida, insomne, con náusea, le dolerá todo: calambres en el estómago, dolores musculares, diarrea, fiebre... te gritará, te odiará, te mentirá, probablemente se ponga violenta contigo...

—me miró—. ¿Crees estar listo para todo eso?

—No lo sé.

—Pero ¿estás dispuesto a intentarlo?

—Sí, creo que sí.

Sonrió.

—Debe significar mucho para ti.

—Sí... así es.

—Está bien —dijo—, pero sólo recuerda una cosa: lo que sea que ella sienta por ti, no será tan fuerte como lo que siente por la heroína. Si quieres ayudarla, tal vez tengas que perderla. En aquel momento no supe qué quería decir Mike, pero más tarde descubrí que tenía razón. Tal vez no de la forma en la que él creía, pero no creo que eso importe. Tenía razón, lo quisiera o no...

Tenía razón.

Cinco minutos después estábamos todos en el auto de Mike, camino a la estación. Gina había limpiado la cara de Candy y le había puesto una venda limpia en la muñeca. Ahora nos decía lo que había empacado en la mochila.

—Hay mucha comida enlatada, fruta fresca, jugo de naranja, pan... vendas, aspirinas, crema para la cara, dentífrico... no creo haber olvidado nada. ¿Recogiste la llave de la cabaña, Joe?

—Sí.

—¿Recuerdas dónde está todo? La caja de los fusibles, focos extra, sábanas, cobijas...

—No te preocupes —dijo—. Estaremos bien. Si necesitamos algo, te llamaré.

—Puse tu cargador en la bolsa.

—Gracias.

Nos acercábamos a la estación. Mike me miró por el espejo retrovisor, señalando a Candy con los ojos. Por un momento no supe qué estaba haciendo. Luego pronunció la palabra *nombre* y de pronto me acordé.

Me volví hacia Candy y le dije:

—¿Iggy sabe mi nombre?

—¿Tu nombre?

—Sí... quiero decir, ¿alguna vez te preguntó cómo me llamo?

—Sí, lo hizo... pero le mentí. Le dije que te llamas Kevin.

—¿Kevin?

—Sí —sonrió—. Kevin Williams.

—¿Por qué Kevin?

—No lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. Fue lo primero que me vino a la mente. Tal vez porque tienes cara de Kevin...

—Muchas gracias —dijo—. ¿De modo que Iggy piensa que soy Kevin Williams? Candy asintió.

Miré a Mike, luego me volví de nuevo hacia Candy.

—¿Le diste a alguien mi verdadero nombre?

—¿Como a quién?

—No lo sé... a quien sea. ¿Qué tal esa chica con la que hablé, la del cabello negro? Ella sabía quién era yo. Sabía que habíamos ido al zoológico.

Candy sacudió la cabeza.

—Sólo le dije que eras un amigo. No le he dicho tu nombre verdadero a nadie.

Asentí tratando de recordar si yo le había dicho mi nombre a la chica de cabello negro. «Soy amigo de Candy —le dije—. Nos hemos visto un par de veces...».

¿Eso fue todo lo que dije?

«Soy amigo de Candy...».

No, le había dicho algo más.

«Mi nombre es Joe».

Mierda.

Mi nombre es Joe.

Alcé la vista y pesqué de nuevo la mirada de Mike en el espejo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada...

—¿Hay algún problema?

—No —le dije—. Ningún problema.

—¿Seguro?

—Sí.

Claro que *no* estaba seguro... Pero no estaba seguro sobre lo que no estaba seguro. No entendía por qué debíamos preocuparnos por la chica de cabello negro. Le había dado mi nombre de pila, eso era todo. ¿Cómo podía ser eso un problema? De cualquier forma probablemente no se lo diría a Iggy. Y aunque lo hiciera, ¿qué? Iggy sólo sabría que me llamaba Joe. ¿Cómo iba *eso* a ayudarlo a encontrarme? «No —me reafirmé—, no será un problema. Ni siquiera vale la pena mencionarlo».

De modo que no lo hice.

Pero había algo más... algo que *sí* se sentía como un problema y que *sí* era digno de mención... Sólo que no sabía qué era. Era sólo un fragmento de algo, un pensamiento a medias que había destellado tan brevemente en mi cabeza que no había tenido oportunidad de identificarlo. Todo lo que sabía de cierto era que había estado ahí, y que ahora se había ido, y todo lo que quedaba era una sombra de preocupación...

«Olvídalo —me dije—. Si es importante, lo recordarás. Si no lo es, no importa».

De modo que eso hice.

Lo olvidé.

El tren se aproximaba a la estación mientras Mike entraba en el estacionamiento. Recogí las mochilas, Candy abrió la puerta y saltamos fuera del auto.

—Llámanos cuando lleguen —gritó Gina por la ventana.

—Sí —le grité a mi vez.

—Y tengan cuidado... ambos. Tómenlo con calma...

Mientras nos apresurábamos hacia la entrada, miré de vuelta hacia el auto y con la mano hice una señal de que la había escuchado. Gina saludó a su vez desde la ventanilla. Hacía su mejor esfuerzo por verse tranquila, pero aun en la distancia pude ver la angustia reflejada en su rostro. Pude ver a Mike poner la mano sobre su hombro mientras ella se enjugaba los ojos, y sólo por un momento pensé seriamente en regresar. Gina era mi hermana. Estaba asustada y alterada. Quería *estar* con ella...

Pero entonces me llamó la voz de Candy.

—Vamos, Joe... aprisa. Vamos a perder el tren...

Y no pude resistirlo. A pesar de todos los peligros, las dudas, los miedos... a pesar de todo lo que mi mente racional me decía —y me decía bastante—, no pude resistirlo.

Estaba enganchado.

Ciego al resto del mundo.

Volví a despedirme de Gina, di la vuelta y seguí a Candy dentro de la estación y hasta el interior del tren que nos aguardaba.

DIECISIETE

La cabaña se encuentra al final de un camino boscoso, cerca de un pueblecito remoto llamado Orwold. Es una linda construcción antigua: una cabaña tradicional de madera, con tres pequeñas habitaciones, una estancia principal combinada con la cocina y una veranda desvencijada al frente. Está en un claro en las lindes del bosque. Los pinos circundantes le dan sombra en verano y, durante el invierno, cuando soplan los rabiosos vientos del noreste que llegan desde el estuario cercano, resguardan la cabaña del frío más crudo.

Papá compró la cabaña hará unos seis o siete años, lo que en su momento nos sorprendió a todos. Incluso mamá no sabía nada al respecto. Papá simplemente llegó a casa un día, nos dijo que nos metiéramos en el auto, condujo hasta Orwold y nos mostró orgulloso la cabaña.

—Ahí la tienen —dijo—. ¿Qué opinan?

—¿Qué? —dijo mamá.

—La cabaña. Es nuestra. La compré.

—¿Tú *qué*?

—La compré.

—¿La *compraste*? —dijo ella sin poder creerlo—. ¿Para qué demonios? ¿Qué haremos con una *cabaña*?

Una vez que papá nos explicó sus numerosos usos —como una casa familiar para los fines de semana, un lugar tranquilo para trabajar sin distracciones o simplemente un lugar para escaparse de todo—, mamá finalmente comenzó a calmarse y poco a poco aceptó la idea. Yo creo que todos lo hicimos: imaginamos días de pereza bajo el sol, noches en el bosque, fogatas de leños crujiendo en invierno...

En realidad nunca funcionó así. Al principio solíamos ir ahí casi cada fin de semana. El viernes por la noche empacábamos nuestras mochilas, brincábamos en el coche y conducíamos hasta Suffolk para tener un fin de semana apacible... Y estuvo bien por un rato. Tuvimos nuestros días de pereza y nuestras noches tranquilas: caminamos por el bosque, recolectamos leños para la chimenea y paseamos por el estuario mirando los barcos bajo el sol de la tarde... luego, todos moríamos de hambre y volvíamos a la cabaña para comer bollos tostados y beber grandes tazones de chocolate caliente...

Sí, no estaba mal.

Incluso un verano nos quedamos una semana completa. Yo, entonces, tenía unos once años y Gina diecisiete. Recuerdo cuando ella conoció a aquel chico en el pueblo. Me molesté mucho porque no me dejó ir con ella un día que salió a caminar, así que terminé siguiéndola al bosque... y me sorprendí mucho cuando la vi besar a aquel chico. Después, cuando le pregunté quién era y se dio cuenta de que había estado espiándola, me amenazó con darme una paliza. Pero le dije que si lo hacía le diría a mamá y a papá lo que había hecho. De modo que en lugar de la paliza me dio cinco libras por prometer que man tendría la boca cerrada. Por supuesto que tomé el dinero, pero por alguna extraña razón nunca lo gasté. De hecho, el billete sigue escondido en alguna parte de mi habitación, todo sucio y arrugado y descolorido, como una especie de inútil recordatorio...

Como sea, creo que aquella fue la última vez que fuimos todos juntos a la cabaña. No sé por qué, pero conforme pasaban los años, los fines de semana fuera eran cada vez menos frecuentes, hasta que llegó un punto en el que casi no íbamos a Orwold. Incluso cuando hacíamos el esfuerzo, siempre parecía faltar alguien. O Gina no podía o mamá trabajaba o papá estaba fuera en algún congreso. Nunca volvió a ser lo mismo sin los cuatro. Todo se sentía falso —vacío y forzado—, como si estuviéramos intentando revivir lo que había sido, intentando pasarla bien. Pero ya no era así. Al final, creo que nos dimos cuenta de que no sólo era inútil seguir intentándolo, sino también doloroso.

De modo que nos dimos por vencidos.

Para cuando mamá y papá se divorciaron, la cabaña —para mí— se había desvanecido en el pasado. Era sólo un lugar al que solíamos ir. Un lugar en mi mente. Un recuerdo.

Pero ahora estaba de vuelta.

Y volvía a ser real.

El pueblo, el bosque, el estuario, la cabaña...

Acogiéndonos en su seno.

No hablamos mucho durante el trayecto. Ambos estábamos demasiado cansados, creo, y tal vez también un poco demasiado ansiosos. No conseguía ponerme cómodo en el tren. Sentía el cuerpo extraño, todo apretado y granuloso, como si mi piel estuviera hecha de papel de lija. Mi cabeza estaba acalambrada y abrumada por el cansancio, y sentía los ojos pesados y densos.

Candy no estaba mucho mejor. Se había drogado otra vez en el baño, pero esta vez no pareció relajarse. Seguía moviéndose nerviosamente, olisqueando, limpiándose la nariz y los labios, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Fumaba

demasiado. Tosía demasiado. Respiraba demasiado aprisa, luego demasiado lento, luego otra vez demasiado aprisa...

No podía explicármelo.

No lo *entendía*.

Pero estaba demasiado cansado para hacer algo al respecto y Candy estaba demasiado acelerada para que le importara. De modo que cada uno guardó su sufrimiento para sí y aguantó el largo trayecto en un silencio intermitente: dormitando a medias, medio despiertos, murmurando tonterías ocasionalmente y sin mucho entusiasmo.

El tiempo no transcurría rápido ni despacio: sólo transcurría.

Cuarenta minutos hasta Ipswich, atravesar la plataforma y hacia la línea secundaria del ferrocarril. Luego, hora y media de traqueteo quebrantahuesos hasta Lowesoft, la espera gélida de un taxi, y finalmente un trayecto de veinte minutos hasta Orwold.

—¿Ya llegamos? —preguntó Candy esperanzada cuando el taxi se acercó a un lado del camino, junto al bosque.

—Casi —dije—. Sólo unos minutos más.

Pero resultó ser un poco más que eso, pues el taxista se rehusó a seguir el camino por el bosque.

—Yo no entro ahí, amigo. De ninguna manera.

—Es sólo como media milla —le dije.

Sacudió la cabeza.

—Lo siento amigo... este auto es mi sustento. No puedo darme el lujo de arruinarlo.

Intenté decirle que el camino estaba bien, que no tendría ningún problema. Pero no le interesó. De modo que tuvimos que caminar a través del bosque, a la una y media de la madrugada, temblando y tropezando y maldiciendo en la oscuridad. Era un trayecto difícil, un poco atemorizante al principio. Temía que perdiéramos de vista el camino y nos adentráramos en el bosque y nos perdiéramos... Pero al cabo de un rato, a medida que mis ojos se ajustaban a la oscuridad y avanzábamos hacia el centro del bosque sin perdernos, comencé a sentirme mucho mejor.

La luna estaba casi llena, brillaba e iluminaba el bosque con una delicada luz plateada. Al respirar aquel aire cristalino, me sentí revivir. Podía *sentir* el silencio de la noche, los árboles susurrantes, el olor a pino, el derivar distante de arena y algas marinas en el estuario...

Se sentía bien: puro y fresco y energizante.

Casi deseé estar solo.

Pero no lo estaba.

Y Candy aún estaba en apuros...

—¿Joe? *Joe*, ¿dónde *estás*?

—Aquí... estoy justo a tu lado.

—Dios... está tan *oscuro*.

Tomé su mano.

—No pasa nada, ya casi llegamos.

—Mierda —dijo—. No puedo ver por dónde voy.

—Intenta cerrar los ojos —sugerí—, y luego abrirlos de nuevo —le sonreí—.

Alguien me dijo alguna vez que eso deja pasar más luz.

—¿Sí? —dijo—. Y tú le creíste, supongo.

—Soy muy crédulo.

Seguimos por el camino tomados de la mano y después de un rato comencé a reconocer una o dos cosas: un árbol caído, un curioso doblez en el camino, la línea del horizonte brillando a la luz de la luna...

—Debe de ser por aquí —dije.

—¿*Debe* de?

—Bueno, ha pasado mucho tiempo... espera... ahí está.

—¿Dónde?

Me detuve y señalé al frente.

—Allá... justo a la derecha de esos pinos... los pinos altos. ¿La ves?

Candy entrecerró los ojos en la oscuridad, sacudiendo la cabeza.

—No puedo ver *nada*.

—Esa forma oscura —expliqué—, bajo los árboles. Puedes ver el techo...

—*Todas* son formas oscuras.

—La verás en un minuto —le dije, reemprendiendo la marcha—. Vamos... dame la mano.

Tomó mi mano y la conduje por los últimos pocos metros del camino. Ahora estábamos ahí: parados afuera de la cabaña, escondidos de la luz de la luna, exhaustos y fríos y aliviados.

—Ya puedo verla —dijo Candy sonriendo hacia la cabaña.

—¿Segura?

—Sí... se ve muy linda.

—Le hacen falta algunas reparaciones —le dije, revisándola—. Para empezar, la veranda necesita arreglarse...

—¿Te parece si entramos?

La miré.

Ella dijo:

—Quiero decir, todo esto es muy agradable y demás, pero me estoy congelando y necesito hacer pipí.

—Lo siento —dijo—. Sólo echaba un vistazo, eso es todo. La revisaré mañana

como es debido. Debería estar todo bien...

—¿Joe?

—¿Qué?

—¿Podrías callarte y abrir la puerta, por favor?

—Sí, lo siento.

Saqué la llave del bolsillo y abrí la puerta. Estaba un poco atascada, seguramente hinchada por la lluvia. Pero un par de buenos empujones bastaron para abrirla y nos encontramos escrutando la total oscuridad del interior.

—¿Hay luz? —preguntó Candy.

—Un segundo.

Metí la mano detrás de la puerta y accioné el interruptor. Nada sucedió. Lo accioné de nuevo. Aún nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Candy.

—Probablemente esté apagada la corriente principal —repliqué—. No te preocupes, debe de haber velas en alguna parte. Préstame tu encendedor.

Candy me pasó su encendedor.

Lo encendí, probando la flama. Me dirigí hacia la entrada.

—No me tardo ni un minuto...

—Estoy justo detrás de ti —dijo ella—. No pienso quedarme aquí sola.

—Está bien. Pero mira dónde pisas.

Entré, sosteniendo la llama ante mí, y comencé a moverme poco a poco por la habitación. Candy permaneció cerca de mí. A medida que nos adentrábamos en la oscuridad, sombras extrañas comenzaron a revolotear por las paredes: sombras de Candy, mis sombras. Al detenerme un momento y elevar el encendedor, nuestras sombras se fundieron en una macabra mutación: una bestia etérea con dos espaldas encorvadas y dos enormes cabezas y docenas de extremidades fantasmales...

Alcé la mano hacia la luz e hice una figura con mis dedos.

—¿Qué *haces*? —susurró Candy.

—Mira —le dije, indicando la sombra que había proyectado en la pared.

Candy giró la cabeza.

—¿Qué se supone que es?

—Un pato —le dije, moviendo los dedos, abriendo y cerrando el pico—. ¿Ves? *Cuac, cuac... cnac, cuac*. Ése es el pico, ésa es la cabeza...

—Sólo encuentra las velas, Joe.

Crucé hacia el muro más retirado y tanteé mi camino por la barra de la cocina hasta llegar al fregadero. Me incliné, abrí la alacena debajo del fregadero y sostuve dentro el encendedor. Las velas estaban en una caja al fondo. Tomé una y la encendí. Se la pasé a Candy. Luego tomé algunas más y me levanté para reunirme con Candy bajo la luz vacilante.

—Eso está mejor —dijo ella colocando la vela sobre la barra—. Ahora, ¿dónde está el baño?

Encendí otra vela para ella y le señalé el baño. Mientras ella atravesaba la habitación, llamé rápidamente a Gina para avisarle que habíamos llegado. Luego me puse a encender más velas y a colocarlas por la cabaña. La estancia entera quedó bañada en la brillante luz de las flamas desnudas. Parecía casi espiritual: como el interior sagrado de una pequeña capilla de madera o como una especie de santuario sin dios.

No estaba seguro si era eso o sólo el frío, lo que me hacía temblar.

—Encenderé la chimenea —le dije a Candy cuando salía del baño—. ¿Por qué no preparas algo de té?

Le mostré la estufilla de gas, revisé que aún estuviera conectada, la encendí y dejé a Candy en eso. Mientras ella hacía mido buscando algo en qué hervir el agua, comencé a encender la chimenea. Todo lo que necesitaba estaba ahí: periódicos viejos, encendedores, combustible, leños.

—¿Cómo es que no vandalizan este lugar? —preguntó Candy desde el otro lado de la habitación.

—A veces lo hacen —le dije—, pero no hay mucho que valga la pena robar. Y papá paga a un par de personas del pueblo para que cuiden las cosas, lo cual ayuda. Hay niños que de vez en cuando se meten, pero por lo general no causan mucho daño —había acomodado la base de la fogata y comenzaba a acomodar los leños—. Una vez tuvimos invasores —le dije a Candy—. Una familia de malvivientes se metió y se quedó un mes. Niños, perros... el paquete completo. Papá tuvo que llamar a la policía para que los sacaran.

—Deberías rentarla —sugirió—. De ese modo no tendrían que preocuparse de que se metan los niños. Además, sacarían algo de dinero extra.

—Sí, supongo...

Encendí el fuego. Esperé para asegurarme de que prendiera. Luego me recargué hacia atrás y miré las llamas. Detrás de mí podía escuchar la estufa de gas siseando, el agua hirviendo y a Candy moverse por ahí: abría armarios, rebuscaba en los cajones, traqueteaba tazas y cubiertos... y todo sonaba tan *normal*. Ella preparaba algo de té. Yo estaba frente a la chimenea. Charlábamos...

Y todo estaba bien.

¿O no?

Ser normal...

¿Qué tiene de malo?

«Nada —me dije—. Nada de nada...».

Pero no estaba tan seguro. Primero, porque sabía que las cosas *no eran* normales y sólo pretendíamos que lo eran para escapar de la inevitable verdad. Y segundo —y eso es lo que más me molestaba—, no estaba seguro de *querer* que las cosas fueran normales. No es que quisiera que fuéramos *anormales*. No *quería* todo aquel caos y aquella porquería del bajo mundo... Pero de ahí veníamos. El caos era *parte* de nosotros. Parte de quienes éramos. Y temía que si lo perdíamos por completo

perderíamos parte de nosotros mismos.

Creo que eso era lo que pensaba, en todo caso.

Estaba cansado, ¿recuerdan? Eran casi las dos de la madrugada y miraba fijamente, con ojos muertos, la hoguera encendida... hipnotizado por las llamas... sin estar realmente ahí... no muy consciente de nada. Los pensamientos en mi cabeza no tenían nada que ver conmigo. Eran sólo pedazos de cosas, imágenes, palabras, recuerdos, sentimientos que flotaban ahí sin ningún propósito, como briznas de polvo al viento.

—Aquí tienes tu té —dijo Candy sentándose junto a mí e interrumpiendo mi trance. Me pasó una taza con un líquido negro lleno de sedimentos.

—Gracias —dije.

—Me temo que no hay leche y no pude encontrar nada de azúcar.

Tomé un sorbo. Sabía espantoso.

—Maravilloso —dije.

—¿De verdad?

—Sí.

—Mentiroso —dijo—. Es horrible, ¿no es cierto?

—Absolutamente asqueroso.

Dejamos nuestras tazas en el suelo y miramos fijamente el fuego.

Candy encendió un cigarrillo y lo fumó pensativamente durante un rato, echando largos ríos de humo hacia el calor de las llamas. Luego se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Recuerdas esa canción que tocaste en el Black Room...? ¿La que cantaste al final?

—Sí...

—¿La escribiste tú?

—La mayor parte, sí... Quiero decir... la trabajamos juntos...

—Pero ¿tú la escribiste?

—Sí.

—¿Y se trata de quién creo que se trata?

—No lo sé —sonreí—. ¿De quién crees que se trata?

—Vamos, Joe... No bromees. Es bochornoso...

—¿Qué cosa?

—Ya sabes... si te dijera que pienso que es sobre mí, y resultara que *no* lo es... Dios, imagínate cómo me haría sentir eso.

—¿Crees que es sobre *ti*? —me lanzó una mirada furibunda—. La escribí la noche en que te conocí. En ese entonces no te conocía muy bien. De modo que no estoy seguro de que signifique mucho...

—Significa mucho para *mí*. Dios, cuando te escuché cantarla... y la *forma* como la cantabas... no sabes, Joe... no puedo decirte lo que provocó en mí.

—Te veías bien bailándola.

—Me *sentía* bien.

—También yo...

Ninguno de los dos habló por un rato. Nos quedamos sentados, mirando el fuego, hundidos en nuestros pensamientos. La habitación estaba en silencio. Las velas se consumían... la luz de la flama vacilaba... colores silenciosos jugaban en las paredes... amarillo, rojo, azul, naranja...

—Lo siento —dijo Candy—. Debió de haber sido mejor que esto.

La miré.

—Aún queda mucho tiempo.

—Sí... —dijo bajando la mirada—. Quería darte las gracias...

—¿Por qué?

—Por la canción... Por todo. Por lo que has hecho... por lo que intentas hacer... No lo sé, por todo, supongo. Lo siento. No soy muy buena para decir lo que siento.

—No tienes que decir nada.

Me miró un momento, sus ojos ensombrecidos por la tristeza. Luego estiró el brazo y rozó mi mejilla con el dedo.

—Te sentaste demasiado cerca del fuego —dijo—. Tu cara está toda roja...

Sostuve su mirada.

—Estás cambiando el tema.

—Lo sé.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé.

—Mira —le dije titubeante—, tú decides lo que quieres hacer. Es tu vida... no pretendo que hagas algo que no *quieras* hacer... —suspiré deseando sólo poder decir lo que quería sin tantos *rodeos* todo el tiempo; miré a Candy, que contemplaba nuevamente el fuego. No puedo hacer esto solo. Tienes que ayudarme a ayudarte.

—¿Cómo? —preguntó.

—No sé. Sólo *cuéntame* cosas. No sé lo que estás pensando. No sé cómo te sientes acerca de nada. No sé dónde estás.

—Yo tampoco —dijo en voz baja—. Nunca antes he tenido que pensar en esto. Nunca he tenido que hablar con nadie acerca de esto.

—¿Acerca de qué?

—De las drogas —dijo lentamente, mirándome—. La heroína... yo no pienso en ella... Mientras la tengo, no hay nada que *pensar*. Es sólo un requisito, como el oxígeno. No piensas en respirar, ¿o sí? Sólo lo haces. Es sólo cuando no *puedes* que te das cuenta de que no puedes vivir sin ello. Por eso es tan difícil hablarlo, Joe. No puedo imaginarme no usándola, así como tú no puedes imaginarte sin respirar. Pero sé que lo tengo que hacer... *Tengo* que dejar de hacerlo. No me quedará nada si no lo hago —estaba sentada con las rodillas encogidas contra el pecho, los brazos apretados fuertemente en torno a sus piernas, y se mecía ligeramente hacia adelante y hacia atrás, intentando no llorar—. Tengo miedo, Joe —susurró—. Tengo tanto *miedo*. No sé si pueda hacerlo...

—Está bien —le dije acercándome a ella—. Todo estará bien...

—No, no estará bien —dijo ella—. Va a estar realmente mal...

—Sí, pero una vez que termine... una vez que ya estés bien...

Ahora lloraba; en realidad, berreaba. Me acerqué más y la abracé. Tenía la cabeza enterrada entre las rodillas y sus hombros subían y bajaban. Se atragantaba con palabras que escapaban entre sollozos desalentados.

—Yo no... no sé... yo no...

—¿No sabes qué? —le pregunté suavemente.

—Es como, es como... no lo sé... no, n-no me acuerdo...

Sacudió la cabeza. Luego inhaló profundamente y estiró la espalda intentando seriamente calmarse.

—Dios —dijo enjugándose los ojos—. Es tan *difícil* —me miró; sus labios temblaban y su cara estaba embarrada de maquillaje. Cuando habló, su voz sonaba aún frágil, pero no tan desalentada como antes—. No es sólo dejar la heroína lo que me asusta —explicó—. Es todo lo demás. Es como... he estado atrapada en este lugar por tanto tiempo, este lugar donde todo está adormecido y muerto y no tienes que pensar en nada más o preocuparte por nada más... Y no puedo recordar qué se siente estar *fuera* de este lugar. Ya no sé qué se siente ser normal... tener que *lidiar* con las cosas, tener sentimientos acerca de las cosas, ser *yo misma* de nuevo... —suspiró pesadamente y miró al piso—. Es un mundo diferente, Joe —dijo en voz baja—, y me da horror.

Después de eso sólo permanecimos sentados durante un rato, abrazándonos en el silencio iluminado por las velas. La fogata comenzó a apagarse, los leños consumidos crujían y siseaban entre las ascuas, y mientras el frío aire nocturno comenzaba a calarnos los huesos, nos abrazamos más de cerca, compartiendo el calor de nuestros cuerpos. Candy descansaba la cabeza sobre mi hombro, y yo podía sentir su respiración susurrar débilmente en mi cuello. Era hipnótico: el ritmo sostenido, el calor, el tacto... como una canción de cuna sin palabras. Poco a poco comenzó a quedarse dormida, y mientras su respiración comenzaba a debilitarse con el sueño, cerré los ojos y me dejé hundir profundamente en la oscuridad.

Un rato después, aún de madrugada, desperté para encontrar a Candy en la agonía de una pesadilla. Gruñía y se quejaba, sacudía el cuerpo nerviosamente, los ojos y los puños cerrados por el dolor...

Le di un suave empujón.

—Candy... Candy... despierta.

Su cabeza se sacudía de un lado a otro. Dejó escapar un pequeño aullido.

—Despierta —repetí, esta vez estrechando su mano.

Abrió los ojos repentinamente y se me quedó mirando. Parpadeaba confundida ante los restos de su pesadilla.

—¿Qu...? —murmuró.

—Soy yo —dije—. Joe... tenías una pesadilla.

—¿Joe? —dijo.

—Sí... ¿Estás bien?

Se restregó los ojos, sacudió la cabeza, bostezó ampliamente y comenzó a frotarse los brazos.

—Dios... ¡Qué frío hace! —su voz era somnolienta—. ¿Qué hora es?

—No lo sé —dije—. Aún es temprano...

—Demasiado frío —murmuró—. Vamos a la cama.

—¿La cama? —dije estúpidamente.

Me ignoró y comenzó a levantarse, tambaleándose ligeramente. La sostuve para equilibrarla. Luego me puse yo de pie.

—Tomaré la habitación de atrás. Tú puedes quedarte en la principal —musité, evitando su mirada.

—No quiero dormir sola —me dijo.

No supe qué decir. No sabía qué hacer... qué *debía* hacer... qué *quería* hacer... No sabía nada. Sólo atinaba a mirarla.

—Sólo ven a la cama, Joe —dijo Candy con sencillez.

Seguía yo sin saber nada cuando apagué las velas moribundas y la seguí a la habitación. Me quedé parado mirándola mientras se metía en la cama sin desvestirse. Me acosté a un lado.

«No *tienes* que saber —pensé para mis adentros—. No tienes que saber nada».

Las sábanas estaban frías. La oscuridad de la noche era extremadamente silenciosa. Y mientras yacíamos juntos y cerrábamos los ojos, todo se disolvió en el vacío.

No hicimos nada.

Ni siquiera nos besamos.

Sólo nos quedamos dormidos, completamente vestidos, abrazados en la oscuridad.

DIECIOCHO

Cuando abrí los ojos, la habitación estaba bañada en luz del día y Candy dormía tranquilamente sobre mi brazo. No sabía qué hora era, pero parecía muy tarde. Afuera cantaban los pájaros, el aire estaba frío y fresco, y en la distancia podía escuchar el *chonk chonk* de alguien cortando leña.

No podía mover el brazo.

Miré a Candy. Aún dormía profundamente, chupándose el dedo entre sueños. Su cabeza todavía descansaba pesadamente sobre mi brazo. Me quedé quieto por un instante, estudiando su cara, sus ojos descoloridos, preguntándome qué estaría soñando... Y luego me dispuse a recuperar mi brazo paralizado. No quería despertarla, de modo que sólo intenté darle un pequeño jalón, pero nada sucedió. Mi brazo estaba completamente entumido. Intenté flexionar los dedos, pero tampoco pasó nada. No *tenía* dedos. Todo lo que tenía era un bulto de carne muerta brotando de mi hombro, con algunas extremidades puntiagudas pegadas a él.

Me quedé quieto de nuevo, pensando que hacer. «Tal vez deberías sólo esperar — me dije—, esperar a que Candy despierte...».

Pero no quería hacer eso.

Resultaría incómodo...

Así que lo intenté de nuevo. Esta vez, en lugar de intentar usar mi brazo muerto para que se moviera a sí mismo, me incliné hacia un lado y usé el peso de mi cuerpo para comenzar a deslizar el brazo por debajo de la cabeza de Candy. Al principio se sentía realmente extraño, como si estuviera moviendo algo que no me pertenecía; pero poco a poco, conforme el brazo comenzó a moverse, la sangre comenzó a fluir y empecé a recuperar un poco de sensibilidad: un agradable cosquilleo en las puntas de los dedos, una sensación picante en el brazo... y luego ocurrió algo más, algo *ya no* tan agradable. A medida que la sangre fluía hacia mi brazo, mil agujas ardientes comenzaron a picar mi piel, electrificando mi carne, y me congelé en un instante, apretando los dientes para atenuar el dolor, intentando no gritar.

Candy, entretanto, seguía dormida.

Había sacado el dedo de su boca, tenía los labios contraídos hacia los dientes y su lengua suelta contra las encías. No era la pose más hermosa del mundo, pero había algo extrañamente encantador en ella. Y mientras esperaba a que mi brazo dejara de

torturarme, me descubrí contemplando de nuevo su rostro. Me pregunté qué lo hacía tan hermoso: ¿La proporción, las formas, las texturas, los huesos bajo la piel? ¿O era sólo yo? Mis ojos, mi visión, mis expectativas...

Mis pensamientos.

Después de un rato, sus párpados comenzaron a moverse. Pensé que estaba a punto de despertar y me di cuenta de pronto de lo bochornoso que sería que abriera los ojos y me descubriera contemplándola... Pero antes de que pudiera hacer nada al respecto, Candy exhaló una bocanada de aire rancio, tronó los labios y se apartó de mí rodando sobre su costado.

Recogí de la almohada mi brazo muerto, froté un poco de vida en él. Luego me deslicé fuera de la cama, tomé algo de ropa y caminé sigilosamente hacia el baño para darme un duchazo largo y cálido.

Como una hora más tarde estaba en la cocina preparando café cuando Candy se asomó desde de la habitación. Se veía fatal. Sus ojos estaban inyectados de sangre, el vendaje en su mano se había soltado y la delgada camiseta que llevaba no ayudaba a cubrir los espeluznantes moretones sobre su estómago. Mientras se movía somnolienta a través del cuarto, con ojos legañosos y con aspecto de recién levantada, no pude evitar pensar en un boxeador dopado luchando por sobrevivir la mañana después de su última pelea.

—Buenos días —le dije con entusiasmo—. ¿Quieres un poco de café?

Pasó los dedos por su cabello enmarañado y musitó algo por lo bajo.

—¿Perdón? —dije.

Bostezó.

—¿Qué hora es?

—Acaban de dar las doce. ¿Quieres un poco de café?

—¿Qué?

—Café —dije sacudiendo la taza frente a ella.

—Sí... en un minuto.

Se quedó ahí parada unos instantes, frunciendo el ceño y musitando hacia el piso. Luego se dio vuelta y volvió a la recámara arrastrando los pies. Me quedé mirando, preguntándome qué estaría haciendo: ¿Se vestía? ¿Se maquillaba? ¿Se había vuelto a meter en la cama? Pero luego volvió y supe enseguida lo que hacía. Iba directamente al baño, ya no arrastrando los pies, sino caminando con un propósito, y escondía algo a sus espaldas.

Obtenía lo que necesitaba.

No sabía qué hacer al respecto.

No sabía qué se suponía que debía hacer.

¿Enojarme?

¿Permanecer en calma?

¿Decir algo?

¿No hacer nada?

Supongo que lo que realmente quería hacer era gritarle, decirle que se detuviera, decirle que *pensara* bien lo que hacía...

Pero no lo hice.

No hice nada.

Sólo me quedé donde estaba y la observé mientras entraba en el baño, cerraba la puerta y le ponía el seguro. El sonido del cerrojo me dejó helado. Me mató. Me vació. Ese simple ruidito me lo dijo todo: que yo no era nada, que ella no me quería, que no me necesitaba.

Todo lo que ella necesitaba era la heroína.

Y la odié.

Odié su poder sobre ella, su atracción, su control.

Odié la forma como alejaba a Candy...

De sí misma.

De mí.

De todo.

La odié.

Todavía pasó un rato antes de que el resto del día comenzara. Mientras Candy estaba ocupada en el baño, tosté pan y bebí algo de café... lavé las tazas y los platos... me senté un rato... hice algo más de café... luego me puse de pie y pasé un rato tan sólo deambulando por la cabaña.

No sé si fue a causa de mi estado de ánimo, pero mientras miraba las habitaciones vacías sentí que nada estaba bien. Faltaba algo, pero no podía entender qué era. Hasta donde podía darme cuenta, no se trataba de una ausencia física: de hecho, nada *faltaba* en los cuartos. Era más bien algo sensorial. Algo relacionado con los recuerdos. Mis recuerdos y los de Gina... mamá y papá... vacaciones familiares... distintas épocas...

Supongo que era eso.

Los recuerdos no eran tan antiguos, pero por alguna razón parecían difíciles de rescatar. No faltaban —definitivamente ahí estaban—, sólo que ya no estaban *ahí*. Incluso cuando me topé con cosas que *debían* haber significado algo —una guirnalda de margaritas secas al fondo de un cajón, algunos de los libros de papá en un estante, zapatos olvidados y ropa abandonada—, no conseguía ubicarlos. Los reconocía, sabía qué eran, pero nada más.

No sentía *apego* hacia nada.

La verdad es que era un poco triste.

Intenté no pensar en ello mientras entraba en la habitación y desempacaba la mochila que Gina nos había preparado. Separé la ropa de la comida, puse la ropa en

el armario y la comida en el refrigerador... y cuando eso estuvo listo, decidí revisar la electricidad. Resultó que la corriente principal sí estaba encendida después de todo. El único problema consistía en un foco fundido en la estancia principal. En realidad, debí haberlo sospechado. Me acababa de duchar con agua caliente: había estado contemplando la brillante luz roja del botón de encendido durante unos diez minutos... *Claro* que estaba encendida la electricidad. Sólo que no me había dado cuenta. Mi mente había estado concentrada en otras cosas.

Como sea, cambié el foco de la estancia y luego revisé los restantes... y guardé las velas... Intentaba pensar en qué más podía hacer para matar el tiempo cuando sonó mi celular.

Era Gina.

—¿Hola? —dije.

—¿Joe? ¿Eres tú?

—Sí...

—No te escucho...

—Espera... no hay buena señal —salí y me senté en una silla desvencijada en la veranda—. ¿Me escuchas mejor? —dije al teléfono—. ¿Me escuchas ahora?

—Sí, perfectamente —dijo Gina—. ¿Cómo van las cosas? ¿Todo está bien?

—Sí, nada mal...

—¿Cómo está Candy?

—Está bien... hablamos anoche. Ya sabes... acerca de dejar la heroína y eso. Creo que lo va a intentar.

—Creí que ya lo habían discutido.

—Sí, lo sé... quiero decir que no ha cambiado de opinión ni nada. De verdad, aún quiere hacerlo.

—¿En serio?

—Sí...

—Qué bien.

—Lo sé... pero me da un poco de miedo.

—Bueno, es normal. Quiero decir, es algo serio: físicamente, mentalmente, emocionalmente... todo. Va a ser el infierno durante un rato. Para ambos, seguramente. Por eso te dije que llamas si necesitas ayuda. Si no puedes encontrarme, llama a Mike. Le dará gusto ayudar. A cualquier hora, día o noche, no importa... sólo llama, ¿está bien?

—Sí, gracias.

—Ah, y por cierto, antes de que lo olvide... Jason llamó otra vez esta mañana. Quiere que lo llames... dice que es urgente.

—Correcto... y papá, ¿se ha puesto en contacto?

—No, aún no. ¿Qué quieres que haga si Jason llama de nuevo?

—No lo hará. No te preocupes por eso...

—No me preocupo. ¿Cómo está la cabaña?

—Bien. Ahora estoy afuera, en la veranda... es realmente agradable.

Mientras hablaba miraba el bosque y lo absorbía todo: los árboles invernales, las zarzas, el cielo abierto...

Y en verdad *era* muy agradable: frío y vacío y a kilómetros de distancia de cualquier otro lugar.

—¿Durmieron bien? —preguntó Gina.

—¿Qué?

—¿Ambos durmieron bien?

—Eh... sí...

—No me quiero entrometer...

—Pues lo estás haciendo.

Rio.

—No sucedió nada —le dije—. Sólo somos amigos, ¿está bien?

—¿Sí? Ya he oído *eso* antes.

No respondí. No supe cómo hacerlo. No era sólo que no quería hablar de Candy y de mí, aunque, hay que admitirlo, no quería; lo principal era que no sabía qué decir. No *sabía* qué éramos. No éramos novios, no éramos amantes... pero tampoco es que fuéramos *sólo buenos amigos*. Éramos algo más. *Te níamos* algo más. Sólo que no estaba muy seguro de qué era lo que teníamos.

—¿Joe? —dijo Gina—. ¿Sigues ahí?

—Sí...

—¿Estás enfadado conmigo?

—No.

—No quise decir nada... no intentaba hacerme la graciosa. Sólo estoy siendo tu hermana, eso es todo.

—Lo sé... está bien.

—Candy me cae *bien*. Es una linda chica. Y sé que en verdad te gusta... sólo quiero que tengas cuidado, ¿de acuerdo?

—Sí, lo tendré... Lo estoy *teniendo*. De verdad que está bien. No es un problema...

Justo entonces se abrió la puerta de la cabaña y Candy salió a la veranda. Vestía un grueso suéter verde y su pequeño sombrero negro, y mientras estaba ahí parada, bajo la luz de la mañana, sorbiendo café negro y sonriéndome, nada más parecía tener importancia. Confusión, tristeza, enojo, odio... todo se disipó en el viento. Todo estaba bien de nuevo. Yo estaba bien. Candy estaba bien. Todos estábamos bien. Nada podía haber estado mejor: el tiempo, el mundo, la forma como me sentía... mi cuerpo, mi corazón, mi estado de ánimo...

En un santiamén, todo estaba *bien*...

Como debía ser.

—Me tengo que ir —le dije a Gina—. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Ah... está bien —dijo, un poco sorprendida por mi brusquedad—. ¿Todo está

bien?

—Sí —le aseguré mirando a Candy—. Todo está perfecto.

Y lo estuvo, durante un rato.

Después de que estuvimos sin hacer nada durante más o menos una hora, nos pusimos los abrigo, cerramos con llave la cabaña y nos dirigimos al estuario. Mientras paseábamos a través del bosque, tomados del brazo, deambulando despacio por los senderos, el cielo adquirió un tono grisáceo que enfrió el aire con la promesa del crepúsculo. Era apenas media tarde, pero ya podía sentir la noche que se acercaba. Estaba ahí en las sombras, en el corazón del bosque, acercándose cada vez más, como una bestia agazapada, acechando la fragilidad del día...

Sabía que se aproximaba.

Podía sentir su aliento oscuro.

Pero aún no llegaba.

La cabaña no queda lejos del estuario, y el bosque no tardó en despejarse y el sendero a serpentear a través de riscos bajos, hacia las angostas orillas de arena y lodo que corren a lo largo de la ribera. Todo estaba en calma. La marea estaba quieta, el viento había disminuido y las aguas del estuario estaban altas y tenían un color gris plateado.

Nos sentamos en una banca a la orilla del bosque y miramos hacia el estuario. Vi un martín pescador volar rozando la superficie del agua, su brillo azul metálico reflejado en la superficie plateada. Luego se marchó como una estrella fugaz, y el estuario volvió a quedar quieto y callado.

—¿Qué hay del otro lado? —preguntó Candy.

—No lo sé —admití mirando al otro lado del agua, hacia los campos áridos y granjas derruidas en la lejanía—. Granjas, su pongo...

—¿Dónde queda Orwold?

—Hacia atrás —le dije apuntando detrás de mi hombro.

—¿Está lejos?

—No mucho... un par de kilómetros —la miré—. ¿Por qué quieres saberlo?

Apretó mi brazo.

—No te preocupes. No pienso escapar. Sólo necesito comprar algunas cosas, eso es todo. ¿Hay alguna tienda en el pueblo?

—Sí, creo que sí. Podemos regresar por ahí si quieres.

—Está bien.

De nuevo nos quedamos en silencio durante un rato. Candy encendió un cigarrillo

y lo fumó en silencio, y yo sólo me quedé ahí sentado, mirando al vacío. El sol bajaba, bordeando el horizonte con su luz agonizante, y los primeros colores deslavados del atardecer comenzaron a pintar el cielo. La atmósfera me recordó nuestro día en el zoológico, cuando llegaba la tarde y los chicos de la escuela y los turistas se dirigían de vuelta a casa, y los animales se preparaban para dormir y Candy y yo vagábamos en silencio por el lado más apartado del zoológico...

Y me pregunté si ahora también estábamos en el sitio más apartado. Alejados de toda la gente, alejados del mundo, de todo el caos...

¿Sería éste nuestro lugar, allí donde podríamos compartir secretos?

Miré a Candy, pensando: «¿Secretos, verdades o nada?».

Me miró de vuelta, los ojos perdidos en una neblina embrujada.

—Lo haré hoy —dijo en voz baja—. Cuando volvamos. Me daré la última. Y eso será todo. No más.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Sí —murmuró enjugándose una lágrima—. Ya he tenido suficiente, Joe. Ya no quiero estar así.

Para cuando logramos cruzar el bosque y recorrimos el sendero hasta Orwold, la luz del día languidecía y todas las tiendas del pueblo estaban cerradas. Candy comenzaba a ponerse cada vez de peor humor.

—¿Qué es esto? —ironizó—. ¿Un pueblo fantasma? ¿Por qué está todo cerrado?

—Deben de ser más de las cinco —le dije—. Por aquí se cierra todo temprano durante el fin de semana. Tendremos que ir a la gasolinera.

—Grandioso... y eso, ¿qué tan lejos está?

—Sólo al final del camino.

Era una de esas gasolineras que vende toda clase de cosas: videos, cigarrillos, cerveza, provisiones... lo que quiera que uno necesite para seguir con vida. Candy tomó una canasta y comenzó a recorrer los pasillos, tomando cosas de los anaqueles mientras yo la seguía. No parecía estar de humor para preguntas, de modo que no la molesté preguntándole qué compraba o por qué. Sólo la seguí, mirando con curiosidad cómo llenaba la canasta con toda clase de objetos extraños: barras de chocolate, galletas, dulces, Coca-Cola, aspirinas solubles, revistas del corazón, libros de bolsillo, talco...

En la caja vació la canasta sobre el mostrador. Pidió un cartón de cigarrillos y luego pagó con todo el efectivo que le había quitado a Iggy.

Había oscurecido por completo cuando volvimos a la cabaña. En cuanto atravesamos la entrada principal, Candy corrió a la recámara y casi inmediatamente después salió corriendo de nuevo en dirección al baño.

—¿Ésta es? —pregunté.

Se detuvo titubeante y me miró.

—¿Esta es la última vez? —dije.

—Sí... sí. Lo es. Mira, lo siento... Es sólo que... no sabía que estaríamos fuera tanto tiempo... —sus ojos volaron con ansiedad hacia el baño—. Realmente lo necesito en este momento...

—No tienes que ir a ninguna parte. Quiero decir, no tienes que esconderte de mí... no me importa...

—No —dijo rápidamente—. No es agradable... no quiero que me veas. No es nada, de todas formas... es sólo... es sólo patético —sacudió la cabeza—. Son sólo unos estúpidos pedazos de papel aluminio y un montón de porquería... y odio tener que hacerlo... es tan feo... —me miró enjugándose el sudor de la frente, y de pronto me di cuenta de que sufría, y que lo único que yo estaba haciendo era prolongar su dolor.

—Está bien —le dije señalando el baño—. En serio... te entiendo. No hay problema.

Intentó sonreír, pero su rostro estaba demasiado tenso para permitirlo. Todo lo que consiguió fue un rígido asentimiento con la cabeza, como un niño lloroso, y luego se fue como bólido al baño.

Esta vez, sin embargo, no cerró la puerta con seguro.

Veinte minutos más tarde estábamos sentados frente a la hoguera, bebiendo té y charlando. Candy estaba un poco dopada, pero perfectamente lúcida, y parecía bastante contenta con lo que estaba haciendo.

—Ya sé que será difícil —me dijo—. Pero creo que ya me convencí. Es como si ya me viera del otro lado... puedo ver lo que quiero ser. ¿Entiendes lo que quiero decir? Puedo ver hacia dónde voy, y realmente *quiero* llegar ahí —comenzó a vaciar sus bolsillos sacando las cosas que le había quitado a Iggy y dejándolas en el suelo—. Será mejor deshacerme de esto ahora mismo —explicó—, mientras aún sepa lo que hago.

Miré cómo se apilaban las drogas: paquetes pequeños, bolsas de plástico, frascos con pastillas. Era extraño cuán inofensivo se veía todo. Eran sólo cosas —polvos y píldoras—, y era difícil imaginar cómo algo tan insignificante podía significar tanto para alguien.

Candy se puso de pie y me enseñó los bolsillos vacíos.

—Todo fuera —dijo—. ¿Está bien?

La miré.

—No tienes que demostrarme nada.

—Sí, tengo que hacerlo. Soy adicta, Joe. Mentimos y hacemos trampa y escondemos cosas. No puedo confiar en mí misma para hacer esto... tienes que ayudarme.

—Está bien —le dije—. ¿Qué quieres que haga?

Señaló con la cabeza hacia el montón que había en el piso.

—Deshazte primero de todo eso.

Junté todos los paquetes y las bolsas y me dispuse a echarlos en la hoguera.

—Ahí no —ladró Candy, deteniéndome justo a tiempo—. Dios... si quemas todo eso ambos estaremos volando durante días. Sólo tíralo todo al excusado.

Me puse de pie y me dirigí hacia el baño.

—Espera —dijo Candy—. Necesitas revisar mi bolsa también.

Me detuve y la miré:

—¿Tu bolsa?

—Está en la recámara. No *creo* haber puesto nada ahí, pero no puedo jurarlo.

Le lancé una mirada titubeante.

—¿Qué? —dijo.

—Nada... es sólo... bueno, pues son tus cosas personales, ¿no es cierto? No estoy seguro de...

—Son sólo ropa y porquerías —me interrumpió—. No hay nada de qué apenarse. Mira, esto es en serio, Joe. Por más que mis intenciones sean buenas ahora mismo, en cierto momento me voy a desesperar y cuando lo haga probablemente comience a buscar la más pequeña brizna de droga. Si está ahí, la encontraré... y si la encuentro, la tomaré. No *quiero* que eso suceda, pero no estaré en condiciones de detenerme. Así que la única manera de asegurarme de que *no* encontraré nada es asegurándonos de que no habrá nada que encontrar. ¿Comprendes?

—Sí —dije mientras me levantaba y me dirigía a la recámara.

—Revisa todo —me gritó—. Y quiero decir *todo*.

Revisé todo: su mochila, su ropa, su maquillaje, su bolso, debajo de la cama, debajo de la alfombra... cualquier lugar y por todas partes. Todo lo que hallé fue un poco de papel aluminio y un par de popotes de plástico. Lo puse en mi bolsillo con el resto de las cosas. Luego dejé la habitación y fui al baño, donde tiré todas las drogas al excusado. No todas se fueron la primera vez, de modo que tuve que seguir tirando de la cadena durante un rato. Al final el agua quedó limpia y todo desapareció.

Salía del baño cuando de pronto recordé algo que Candy me había dicho: «Soy una adicta —dijo—. Mentimos y hacemos trampa y escondemos cosas».

Busqué en el baño. Era el lugar perfecto para esconder cosas. Era privado. Candy siempre había tenido una excusa para entrar ahí... y además, no había sugerido que lo revisara.

De modo que comencé a revisarlo. Muebles, anaqueles, bajo el tapete... En realidad no sabía qué buscaba, pero supuse que si lo hallaba lo sabría. Un par de minutos más tarde, mientras revisaba el mueble sobre el lavabo, Candy apareció de pronto en la puerta. No dijo nada al principio, sólo me miró. Me sentí un poco extraño, pero no dije nada. Simplemente seguí buscando.

—Tienes una mente suspicaz —me dijo después de un rato.

—A veces he escondido algunas cosas —le dije—. Sé dónde buscar.

—¿Sí? ¿Qué clase de cosas has escondido *tú*?

—Cosas secretas...

—¿Cómo qué?

—No serían secretas si te dijera, ¿no crees?

Asintió. Luego siguió observándome en silencio. Mientras me agachaba y miraba dentro del mueble, debajo del lavabo, me pregunté si ella sabía que yo mentía. La verdad es que nunca había escondido nada en mi vida... no que recordara, al menos. Probablemente había puesto cosas donde no pudieran ser *encontradas*... pero no es lo mismo, ¿verdad? Esos escondites de *aficionados*, la clase de escondites que en realidad no tienen importancia.

—¿Joe? —dijo Candy interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Sí?

—¿Quieres *revisarme*?

Me puse de pie y me di la vuelta. Ahí estaba ella: recargada contra la pared, sonriéndome. Pero era la clase de sonrisa que no quiere decir nada: toda labios y dientes, sin ojos chispeantes...

—¿Qué?

—Quiero decir, si no confías en mí... —alzó los brazos sobre la cabeza—. Si quieres hacer una búsqueda realmente *a conciencia*...

—No seas tonta... no quiero *revisarte*. Sólo hago lo que me dijiste. Tú me dijiste que no confiara en ti —sacudí la cabeza—. Baja los brazos.

Alzó una ceja provocativamente.

—¿Estás seguro?

No dije nada. No entendía lo que estaba haciendo. Jugaba conmigo: me molestaba, me tentaba, me probaba... ¿O sería algo más? ¿Una especie de torcida reacción emocional?

No lo sabía.

La verdad es que no quería pensar en ello.

—Iré a preparar un poco de té —dije.

Mientras pasaba junto a ella y volvía a la estancia principal, sentí el corazón latir intensamente. Hubiera deseado que no fuera así. No quería sentir nada. Sólo quería que las cosas fueran simples.

Cuando Candy salió del baño y se reunió conmigo frente a la hoguera, se veía un poco torpe, como si supiera que había hecho algo ligeramente vergonzoso y quisiera dar explicaciones, pero sin saber cómo hacerlo.

—¿Todo bien? —le pregunté mientras se sentaba.

—Sí... gracias —sacudió de sus jeans un poco de polvo imaginario—. Mira —dijo—, no quise...

—¿Qué hay en la bolsa? —le pregunté.

—¿Perdón?

Señalé la bolsa de plástico sobre la mesa.

—Todo lo que compraste en la gasolinera. ¿Para qué es?

Creo que entendió que quería cambiar de tema, alejarla de aquella sensación de incomodidad, y creo que ambos supimos que era lo mejor que podíamos hacer. Ya había suficiente incomodidad con las cosas como estaban: en realidad, no necesitábamos más. Y además, evitarlo era también lo *más fácil*.

—¿Te refieres a todo el chocolate y eso? —dijo.

—Sí... y todo lo demás.

—Sólo intento ser práctica —explicó—. Sé lo que se siento cuando comienza la abstinencia... He estado antes ahí. No como ahora... quiero decir que nunca antes lo he hecho por propia elección, y nunca ha sido por mucho tiempo. Pero sé qué se siente. A veces Iggy me retenía las cosas... si yo le decía que no quería hacer algo, o lo había hecho enojar por algo... no me daba droga. Sólo me encerraba en el cuarto y me dejaba ahí hasta que yo comenzaba a trepar por las paredes —miró el fuego con tristeza—. Al final, siempre consiguió lo que quiso.

—¿No podías conseguir esa cosa con alguien más? —le pregunté.

—Lo pensé un par de veces —me dijo—, pero no habría funcionado. Iggy conoce a *todo* el mundo. Se habría enterado. Habría matado a quien me la vendiera, y luego me habría matado a mí.

Si Candy me hubiera dicho eso unos días antes, probable mente habría pensado que era una exageración. Pero ahora sabía de lo que Iggy era capaz —aún podía sentir su navaja cortando mi garganta— y sabía que Candy decía la verdad.

—En todo caso —continuó—, sé cómo será esto —me sonrió—. Voy a comer muchas porquerías azucaradas y voy a tener náusea y a sentirme de mierda, sudorosa y loca. De hecho, ya empiezo a sentirlo ahora.

—¿De verdad?

—Sólo un poco —dijo encogiéndose de hombros—. Tal vez sólo sea el miedo a lo que viene. Una fumada normalmente me dura dos o tres horas...

—¿Fumarla hace alguna diferencia? —le pregunté—. Quiero decir, ¿es menos adictivo que si usas jeringas u otra cosa?

—Cuando empecé creí que sí... mucha gente lo piensa. Pero no es verdad. Sólo es una forma diferente de meter esta cosa en tu cabeza. Algunos piensan que inyectarte te vuela más... —hizo una pausa, sacudiendo la cabeza—. Vaya, ¿quién me oyera? Sueno como una yonqui. *Odio* hablar de drogas. Es tan horriblemente *molesto*.

—¿Molesto?

—Sí —sonrió—. Tienes a todos los *dealers* y yonquis divagando acerca de su mercancía y sus viajes y dios-sabe-qué-más... Y es tan aburrido. Es como escuchar a un grupo de *nerds* hablar sobre computadoras o algo así.

—¿Tan malo como eso?

—Sí —sonrió—. Sólo que *estos nerds* están locos de remate y algunos llevan armas cargadas.

Asentí tratando de imaginar cómo sería aquello: vivir en ese mundo desconocido de drogas y armas y violencia... pero aún no lo conseguía. Ni siquiera me acercaba. Podía *aceptarlo*. Sabía que un mundo así existía y no estaba demasiado lejos de comprenderlo... ¿pero la idea de *vivir* en él...? Eso requería demasiada imaginación.

—¿En qué piensas? —me preguntó Candy.

La miré.

—Nada... sólo estaba...

—¿Pensando?

—Sí.

Volvió a mirar el fuego mordiéndose el labio, contemplando profundamente sus propios pensamientos. Después de un rato, dijo:

—¿Por qué haces esto, Joe?

—¿Qué cosa?

—Ayudarme... encontrarme, traerme acá... —me miró—. ¿Por qué lo haces?

—¿Por qué? —pregunté sin encontrar las palabras adecuadas.

—Sí... ¿por qué?

—No lo sé... —tartamudeé—. Yo sólo... no lo sé... ¿tendría que haber una razón?

—Creo que sí.

Mientras me miraba, pude sentir cómo mi boca se movía en vano, buscando las palabras que no encontraba. «¿Por qué haces esto?», me pregunté, pero yo sabía que no lo sabía. Era una pregunta llena de otras preguntas. ¿Por qué haces *lo que sea*? ¿Por qué te gusta la música? ¿Por qué te drogas? ¿Por qué te odias? ¿Por qué mueres? ¿Por qué te enamoras?

No tenía respuesta. No *sabía* por qué hacía nada. Sólo lo hacía.

—Es extraño, ¿verdad? —dijo Candy.

—¿Qué?

—Todo... no lo sé: tú y yo... la manera como suceden las cosas... todo este rollo... —se talló la sien y suspiró—. Lo siento... no sé de qué hablo. Comienzo a divagar. Tal vez sea mejor que me acueste un rato.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Nada mal... —bajó la cabeza y comenzó a limpiarse las uñas nerviosamente—. Puede que me ponga un poco rara —dijo con timidez—. Ya sabes, cuando suceda... puedo decir cosas que no quiero, cosas no muy agradables —alzó la cabeza y me miró—. No seré yo, Joe.

—Lo sé... no importa.

—Y no tengas miedo de ponerte duro conmigo. No te rindas, ¿de acuerdo? No importa lo que diga, lo que te pida hacer...

—¿Sólo digo que no?

—Sí —sonrió—. Algo así.

—Haré mi mejor esfuerzo.

Me miró por un momento y pensé que diría algo más. Pero luego su sonrisa se desvaneció y, sin decir más, se puso de pie.

—¿Necesitas algo? —le pregunté.

—No, gracias. Sólo me voy a acostar un rato en la habitación... dejaré la puerta abierta.

—De acuerdo.

Comenzó a alejarse.

—Antes de que te vayas —la llamé—. ¿Puedo preguntarte algo?

—¿Qué cosa?

—Tu nombre...

Frunció el ceño.

—¿Mi *nombre*?

—Sí... me lo he estado preguntando desde el día en que nos conocimos.

—¿Preguntándote qué?

—Si Candy es tu nombre verdadero.

No respondió enseguida. Sólo me miró de forma extraña. Por un momento pensé que estaba molesta conmigo. Pero entonces, para mi tranquilidad, sus ojos de pronto se iluminaron cuando entendió lo que le decía.

—Ah, *cierto* —dijo—. Ya sé lo que quieres decir. ¿Pensaste que *Candy* podría ser mi apodo callejero?

—Sí, supongo...

Rio en voz baja.

—No... ésa es la única cosa que *no* tuve que cambiar. Candy es mi nombre verdadero... Bueno, de hecho, es Candice.

—¿Candice?

Asintió.

—Parece que significa «pura y virtuosa».

—¿De verdad?

—Sí —sonrió—. ¿Qué pasa? ¿Te parece gracioso?

—No —sonreí—. Para nada.

Se quedó ahí, sonriéndome por un segundo, abriendo un agujero en mi corazón. Luego dio media vuelta al tiempo que hacía una señal con la mano, y se dirigió a la recámara.

Pasaría mucho tiempo antes de que volviera sonreír de esa manera.

DIECINUEVE

Es duro revivir el resto de la historia. Sé lo que sucedió: puedo recordar cada instante. Desde las primeras y atribuladas horas de aquella fría noche de sábado, y los interminables días que vinieron después, hasta el mortal silencio del último segundo, cuando acabó todo...

Lo recuerdo todo: cada palabra, cada respiro, cada *tic tac* del reloj... Todo lo que sucedió estará conmigo para siempre.

Jamás lo olvidaré.

Pero eso no significa que lo pueda vivir de nuevo. No puedes revivir lo que se ha ido, sólo puedes recordarlo, y los recuerdos no tienen vida. Sólo son pálidos recordatorios de una época que se ha ido: como fotografías descoloridas o una guirnalda seca de margaritas en el fondo de un cajón. No tienen sustancia alguna. No pueden conducirte al pasado. Nada puede conducirte al pasado.

Nada vuelve a ser como era antes.

Nada lo es.

Todo lo que puedo hacer es contarlo.

Sábado por la noche. Ocho en punto: me había provisto de leños y había encendido la fogata. Ahora sólo descansaba en el sillón, mordisqueando galletas y hojeando las revistas bobas de Candy. No eran tan interesantes: sólo muchas fotografías de celebridades sudorosas, celebridades mal vestidas, celebridades ebrias... esa clase de cosas. Pero me ayudaron a matar el tiempo.

Candy seguía en la habitación. Yo había entrado un par de veces para asegurarme de que se encontrara bien, y en ambas ocasiones la encontré dormida. La primera vez que entré estaba enroscada como un bebé encima de la cama. Pensé en cubrirla con una cobija o algo, pero parecía estar bien así y no quería despertarla, de modo que la dejé como estaba. Una hora más tarde, cuando fui a verla de nuevo, estaba dentro de la cama, cubierta hasta la cabeza con el edredón. Me quedé un rato, sólo para asegurarme de que aún respiraba. Luego salí de puntillas y la dejé dormir.

Ahora sólo esperaba.

Mataba el tiempo.

Contemplaba las fotografías de gente famosa, vaciaba la mente, escuchaba afuera el viento entre los árboles. Lo oía crecer aullar, entrar en ráfagas por la chimenea y sacudir las ventanas...

Sonaba enfadado.

Me pregunté adónde iba cuando moría.

Ocho y media: Candy salió de la habitación y en silencio arrastró los pies hacia el baño. Aún estaba vestida, pero iba descalza. Me alegró verla arrastrar los pies. Que arrastrara los pies significaba que no tenía prisa. Y ninguna prisa significaba no drogas. Después de un par de minutos la puerta se abrió y Candy se acercó al sillón y se paró a mi lado. Se veía cansada y acabada, tenía ojos somnolientos y su rostro estaba pálido, pero yo estaba bastante seguro de que no había tomado nada. Sólo se veía agotada.

—Cómo vas —le pregunté.

—No muy bien —respondió—. Tengo frío... Estoy temblando —se abrazó y se rascó los brazos—. Tengo comezón.

—¿Necesitas algo?

—¿Tú qué crees? —dijo, abatida.

—Lo siento... quiero decir que si necesitas algo de beber o algo así.

—¿Tienes vodka?

—Um... no... Sólo té y café. O hay chocolate caliente...

—¿Nada de alcohol?

—No... lo siento.

Se sorbió con fuerza la nariz y parpadeó.

—¿Y qué tal una televisión?

—Sí, hay una portátil en blanco y negro en alguna parte. ¿Quieres que la coloque en la recámara para que la veas?

—Sí, supongo... —me miró—. Perdona... Me siento de porquería. Me tomaré unas aspirinas y volveré a la cama.

—Te traeré la tele... ¿Quieres tus revistas?

No respondió. Sólo se encogió de hombros y miró al piso. Su mano descansaba en el respaldo del sillón. Le di un ligero apretón pero ella no respondió. Sentí su piel fría y húmeda.

—Anda —le dije—. Vete a la cama.

Alzó la vista del suelo, asintió vacuamente hacía mí y volvió a la habitación.

Diez y media: estaba cansado y aburrido y solo. Quería hacer algo, pero no sabía qué.

Sabía que había algunos libros viejos por ahí y más temprano había visto el ajedrez de papá. Estaba casi seguro de que había un polvoriento radio viejo en alguna parte... pero no tenía ganas de hacer nada. No quería leer. No quería jugar al ajedrez. No quería escuchar la radio.

Miré hacia la puerta de la habitación. La luz de la televisión parpadeaba en la oscuridad y yo alcanzaba a escuchar el sonido de una película flotando débilmente en el aire. Escuché con atención, tratando de adivinar qué era, pero el volumen era tan bajo que no logré entender nada.

«¿Por qué no la acompañas allá adentro? —me pregunté—. No le importará. No tendrían que hablar ni nada, podrían sólo sentarse juntos a mirar en silencio la película...».

Me puse de pie y caminé hacia la ventana.

Afuera, la noche aún estaba enfadada. Ráfagas de viento salpicaban el vidrio como una lluvia de agujas rencorosas y el viento seguía embistiendo los árboles, desnudando sus ramas y lanzando sus hojas al aire. Sin embargo, a los árboles aquello no parecía molestarles gran cosa. Lo habían vivido antes.

Cerré la cortina y volví al sillón.

«Probablemente esté dormida —pensé—. El volumen al que tiene la televisión... es un volumen para dormir. Es la clase de volumen que dice: no molestar, por favor déjenme en paz».

Me recosté en el sillón, cerré los ojos y escuché el viento.

Diez cuarenta y cinco: estaba medio dormido cuando escuché a Candy llamándome. Medio soñaba que estaba de vuelta en mi habitación, sentado en mi cama, tocando la guitarra... perdido en el tiempo, perdido en la música, perdido en otro mundo... y por un momento pensé que aquella era la voz de Gina. Pero luego escuché de nuevo, esta vez más claramente, y me puse de pie y me dirigí a la habitación.

—Joe... —volvió a llamar Candy—. ¿Joe? ¿Dónde estás?

—Perdona —dije entrando súbitamente en la habitación—. No te oía. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Se había ovillado sobre la cama bajo una sábana enredada. Su cuerpo estaba bañado en sudor. La televisión portátil estaba sobre la cama, junto a ella. Su luz helada y blanca parpadeaba en silencio sobre sus facciones. Su piel parecía hinchada.

—No puedo dormir —dijo—. Tengo demasiado calor... ¿Qué hora es?

—Como las once.

—Mierda... ¿Cuándo va a parar este viento?

—No lo sé.

—No me gusta... Hace demasiado ruido. No me deja dormir.

Gruñó y se colocó sobre el costado. La sábana se soltó y vi que se había puesto el camisón. Estaba húmedo de sudor, enrollado en sus piernas.

—¿Puedo traerte algo? —le pregunté.

Gimió en su almohada.

Le dije:

—¿Quieres un poco de agua? Quizá te refresque.

—Quiero dormir —murmuró—. Sólo quiero dormir...

Me sentía bastante inútil, ahí parado, sin saber qué hacer. Quería que se sintiera mejor, pero no sabía cómo, y no sabía cómo lidiar con mi ignorancia. «¿Qué debo hacer? ¿Debo decir algo más? ¿Debo esperar a que Candy diga algo más? ¿Debo quedarme... o irme?».

Después de pensarlo un rato, dejé la habitación y volví a la estancia. Revisé la hoguera, me aseguré de que la cabaña estuviera cerrada con llave; luego tomé todos los cojines del sofá, traje algunas cobijas del armario y volví a la habitación. Candy había enterrado la cabeza en la almohada y se quejaba en voz baja. Se la pasaba pateando, intentando desenredar la sábana anudada, pero sólo empeoraba las cosas.

Intenté no hacer ruido mientras colocaba los cojines en el piso junto a la puerta abierta. No estaba intentando esconder mi presencia. Simplemente no quería anunciar que estaba allí. Me senté y me quité los zapatos, luego me acosté sobre los cojines, acomodé las cobijas e intenté ponerme cómodo. Me tomó un rato, pero finalmente hallé una posición que no estaba demasiado abultada o fría, pero que aún me permitía una visión razonable de la cama.

Era un lugar suficientemente bueno para estar.

Podía ver a Candy.

Podía escuchar el viento entre los árboles.

Podía cerrar los ojos y sentir los movimientos de la noche reptar por mi espina dorsal. Podía escuchar el sonido de mi corazón, el sonido de mi sangre, el sonido de la maquinaria bajo mi piel. Podía abrir los ojos y contemplar las luces de la televisión chocando intermitentes contra el techo, imaginando los destellos de un cielo iluminado por la tormenta. O podía sólo quedarme ahí, perfectamente quieto, sin hacer absolutamente nada.

La noche pasa con lentitud cuando estás despierto. Creo que dormité una o dos veces, pero la mayor parte del tiempo sólo estuve acostado escuchando a Candy revolverse en la cama y gemir y llorar. No se podía estar quieta un segundo. Tenía o mucho frío o mucho calor. Sudaba... temblaba después. Sudaba... temblaba. Se abrazaba. Golpeaba la almohada. Maldecía... insultaba... gritaba... aullaba... escupía... tosía... sorbía... lloraba...

Sufría.

No era nada agradable.

En algún momento de la madrugada, alrededor de las cuatro, Candy gruñó, se sentó y comenzó a salir de la cama. Hasta el mínimo movimiento parecía causarle

dolor. Su cabello estaba todo enredado y su rostro había envejecido: se veía como una loca. Mientras rodaba fuera de la cama y se tambaleaba hacia la puerta, apretándose el estómago, podía escucharla murmurar por lo bajo.

—Mierda... carajo... mierda...

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté en voz baja.

—¿Eh? —gruñó mirándome mientras entrecerraba los ojos legañosos—. ¿Qué es eso...?

—Soy yo... Joe —dije, irguiéndome—. ¿Necesitas ayuda?

—Necesito cagar —dijo inexpresivamente.

Su cara se veía vacía. No había nada ahí: ninguna señal de reconocimiento, de darse cuenta de nada, de mí. Sus ojos estaban fríos y vacíos. Miró a través de mí un momento o dos luego se limpió la nariz con el dorso de la mano y se tambaleó hacia el baño.

Las horas siguientes entró y salió de la cama como un yoyo. Debe de haber ido al baño por lo menos una media docena de veces antes de calmarse al fin y perderse en un sueño intranquilo. Comenzaba a amanecer para entonces y, a medida que la luz grisácea de la mañana avanzaba sigilosamente a través del cielo bostezante, descubrí que el sueño me eludía.

Me deslicé fuera de la habitación y preparé algo de café. Luego salí a la veranda y observé al sol alzarse sobre el bosque.

Domingo por la mañana, nueve en punto: estaba en la habitación, sentado en la orilla de la cama. Y Candy lloraba.

—Duele, Joe —sollozó—. Tengo tanto frío... me duele todo. No *puedo* soportarlo... *necesito* algo... por favor...

Le di unas aspirinas. Se las echó en la boca, tomó un trago de agua y de pronto comenzó a arquearse. No supe qué hacer. Candy se doblaba de dolor, se agarraba el estómago, se ahogaba y escupía chorreando humedad por los ojos y por la nariz.

Todo lo que yo podía hacer era sentarme y observar.

—¡Oh, Dios...! —gritó—. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios...!

Aquello continuó durante un rato: arcadas, llanto, temblores, sollozos... y yo hice lo que pude para consolarla. Le pasé más cobijas. Puse un recipiente junto a la cama de modo que no tuviera que ir al baño cada vez que quisiera vomitar. La mantuve abastecida de pañuelos desechables y agua...

Básicamente, me ocupé de ella.

No estoy seguro de que todo eso la haya ayudado gran cosa, pero al menos era

algo qué hacer, lo cual era mucho mejor que estar sentado, sintiéndome asustado de muerte.

Mediodía: comenzaba a resentir la falta de sueño. Sentía el pecho apretado, los ojos pegajosos. Y se me olvidaban cosas obvias. Llenaba la tetera, luego olvidaba encenderla... o abría un armario y olvidaba qué buscaba. Seguí bebiendo café para mantenerme despierto, pero lo único que conseguí fue agitarme el cerebro.

Una de la tarde: preparé un poco de té y pan tostado y lo llevé a la habitación. Candy estaba sentada sobre la cama, fumando un cigarrillo. Su cara estaba casi blanca y tenía los ojos monstruosamente grandes.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—De maravilla —dijo—. Mi piel está ardiendo, mi cabeza pulsa, me duele el estómago... no me puedo quedar quieta... no me puedo mover... —chupó su cigarrillo y me miró—. Me siento de maravilla.

—¿Quieres un poco de pan tostado?

—No... Quiero sentirme mejor.

—¿Qué tal un poco de chocolate?

No respondió. Sólo me lanzó una mirada furibunda. Puse el té y el pan tostado sobre la mesita de noche. Luego miré alrededor buscando las cosas que Candy había comprado en la gasolinera. Encontré la bolsa en el piso, la levanté y la puse sobre la cama. Candy no dijo nada. Su mirada se había endurecido y ahora me miraba con la crueldad de un niño malvado. Yo no sabía cómo lidiar con eso. No *podía* lidiar con eso.

—Voy a salir a respirar un poco —le dije—. Estaré frente a la entrada, de modo que si me necesitas, sólo grita, ¿de acuerdo?

Siguió sin decir nada. Mientras me daba la vuelta y salía de la habitación sentí sus ojos clavarse en mi espalda.

Afuera, el viento había cesado y el día era brillante y frío. Atravesé hacia la orilla del claro y me senté en el suelo, al lado de un roble sin hojas. Hacía años, el árbol había sido fulminado por un rayo. Su tronco estaba cicatrizado y renegrido y sus raíces emergían de la cama de hojas como extremidades de gigantes semienterrados. Me recargué y cerré los ojos. El aire se adensaba con el olor del bosque. Mientras estaba ahí sentado, respirando profundamente, casi pude saborear la acidez de las hojas secas y pasto refrescado por el viento, y yo sólo pedía que aquel olor ahuyentara la peste de la confusión de mi cabeza. Pero yo sabía que no era posible. No había suficiente aire fresco en el mundo para conseguirlo.

Saqué mi celular del bolsillo, lo abrí y apreté el botón de marcado rápido para llamar a casa. No hubo respuesta. Intenté el celular de Gina, pero estaba apagado. Pensé en llamar a Mike, pero por alguna razón no tenía ganas de hablar con él; de modo que, a falta de algo mejor, llamé de nuevo a casa y revisé los mensajes en la contestadora.

Había dos mensajes, ambos silenciosos. Quien llamaba había esperado el *bip*, para luego guardar silencio y colgar.

Aquello no me gustó.

Me inquietó.

»Olvídalo —pensé—. Probablemente sea sólo papá, para saber cómo estás.

»No —pensé—. No llamaría sin dejar mensaje.

»De acuerdo, entonces... ¿qué tal Jason? Pudo haber sido Jason...

»De ninguna manera. Ya ha llamado dos veces y lo han mandado al cuerno. Es demasiado orgulloso como para arriesgarse de nuevo, ¿verdad?

»De modo que es un error... número equivocado, eso es todo. Alguien marcó el número equivocado y no supo qué decir...

»¿Ah sí? Y entonces, ¿por qué llamaron dos veces?».

No tenía una respuesta para eso.

Contemplé la cabaña y me pregunté qué estaría haciendo Candy. ¿Dormía? ¿Vomitaba? ¿Lloraba? ¿Seguía enfadada conmigo? ¿Por qué se había enfadado en primer lugar?

¿Tenía importancia?

Tampoco tenía una respuesta para eso.

Miré el teléfono en mi mano y pensé de nuevo en Jason. Sabía que debía llamarlo. No quería hacerlo, pero, al margen de lo que pensara, se merecía algún tipo de explicación, igual que el resto del grupo. La grabación sería pronto y yo me había largado sin decirles siquiera una palabra.

Eso no estaba *bien*, ¿cierto?

No era *justo*...

Pero tampoco era algo que estuviera ocurriendo aquí. Aquello ocurría en otro lugar y en aquel otro lugar no importaba. Algún otro lugar era ningún lugar.

Cerré el teléfono, me puse de pie y volví a la cabaña.

Candy salía del baño cuando abrí la puerta. Se había peinado y vestía jeans y un suéter. Por un instante mi corazón se alegró y pensé que todo estaría bien. Se sentía mejor... lo peor había pasado... Candy se dirigía hacia la normalidad...

Pero entonces vi sus ojos y supe que estaba equivocado. No expresaba *normalidad*, expresaba desesperación.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—No preguntes —dijo pasando de largo.

Cerré la puerta principal y la seguí hacia la habitación. Era un desorden. Todos los cajones del armario habían sido vaciados y el contenido estaba regado por todas partes. La cama había sido movida, el colchón volteado... Candy incluso había revisado mi mochila. Ahora arrastraba los pies por la recámara recogiendo cosas del piso y aventándolas en su mochila.

—¿Qué haces? —repetí.

—Ya te dije... no preguntes.

—Lo acabo de hacer.

—Pues no lo hagas.

La miré mientras terminaba de empacar. Se veía terrible todo en ella causaba dolor. Su cara, sus labios, sus mejillas, sus ojos... su cuello, sus piernas, el contorno de su cuerpo... su piel blanco pálido.

Dios... su piel.

Recordé la primera vez que la vi, la forma como estaba parada, mirándome, cómo había ladeado la cabeza y sonreído, la manera en que su piel ondulante me había petrificado.

Ya no me petrificaba: ahora sólo me asustaba. Era demasiado blanca, demasiado transpirada, demasiado fría... como plástico lechoso dejado a la intemperie bajo la lluvia.

—No puedes hacer esto —le dije.

—¿Hacer qué? —dijo deslizando el cierre de su mochila.

—No puedes sólo *rendirte* a ella...

—¿No?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque...

—Porque, *¿qué?* —se burló volviéndose para encararme—. Vamos, Joe. Quiero saber por qué. ¿Por qué no me puedo rendir a ella? ¿Porque me hará sentir mejor? ¿Porque me hará sentirme humana de nuevo? ¿Porque me sacará de este agujero de mierda? —su voz era helada y cruel—. Escuchémoslo, *Joe*. Vamos... escuchemos tu *razonamiento*.

La miré intentando ver más allá de su enfermedad, intentando ver a Candy.

—¿Quieres ver? —escupió—. ¿Eso es? No quieres que me vaya porque quieres tener algo que *mirar*...

—Morirás —le dije.

—¿Que yo *qué?*

—Si te vas ahora, volverás con Iggy y de una u otra manera terminarás muerta. Si él no te mata, las drogas lo harán. Y si las drogas no lo hacen, la vida que llevas lo hará.

—¿La *vida* que llevo? —se burló—. ¿Te preocupa mi *estilo de vida?*

—Me preocupas tú.

—¿Sí? ¿Qué sabes de mí? No sabes *nada*. Eres sólo un guapo niño rico buscando aventuras. No tienes idea.

—Sé que no te marcharás.

Se me quedó mirando, los ojos llenos de odio.

—No quieres volver —le dije—. Haces como que no te importa, pero sí te importa. Tienes miedo, nada más.

Rio de nuevo, fría y duramente. Pero esta vez no sonaba auténtica. Se estaba esforzando por sonar malvada.

—Ya he tenido suficiente de esto —dijo recogiendo su bolsa—. Me voy... y no te preocupes por Iggy. Me las puedo arreglar sin él...

—¿Cómo?

Se encogió de hombros.

—Ése es mi problema.

—¿Sí? ¿Y qué harás para conseguir dinero? ¿Cómo obtendrás las drogas?

—No lo sé. Me las arreglaré. De todas formas no necesito mucha... Sólo lo suficiente para que deje de dolerme. Luego pensaré en algo...

—Cierto... —dije.

Volvió a mirarme con rabia, luego sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Me paré ante ella y cerré.

Hizo una pausa, mirándome.

—Hazte a un lado.

No dije nada.

Se movió hacia mí hasta que estuvimos cara a cara, mirándonos fijamente a los ojos.

—Hazte a un lado, Joe.

—No te dejaré ir —le dije.

—No puedes detenerme.

—Puedo intentarlo.

Ahora ella hacía su mejor esfuerzo por controlarse, pero no lo estaba haciendo muy bien. Su cara estaba rígida, fría de sudor. Podía ver sus nervios moverse inquietos bajo su piel.

Se humedeció los labios con la lengua.

—Por favor, no hagas esto. No vale la pena. Sólo abre la puerta y déjame ir.

Yo ya no podía hablar. Temblaba tanto por dentro, que no me salían las palabras. Candy también guardaba silencio. Su respiración temblaba, agria y rancia en mi cara.

—¿Qué *quieres*? —siseó—. ¿Qué quieres que *haga*? ¿Quieres que te ruegue? ¿Es eso? ¿Quieres que me arrodille...?

—No lo hagas —le dije.

—Bien, entonces, quítate de mi camino. Por amor de Dios... tengo que irme. Necesito irme. Me estoy muriendo aquí... no lo entiendes... —se acercó un poco más haciendo un puchero y bajando la voz—. Por favor, Joe... ¿por favor...?

Sacudía la cabeza.

Puso las manos sobre mis hombros y me miró fijamente a los ojos. Por un momento pensé que iba a besarme. Comencé a apartarme, pero entonces ella me apretó de repente y sus ojos se enfriaron. Y antes de que me diera cuenta Candy se lanzaba al frente y me daba un rodillazo en la ingle.

El dolor explotó en un rugido blanco e hirviente. El dolor... ¡Dios! Era *todo*. Me rasgaba, vaciaba mis pulmones, me estrellaba contra el suelo. No pude hacer nada. Perdía el sentido, era un bulto sollozante... gruñendo, gateando... No podía respirar, no podía ver, no podía oír...

»Haz algo.

»Respira.

»Tienes que respirar...

»Aguanta...

»Siéntelo...

»El suelo...

»Ojos... húmedos...

»Atrás...

»La puerta...

»Detrás de ti.

»La puerta... golpeando contra tu espalda.

»Candy».

La neblina comenzó a despejarse. Vagamente me di cuenta de que estaba tirado con la espalda contra la puerta y de que Candy intentaba abrirla. La miré. Tiraba de la manija, metiendo los dedos entre la puerta y el dintel, intentando ensanchar la abertura, intentando escurrirse por ella. Su cara estaba bañada en lágrimas.

Me obligué a sentarme y a recargar mi peso contra la puerta.

Candy siguió jalando durante un rato, pero nunca abriría. Ya no tenía fuerzas. Estaba exhausta.

Comenzó a gritar:

—¡No! ¡No! ¡No! —golpeaba la puerta con las manos—. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!
¡No!...

Respiré despacio, concentrándome en el dolor en mi estómago: calmándolo, calmándome, manteniendo la desesperación de Candy fuera de mi mente. No podía escucharla. Dolía demasiado. Dolía todo.

Ella siguió gritando y golpeando la puerta por un rato, pero gradualmente comenzó a cansarse. Los gritos se disolvieron en sollozos, los sollozos se disolvieron en gemidos y finalmente guardó silencio. Alcé la cabeza y la miré. Estaba de pie, desolada y sin vida, mirando al vacío.

Me alcé y toqué su pierna.

No respondió.

—¿Candy? —dije.

Bajó la mirada para verme. Su cara estaba inundada de lágrimas, destrozada.

—Lo siento, Joe —dijo débilmente—. Lo siento tanto...

Le tendí la mano. La tomó y se tiró al suelo junto a mí. Había sangre en su mano: era de una uña rota. Me lamí el dedo y la limpié.

Me miró.

—Te lastimaste —le dije.

Asintió y comenzó a llorar. La tomé en mis brazos, cerré los ojos y rogué por que cesara el dolor.

El resto del día fue tranquilo en comparación. Limpié la habitación y puse a Candy otra vez en la cama. Luego recorrí la cabaña recogiendo el tiradero que había hecho. Era difícil creer que mientras yo había estado sentado afuera, lamentándome, ella virtualmente hubiera destrozado el lugar entero. Había buscado por todas partes: en las habitaciones vacías, en la estancia, en el refrigerador, incluso en la estufa. Lo peor de todo, sin embargo, fue el baño. Casi lo destrozó. Debe de haber recordado que yo lo había revisado, y en su confusión lo interpretó como que ahí había drogas. O tal vez sí había escondido drogas ahí, pero no recordaba exactamente dónde...

Todo era posible...

Ahora empezaba a entenderlo.

Había oscurecido cuando terminé de limpiar. Tomé una linterna y salí a buscar más leña. Luego, encendí la hoguera e intenté descansar. Aún me dolía un poco el golpe bajo de Candy, pero había llegado a esa fase del cansancio en la que los sentidos se nublan y todo comienza a sentirse apagado: la luz, tu cuerpo, tu mente, el dolor...

Estaba demasiado cansado como para sentir dolor.

Me recosté en el sillón y llamé a Gina.

La llamada no salió: no había señal.

Tenía pereza de salir, de modo que sólo cerré el teléfono y me quedé ahí, ahogándome en el silencio.

No sé nada acerca de la heroína. No sé qué es ni cómo funciona o qué es lo que hace a tu mente y a tu cuerpo. No sé por que es adictiva, y no sé por qué te enfermas cuando dejas de tomarla. Lo que sí sé, sin embargo —lo aprendí aquella noche— es la fijación que tiene sobre el cuerpo. O tal vez es al revés: la fijación que un cuerpo tiene sobre la heroína. La necesidad... el deseo la exigencia...

La química.

Como he dicho, no la entiendo. Pero esa noche fui testigo de su labor.

De las seis de la tarde a la media noche, el alma de Candy gritó de todas las formas posibles: su temperatura osciló rabiosamente entre el frío y el calor, sus extremidades ardieron, sudó baba, le dolían los músculos, su estómago estaba anudado, le picaba la piel, sus ojos lloraban, la nariz le escurría, su cabeza pulsaba, olía mal, estornudaba con tanta violencia que yo pensaba que algo en ella iba a estallar. Y encima de eso, todo el tiempo soñaba despierta y había vómito y diarrea y una sed galopante...

Y todo por culpa de la química.

Candy era rehén de su cuerpo. *Dame lo que quiero o te haré enfermar. Te haré daño. Te mataré. Te enloqueceré. ¡DAME LO QUE QUIERO!*

Pero Candy no lo hizo.

O no pudo hacerlo.

No importa qué haya sido. Soportó: su cuerpo gritando, hora tras hora sin darle nunca un momento de descanso, hasta que estuvo tan exhausta que ni los gritos podían mantenerla despierta y cayó en un sueño de pesadillas.

También yo dormí. En el suelo. Soñando con canguros.

Lunes por la mañana, siete en punto: cuando me levanté, Candy estaba sentada en la orilla de la cama, fumando un cigarrillo. Las cortinas estaban abiertas y la luz de la mañana enmarcaba su rostro fantasmal. Era un retrato en gris: su complexión pálida, los cielos nublados, el humo del cigarrillo, la cama manchada de sudor... todo deslavado y triste.

Me senté y procuré relajar la tensión en mi cuello.

—Hola —dijo Candy girándose para verme.

—Hola —le dije—. ¿Cómo vas?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Igual, supongo... quizá un poco mejor.

—¿Todavía te duele?

—Todo —asintió.

—¿Cuándo crees que deje de hacerlo?

—No lo sé. Por lo general, lo peor pasa en un par de días, de modo que hoy, a alguna hora... espero. No creo que pueda pasar otra noche así —apagó su cigarrillo y se rascó la cabeza—. Dios, me siento tan sucia... todo está pegajoso y lleno de costras... esta cama apesta...

—¿Por qué no vas a lavarte? —le sugerí—. Te cambiaré la cama... Iré por sábanas limpias y todo —me levanté y me acerqué a ella—. Vamos, te echo una mano.

La ayudé a llegar al baño. Luego volví y cambié la cama. No fue agradable.

Sábanas limpias, almohadas limpias, un cobertor limpio. Limpié un poco —pañuelos desechables, envolturas de chocolate, revistas—, y abrí la ventana para airear la habitación. Iba de salida para traer un poco de agua fresca cuando Candy regresaba del baño.

Estaba blanca como un fantasma.

—Dios —le dije corriendo hacia ella—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué?

—Tu cara, tu piel...

—Ah —dijo tocándose la mejilla—. Lo siento... sólo es talco, No aguanto la sensación del agua sobre mi piel... me pica —tembló—. Es horrible. El talco me hace sentir un poco mejor.

La ayudé a volver a la cama. Luego intenté seguir adelante con la jornada.

Diez y media: había dos o tres mensajes más en la contesta dota de la casa: otros dos silenciosos, y uno de papá. Su mensaje decía así:

—*Gina, Joe... soy yo* —nunca se refiere a sí mismo como *papá* cuando habla con nosotros; siempre es *yo*, u ocasionalmente *su padre*—... *sólo llamo para que sepan que todo está bien. Escuchen, no olviden sacar la basura el miércoles, y si se aparece el limpiador de ventanas, no le paguen hasta que haya limpiado el invernadero. La última vez se le olvidó. Y Joe, ¿dónde de estás? Se supone que debías estar en casa, ¿recuerdas? Mira, no te estoy reclamando, y estoy seguro de que tendrás una razón perfectamente lógica para no estar ahí ahora, pero querré hablarte de ello más tarde esta semana, ¿de acuerdo? Bueno, me tengo que ir ya... los veo pronto... adiós.*

Era extraño escuchar su voz: sonaba tan normal. Hablando de basureros y limpiadores de ventanas y ventanas del invernadero... Todo sonaba tan extraño. Y lo era, supongo. Aquella voz pertenecía a otro mundo.

Intenté llamar al celular de Gina, pero seguía apagado. Sabía que ella tenía que apagarlo cuando estaba en el hospital, de modo que no me preocupó gran cosa. Pero no había hablado con ella en un buen rato y habría estado bien compartirle algunas ideas.

Ahora que lo pienso, más que algunas.

«No importa —pensé—. Estará en casa esta noche. Entonces podrás llamarla».

Revisé mi directorio y seleccioné el número de Mike, pero todo lo que obtuve fue su correo de voz pidiendo que dejara un mensaje. No lo hice: no se me ocurrió nada qué decir.

Y eso fue todo.

No quedaba nadie a quién llamar.

Me senté en la veranda y contemplé las nubes.

Media hora después seguía ahí sentado. Entonces vi a alguien caminar por el sendero. La mera visión de otro ser humano —el movimiento, el color, la carne de un rostro— inyectó una dosis de adrenalina en mi cuerpo y un caudal de pánico en mi mente. «¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué hago? ¿Corro? ¿Me escondo? ¿Grito? ¿Qué?».

Pero antes de ponerme de pie, entendí que no había nada que temer. Era sólo un anciano solitario, recorriendo el camino lentamente. Cero miedo, cero preocupaciones, cero pánico. La adrenalina se asentó enfermizamente en mi estómago y comencé a respirar de nuevo.

Al acercarse el anciano, reconocí al señor Butt: el lugareño a quien mi padre pagaba para que cuidara de la cabaña. Y la adrenalina comenzó a agitarse de nuevo. Procuré calmarme: «No hay nada de qué preocuparse... Es tu cabaña... No necesitas su permiso para estar aquí». Pero no funcionó. De haber estado solo, no habría tenido nada de qué preocuparme, pero no lo estaba, ¿o sí? Estaba con Candy, y ella estaba en la cama...

Lo cual no hacía más fáciles las cosas.

El señor Butt estaba ya como a veinte metros de mí. No lo había visto durante un tiempo, y no estaba seguro de que me reconociera, de modo que me quité el gorro y me puse de pie para saludarlo. No sabría decir por qué pensé que eso ayudaría, pero de todas formas lo hice.

—Buenos días, señor Butt —le grite—. Soy sólo yo, Joe Beck.

Hizo una breve pausa, inclinándose hacia delante y entrecerrando los ojos hacia mí. Luego alzó la mano y caminó hacia la veranda. Creo que no se había cambiado de ropa desde la última vez que lo vi... y no podría decir con exactitud qué llevaba puesto. Una cosa café que parecía una chamarra, un capote café que podía haber sido un abrigo, un deforme sombrero café.

—¿Quién es?

—Joe Beck —le repetí—. El hijo del doctor Beck... Joe. ¿Me recuerda?

De nuevo, entrecerró los ojos.

—¿Joe...?

—El hermano de Gina... Solía venir aquí con mi mamá y con mi papá.

—¿Joe Beck?

—Correcto. Sólo vine por un par de días. ¿No le avisó papá?

—No que me acuerde... —se limpió la nariz y me escudriñó—. Entonces, ¿eres el joven Joe?

—Sí... estaré aquí un par de días. Exámenes... necesito trabajar un poco, ya sabe... para mis exámenes.

—Ah... correcto. Bien... —miró a su alrededor—. ¿Tienes leña suficiente?

—Bastante, gracias.

—Hay más ahí —señaló con la barbilla el cobertizo para la leña—. La corté

después de la tormenta, hace un par de semanas. Debe estar casi seca.

—Sí, gracias.

—Sí, bien, pues... vaya... será mejor que regrese —miró por encima del hombro, pero no dio señales de marcharse. Creo que esperaba que le ofreciera una taza de té o algo así. Me quedé en silencio, esperando que entendiera. Me miró de nuevo, asintiendo vagamente con la cabeza, y me sentí seguro de que estaba por irse. Pero entonces escuché una voz detrás de mí...

—¿Joe?

Giré para ver a Candy en la entrada de la cabaña. Su cabello enredado, su piel enrojecida y su camisón al viento.

—¿Qué haces...? —comenzó a decir, pero entonces vio al señor Butt—. Oh —dijo, mientras sus ojos pasaban de él a mí—. Lo siento... yo no...

—El señor Butt —dije rápidamente—. El hombre del pueblo...

—Buenos días, Gina —dijo el señor Butt—. Te ves muy bien.

Di la vuelta y lo miré. Se había inclinado hacia delante y miraba a Candy, la cara rojiza arrugada en una sonrisa sin dientes. «Apenas puede ver —me percaté—. Cree que es Gina».

El señor Butt le dijo a Candy:

—Vas a necesitar más que ese vestido de verano el día de hoy, jovencita. Te vas a morir con eso.

Candy sonrió con torpeza y cruzó los brazos para cubrirse. No supe decir si estaba avergonzada o intimidada o simplemente inquieta... pero lo que fuera, era curiosamente atractivo. Por un momento no pude quitarle los ojos de encima. Luego me di cuenta de que me lanzaba cierta mirada —una mirada de deja-de-mirarme-y-deshazte-de-él, y me volví hacia el señor Butt.

El viejo aún miraba lascivamente a Candy.

—Bueno, gracias, señor Butt —le dije para llamar su atención—. Fue muy agradable verlo de nuevo. Lo siento si hubo alguna confusión... ya sabe... con la cabaña y eso.

—Sí —dijo.

—Probablemente nos vayamos antes del fin de semana.

—Ajá.

Lo saludé con la cabeza.

Me saludó de vuelta.

Esperé a que se moviera.

Se quedó ahí, asintiendo para sí durante un rato. Luego, con un saludo hacia Candy, se volvió y se fue sendero arriba. Lo miré hasta asegurarme de que no volvería. Luego me volví hacia Candy. Seguía parada con los brazos cruzados, pero ya no se veía inhibida. Sólo se veía congelada.

—Creo que le gustas —le dije.

El leve rastro de una sonrisa endulzó su rostro por un instante, pero luego el frío y

el dolor se asentaron de nuevo y Candy encogió los hombros, se frotó los brazos y arrastró los pies de vuelta a la cabaña.

Me quedé ahí parado por un rato, contemplándola, imaginando su cara. «No fue una gran sonrisa —me dije—. Apenas fue algo parecido a una sonrisa... pero sucedió. No te la imaginaste. Ahí estaba...».

Ahí estaba.

Lunes por la tarde: Candy seguía bastante enferma. La mayor parte del tiempo lo pasaba en cama, pero según transcurría el día parecía más instalada en su enfermedad. Al menos ya no lloraba tanto. Sollozaba ocasionalmente y en cierto momento rompió en llanto y quedó en tal estado que por poco llamo a una ambulancia. Pero, aparte de eso, estuvo en calma casi todo el tiempo, sólo echada en la cama, medio dormida, medio mirando televisión... un poco sudorosa, un poco friolenta, un poco adolorida. Gradualmente comenzaba también a hablar un poco más. Aún no decía gran cosa, pero si estaba despierta cuando yo entraba para ver cómo estaba, por lo general lograba decir algunas palabras.

Gracias...

Sí, por favor...

¿Qué hora es?

En sí, aquello no significaba gran cosa, pero me hacía sentir bastante bien. De hecho, me hacían sentir fantástico. Sabía que no debía emocionarme *demasiado*, pues imaginaba que todavía quedaba mucho trecho por recorrer. Pero no podía evitar pensar que lo peor había pasado ya. Todo lo que teníamos que hacer ahora era mantener el control unos cuantos días...

Sólo unos cuantos días...

Y luego...

«Y luego, ¿qué? —me pregunté—. ¿Qué harás una vez que todo esto haya terminado? ¿Qué sucederá con Candy? ¿Adónde irá? ¿Y adónde irás tú? ¿De vuelta a tu antigua vida? ¿De regreso a como era todo antes? ¿De vuelta a Heystone? ¿De vuelta a la escuela? ¿De vuelta a tu habitación, a acostarte en el suelo?».

Deseaba *no poder* imaginarlo, pero sí podía: podía imaginarme en otra parte, recordando este momento, pensando en el *aquí* como en otra parte...

Y sentía ganas de llorar.

Cuatro de la tarde: estaba sentado frente a la chimenea, quemando cerillos ociosamente, cuando escuché la voz de Candy desde la entrada de la recámara.

—Ahí estás —dijo—. Pensé que me habías abandonado.

Cuando di la vuelta y la miré no pude evitar sonreír. Había tomado prestado uno de mis suéteres —uno viejo y zarrapastroso con mangas extra largas— y lo llevaba

puesto sobre el camisón, junto con un par de calcetines que deben de haber sido al menos cuatro tallas demasiado grandes.

—¿Qué? —dijo mirándome—. ¿Qué pasa?

—Nada... sólo admiraba tu atuendo, es todo. Muy lindo.

—¿Tú crees? —sacudió las mangas del suéter y miró sus pies. Cuando alzó la pierna, la punta de su calcetín quedó en el piso. Le dio una rápida sacudida, luego bajó el pie y me sonrió.

—Eso me agotó —dijo.

Comencé a levantarme, pero me hizo una señal con la mano para que me quedara ahí y se acercó para reunirse conmigo frente a la hoguera. Su piel aún estaba pálida y se veía en verdad espectral, pero bajo la superficie podía ver cosas buenas: la luz en sus ojos, su manera de moverse, un atisbo de vida...

Gruñó un poco cuando se sentó en el piso. Extendí la mano para ayudarla. Sus dedos estaban fríos... pero no fríos *a morir*. La chispa volvía. La chispa de Candy: el matiz desconocido, el cosquilleo, el sentimiento interior...

—¿Todo bien? —le pregunté.

Asintió.

—Mucho mejor, gracias —cruzó las piernas y se puso cómo da—. No creo haberlo *logrado* aún... Quiero decir, aún me siento terrible, pero al menos no estoy trepando las paredes. Sólo me siento como si alguien me hubiera estado golpeando los últimos dos días.

—Sé lo que quieres decir —le dije frotándome el estomago.

Tardó un segundo en entenderlo. Luego sus ojos se abrieron al darse cuenta.

—Oh, Dios. Te pegué, ¿verdad?

—Algo así...

—¿Te pegué? No me acuerdo...

—Fue más bien como una rodilla bien colocada.

—Oh, no... —sus ojos miraron entre mis piernas—. *No lo hice, ¿o sí?*

—No pasa nada...

—Lo siento, Joe... No sabía lo que hacía...

—Ya lo sé —dije—. No importa... de verdad. Olvídalo.

Me miró, mitad compasiva, mitad regocijada.

—¿Te dolió?

—Nah —le dije sacudiendo la cabeza—. Soy más rudo de lo que parezco.

—¿De verdad? —sonrió.

—Sí... no hay muchas niñas que me puedan ganar en una pelea.

Rio en voz baja. No muy alto... sólo una risa suave, pero la sentí como una canción. Una canción realmente buena, la clase de canción que te hacer sentir extraño por dentro.

—¿Crees que puedas comer un poco de pan tostado? —le pregunté.

—Eso estaría muy bien —asintió.

De modo que tosté un poco de pan y hablamos un poco más y la canción seguía sonando. Era buena. Incluso cuando Candy comenzó a sentirse cansada y la ayudé a volver a la cama, todo se sentía muy bien. Ya no estaba cansada a morir... sólo tenía ganas de dormir. Estaba agotada. Cansada de charlar. Somnolienta.

—Gracias, Joe —me susurró mientras la tapaba con las cobijas.

—De nada.

Cuando alzó la cabeza de la almohada y me besó, sus labios rozaron los míos con el aliento cristalino de un copo de nieve.

Todo *iba* a estar bien.

Realmente lo creí.

VEINTE

No sabría decir con exactitud qué sucedió en la hora siguiente. Sé que salí de la habitación y cerré la puerta en silencio, y sé que vagué un rato por la cabaña... sintiéndome bien, sintiéndome maravillosamente, pensando que todo estaría bien. Sin embargo, no estoy seguro de cómo terminé en la ventana de la estancia principal, contemplando el bosque iluminado por la luna, pensando en Candy, en mí... pensándome hasta el infinito. Candy... dormida... Candy... yo... el roce de Candy... Candy... yo... el beso de Candy... Candy... yo...

El roce seguía ahí.

El roce de sus labios.

Aún podía sentirlos, impresos en la memoria de mi piel: el escalofrío, el aliento de cristal... y aún tenía deseos de lamerme los labios, de saborear aquel copo de nieve en mi lengua, pero temía que el calor de mi aliento lo derritiera...

Y aquello no era lo único a lo que temía.

En el fondo, le temía a todo. Mis pensamientos, mis dudas, mis deseos, mis mentiras, mi honestidad... yo mismo. Y mientras miraba fijamente a través de la ventana, mi reflejo me miró de vuelta, palideciendo en la oscuridad del vidrio, convirtiendo el espíritu de mi cara en otro... en otra cara... en otro chico...

En otro yo.

Y no me gustó cómo se veía. No me gustó lo que él quería; pero no podía dejar de verlo... No podía dejar de *ser* él.

No tenía lógica.

No sabía lo que era. Era yo... pero no era yo. Sus sentimientos eran malos, y los míos eran correctos. Luego los míos eran erróneos y los suyos correctos... Era una locura. Eran demasiadas cosas por saber: luz, oscuridad, llanto, risa, dolor, necesidad, odio, amor...

«¿Por qué tiene que ser siempre así?», pensé.

«¿Por qué tiene que doler tanto?».

Entonces sonó mi teléfono.

Estaba a punto de descubrir el *verdadero* significado del dolor.

Quise pensar que era Gina quien llamaba, pero incluso cuando sacaba el teléfono de mi bolsillo, de alguna manera supe que no era ella. Había algo en el timbre... algo vacío y gélido...

Revisé la pantalla.

«17:27 —decía—, NÚMERO DESCONOCIDO».

El teléfono seguía sonando.

Revisé la señal.

La señal estaba bien.

El teléfono seguía sonando, vacío y gélido, exigiendo una respuesta.

«Sólo déjalo —me dije—. Probablemente es sólo una llamada basura o un número equivocado o algo así. Ignóralo. Déjalo sonar. Apágalo...».

Pero sabía que no podía hacerlo.

Sentí la mano pesada cuando abrí el teléfono: una mano pesada y lenta y poco familiar. Era como si estuviera bajo el agua. Estabilizado el brazo, llevé el teléfono a mi oído.

—¿Hola?

La línea permaneció un momento en silencio, no muerta, sólo hueca y silenciosa. Podía notar que había alguien ahí... escuché su respiración. Y lo supe en un instante; supe lo que había sabido todo el tiempo. Supe quién era. Ya antes había escuchado aquel silencio: en la contestadora de mi casa, en la habitación de Candy...

Era un silencio de otro mundo.

Iggy.

—¿Aún sonrías, chico? —dijo.

Me contemplé en la ventana: un rostro encogiéndose en un vacío de oscuridad. Abrí la boca, pero no salió nada.

—¿Estás ahí? —dijo Iggy.

—Sí —murmuré—. Aquí estoy.

—Bien —dijo—. ¿Qué haces?

—¿Perdón?

—No me vengas con esa mierda de *perdón*. Pregunté qué *haces*.

—Yo no estoy... no estoy... no estoy haciendo nada...

—¿No?

—Yo no...

—¿Tienes a la perra?

—¿Qué?

—¿Estás *sordo*?

—No... yo sólo... Quiero decir, no sé lo que quieres...

Rio.

—¿No sabes lo que *quiero*? Mierda... me tiraste al suelo, hombre. Me tiraste al suelo y me humillaste. Me robaste. ¿Qué *crees* que es lo que quiero?

No respondí.

—Vamos, *Joey* —se burló—, piénsalo. *Adivina*.

Guardé silencio.

Respiré su silencio.

Intenté calmarme el corazón.

—Ah, mierda —me dijo al fin—. No tengo tiempo para esto. Escucha, ¿estás escuchando?

—Sí.

—Está bien, lo diré de nuevo. ¿Tienes a la perra?

—¿Quieres decir a *Candy*?

—Sí, quiero decir a *Candy*... ¿la tienes o no?

—Sé dónde está.

—Más te vale, por tu bien.

—No te voy a...

—No vas a nada... Lo único que harás es darme a la perra y largarte. Eso es todo. Sin mierda, sin preguntas. Nada qué pagar.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué crees que quiero decir? Tomaste lo que es mío... lo quiero de vuelta. Lo *tendré* de vuelta.

—No creo que ella quiera...

—No creas... sólo escucha. Te estoy hablando *a ti*. No a ella. Ella no es nadie. ¿Me oyes? Te estoy hablando a ti. Me das a la perra y te vas.

—¿Y si digo que no? —me escuché decir.

—No vas a decir que no.

—Y esto, ¿por qué?

—¿Por qué? —rio—. ¿Quieres saber por qué? Ésta es la razón... —la línea se quedó un momento en silencio; podía escuchar voces apagadas en el fondo, luego una especie de movimiento, un sonido apagado, como de algo que era arrastrado por el piso... una voz sollozante alcanzó el teléfono, y se me heló el corazón:

—Joe... Joe... ¿Eres tú?

—*Gina* —respiré.

Su voz lloró a través del teléfono.

—Joe... gracias a Dios... me tiene... el bastardo me llevó y *ummmmmfffff*...

—¿*Gina*! —grité—. ¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Te ha lastimado? *Gina*... *Gina*... ¡GINA!

Pero *Gina* ya no estaba ahí. Podía escucharla mientras *Iggy* la apartaba a rastras, su voz amordazada disolviéndose al fondo y el teléfono que pasaba de una mano a otra... La voz de *Iggy* volvió a la línea.

—Linda chica —dijo—. Muy linda.

—Estás muerto —le dije—. Eres hombre muerto.

Y lo dije en serio. De haber estado *Iggy* parado frente a mi en ese momento, lo

había matado sin parpadear. Lo habría matado, hubiera escupido sobre su cuerpo y lo habría matado de nuevo.

Podía sentir su vacío dentro de mí.

Ningún sentimiento.

Sin corazón.

Sólo su muerte.

Podía verla en mis ojos reflejados en la ventana. Blancos sobre el cristal, como espejos... blancos sobre el vidrio oscuro...

Una visión en blanco.

En mí...

A través de mí...

Blanco en la oscuridad.

Afuera, en el bosque.

—¿Joe?

—¿Gina?

—¿Joe?

¿Candy...?

Detrás de mí. Estaba parada detrás de mí... En mitad de la habitación... Su reflejo en camión emergía del mío en la ventana. Su cuerpo... mi cara. Gina en mis ojos... Iggy en los suyos. El diablo en el bosque. Por un momento reconocí a todos: Candy, Gina, Iggy, yo... reunidos en el reflejo del vidrio, como espectros en la oscuridad...

Y yo estaba extrañamente en calma.

Luego Candy habló, y la calma se estrelló.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Desperté y te escuché gritar... ¿Quién llamó? ¿Con quién hablas?

Entendí de pronto: con nadie. No hablaba con nadie. No escuchaba. No hacía nada. Gina estaba en serios problemas, me necesitaba. ¿Y qué estaba haciendo? Nada. Sólo estaba ahí parado, perdido en mí mismo, contemplando patéticamente las formas en la ventana...

Cerré los ojos con fuerza y me grité en un silencio lleno de odio.

«Dios, ¿qué te pasa...? ¿Cómo pudiste...?».

Me contuve.

No había tiempo.

Lo único que podía esperar —mientras despejaba de mi mente la autoconmiseración y volvía mi atención al teléfono— era no haber estado demasiado tiempo distraído. Que no se me hubiera escapado nada. Porque de lo contrario... y si Iggy había colgado...

No quería pensar en ello.

Con la esperanza latiendo fuerte en mi corazón, hice a Candy una señal para que permaneciera callada, y presioné el teléfono contra mi oído. Gracias a Dios, la línea

seguía abierta. Podía escuchar a Iggy hablando bajo con alguien en el fondo. Tenía la mano puesta en la bocina. Bloqueé con el dedo mi otro oído y escuché con atención, pero aún así no pude entender qué decía. Pensé en subir el volumen, pero no recordaba dónde estaba el botón, y no quería arriesgarme a apretar el equivocado, de modo que sólo me mantuve con el teléfono contra el oído y espere.

Luego de unos instantes el murmullo desapareció y un silencio ahogado impregnó mi oído. Escuché un rasgueo, madera contra madera, como una silla movida sobre duela. Luego, silencio de nuevo. Una risa apagada. Entonces se despejó el silencio mientras Iggy quitaba la mano del auricular, se sorbía con fuerza la nariz y hablaba al teléfono.

—Oye, matón... ¿Estás ahí?

—Aquí estoy —le dije.

—¿Ya me vas a escuchar?

—Estoy escuchando.

—De acuerdo, escucha bien... —una bofetada sorda retumbó por la línea, seguida inmediatamente por un grito ahogado. Sentí que un cuchillo me rasgaba el corazón—. ¿Oíste eso? —dijo Iggy—. Esa es tu hermana. Me amenazas de nuevo y la próxima vez que la veas no tendrá una cara donde golpearla, ¿de acuerdo?

—Por favor, no...

—¿De acuerdo?

—Sí... sí, de acuerdo.

—Mira, la cosa, Joey, es que podría mentirte. Podría decirte que no quiero hacerle daño a tu hermana... pero la verdad es que me importa una mierda. ¿Entiendes lo que quiero decir? Ella es carne para mí, igual que el resto... carne para sacar dinero. Dinero para carne. Lo único que me impide cortarla y hacer que *ella* me diga dónde estas... es, como te dije, que es una linda pieza. Sería una pena desperdiciarla. Quiero decir, no es ninguna Candy, pero aún así es lo bastante fresca como para sacar ganancias. Claro, necesitaría que le diéramos un poco de ánimos... —hizo una pausa para dejar que aquello se asentara, prosiguió—: ¿Ves lo que digo, Joe? No puedo perder... Como sea, no puedo perder. Quieres a tu hermana, yo recupero a la perra... ¿Quieres a la perra? Me quedo con tu hermana. A mí me da igual... pero, si yo fuera tú, entregaría a la perra. Porque si se queda contigo, te va a hacer pedazos, y si vuelve conmigo... bueno, pues me divertiré un poco haciéndola pedazos a *ella*. Pero eso es sólo un asunto personal, ¿sabes? Quiero decir, en términos de negocios, no queda mucho para mí. Así que, como dije, me das a la perra y te largas. O te despides de tu hermana. Eso es todo... ése es el trato. Sin ataduras. Sin mierda —sorbí una vez más—. Y *ahora*, ¿tienes alguna otra pregunta?

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—No sabes. ¿Algo más?

Miré hacia el otro extremo de la habitación, hacia Candy. Temblaba. Me miraba fijamente. Los ojos vacíos. Me volví hacia el teléfono.

—Llámame de vuelta en diez minutos —le dije.

—¿Qué?

—Necesito tiempo para pensar.

—Mierda... ¿Hablas *en serio*?

—Sólo dame diez minutos, por favor. No cambiaré nada, ¿o sí? Diez minutos, eso es todo.

—Te doy cinco —dijo enojado—. Cinco minutos. Y cuando llame de vuelta, quiero una respuesta: tú quieres a tu hermana y yo quiero saber dónde está la perra. Quiero una dirección. Te lo preguntaré una sola vez. Una pregunta: una respuesta. Cualquier otra cosa, y tu hermana es mía.

No pude moverme por un rato después de colgar. No *quería* moverme. Todo lo que quería era estar en otra parte: un lugar donde esto nunca hubiera sucedido. Quería ser el otro Joe Beck... el Joe Beck que nunca tuvo un bulto en la muñeca, que nunca fue al doctor, que nunca se perdió en la estación de King's Cross... El Joe Beck que nunca conoció a Candy.

Quería estar donde *él* estaría.

—Tiene a Gina, ¿verdad? —dijo Candy después de un rato.

La miré. No se había movido. Seguía parada en medio de la habitación, aún me miraba fijamente. Aún temblaba.

—Sí —le dije.

No dijo nada, sólo continuó mirándome fijamente. No que daba nada en sus ojos. Ninguna pregunta, ninguna impresión... ni siquiera miedo. Sólo una absoluta rendición.

Crucé la habitación y abracé a Candy. No respondió, sólo se quedó ahí colgada, débil y sin vida entre mis brazos.

—Ven aquí —le dije llevándola al sillón.

Se sentó en el borde del sillón y miró al piso.

—Dios, lo siento tanto —dijo sacudiendo la cabeza—. Pobre Gina... si yo no hubiera...

—Nadie tiene la culpa, más que Iggy —le dije—. No es tu culpa.

Siguió mirando al piso, hablando como si no me hubiera escuchado.

—Lo sabía... *Sabía* que haría algo como esto. No debí haberte dejado...

—Escúchame —le dije con firmeza—. No tenemos tiempo para esto. Iggy volverá a llamar en un minuto. Necesitamos decidir qué vamos a hacer.

Me miró.

—Sólo hay una cosa que podemos hacer... me quiere de vuelta, ¿no es así?

—Sí, pero...

—Y tiene a Gina.

Asentí.

Tocó mi mano.

—¿Sabes lo que hará con ella si no me recupera?

Asentí de nuevo, tratando de no pensar en ello.

—Ya he estado ahí, Joe —dijo ella—. Sé cómo es... Yo puedo vivir con ello.
Gina no.

—Te matará.

—No, no lo hará. No es tonto. Puede darme una paliza, pero mientras le haga ganar dinero, no me matará.

—No volverás con él —le dije—. No puedes... debe haber alguna otra manera. Debe haber algo más que podamos hacer...

—Si le tiendes una trampa, Joe, lo sabrá. *Siempre* lo sabe. Por eso es que sigue con vida. No puedes meterte con Iggy y librarla... créeme. O haces lo que él dice... o pierdes.

Sabía que Candy tenía razón, pero no podía aceptar lo que eso significaba. No podía dejarla volver con él... Jamás me lo perdonaría. Pero si no la dejaba ir... y si Iggy se quedaba con Gina... nunca jamás.

Nunca, nunca, nunca...

Nunca.

Volví a mirar a Candy, que miraba al vacío. Era un fantasma. Yo era un fantasma. Lo único que nos unía a la existencia era el celular en mi mano.

Lo miré.

Sonó.

Lo abrí y me lo llevé al oído.

Silencio.

Luego:

—¿Dónde está?

—Woodland Cottage —le dije.

—¿Dónde carajos queda eso?

Se lo dije.

No necesitó muchas indicaciones. Sólo anotó la dirección, me la leyó de vuelta y entonces comenzó a hablar.

—Están ambos ahí ¿cierto?

—Sí.

—¿Alguien más?

—No.

—¿Vecinos?

—No.

—El camino... el que atraviesa el bosque... ¿puede recorrerse en coche?

—Sí.

—Bien, escucha... Estaré ahí en dos horas. Esto es lo que harás: no sales de ahí, no llamas a nadie, no haces nada. Cuando llegue ahí, quiero ver las luces encendidas y las cortinas abiertas. Quiero verte a ti y a la perra en la ventana. Se paran ahí, ¿entendido? Sólo párense ahí. ¿Entendiste?

—¿Y Gina?

—¿La quieres en pedazos?

—¿Qué?

—Sigue haciéndome preguntas y te la llevaré en bolsas de plástico. ¿Entendiste?

—Sí...

—¿Seguro?

—Ya entendí.

—Está bien... ¿Qué es lo que veré cuando llegue?

—¿Qué es lo que...?

—¿Qué *veré*?

—Las luces —le dije velozmente—. Verás las luces encendidas y las cortinas abiertas, y me verás parado junto a la ventana.

—Con la perra.

—Correcto.

—Dilo.

—¿Qué cosa?

—*Dilo*.

—Con la perra —meforcé a decir—. Estaré parado junto a la ventana con la perra.

—Sí —dijo sorbiendo la nariz—, correcto —hizo una pausa y luego dijo—. ¿Está ahí ahora? ¿Está escuchando?

—No.

Rio sabiendo que mentía. Su voz de pronto se congeló.

—Dos horas —dijo—. Aprovéchalas.

La línea murió.

Respiré hondo, cerré el teléfono y me senté contemplando el vacío. La hoguera se había apagado. El cuarto estaba frío. Sentía la quietud de Candy junto a mí. No se había movido. Aún miraba fijamente al piso.

—Lo siento —dije en voz baja—. Me hizo decirlo.

—Lo sé —dijo sin alzar la vista—. No importa. ¿A qué hora crees que llegue?

—No lo sé... depende de dónde venga. Dijo que estaría aquí en dos horas, pero si está en Londres yo creo que tardará más —miré el reloj. Eran cinco para las seis. Sabía que no importaba, pero tenía que decir algo—. No creo que llegue aquí antes de las nueve, cuando temprano...

El teléfono sonó de nuevo, interrumpiéndome.

Me le quedé mirando.

Demasiado aturdido para pensar...

Es *Iggy*.

Demasiado asustado para esperar...

Es *Gina*.

Tomé el teléfono bruscamente y leí en la pantalla: «17:56 —decía—: MIKE».

Lo abrí con torpeza.

—¡Mike! —dije entrecortadamente—. ¿Dónde estás? ¿Mike?

—Oye, Joe... ¿Está Gina ahí?

—¿Qué?

—Gina... ¿Está contigo?

«*Oh, Dios* —pensé—. No lo sabe».

—¿Joe? ¿Me escuchas? Estoy tratando de encontrar a Gina... Se supone que me encontraría con ella a las cuatro, pero nunca apareció. No está en casa y su teléfono está apagado. Pensé que tal vez habría ido a verte... ¿Joe? ¿Me escuchas?

—Sí... te escucho.

—¿Has sabido de ella? ¿Te ha llamado?

«*Dile* —pensé—. Debes decirle».

—Joe... por amor de Dios, ¿qué te pasa?

—Gina está en problemas —le dije.

—¿Qué? ¿Qué problemas? ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está?

—La tiene *Iggy*.

—¿Qué?

—Él me acaba de llamar... hace unos cinco minutos. Tiene a Gina. Hablé con ella. Creo que está bien.

—No entiendo —dijo Mike.

—Se la llevó... la tiene en alguna parte. Quiere a Candy de vuelta...

—¿*Iggy*?

—Sí.

—¿*Iggy* tiene a Gina?

—Sí.

—No.

—La traerá a la cabaña...

—No.

Su voz era débil. Muerta. Ajena. Yo no sabía qué más decirle. ¿Qué podía decirle? ¿*Ayúdame*? ¿*No me ayudes*? *No le preocupes, todo saldrá bien. Sólo no cometas una estupidez...*

—Cuéntame qué pasó —dijo, la voz de pronto tranquila—. Dime exactamente qué pasó.

Explicué todo tan aprisa como pude: la llamada, la amenaza, el pacto, las instrucciones... Y a medida que hablaba me daba cuenta, por su silencio, en qué estaba pensando Mike. Podía escuchar sus pensamientos haciendo eco en los míos: «No hay trato... nunca lo hubo... nadie se salvará de nada... ni tú, ni Gina, ni Candy. Nadie. Una vez que Iggy llegue ahí, estarán todos muertos y enterrados».

No hacía falta que me lo dijera. Yo sabía lo que había hecho. Yo lo había hecho. Le había dicho a Iggy dónde estábamos. Había cedido mi único capital de negociación. Iggy no *necesitaba* más. Ya no nos necesitaba. Ya no. Éramos prescindibles.

Lo *sabía*.

Y también lo sabía Mike.

Pero creo que ambos nos dábamos cuenta de que no tenía ningún caso hablar de ello. Estaba hecho. Hablarlo no cambia ría nada. Sólo haría que las cosas fueran reales, y eso era demasiado para soportarlo.

—Está bien —dijo Mike una vez que le conté todo—. Yo estoy en Heystone, en tu casa, de modo que debería llegar a la cabaña antes que Iggy. No hagas nada hasta que yo llegue. Sólo cierra las puertas con llave y espera. Si Iggy vuelve a llamar, sólo haz lo que te diga, pero avísame. ¿Tienes mi número?

—Sí.

—Bien.

—No vendrá solo, Mike.

—Ya lo sé.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo que sea necesario.

El siguiente par de horas podían haber sido cualquier otra cosa: un par de días, un par de segundos, un par de años... imposible decirlo. El tiempo parecía derretirse. Si pensaba en Mike, esperando que llegara, cada minuto parecía una hora, pero cuando mi mente se volvía hacia Iggy, y me descubría esperándolo a *él*, el mundo comenzaba a girar como loco.

Demasiado espacio...

Demasiado aprisa...

Demasiado espacio...

Demasiado aprisa...

Me mareaba.

¿O era sólo el miedo?

Porque créanme, tenía miedo: Estaba *más* que asustado: tenía miedo de morir y eso es casi indescriptible. Es como enfrentarte con tus miedos más profundos, todos

al mismo tiempo, sólo que diez veces peor. Llega hasta dentro de ti y te aplasta el corazón. Te mata. Grita. Te reduce. Te convierte en nada.

Te enferma y te hace egoísta e incapaz.

Como la heroína, supongo.

Igual que Candy.

Demasiado aprisa...

Demasiado despacio...

Demasiado aprisa...

Demasiado despacio...

Candy no se había movido desde que le dije que Mike estaba en camino. Sólo estaba sentada como un zombi, mirando al piso, sin decir nada. Yo no podía decir en qué pensaba... ni siquiera si estaba pensando algo. No podía imaginar cómo se sentía. No podía concebirlo. Me senté un rato junto a ella. Luego me puse de pie y fui al baño.

Era un pensamiento extraño, pero supuse que, si *iba* a morir, mejor sería hacerlo con la vejiga vacía.

Cuando salí del baño, Candy seguía inmóvil.

Me senté y puse la mano sobre su hombro.

Me miró.

—No va a funcionar, ¿sabes?

—¿Qué?

—Lo que quiera que Mike piensa que puede hacer... no funcionará. Sólo conseguirá que lo maten. Y a ti también, probablemente. Es una estupidez.

—Tal vez —dije—, pero no nos hará daño escucharlo, ¿o sí? Una vez que llegue aquí podremos decidir qué hacer.

—¿Y qué pasa si Iggy llega primero? No sabemos si viene de Londres, ¿o sí? Podría venir de cualquier parte. Podría llegar en cualquier momento.

—Bueno. Si lo hace, no importará lo que piense Mike, ¿verdad?

—No... supongo que no.

Volvió a mirar el piso.

Y volví a pensar en ella.

»¿Cree que va a morir?

»¿Está tan asustada como yo?

»¿O en realidad piensa que volverá a su antigua vida?

»Y si lo hace... Dios, ¿qué tan aterrador será eso?

»De vuelta a Iggy.

»De vuelta a las drogas.

»De vuelta a la prostitución.

»¿Preferiría morir...?

»¿Es eso lo que quiere?

»Acaso...».

—No te preocupes —dijo.

La miré.

—¿Qué?

—No te preocupes por Gina... Estará bien. Iggy no le hará nada. Si quisiera hacerle daño, no le habría llamado. Simplemente le habría hecho algo. No es idiota: conoce la forma más sencilla de obtener lo que quiere. Ésta es la forma más sencilla. Lastimar a Gina le traería problemas. Iggy no quiere problemas.

—¿No?

—No de ese tipo. Esa clase de problemas no valen los líos que traen consigo.

Rio, y me escandalizó que lo hiciera. Luego caí en la cuenta de lo atropelladamente que hablaba... y supuse que se estaba volviendo un poco loca. No *loca de atar*, sólo loca asustada: la clase de locura que protege a tu mente de enfrentar la realidad. No me gustó: era enervante y algo triste. Pero entendí que tenía un propósito, de modo que no dije nada. Sólo la dejé farfullar.

—Y otra cosa —dijo—, otra cosa... —frunció el ceño—. ¿Qué estaba diciendo?

—Que Iggy no lastimaría a Gina...

—Ah, sí... por el teléfono. Así es como debe de haber obtenido tu número... del celular de Gina. No tuvo que *obligarla* a que ella se lo dijera. Todo lo que tuvo que hacer fue tomar su teléfono y ver su directorio. ¿Ves? No *tuvo* que lastimarla.

—Cierto —dije por seguirle el juego.

Volvió a fruncir el ceño.

—Lo que no entiendo es cómo encontró a Gina —me miró—. ¿Tú qué crees?

«Creo que debí haberme escuchado antes de que subiésemos al tren —pensé—. Creo que debí haber confiado en aquella sombra de preocupación a medio formar...».

—Probablemente Iggy volvió al Black Room —le dije—. Es el único nexo que conocía entre tú y yo.

Sus ojos se iluminaron.

—*Claro*, me había olvidado de todo eso.

—Yo también.

—¿Pero el Black Room tendría un número de contacto tuyo?

—No, pero tendrían el de Jason. Me ha estado llamando a casa, dejándome mensajes urgentes... pero yo creí que se trataba del grupo, de modo que nunca llamé de vuelta.

—¿Quién es Jason?

—El vocalista de Los Katies.

—¿Crees que Iggy lo haya llamado?

—Es posible.

—¿Y Jason quería avisarte?

Asentí.

—Probablemente le dio a Iggy el número de mi casa. Hubo un par de mensajes silenciosos en la contestadora. Tal vez Jason también le dijo dónde vivo.

—Iggy puede haber obtenido esa información a partir de tu número de teléfono. Conoce gente... Conoce gente que puede hacer eso... No sé quiénes son... No lo sé... él sabe —su voz se extinguió. Se llevó la mano a la cabeza y exhaló pesadamente. Sus ojos de pronto se apagaron.

La locura se había evaporado.

La habitación estaba helada.

—Dios, Joe —susurró—. Tengo tanto miedo... ¿Qué vamos a hacer?

Miré el reloj.

Eran las siete treinta.

No sabía qué íbamos a hacer.

Todavía ignoro si podía haber hecho alguna otra cosa. Lo he pensado una y otra vez: pensar, pensar, pensar... mirar por la ventana... tirado en el piso... mirando al pasado... intentando convencerme de que estaba en lo cierto, de que *no podía* haber hecho nada más... Y las más de las veces llego a la misma conclusión:

»No tenías opción.

»Tenías que decirle a Iggy dónde estabas.

»No podías esconderte.

»No podías escapar.

»No podías llamar a la policía.

»No podías hacer nada.

»Sólo podías esperar.

»Y tener esperanza».

Y creo estar en lo cierto... las más de las veces.

Casi me convenzo.

Pero eso no me hace sentir mejor.

Mientras pasaban los minutos, y el tiempo se fundía de las siete treinta a las ocho, seguíamos esperando y teniendo fe. Candy cayó en un estado mental que estaba entre loca y zombi, y yo traté de conservar las esperanzas, portándome tan normal como fuera posible. Encendí la hoguera, lavé algunos trastes, limpié y comencé a empacar.

Suena ridículo, lo sé. Y creo haber sabido entonces por qué lo hacía. Supongo que pensé —en el fondo de mi mente—, que si no comenzaba a empacar, me estaría dando por vencido. *No empacar* significaba que no iríamos a ninguna parte. Que no saldríamos de ahí. *No empacar* significaba no tener futuro.

De modo que fui a la habitación y comencé a empacar.

Luego de juntar toda mi ropa y de meterla en mi mochila, volví la atención hacia las cosas de Candy. Su ropa seguía dispersa por todas partes: jeans, chalecos, suéteres, de todo. No estaba seguro de si empacarlas yo mismo o dejárselas. No podía

decidirme y, entre más lo pensaba, más me molestaba. Sabía que *no debía* molestarme, que había cosas más importantes por las cuales preocuparse, pero no podía evitarlo. Era realmente extraño.

Seguía ahí parado, indeciso, cuando Candy apareció en la entrada y me preguntó qué hacía.

—Empaco —le dije—. Me preguntaba qué hacer con todas tus cosas.

—¿Empacas?

—Sí.

No dijo nada, sólo parpadeó, confundida. Luego miró al suelo. Primero pensé que simplemente no sabía qué decir, pero luego caí en la cuenta de que era algo más.

Yo estaba empacando.

Empacar significaba partir.

Partir significaba un futuro.

Y Candy no quería saber del futuro. Estaba bien para mí mirar al futuro y esperar lo mejor, porque tenía algo mejor que esperar. Si yo salía entero de aquel lío, probablemente me iría bien. Pero lo mejor que Candy podía esperar era el regreso a la vida que antes llevaba...

De modo que, ¿para qué esperar cualquier cosa?

Debí darme cuenta.

Debí pensarlo un poco más...

Pero no lo hice.

Y ahora me sentía mal.

—No importa —le dije intentando sonar casual—. Sólo estaba...

—Yo lo haré —dijo.

—¿Qué?

—Guardaré mi ropa y empacaré. De todas formas necesito vestirme.

Tenía los ojos vidriosos, su voz carecía de emoción. Y mientras estaba ahí parada, con la mirada en blanco, mi mente volvió a nuestro día en el zoológico, al día que nunca morirá, cuando estábamos solos y juntos en nuestro Mundo Lunar, compartiendo la tristeza del canguro del árbol. De nuevo pude sentir el silencio de la oscuridad, la calma, el vacío, la frescura del aire subterráneo... Y pude ver aquella cara, aquel desconcierto de ojos tristes, aquel miedo lastimero...

Todo contenido en un simple y pequeño instante.

Era tan...

No lo sé.

Tanto.

VEINTIUNO

Escuché el auto aproximarse desde muy lejos. Era una de esas noches en que el aire está perfectamente quieto y las estrellas brillan mucho y el mundo parece frío y silencioso. La clase de noche en que puedes escuchar a kilómetros de distancia. Yo esperaba cerca de la ventana abierta. Mi aliento se volvía blanco en el aire brumoso. Podía escucharlo todo: la oscuridad, el vacío, el galope de mi corazón. Cuando los primeros murmullos del auto hirieron el aire, los escuché con cada parte de mi cuerpo. El ronroneo grave, las llantas al rodar, el débil crujir del hule sobre la tierra húmeda...

Avanzaba despacio. Con cuidado.

Me incliné fuera de la ventana y escruté la penumbra.

—¿Es Iggy? —preguntó Candy acercándose detrás de mí.

—Todavía no lo sé... No veo nada.

Candy se había vestido y bañado y se había lavado el cabello. Mientras estaba ahí, parada a mi lado, con la mano sobre mi hombro, percibí el aroma de su piel: el olor a jabón fresco y a talco. Era tan agradable como siempre. Y no pude entender cómo era aquello posible.

—Ahí —dijo de pronto, señalando a la distancia—. Creo que vi luces... faros... por allá, entre los árboles.

—¿Dónde?

—Ya no están.

—¿Cuántas? —pregunté.

—No sé, fue sólo un destello.

—Debe ser Mike —musité—. Son sólo las ocho y media. Debe ser Mike.

Escudriñé la oscuridad buscando los faros. Si había un solo auto, probablemente sería Mike; más de uno sería definitivamente Iggy.

Cerré los ojos un segundo, apretándolos. Luego los abrí de nuevo. La bruma parecía haberse espesado, y mientras escudriñaba la oscuridad, intentando encontrar el sendero, también mi mente parecía espesarse. Insistía en ver cosas que no estaban ahí: ramas musgosas, cerosas hojas verdes, helechos de forma extraña, todo nebuloso y oscuro y chorreando humedad. «Recuerdos —me dije—, son sólo recuerdos sensoriales. Esperanzas. Negaciones...».

Lo que fueran, desaparecieron cuando el haz de luz de unos faros iluminó el bosque al fondo del camino.

—Enciende las luces —le dije a Candy.

—¿Por qué?

—Instrucciones de Iggy. Abre todas las ventanas y enciende las luces. Luego vuelve y espera aquí conmigo.

Los faros ya estaban cerca. Se movían despacio, subían y bajaban obedeciendo el contorno del camino. Al pasar, las chillonas luces blancas pintaban los árboles de gris. Me pareció, se trataba de un solo coche.

—¿Crees que sea Iggy? —preguntó Candy.

—No lo sé... no lo creo, pero es mejor hacer lo que pidió... por si acaso. Y como sea, el que las luces estén prendidas facilitará las cosas a Mike. Tendrá una mejor visión de la cabaña.

Mientras Candy encendía las luces y abría las cortinas, me quedé junto a la ventana, los ojos fijos en el auto. A medida que se aproximaba, el ronroneo del motor llenaba la noche, robándole al bosque su silencio. Podía ver los gases del escape mezclarse con la bruma y podía ver el oscuro brillo del metal... Pero aún no conseguía distinguir al conductor. Las luces eran demasiado brillantes. Apenas alcanzaba a ver una vaga silueta en el centelleante reflejo del vidrio.

Era la silueta de un hombre.

Un hombre grande.

Oscuro.

Viraba el auto en el claro frente a la cabaña.

Cuando el haz gemelo de los faros barrió la árboles, Candy se situó junto a mí y miró a través de la ventana.

—¿Es él? —preguntó Candy.

—No lo sé...

El auto se detuvo. Estaba como a veinte metros de la cabaña, estacionado en ángulo hacia nosotros. Las luces seguían encendidas. El motor en posición neutral. El conductor carecía de rostro, estaba quieto.

De pronto me di cuenta de cuán frío me sentía. Frío, inútil, asustado de muerte. ¿Y qué tal si *era* Iggy? No tenía idea de qué hacer. Ni siquiera lo había pensado. No podía. Sólo esperaba...

—Mira —dijo Candy tocando mi brazo.

Vi al conductor inclinarse hacia adelante en su asiento. Luego los faros se apagaron y no pude ver *nada*. La súbita oscuridad era cegadora. Mis ojos ardían con la brillante imagen blanca que permanecía en ellos después de que las luces se apagaron. Aparte de eso, no podía ver *nada*. Sentía la mano de Candy apretar mi brazo, y escuché el sonido del motor apagarse... y la puerta del auto abrirse... cerrarse de golpe... y pasos que se movían a través del claro...

Que se movían hacia nosotros.

Haciéndose más audibles.

Acercándose más.

Cobrando forma...

La oscuridad disminuía. Mis ojos se reajustaban al brillo de las estrellas. Podía ver...

Una forma.

Una figura.

Un rostro iluminado por la luna.

—¿Mike? —dije esperanzado.

Sus ojos brillaron fríamente al acercarse a la luz de la ventana. Sólo llevaba puesta una playera y unos jeans, pero si el aire helado lo molestaba, no lo demostró. No mostró nada. Sólo miró a su alrededor, revisándolo todo. Luego se volvió hacia mí y habló en voz baja.

—¿Están bien? —dijo.

—Sí.

—¿Están solos?

Asentí.

Me miró con atención, asegurándose de que decía la verdad. Luego miró a Candy, saludó con la cabeza y desapareció hacia la puerta principal. Miré el reloj mientras cruzaba apresurada mente la habitación para dejarlo entrar. Eran las ocho treinta y cinco.

El mundo giraba como loco.

—¿Qué has oído? —preguntó Mike al entrar—. ¿Ha llamado Iggy?

—No.

—Está bien. Primero lo primero: necesitamos ocultar el auto.

—Puedes estacionarlo detrás de la cabaña.

—Bien —miró atentamente la habitación, absorbiéndolo todo, y luego, satisfecho con lo que había visto, se inclinó y puso la mano en mi hombro—. No te preocupes —dijo mirando a los ojos—. Todo saldrá bien. Confía en mí: Gina estará bien —miró a Candy, luego volvió la vista hacia mí y bajó la voz—. ¿Cómo está ella? ¿Aún está usando heroína?

—No —le dije—. No desde el sábado.

Le dio a mi hombro un apretón. Luego se enderezó y fue hacia Candy junto a la ventana.

—¿Puedes conducir? —le preguntó.

—¿Que si puedo *qué*?

—Conducir —repitió—. ¿Puedes conducir?

—Pues... sí —dijo ella, titubeante.

—Toma —le dijo Mike pasándole un manojito de llaves—. Mueve el auto a la

parte trasera de la cabaña, de modo que no pueda ser visto desde el sendero. Si ves a alguien acercarse, toca la bocina y vuelve aquí, ¿de acuerdo?

Candy asintió, pero no se movió.

—No tenemos mucho tiempo —le dijo Mike.

Ella lo miró.

—¿Qué harás una vez que Iggy llegue aquí?

—Voy a poner las cosas en su lugar.

—¿Cómo?

—Eso depende de él.

—Cometes un grave error.

—¿Ah sí?

—Iggy no quiere problemas... sólo me quiere a mí. En cuanto me tenga, tendrás a Gina de vuelta y allí acabará todo. Pero si intentas *poner las cosas en su lugar*, a él no le va a gustar ni un poquito.

—Buen intento —le dijo Mike sacudiendo la cabeza—, pero pierdes tu tiempo. Iggy no te llevará. No se llevará a Gina. No se llevará a nadie. O se va de aquí sin nada, o no se va. Eso es todo. Ahora, ¿vas a mover el auto o no?

Candy se le quedó mirando y él la miró de vuelta. Percibí un silencio atribulado en el aire. No me gustó. No lo entendí. Y estaba harto de no entender.

»¿Por qué la fricción?

»¿Por qué el conflicto?

»¿Por qué la dificultad?

»Estoy aterrado... No necesito dificultades».

Se miraron todavía por un momento. Finalmente Candy asintió, tomó su abrigo y salió de la cabaña sin siquiera mirarme. Me paré en la entrada y la miré partir. Mientras se dirigía al auto, con la bruma espesándose a su paso, pude percibir algo diferente en ella. Algo extraño... algo distante... casi secreto...

No supe decir qué era.

Cuando Candy se metió en el auto y encendió el motor, Mike se acercó a mí.

—¿Hay alguna salida trasera? —preguntó.

—¿Qué?

—Otra puerta... ¿Hay alguna puerta trasera?

Lo miré.

—Vamos, Joe —dijo con aspereza—. Reacciona —parpadeó cuando Candy comenzó a mover el auto. Manejaba con cuidado, las luces apagadas, rodando el auto a través del claro y hacia la parte trasera de la cabaña—. No te preocupes por ella —dijo Mike—. Estará bien... Es bastante fuerte. Es en Gina en quien debemos pensar ahora.

—Lo sé —le dije.

—Ella lo es todo.

—Lo sé.

Me miró un instante, luego se volteó y miró el vacío en silencio. Oí a Candy apagar el motor del auto detrás de la cabaña... luego, algunos minutos de silencio... luego, la puerta del auto abrirse... cerrarse de golpe... otra breve pausa... y finalmente, los pasos apresurados de Candy regresando a la cabaña. Cuando dio vuelta a la esquina vi que caminaba aprisa y apretaba su abrigo contra el pecho. Parecía extrañamente sorprendida de verme. Sus pasos vacilaron un momento, su boca se abrió... y luego, sin una palabra, bajó los ojos, apretó su abrigo y se apresuró a entrar en la cabaña.

Perdida tal vez en sus pensamientos...

O quizá sólo con frío.

Me volví hacia Mike para pedirle su opinión, pero cuando vi sus ojos, decidí no preguntar. Seguía ahí parado, congelado como una estatua, contemplando aún la oscuridad... La frialdad en sus ojos era aterradora.

—La puerta trasera está cerrada con doble llave —le dije—. También le he puesto una cadena de seguridad.

—Bien —dijo—. ¿Qué hay de estas ventanas?

Habíamos entrado y cerrado con llave la puerta principal. Ahora Mike revisaba el resto de la habitación mientras yo vigilaba la ventana frontal. Candy estaba en el fregadero de la cocina, llenando la tetera... ignorándonos por completo. Cuando Mike terminó con la estancia, se ocupó de las habitaciones restantes: las recámaras, el baño. Verificó meticulosamente que las ventanas estuvieran cerradas, cerró todas las puertas tras de sí... pero dejó las luces encendidas y las cortinas abiertas. Cuando regresó a la estancia, me dijo que encendiera la chimenea. Mientras lo hacía, comenzó a mover los muebles.

Candy le preguntó qué hacía.

—Me encargo de que estemos seguros —dijo deslizando un sillón contra la puerta principal—. Si no pueden entrar, tendrán que hablar. Y eso nos dará algo de tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Candy.

—Para pensar... para observar... —empujó el sillón a través de la habitación—. Lo que sea necesario.

—Y luego, ¿qué?

Hizo una pausa y se irguió sin apartar la vista de ella.

—¿Cuál es tu problema?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir...

—No lo...

—¿Qué has hecho desde que llegué aquí?

—No he hecho *nada*...

—Exactamente... además de enfurruñarte y quejarte y darme lata, no has hecho nada.

—No me estoy enfurruñando...

—Entonces, ¿qué haces?

—Mira —dijo intentando permanecer en calma—. Estoy enferma. Estoy enferma y asustada y me siento de la mierda porque es mi culpa que Iggy tenga a Gina. Y la única manera de que ella vuelva es que yo me vaya con él. ¿Por qué no puedes entender eso? Mover los muebles no va a ayudar. Todo lo que haces es empeorar las cosas...

—Está bien —dijo Mike—. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Quieres que nos demos por vencidos?

—No...

—¿Nos quieres muertos?

—¡No! —gritó Candy—. Claro que no...

—¿Quieres volver con él?

Por un momento el silencio impregnó la habitación. La cara de Candy se puso rígida y sus ojos se llenaron de furia. Y por un segundo pensé que se volvería loca, pero entonces su rostro pareció morir y sus ojos se pusieron en blanco. Y cuando habló, su voz era frágil y vacía.

—Está bien —dijo mirando a Mike con frialdad—. ¿Quieres saber qué quiero? ¿Es eso? Está bien... si en *verdad* quieres saberlo, te lo diré... —se le atoró la respiración en la garganta—. Quiero ir a casa... ¿está bien? Quiero ir a casa... —sus ojos comenzaron a brillar—. Quiero ser lo que solía ser... quiero decir que lo siento... ya no quiero llorar... sólo... yo sólo... —su voz se quebró en llanto—. Sólo quiero que todo esté mejor...

Sollozaba y temblaba fuera de control, escondiendo la cara entre las manos. Mike la miraba, incapaz de decir nada. Y yo atravesaba el cuarto, pensando sólo en abrazarla.

Pero no llegué a hacerlo.

Un flamazo de faros explotó en la ventana, congelándome en el acto. Luego escuchamos el rugido de un auto afuera: llantas que rechinaban, un motor acelerado, música que retumba...

Parecía que tronaba.

Y supimos lo que aquello quería decir.

Mike fue el primero en reaccionar. Se arrojó al piso y gateó detrás del sillón.

—Quédense donde están —siseó hacia mí con fuerza—. Haz lo que te diga y no me mires. Yo no estoy aquí, ¿entiendes?

Apenas podía escucharlo sobre la música ensordecedora del auto. Los ruidosos tambores y los bajos atronadores eran tan intensos que sacudían el piso.

—¡Joe! —volvió a sisear Mike.

—Sí —dije—. Ya te oí. No estás aquí.

—De acuerdo. ¿Cuántos autos hay?

—Creo que sólo uno...

—¿Puedes ver a Gina?

Me cubrí los ojos y entrecerré los ojos para mirar a través de la ventana. El auto estaba estacionado a unos quince metros de distancia, de cara a la cabaña. Las luces de los faros estaban a tope, me cegaban.

—No veo nada —le dije a Mike.

—Está bien —dijo—. Sólo quédate ahí y sigue observando. Si pasa algo, házmelo saber —luego gritó hacia el otro lado de la habitación—. ¡Candy! Ven aquí. Se supone que debes estar junto a Joe frente a la ventana.

Ella no respondió.

La música seguía tronando.

—¡Candy! —volvió a gritar Mike—. ¡Vamos! ¿Qué haces? Te están esperando... No harán nada hasta que te vean... Tenemos que *hacer* que hagan algo... ¿Candy?

No quería apartar mi vista del auto... Quería ver a Gina... quería verla, pero el silencio de Candy me estaba matando. Tenía que saber si estaba bien. Tenía que verla... no pude evitarlo.

Volví la cabeza y miré hacia el otro lado del cuarto. Candy estaba parada detrás de la barra de la cocina, tan sin vida como nunca la había visto. Ojos apagados, mirando fijamente, sin sentido, rendida...

—Candy —la llamé ansiosamente—. Candy... ¿me escuchas?

No respondió.

—Escucha —le dije—. Está bien, todo está bien. No te asustes. Sólo acércate...

Sus ojos jamás se movieron.

—¿Mike? —le dije.

—Yo iré por ella —dijo él gateando por detrás del sofá y deslizándose por el suelo—. Tú vigila el auto.

Demasiadas cosas se apilaban dentro de mí en ese momento, cosas que nunca antes había sentido: miedo y enojo cortando juntos como cuchillos rotos, moliéndose hasta volverse algo que yo no podía controlar... y al darme vuelta y ver de nuevo fijamente las luces de los faros, aquella luz cegadora imprimió con fuego la locura en mis ojos. La música retumbaba en mi cabeza, pulsando sangre, como un corazón a punto de estallar... y yo quería ver rostros. Oscuridad. Cuerpos. Quería estrellarme contra la ventana. Quería gritar a la neblina y correr a través de la noche y derribar los árboles sobre la tierra...

Quería a Gina.

Quería a Candy.

No quería morir.

Quería...

Nada.

Silencio repentino.

La música había cesado. El motor estaba en silencio. Las luces brillaban mudas en mortal silencio. No había nada que oír más que el ronroneo del sonido remanente haciendo eco en la noche y —desde el otro lado de la habitación— el murmullo de la súplica que Mike le hacía a Candy.

—Por favor... —le decía Mike—, por el bien de Gina... sólo muéstrales que estás aquí. Todo lo que tienes que hacer es pararte con Joe junto a la ventana. No dejaré que te hagan nada. Te lo prometo.

Giré la cabeza y los vi parados junto a la barra. Candy no se había movido. Seguía muerta para el mundo, perdida aún en lo que quedaba de sí misma. Mike estaba a su lado, estrechando su mano inerte, mirando con desesperación sus ojos muertos.

—¡Oye! —llamó una voz desde afuera, jalando de golpe mi atención hacia la ventana—. Oye, tú, ¿me escuchas?

Me protegí los ojos de aquella luz, intentando distinguí quién gritaba. No sonaba como Iggy.

—Abre la ventana —dijo la voz.

—Titubeé.

—Hazlo —susurró Mike desde el otro lado de la habitación—. Haz lo que te dice.

Deslicé el cerrojo con torpeza y abrí la ventana. Las luces se volvieron más brillantes y mi aliento se tornó blanco.

—¿Dónde está? —llamó la voz desde el auto.

Ahora que la ventana estaba abierta, podía escuchar mucho mejor y estaba prácticamente seguro de que aquél no era Iggy.

—¿Qué? —grité de vuelta.

—Ya me oíste. ¿Dónde está?

—¿Dónde está Gina? —susurró Mike.

No sabía qué quería decir. ¿Me preguntaba a mí dónde estaba Gina? ¿O me decía que les preguntase a ellos? Quería preguntarle, pero no podía. Me observaban. Me verían hablar. No debían verme hablar...

¿Qué debía hacer?

Mi mente comenzó a funcionar a toda velocidad, a alarmarse, intentando pensar...

Entonces mi mente se despejó y me oí decir:

—¿Quién pregunta?

—¿Qué? —siseó Mike.

—¿Qué? —dijo la voz.

—Ya me oíste. ¿Quién eres?

—Dios... —murmuró Mike.

Alguien rio dentro del auto... una risa fría y dura que me estrujó el corazón... y súbitamente pensé en mis adentros: «Mierda, ¿qué haces? ¿Qué dices? ¿Qué carajos estás pensando? Sin preguntas, dijo Iggy... sin preguntas...».

Entonces gritó, su voz tan profunda y oscura como la noche, y aquel sonido fue extrañamente reconfortante.

—Teníamos un trato, chico —dijo con calma—. Lo acabas de arruinar.

—El trato era *contigo* —le grité de vuelta—. Con nadie más. Todo lo que oí fue una voz. Podía haber sido cualquiera. Tenía que asegurarme de que eras tú.

—¿Estás seguro *ahora*?

—No lo sé... no puedo verte la cara...

—Yo puedo ver la tuya. Podría tumbarte en este instante.

De pronto me di cuenta de lo vulnerable que era: enmarcado en la ventana, iluminado como un árbol de Navidad... Era un blanco perfecto. Si Iggy trajera un arma, no podría fallar. ¿Si tuviera un arma? *Claro* que tenía un arma. ¿La usaría, entonces? Ésa era la pregunta. ¿Me dispararía? No lo creía... No lo haría hasta que se asegurara de que Candy estaba conmigo...

No, no lo creía...

Eso no me hizo sentir mejor. Cada célula de mi cuerpo me gritaba que me moviera. Mi corazón martilleaba, mis sentidos estaban listos. Podía escucharlo todo: a Mike y a Candy respirando pesadamente, el *tic tac* del motor que se enfriaba, el débil crujir de las hojas muertas... y yo podía ver sin ver... a través de las luces... dentro del auto... Podía ver todos los cuerpos, las cabezas, los ojos entornados...

Podía ver a Gina.

Observándome.

Esperando...

—Está bien —dijo Iggy—, ya está. Trae a la perra a la ventana *ahora* mismo. Tienes diez segundos.

—Primero Gina —dije.

—¿Qué?

—No haré nada hasta no ver a mi hermana.

—Otros cinco segundos y no *tendrás* una hermana.

El tiempo volvía a fundirse... todo pasaba demasiado aprisa, demasiado despacio... pero no parecía importar. Yo estaba a tiempo... en control... en contacto con todo. Podía escuchar a Mike tomando a Candy, luchando con ella, intentando jalarla hacia la ventana. Y podía oír cómo Candy se resistía...

—Déjala, Mike —le dije.

—Ya lo oíste —siseó—. Lastimará a Gina.

—No, no lo hará... Deja ir a Candy.

Cesó el forcejeo.

Miré por la ventana.

Sin respirar, sin sentir...

Sin emitir un sonido.

Sin corazón.

Sólo blanco en la oscuridad, como fuego... blanco en la oscuridad de mi

corazón... una visión en blanco... en mí... a través de mí...

Blanco en la oscuridad.

Los faros se apagaron.

Cerré los ojos y volví a abrirlos. La bruma giró en la oscuridad, cobijando la silueta del auto: metal negro, blanco escarchado... plata atrapando la luna... y podía ver oro y blanco en las sombras del cristal ahumado... podía ver cuerpos y cabezas y cadenas y ojos...

Ahora podía verlos a todos. Figuras en vidrios polarizados. Dos al frente del auto y tres atrás; Iggy en el asiento del copiloto...

—¿Está ahí? —preguntó Candy en un susurro entrecortado—. ¿Está Gina?

—Creo que sí.

Miré...

Creo...

El auto se meció ligeramente... La puerta trasera se abrió... y salió un hombre: delgado, negro, con ojos vacíos. Nunca antes lo había visto. No me miró. No miró nada. Sólo metió casualmente el brazo en el auto, agarró algo y lo sacó.

Eso era Gina.

Apenas podía tenerse en pie. El hombre a su lado la sostenía del brazo: no la miraba, sólo la sostenía como un saco vacío. Se veía fatal: helada, sucia, desarreglada... aturdida. Drogada. Su mirada no podía enfocarse. Su cabeza colgaba laxa de su cuello. Estaba descalza y pálida... temblaba incontrolablemente enfundada en una delgada playera blanca...

Pero estaba viva.

Ella era todo.

—Ahí está —dije mientras el hombre la empujaba de nuevo al interior del autor.

—¿Estás seguro? —preguntó Candy.

—La acabo de ver —respondí sin apartar la vista del auto—. No se ve nada bien, pero...

¡TOMP!

El ruido vino del otro lado del cuarto: un súbito golpe seco... un gruñido sin aliento... y me volví para ver a Mike caer pesadamente al piso. Mi corazón se detuvo. El momento se congeló: Mike inmóvil, sin hacer un solo ruido, sólo tirado como un bulto...

«Dios —pensé—. Le han disparado...».

Entonces vi a Candy, parada sobre Mike, su rostro pálido y tenso, sosteniendo una barra de metal con ambas manos. Por un ridículo instante pensé que aquello era una espada: una espada larga, chata y de aspecto pesado... Pero casi enseguida me vino una imagen a la mente: la imagen de Candy volviendo del auto de Mike, con aspecto sorprendido, apretando el abrigo contra su pecho... y todo se aclaró de repente. No era una espada, era el bastón contra robos. Candy lo había tomado del volante del auto de Mike. Lo había escondido bajo su abrigo. Ahora lo había usado para golpear

a Mike... Lo había dejado frío... ahora Mike estaba ahí tirado... inmóvil, sin emitir un sonido...

Podía ver la sangre manar de su cabeza...

Demasiado rosada para ser real.

Podía oír mi propio corazón.

Y a alguien gritando afuera.

Y la respiración entrecortada de Candy.

—¿Qué haces? —le dije—. ¿Qué has hecho?

—Está bien —dijo tirando el bastón al suelo—. No está muerto.

Su mirada era pálida y salvaje.

Llegó otro grito desde el exterior. Miré por la ventana y vi a Iggy salir del auto... y ahora yo no sabía qué hacer. No sabía *cómo* saber. Miré a Candy. Abría un cajón de la cocina... sacaba algo... se movía sin emoción, rodeando tranquilamente la barra, a través de la habitación, mirándome a los ojos, acercándose a mí... con un ancho cuchillo de trinchar en la mano.

VEINTIDÓS

No hice nada. No *podía* hacer nada. Lo único que podía hacer era quedarme ahí parado, mirándola. Mirándolo todo. Su cara, sus labios, sus mejillas, las mortales almendras de sus ojos. Su cuello, sus piernas, la forma de su cuerpo. Su piel sudorosa. El brillo del cuchillo, su mano de plata...

Dios... el cuchillo.

Ya estaba frente a mí, sus ojos fijos en los míos, la cara desprovista de cualquier emoción.

¿Qué se suponía que debía hacer?

¿Algo?

¿Nada?

Intenté decir algo, pero no podía abrir la boca. Intenté razonar, pero tenía la cabeza vacía. Sólo podía tener esperanza.

«Depende de ti, Candy», pensé.

«Todo depende de ti».

Un fuerte click metálico llegó de afuera. Candy ladeó la cabeza al escucharlo, luego parpadeó despacio y me miró de vuelta.

—Quédate aquí —dijo—. Cierra la puerta detrás de mí. Luego llama a la policía.

—¿Qué?

Alzó la mano y puso un dedo en mis labios.

—Sólo hazlo, Joe,... ¿por favor? Sólo hazlo.

Silenciado por el roce de su índice, la miré a los ojos buscando una explicación... o al menos algo de verdad. No era fácil de encontrar. Había *algo* ahí, una especie de luz en la oscuridad, pero era casi demasiado débil para verla. Era sólo algo, una señal apenas perceptible, como una vela parpadeante en una colina lejana...

Estaba ahí.

Yo sabía que estaba ahí.

Asentí.

Candy no dijo nada. Apartó el dedo de mis labios, se inclinó hacia delante y me besó. Luego dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. La miré en silencio mientras guardaba el cuchillo en su abrigo y apartaba el sillón de la puerta. La vi hacer una pausa, murmurando en silencio para sí, y luego la observe asombrado mientras

quitaba la llave a la puerta, la abría de golpe y corría hacia el claro.

En ese momento yo no sabía lo que Candy estaba haciendo, y había una parte de mí a la que no le importaba. Ella hacía lo que hacía. No tenía nada que ver conmigo. Yo ya no estaba consciente de nada.

Supongo que *quería* que me importara, pero la verdad es que en ese momento no podía pensar. Físicamente, emocionalmente, mentalmente... no me quedaba nada. No sabía lo que estaba sucediendo. No *sabía* quién era. No sabía qué era Candy. No me importaba Mike...

No podía razonar.

No podía actuar.

No podía conectarme con nada.

No cerré la puerta principal ni llamé a la policía. Sólo me quedé junto a la ventana y observé. Todo tenía una claridad sobrenatural: la luna suspendida en lo alto, sobre los árboles, su luz plana brillando sobre el claro como un reflector que inunda un escenario; la cobija de bruma abrazando el suelo; el telón de la oscuridad boscosa; y en medio de todo, Candy corriendo hacia Iggy...

Y la pistola en la mano de Iggy.

Y Gina.

Y el resto de la banda de Iggy.

Ahora estaban fuera del auto. Los dos de atrás se habían puesto a un lado, llevándose a Gina. Uno de ellos la sostenía mientras que el otro —al que había visto antes— le apuntaba la cabeza con una pistola. No podía decir si el conductor estaba armado, pues estaba parado detrás de la portezuela abierta del auto. Iggy estaba a unos cinco pasos delante de él... como a diez metros de la cabaña. El brazo levantado, la pistola apuntando a Candy.

Eso no pareció importarle; ella sólo siguió corriendo hacia él, llamándolo, gritando su nombre...

—Iggy —sollozó Candy intensamente—. Gracias a Dios que llegaste. Ayúdame, Iggy, *por favor...* tienes que *ayudarme...*

Lloraba...

¿Por qué lloraba?

La vi correr hasta él. Miré los ojos de Iggy, que la miraban. Nunca parpadearon. Su pistola nunca tembló.

—¿Dónde has *estado*? —jadeó Candy deteniéndose frente a él—. ¿Por qué tardaste tanto? Dios, he estado esperando...

—¿Qué haces? —gruñó Iggy.

—Te extrañé tanto...

—Te escapaste de mí.

—No, no lo hice... él me *obligó*... yo no quería...

—Me *avergonzaste*, perra. Me tiraste al suelo y me dejaste.

—No —lloró Candy acercándose a él... encogiéndose, suplicando, adulando—. No, por favor... Yo *no quería*. Joe me hizo hacerlo... me *forzó*. Yo no quería hacerte daño. ¿Por qué te haría daño? Te necesito, Iggy... por favor... te *necesito*...

Iggy mantenía alzada la pistola, pero no hizo nada para detener a Candy, que se acercaba a él encogiéndose como un perro herido. No la golpeó cuando ella finalmente se acurrucó bajo su brazo extendido y enterró la cara en su pecho. No se movió mientras ella lo rodeaba con sus brazos. No hizo nada. No necesitaba hacerlo: tenía lo que quería.

—Me estoy muriendo, Ig —la oí decir mientras frotaba sus manos sobre el cuerpo—. De verdad *necesito*...

—Cállate —le dijo volviendo los ojos y el cañón de su arma hacia mí—. ¿Quién está en la casa?

—Sólo necesito un poco...

Los ojos de Iggy no se movieron cuando bajó la mano libre y golpeó a Candy en la sien. Ella se estremeció, pero no lo soltó.

—¿Quién está en la casa? —repitió.

—Sólo el chico —dijo con desdén—. Está solo —se sobó la cabeza y alzó la vista hacia él—. Por favor, Iggy, en *verdad* necesito un poco. ¿Traes alguno? —sus manos comenzaron a moverse sobre la camisa de Iggy—. ¿Por favor...? Me *muerdo*...

—¿Duele? —preguntó fríamente.

—Sí...

—Bien. Ahora métete en el auto. Me arreglaré contigo después —le quitó los ojos de encima y movió el arma hacia mí—. Tengo negocios que atender... Tengo que cortar algunas sonrisas.

—¿Quieres una sonrisa? —preguntó Candy con calma.

Era la voz que yo recordaba de la estación: dulce y clara, como un brillante en una acequia... sólo que más fría. Mucho más fría. Transpiraba hielo. Eran las palabras de un fantasma y, por un segundo interminable... todo se congeló. Los ojos de Iggy, la bruma, la noche...

El demonio de Candy...

El corazón de Iggy...

Los dos fijos bajo la luz de la luna.

Y entonces la mano de Candy subió en un arco plateado y enterró el cuchillo en la garganta de Iggy.

EPÍLOGO

Le dije más tarde a la policía que no recordaba nada después de que Candy salió de la cabaña. Mi mente quedó en blanco desde el momento en que ella abrió la puerta y corrió hacia el claro, hasta el momento en que apareció la policía local. No recordaba absolutamente nada. No estoy seguro de si me creyeron; y en realidad no importa. Les conté el resto. Respondí a sus preguntas: qué, cuándo, dónde, cómo, por qué... una y otra vez. No fue difícil. Me preguntaron qué había sucedido, les conté lo que sucedió. Me preguntaron de nuevo; volví a contarles...

¿Por qué no?

No tenía caso mentir. Si no obtenían la verdad de mí, la obtendrían de alguien más. Gina les diría. Mike les diría. El forense les diría.

De modo que respondí a sus preguntas. Cooperé con ellos. Les di lo que buscaban: detalles, nombres, direcciones, descripciones... mi celular, mis zapatos, mis huellas digitales, mi ADN...

Les di una declaración.

¿Por qué no?

Nada tenía sentido.

Aun cuando mintiera acerca de cuánto recordaba...

Cosa que no hice.

No por completo.

Aún tengo dudas de lo que me sucedió cuando Candy clavó el cuchillo en la garganta de Iggy. Sé que lo hizo... el recuerdo está ahí. Puedo verme parado frente a la ventana abierta... la luna suspendida sobre los árboles... puedo sentir el silencio de la violencia succionando el aire de mis pulmones... puedo ver el destello silencioso de la hoja... rasgando la oscuridad...

Pero entonces pasa algo dentro de mi cabeza. Algo se cierra, una parte desconocida de mí, y mis sentidos ya no me pertenecen.

El tiempo se detiene.

Iggy no mueve un músculo. No cae, no se estremece, no emite un solo sonido. Sólo está ahí parado, en un silencio mortecino, con el cuchillo clavado

profundamente en la garganta... y sus ojos vacíos fijos en mí... y la pistola aún en la mano... y algo dentro de mí piensa lejanamente en gigantes negros de piedra y espíritus inmortales y bestias de pesadilla que se niegan a morir...

Pero entonces sucede: Iggy se quiebra.

Una grieta aparece en su rostro de máscara mortuoria... una leve mirada de sorpresa, el niño en sus ojos, un momentáneo temblor de miedo... y al fin es humano. Listo para morir. Sus ojos se tornan vidriosos, su complexión de gigante tiembla. Iggy cae de rodillas en la bruma.

El tiempo vuelve a andar.

No tengo emociones. Sólo le pido a Dios que sea lo bastante humano para morir.

No tengo ninguna conexión con lo que veo: a Candy indi nada, arrebatando la pistola de la mano muerta de Iggy. Un movimiento en el auto: el conductor detrás de la puerta abierta. Candy se endereza y apunta la pistola hacia él. El rostro helado del conductor, el arma a medio alzar en la mano de Candy... Un flamazo, el seco *crack*, el apagado *tsss*...

Sé que Candy le disparó, pero eso no significa nada. Solo lo veo caer, sangrando por el pecho... Luego miro a Candy bajar la pistola y dirigir su atención a los otros dos hombres... los que están en la parte trasera del auto... los que tienen a Gina.

Uno de ellos aún apunta con su arma a la cabeza de Gina.

A Candy no le importa.

—Todo ha terminado —les dice, su voz como en un sueño—. No queda nada.

Los dos hombres se miran.

Candy comienza a caminar hacia ellos sosteniendo el arma a su costado.

—La policía viene en camino —dice—. Si se marchan ahora, podrían lograrlo apenas. Si matan a la chica, están muertos. Si tratan de llevársela, están muertos —se detuvo frente a ellos—. ¿Qué harán?

Pasan los segundos, silenciosos y oscuros... de pronto Gina está sola y sentada en el suelo, y los dos hombres retroceden hacia el coche. Candy los observa todo el tiempo. Yo también los miro. Ayudan al conductor herido a entrar en la parte trasera del auto... cierran las puertas... suben al auto y lo encienden y salen en reversa por el claro. Ahora vuelvo a mirar a Candy mientras ella los mira alejarse... camino arriba... a través del bosque... el brillo de las luces traseras enrojeciendo la bruma... y Candy no deja de mirar hasta que la oscuridad se cierra sobre el camino y ya no hay nada qué ver.

Pasa un instante más... Candy ha terminado. Con un suspiro silencioso, se hunde en el suelo y se sienta como muerta junto a Gina. Se miran durante un segundo. Luego, ambas cierran los ojos e inclinan la cabeza ante la luna.

Eso es lo que tengo dentro de mí, y ahí es donde se quedará. Supongo que pude haber tratado de explicárselo todo a la policía, y tal vez debí hacerlo, pero no sabía cómo.

¿Cómo explicas que lo que está en tu mente no es tuyo?

¿O por qué no hiciste nada?

Cómo explicas que, aunque *sí* hayas hecho, los únicos recuerdos que tienes son los recuerdos de segunda mano de alguien más... de un chico en cámara lenta con lágrimas en los ojos, ayudando a dos niñas a entrar en una cabaña. ¿Cómo explicas que sientes en las manos de ese chico el frío de la piel de ambas niñas, que sientes los ojos de él cerrarse ante el cuerpo que yace en el suelo, mirando montañas de piedra entre la niebla? Cómo explicas que puedes sentir que pasa su tiempo... las pequeñas cosas que él percibe... bebidas calientes, cobijas, movimiento, torsos... Mike de pie sonriendo a Gina a través de la sangre... Mike y Candy... Mike y el chico... el fantasma de Candy... Mike fuera... Mike al teléfono...

Sirenas y luces y neumáticos que chirrían...

La policía en mitad de la noche, llevándose a todos...

¿Cómo explicas eso?

Los meses siguientes pasaron muchas cosas de las cuales no quiero hablar. No fue nada... sólo cosas. Cosas de papá, cosas mías, más cosas de la policía... Incluso hubo por un rato cosas de mamá, pero eso no duró mucho. Los días simplemente pasaron, como suelen hacerlo —días, semanas, meses interminables— y gradualmente las cosas comenzaron a aplacarse.

Gina mejoró poco a poco. Los doctores la mantuvieron un par de días en el hospital, pero las drogas con que Iggy la había sedado no causaron daños duraderos. Una vez que fueron desalojadas de su organismo y tuvo tiempo para descansar, Gina quedó físicamente como nueva. Emocionalmente, sin embargo... bueno, eso era otra cosa.

Hablamos mucho.

Nos abrazamos mucho.

Nos sentamos uno junto al otro y lloramos.

Y cuando yo no estaba ahí, ella siempre tenía a Mike. De todos nosotros, creo que él fue el menos afectado. Tal vez me equivoque; tal vez sólo escondía mejor que nosotros sus sentimientos, pero a mí me parecía que —fuera de las puntadas en la cabeza— apenas le quedaban cicatrices. Sólo se sacudió el polvo de encima y siguió con sus cosas.

Me hubiera gustado decir lo mismo de mí.

Hice lo que pude, o quizá no... pero hice lo que pude para aceptar las cosas tal como eran. Sin embargo, era imposible. Sin Candy nada parecía tener sentido. Sólo quería verla, eso era todo... O al menos averiguar qué pasaba con ella. Pero nadie me decía nada. La policía sólo me decía que había sido arrestada, se le habían presentado cargos y había salido bajo fianza. Y que yo no tenía permitido verla dado que probablemente sería llamado a su juicio en calidad de testigo.

Papá fue aún menos directo. Aún cuando *hubiera* sabido dónde estaba Candy — lo que no creo que fuera el caso— nunca me lo habría dicho. La *odiaba*. La aborrecía. Ni siquiera mencionaba su nombre. Por lo que a él tocaba, todo lo que ocurrió fue por ella. Todo era su culpa: me había seducido, había puesto en riesgo la vida de Gina, había estropeado a su familia... se rehusaba a escuchar cuando yo trataba de mostrarle otra versión. No podía culparlo.

Claro que papá estaba equivocado... y era intolerante y ciego y estúpido... pero no podía culparlo. No por mucho tiempo, en cualquier caso. No después de todo lo que le hice pasar. Era mi papá...

Y eso bastaba.

De modo que al final me volví a Mike para que me ayudara. No quería ir a espaldas de papá, pero para entonces no había visto a Candy en casi cuatro meses... y sabía que no podría soportarlo más. Vivía en el vacío. Vivía y moría dentro de mi cabeza. Pensaba en ella, la imaginaba, intentaba recordar cómo era...

Aquel era mi único mundo.

Y no era suficiente.

Necesitaba verla... *Tenía* que verla.

No estoy seguro de cómo lo logró Mike —tampoco estoy seguro de que haya querido hacerlo—, pero un par de semanas después estaba sentado ante una mesa de jardín, a la sombra de un alto muro de ladrillos, esperando ansiosamente a que apareciera Candy. Era un domingo, la primera semana de julio, como a las dos de la tarde. El cielo brillaba con la bruma azul eléctrico de un perfecto día de verano. Trinaban los pájaros. Un enjambre de moscas pequeñas revoloteaba en el aire, pulsando bajo la luz del sol y, al fondo del jardín, a través de una ventana en un edificio de ladrillo café, podía escuchar el reconfortante sonido de gente trabajando en las cocinas: ruidos de ollas y sartenes, teteras silbantes, voces bajas...

La ventana tenía barrotes.

Miré el jardín. Era un pequeño recuadro de césped rodeado por una vieja pared de ladrillo. No había mucho qué mirar. Algunas otras sillas y mesas, algunos arbustos en flor, un par de árboles.

Nadie más.

Sólo yo.

Volví a mirar el edificio. Era exactamente igual a los demás edificios del complejo: una estructura de un solo piso con un techo de teja gris y una puerta azul oscuro. Había en total seis edificios. Había visto el complejo entero al llegar: seis barracas de ladrillo, un par de hectáreas de campos rodeados de reja de alambre, una entrada para autos, un patio, un estacionamiento al frente...

Justo afuera de la entrada, un discreto letrero de madera con pequeñas letras doradas decía: UNIDAD DE ADOLESCENTES RESIDENTES MELVILLE-DEAN.

—No estoy seguro de qué clase de lugar sea —me había dicho Mike—. Gina probablemente lo sepa, pero no quiero involucrarla en esto. Según yo, Candy ha estado ahí desde que salió bajo fianza.

Eso era todo lo que yo sabía. No sabía qué era una unidad de residencia para adolescentes. No sabía por qué Candy estaba ahí. No sabía qué sucedía detrás de aquellas paredes... detrás de esos barrotes metálicos...

Los miraba ahora, recordando otro tiempo... inclinado entre los arbustos, observando la casa blanca... las ventanas con barrotes negros. Recordé cómo me había sentido extrañamente atraído hacia los barrotes... cómo no podía dejar de mirarlos... estudiándolos... concentrado en su regularidad... las líneas negras, el ancho de las aberturas, la blancura de las cortinas al fondo... y cómo, después de un rato, aquellas líneas habían formado una cuadrícula perfectamente enfocada, negro sobre blanco, negro sobre blanco, negro sobre blanco... y entonces había tenido algunos pensamientos en verdad extraños... imaginando mi caos interior destilarse en elementos claramente definidos, cada uno incrustado en su propio rectángulo claramente trazado... uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... seis rectángulos perfectos... y cómo dentro de los rectángulos había símbolos... elementos... formas sin nombre de cosas que yo no comprendía: sombras, tonos, abstracciones, formas, colores parpadeantes sobre un fondo blanco puro...

Nada de eso tenía significado para mí.

Ni entonces ni ahora.

Sólo estaba ahí.

Pero ahora la puerta azul se abría —y ahora era *ahora*—, y una mujer conducía a Candy fuera del edificio...

Y el resto era nada.

La mujer que conducía a Candy cargaba un portafolio negro y delgado. Tenía el cabello castaño claro y corto, un rostro anguloso, y creo que llevaba puesto alguna especie de traje sastre con pantalón, pero en realidad no recuerdo bien. Apenas la miré.

Sólo tenía ojos para Candy.

Al principio, me tomó un tiempo verla. Por un momento o dos, todo lo que pude notar era lo simple que se veía: jeans azules simples, sudadera negra simple, sin maquillaje, sin joyas... sin lápiz labial, sin rímel, sin pulseras, sin cuero. Sin vida, sin chispa, sin sonrisa. Ya no era Candy. Era alguien más, alguien que *solía* ser Candy...

Pero entonces la miré más de cerca, buscando las cosas que realmente importan y, en lugar de *no* ver lo que esperaba, vi lo que de hecho estaba ahí. Y *ésa* era Candy. Era Candy por donde la viera: su cara, sus labios, sus mejillas, sus ojos, la forma de su cuerpo... su pálida piel blanca... el brillo de su cabello castaño...

Nada había cambiado.

Aún se veía espectacular.

Mientras la mujer la conducía a través del jardín, reconocí en mi interior toda esa agitación familiar: el latir de mi corazón, el correr de mi sangre, la descarga de adrenalina cosquilleando sobre mi piel...

Nada había cambiado.

Las miré acercarse. Podía escuchar sus pisadas sobre el pasto cocinado por el sol. Candy caminaba con la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo. La mujer permanecía cerca de ella, guiándola con la mano prudentemente puesta sobre su espalda.

El aire era denso...

Estaban a pocos pasos de la mesa...

Yo no podía respirar...

Se detuvieron frente a mí.

Alcé la vista y miré a Candy. Ella no me miró.

—¿Kevin Williams? —dijo la mujer.

No respondí.

—¿Es usted Kevin Williams? —preguntó de nuevo la mujer.

—¡Eh... sí! —murmuré, mirando todavía a Candy.

—¿Está usted bien? —me preguntó la mujer.

—Lo siento —le dije volviéndome hacia ella—. Sí... sí, Kevin Williams... estoy bien.

La mujer extendió la mano.

—Louise Hammett —dijo ella—. Soy la oficial mayor de la residencia —me puse de pie y estreché su mano; la mujer dijo—: El doctor Davies ya ha hablado con usted, me parece.

—Sí, lo vi al entrar.

—Bien —miró a Candy, no obtuvo respuesta y me miró de vuelta—. Bien, lo dejo entonces. Si necesita algo, estaré por allá —indicó una mesa al otro lado del jardín—. ¿De acuerdo?

—Sí —le dije—. Gracias.

Tocó a Candy en el hombro y se alejó rápidamente atravesando el jardín. La observé sentarse frente a la mesa. La observé mientras abría su portafolio, sacaba algunos papeles, cruzaba las piernas y comenzaba a leer. Seguí observando... sin saber por qué...

No era a ella a quien *quería* ver.

Quería ver a Candy...

Pero no parecía lograrlo. No conseguía mover la cabeza. Que ría mirarla, pero estaba demasiado asustado de lo que podía ver.

—¿Kevin Williams? —la oí decir.

Cuando me volví hacia ella, había alzado la vista del suelo y me miraba fijamente a los ojos.

—Fue idea de Mike —le dije—. No me dejaban verte...

—Lo sé.

—No sabía dónde estabas.

—Lo sé.

Nos miramos. No daba yo con las palabras para hablar.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Candy.

—Sí... de acuerdo.

Nos sentamos uno frente al otro. Candy tenía un paquete de cigarrillos en la mano. Sacó uno, se lo llevó a la boca, colocó el paquete sobre la mesa e hizo clic con su encendedor. Observé el humo subir en espiral desde su boca para luego disolverse sobre el jardín.

—Bueno —dijo—, pues, ¿cómo estás?

—No tan mal, supongo... ¿y tú?

—He estado peor —miró por un momento la punta del cigarrillo; luego sus ojos se volvieron hacia mí—. Ha pasado mucho tiempo...

—Sí...

—Cuatro meses.

—Lo sé.

Bajó de nuevo la mirada. La vi jugar nerviosamente con su cigarrillo... y no supe qué hacer. Era muy extraño. Había pasado tanto tiempo pensando en ese momento, en todas las cosas que quería decir, pero ahora que estaba aquí... nada de eso parecía importar. Eran sólo palabras. Ruido. Nada. Deseé poder estar dentro de la cabeza de Candy: sólo estar ahí... sintiendo lo que ella sentía... sabiendo lo que pensaba... permanecer juntos sin palabras...

—¿Cómo está Gina? —preguntó Candy en un susurro.

—Está bien... a veces todavía se pone un poco nerviosa, pero creo que estará bien. Se casará con Mike el año que viene.

—¿De verdad? Eso es maravilloso.

—Mi papá no lo ve así.

—¿Por qué no?

—No lo sé... está un poco... no sé. Se pone un tanto extraño con algunas cosas, a veces...

—¿Está aquí? ¿Vino contigo?

—No, estaba ocupado... vine en tren. ¿Y tus padres? ¿Los has visto?

—Sí, me visitan cada quince días.

—¿Y cómo van las cosas?

—No lo sé... —apagó su cigarrillo para encender otro enseguida—. Quieren que vuelva a vivir con ellos... tal vez quieran que vaya a la universidad o algo así...

—¿Puedes hacer eso?

—¿Qué? ¿Ir a la universidad?

—No... quiero decir, ¿puedes salir de aquí?

—No por el momento. Aún estoy siendo evaluada. Es una de las condiciones de la libertad bajo fianza.

—¿Evaluada?

—Sí... —me miró—. Evaluación psiquiátrica... en realidad, no significa nada. Son sólo cosas que debo hacer, ¿sabes? Probablemente me ayude en el juicio... terapia, rehabilitación, esa clase de cosas —hizo una breve pausa observando la mesa con ojos vacíos y fue entonces cuando noté sus uñas. Estaban todas mordisqueadas, mordidas hasta la cutícula, rojas y feas, en carne viva. No solían estar así—. Como sea, se supone que *ayudará* —dijo de repente.

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué se supone que ayudará?

—Te lo acabo de *decir* —me dijo impaciente—. La evaluación, la terapia... toda esa *mierda* por la que tengo que atravesar a diario —lanzó una mirada furtiva a través del jardín; luego se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. Me absolverán de todas formas: defensa propia. Y aunque no lo hicieran, lo más que me darían es homicidio imprudencial. Probablemente salga en un par de meses —me miró fijamente—. ¿Le contaste a los policías acerca de Mason?

—¿Quién?

—Mason... el chofer... el tipo al que le disparé...

—Dije que no había visto nada.

—Bien... —frunció el ceño—. ¿En qué estaba?

—¿Eh...?

—Sí... No necesito estar aquí... no me hace bien. ¿Te dijeron qué pasó?

—Eh... no —dije.

—No fue mi culpa. No me sentía bien... tomé algo... no pude evitarlo... El tipo al fondo del pasillo trajo algo después del fin de semana...

Ahora, en realidad, ya no sabía qué estaba pasando. Los ojos de Candy corrían de un lado a otro y me lanzaban miradas realmente extrañas. Parecía enojada. Perturbada. Molesta por algo. Y yo no tenía idea de qué estaba hablando: ¿Qué *algo*? ¿Qué *tipo*? ¿Qué *pasillo*?

—Fue la canción —dijo—. La tocaron en la radio.

—¿Qué canción?

—Mi canción... tu canción... —su cara se había quedado quieta—. Debiste haberme dicho.

Ahora sí sabía de qué hablaba: mi canción, su canción... *Candy*. El primer sencillo de Los Katies. Jason me lo había contado un par de meses atrás. Habían grabado el demo sin mí. A la disquera le había gustado tanto que habían contratado al grupo —con un bajista nuevo y todo—, y sacaron rápidamente la canción como un sencillo. No era un éxito sin precedentes ni nada por el estilo, pero estuvo rebotando un rato al final de las listas de popularidad, y un par de estaciones de radio la

impulsaron y Los Katies salieron en la prensa musical nacional...

Supongo que debí de haberme molestado mucho: se robaron mi canción, mi letra, mi música... ¿cómo se atrevían? Pero me daba igual. Intenté enojarme cuando Jason me lo dijo la primera vez, pero mi corazón no estaba en ello. No le veía caso. No podía probar que era mi canción, ¿cierto? Y aunque hubiera podido... bueno, ¿y qué? Era sólo una canción...

—Lo siento —le dije a Candy—. No sabía nada de ello. Te hubiera contado de haber podido...

—No es justo —dijo.

—Lo sé.

—Es acerca de *mí*...

—Sí, lo sé, pero...

—Dijiste que trataba de mí... eso es lo que tú dijiste. Es mi canción... es sólo para mí... No puedes cantársela a nadie más...

—Yo no... no tiene nada que ver conmigo. Yo no estoy cantando nada...

—La escuché en la radio... —rompió a llorar—. La *escuché*...

Me incliné sobre la mesa y le tomé la mano. Se sentía fría y tesa y poco familiar.

—Está bien —le dije—. No tienes que llorar...

—No —sollozó—, no está bien. No es... yo no... no puedo hacerlo...

—¿No puedes hacer qué? —le pregunté en un susurro.

—Nada... nada... no puedo *hacer* nada.

Sus lágrimas caían sobre el dorso de mi mano, tan frías como la lluvia de verano... y yo estaba ahí. Estaba *ahí*. Donde siempre había querido estar. Pero ahora estaba en otra parte. No era igual.

Nada puede ser igual.

Nada lo es.

La mujer se había apresurado desde el otro extremo del jardín y estaba ahora reclinada junto a Candy, consolándola, musitando todas las palabras precisas.

—Está bien, vamos... todo está bien... —se volvió hacia mí, no sin amabilidad, y me dijo—: Creo que es mejor que se vaya. Candy necesita descansar.

Asentí y me puse de pie, equilibrándome contra el respaldo de la silla. Me temblaban las piernas. Sentía la garganta cerrada.

El sol resplandecía aún.

Miré a Candy. Estaba temblorosa y pálida, los ojos hinchados de lágrimas.

—Lo siento, Joe —susurró—. En verdad lo siento...

—Está bien —le dije—. Todo está bien.

Nos miramos un momento más. Luego Candy bajó la mirada y me alejé.

Han pasado casi seis meses desde aquel día gris de febrero cuando conocí a Candy, y aún me cuesta creerlo. Cuando estoy aquí sentado frente a mi ventana, sólo

contemplando el pasado, o cuando me recuesto en el suelo imaginando todos mis cielos, a veces me descubro flotando de vuelta al principio, a esos pocos últimos momentos de mi existencia pre-Candy, cuando yo era todavía un chico... sólo un chico en un tren, un chico con un bulto en la muñeca, un niño con un gorro negro con estrellas.

Entonces era inocente.

No sabía nada.

Y, en cierta forma, no mucho ha cambiado: sigo sin saber nada.

No sé qué ha pasado con Candy.

No sé si ha perdido la razón.

No sé cuándo la volveré a ver.

La única diferencia ahora, si de algo sirve, es que sé que esas cosas no importan. Sé que no necesito saber nada y que no debo sentirme asustado de no saber: sólo tengo que estar aquí.

En el amor y en la fe.

Sólo tengo que creer.

No es fácil: vivir en el vacío, viviendo y muriendo dentro de tu cabeza... queriendo tanto lo que quieres que darías todo lo demás por conseguirlo... pero el tiempo sigue pasando, los días se suceden... y mientras haya un mañana, seguirá habiendo una oportunidad.

Me enteré recientemente de que Candy había sido transferida de la Unidad de Adolescentes Residentes, pero nadie me dice adónde se ha ido. Logré encontrar a sus padres, y he estado observando su casa por un tiempo, pero no parece que ella esté ahí. Su mamá y su papá probablemente sepan dónde está, pero no estoy seguro de poder preguntarles, y Mike no parece muy dispuesto a ayudarme más... lo que supongo que es bastante lógico. De modo que parece que tendré que esperar hasta el juicio antes de volver a verla. No sé cuándo será eso y, en cualquier caso, no sé si nos permitirán hablarnos. Pero al menos podré verla.

Y entonces, después, cuando todo haya terminado... y si todo sale bien... o aun cuando *no* salga bien...

Pues... ¿quién sabe?

Supongo que sólo nos quedará esperar y ver.

UNA NOTA DE KEVIN BROOKS

Una de las muchas reglas no escritas de la vida es que los muchachos tienen prohibido hablar de cuando se enamoran. Podemos hablar de cualquier otra cosa — sexo, drogas, rocanrol— pero *nunca* podemos admitir estar enamorados. Así que es muy difícil para nosotros cuando *de verdad* nos enamoramos —y en verdad nos sucede, créanme—, pues significa que tenemos que arreglárnoslas completamente solos. Los sentimientos desconocidos, los miedos, las suposiciones, la agonías, los éxtasis... tenemos que mantenerlos embotellados dentro de nosotros, girando en nuestras cabezas y en nuestros corazones como mil demonios enloquecidos.

Para las chicas es diferente. Ellas pueden dejar escapar sus demonios. Pero los chicos deben de vivir con ellos.

Y creo, de alguna forma, que de eso se trata *Candy*: de ser un muchacho, enamorarse, estar en lugares en los que nunca has estado. Yo mismo he estado en esos lugares y he querido escribir acerca de cómo se siente y lo que eso te hace, y cómo las cosas que quieres no siempre son buenas para ti y *sabes* que no son buenas para ti... pero aun así sigues queriéndolas, ¿cierto?



KEVIN BROOKS nació en Inglaterra en 1959. Su infancia transcurrió en Exeter y después de terminar la escuela se mudó a Londres porque quería convertirse en estrella de rock. Antes de dedicarse por entero a la escritura tuvo diversos empleos; trabajó en una gasolinera, fue asistente en un crematorio y vendedor de *hot dogs* en el zoológico de Londres. En 2002 publicó su primera novela, *Martyn Pig*, que rápidamente lo catapultó a la fama. Desde entonces ha escrito una docena de novelas que han merecido diversos reconocimientos, como el Premio Branford Boase, el North East y el Premio Alemán de Literatura para Jóvenes. En esta misma colección publicó *Lucas*.